



Mi nombre es

LAGO

y estoy hablando de

NOELIA

Abril Lainez

| Mi nombre es

LAGO

y estoy hablando de

NOELIA

Abril Lainez

© 2019 Abril Láinez

© 2019 de la presente edición en castellano para todo el mundo

Primera edición: diciembre de 2019

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro-incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

A mi madre

1

Madrid, abril de 2015

Consultó su reloj una vez más. Las diez de la mañana. Noelia no era capaz de apartar de su mente el largo día que le quedaba por delante. El reloj parecía haberse detenido y su paciencia había entrado en fase de reserva: ¡a punto de agotarse!

El timbre de la puerta la sobresaltó. No esperaba a nadie. Tanto Marta como Pablo utilizaban la llave para entrar.

Se levantó con dificultad y atendió a un mensajero que le mostró un paquete pequeño.

—¿Es usted Noelia Serra? —Al ver que ella asentía con la cabeza continuó—: Debo asegurarme de que se entrega solo al destinatario. ¿Podría mostrarme su identificación?

«¿Solo al destinatario?».

Noelia volvió unos minutos después enfrentándose a un malhumorado mensajero que no acogió muy bien la espera. ¿Es que no había reparado en su forma de caminar? ¡Se podía apreciar a una legua que cojeaba!

Cerró la puerta sin apartar la mirada de la caja de cartón. Antes de abrirla buscó el nombre del remitente.

«¿Isaac Almeida?», leyó en voz alta frunciendo el ceño.

No reconocía aquel nombre. Se dirigió a la cocina, recogiendo sus muletas por el camino, en busca de unas tijeras que le ayudaran a desprecintar la caja. Extrajo un sobre acolchado de su interior y procedió a abrirlo con entusiasmo. ¡Cualquier interrupción era de agradecer!

«¡Un libro!», exclamó en voz alta.

Observó la portada deteniéndose en el título. Su corazón empezó a latir con más ritmo del habitual. Cerró los ojos volviéndolos a abrir unos segundos después, queriendo con ello asegurarse de que su vista no le estaba jugando una mala pasada.

«¿Cómo puede ser?», se preguntó echándose una mano al cuello para intentar calmar el latido que parecía estar fijado en su garganta. Buscó un asiento cuando sintió que las piernas le empezaban a flaquear y aparecían gotas de sudor frío en su frente. Se desplazó dando pequeños saltos, ignorando las muletas; su mente, en ese instante, estaba muy lejos de las necesidades de su pierna.

Los siguientes minutos, con el libro apretado contra su pecho, los dedicó a recuperar el ritmo de su respiración expulsando lentamente el exceso de aire que entraba en sus pulmones. Dominaba esa técnica, sabía cómo debía actuar en esos casos. La experiencia era una gran aliada.

Llegó la calma. Su corazón abandonó la proeza de intentar atravesar su pecho, y sus pulmones se conformaron con una pequeña cantidad de aire. Bajó la mirada lentamente y se armó de valor para leer de nuevo el título que figuraba en la portada.

¡No! No se había confundido, lo había leído bien: *De nuestros labios impuros*.

«De nuestros la...», repitió sin fuerzas para terminar la frase.

¿Qué clase de broma era aquella? ¡No podía ser casualidad! ¿Qué probabilidad había de leer

esa combinación de palabras en más de una ocasión? ¡Ninguna!

Esa frase... De nuestros labios impuros...

De haber sabido cómo se llamaba el espacio más profundo de su existencia, lo habría nombrado para afirmar que era el dueño de esa frase. Allí, en ese lugar, se llamara como se llamara, quedó grabada nueve años atrás.

Cerró los ojos, suspiró con fuerza —¡menudo repertorio de gestos!— y volvió a abrirlos fijando su mirada en el nombre del autor que figuraba junto al título. Era el mismo que aparecía en el paquete: ¡el remitente del envío!

«Isaac Almeida», pronunció en voz alta como si al hacerlo pudiera encontrar ese nombre entre sus recuerdos. Negó con la cabeza. No tenía ni la más remota idea de quién era aquel hombre.

Decidida, a la vez que aterrorizada, se dispuso a descubrir lo que había en su interior.

En la primera página leyó una dedicatoria escrita a mano:

Para Noelia,

Porque no creo en los mensajes enviados en botella.

La firma era bastante legible, lo que le permitió distinguir el nombre del autor y... remitente del paquete.

«Noelia...», repitió susurrando al tiempo que luchaba por calmar un escalofrío.

¿Mensajes en botella? ¿Un libro dedicado? ¿Quién era ese hombre y por qué había escogido ese título? ¿Cómo sabía su nombre y su dirección?

Con la mano temblorosa, pasó la página. Encontró una pequeña impresión en la parte superior derecha:

El tiempo no existe. Probablemente muere cuando acabas de nacer.

L. V.

Aquellas iniciales y aquella mención al tiempo, hicieron que el palpito de su corazón volviera a su garganta, esta vez como si estuviera intentando taladrarla. De nuevo aparecieron las dificultades para respirar; el aire se le antojaba espeso, como si pudiera cortarlo con un cuchillo. Sin demasiadas fuerzas, pero dispuesta a encontrar respuestas, pasó a la siguiente página donde encontró un prólogo y un nombre: el nombre de un hombre que llevaba más de nueve años queriendo olvidar:

Prólogo

Me sorprendió la ausencia de sorpresa al escuchar mi nombre. No abrió los ojos, ni frunció el ceño como solía ocurrirle a todo aquel que lo escuchaba por primera vez. Con una expresión serena se acercó a mí lentamente y me ofreció su mano. Lo hizo al tiempo que me susurraba su nombre, con la sonrisa más maravillosa que un ser humano puede aspirar a contemplar. Nunca me atrevería a señalar si fui o no merecedor de ella.

Mi nombre es Lago y estoy hablando de Noelia.

2

Prólogo *De nuestros labios impuros.*

Me sorprendió la ausencia de sorpresa al escuchar mi nombre. No abrió los ojos, ni frunció el ceño como solía ocurrirle a todo aquel que lo escuchaba por primera vez. Con una expresión serena se acercó a mí lentamente y me ofreció su mano. Lo hizo al tiempo que me susurraba su nombre, con la sonrisa más maravillosa que un ser humano puede aspirar a contemplar. Nunca me atrevería a señalar si fui o no merecedor de ella.

Mi nombre es Lago y estoy hablando de Noelia.

A todo aquel que le gusten los finales felices, les puedo decir que esta no es su historia.

A los que les gusten los finales trágicos o les baste con imaginar un final feliz, les invito a seguir leyendo.

A los que quieran conocer una historia de amor, de las que dan sentido al respirar, sin importar el desenlace, les animo a que me acompañen en esta lucha: una lucha cuerpo a cuerpo entre el pasado y el destino.

Puede que esto no sea más que una ilusa aventura, pero he decidido contar nuestra historia.

L.V.

3

Noelia se sobresaltó al escuchar el sonido del impacto del libro contra el suelo. No se molestó en recogerlo, toda su atención estaba depositada en los escalofríos que seguían recorriendo su cuerpo. Se desplazó lentamente por el salón hasta alcanzar las muletas y se dirigió al baño con la intención de refrescarse.

El agua no logró calmar la presión que sentía en el pecho, ni el temblor de sus manos, pero consiguió que su mente dejara de divagar a una velocidad vertiginosa y se centrara en no perder el poco equilibrio que le quedaba. Se dirigió a su dormitorio en un intento de alejarse del libro, se recostó en la cama y realizó algunos ejercicios respiratorios que había aprendido años atrás, en unas clases de yoga.

No estaba segura de estar preparada para seguir leyendo. El dolor persistía, pero se imponía la curiosidad. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Isaac Almeida sería un seudónimo? ¿Habría escrito Lago aquel libro? ¿Cómo sabía dónde vivía quienquiera que lo hubiera escrito?

—Lago...—susurró en voz alta con voz temblorosa.

Cerró los ojos intentando aliviar el dolor que le producía recordarlo. Nueve años... nueve largos años de los que, de ella, solo quedaba su nombre.

¿En qué momento creyó que lo había olvidado? Nunca había hablado de esa parte de su vida. ¿Había sido esa su forma de creer que podía hacerla desaparecer? Nada más lejos de la realidad. La sola mención de su nombre había hecho que saltaran todas las alarmas en su interior.

Ni siquiera Marta o Pablo, las únicas personas que tenían acceso a su vida, conocían su historia. Había luchado por no pensar nunca, bajo ninguna circunstancia, en esos años de su vida. Había entrenado a su mente con gran disciplina para ello. Había creído que de esa forma conseguiría olvidar, y que algún día terminaría por creer que nunca había existido, pero... ¿lo había conseguido? El dolor que sentía en ese momento le indicaba que la respuesta era negativa. ¡Sin duda, seguía instalado en algún lugar de su interior! No había desaparecido, solo estaba oculto.

El último ejercicio de respiración surtió efecto. Más calmada, rescató la imagen de Pablo. ¿Y si había sido él el responsable de aquel envío? «¡No!», dijo en voz alta negando con la cabeza. ¿Y si conocía al autor y le había pedido que le enviara un ejemplar dedicado a su convaleciente novia? Claro que de ser así... ¿por qué aquel libro? ¿Existía alguna posibilidad de que Pablo y Lago se conocieran? ¡Demasiado enrevesado!

Esa dirección de pensamientos no era la correcta. ¡Eran disparatados! Tenía que haber otra explicación y Pablo quedaba muy lejos de formar parte de ella. Él no era amante de las sorpresas ni de regalar libros... ni siquiera el azar podría haber intervenido para que él eligiera un título como aquel. Por muchas vueltas que le diera a aquel asunto no iba a encontrar un nexo con Pablo. Definitivamente él no tenía nada que ver. Mucho se temía que la explicación a todo aquello apuntaba directamente al hombre que respondía a las iniciales L.V.

Noelia se dirigió de nuevo al salón para recoger su portátil. Miró el libro de reojo, como si se tratara de un objeto embrujado, y regresó al dormitorio y se estiró en la cama dispuesta a

encontrar algunas respuestas. Buscó información sobre el autor y la obra que había recibido. Más tarde decidiría si era capaz de continuar con la lectura, pero en ese momento necesitaba encontrar algo de luz, por poca que fuera.

La luz no se hizo muy presente. La escasa información que encontró, consiguió inquietarla aún más. Una fotografía del autor le confirmó lo que sospechaba: ¡jamás había visto a ese hombre! Al parecer, Isaac Almeida había ejercido durante varias décadas como profesor de Historia del arte en la Universidad de Lisboa. A sus ochenta y un años residía en una pequeña localidad costera cercana a la capital —«¡¡¡¿Ochenta y un años?!!!—. En los siete últimos años se había dedicado a escribir dos novelas históricas en lengua portuguesa, muy bien acogidas por la crítica —«¡¡¿En lengua portuguesa?!!!»—, pero no aparecía mención alguna a la que acababa de recibir.

—¡Portugal! —murmuró.

Su estómago se encogió al pronunciar el nombre de aquel país. Por unos segundos creyó que la habitación en la que se encontraba empezaba a dar vueltas. Suspiró con tal fuerza que del fondo de su garganta surgió un grito ahogado, doloroso.

«¿No sería mejor seguir leyendo el libro?», se preguntó. «No, no podía, todavía no», se contestó.

Aunque no estaba en las mejores condiciones, continuó con su búsqueda. Recurrió a la página web donde compraba habitualmente sus libros, confiando en que allí apareciera. ¡Allí estaba! Pero no le aportó ningún dato de interés, excepto que había sido publicado una semana atrás. A punto estaba de abandonar, cuando le llamó la atención una breve sinopsis —¡muy breve! —: «Basada en hechos reales, *De nuestros labios impuros* nos cuenta, a través de Lago, su historia de amor con Noelia».

«Basada en hechos re...», pronunció en voz alta. Necesitó más de diez minutos para seguir con su búsqueda. Tecléo el título directamente para ver los resultados que le ofrecía. Como suponía, el buscador le ofreció un amplio repertorio de todas las páginas que incluían esas palabras, todas ellas relacionadas con la música y la historia. La conducían al texto original que contenía esa frase, el texto que una vez ella...

¡No! No se iba a perder en ese pensamiento, no podía.

Se frotó el estómago. Allí se acababa de instalar algo muy desagradable que... dolía. ¡Vaya si dolía!

Decidió abandonar la búsqueda. Cerró el portátil y se sentó en el borde de la cama. No merecía la pena perder más tiempo con aquello. Fuera lo que fuera lo que pudiera encontrar entre esas páginas debía descubrirlo por sí misma. A juzgar por el volumen del libro lo podría leer en poco tiempo.

Se dirigió al salón preguntándose si encontraría las fuerzas para leerlo. La respuesta llegó una hora después, tras acomodarse en el sofá. Estaba decidida.

—¡Allá voy! Capítulo uno...—dijo en voz alta cogiendo aire y expulsándolo lentamente. No podía apartar de su mente la idea de estar siendo protagonista de una broma pesada. «¿Pesada? No, ¡macabra!», se dijo.

El sonido de la puerta al abrirse hizo que se sobresaltara y se diera prisa en ocultar el libro entre las ranuras del sofá. De nada había servido tanto esfuerzo. La lectura quedaba claramente interrumpida.

4

Noelia intentó apartar de su mente el libro que había recibido unas horas antes y todo lo que ello suponía; si no era capaz de hacerlo difícilmente iba a poder centrarse en la figura de su amiga Marta, que deambulaba por el salón. Sus movimientos no parecían seguir una trayectoria estudiada. Todos y cada uno de los rincones de la estancia parecían ser su objetivo. Solo Marta conocía dónde estaba el nexo entre sus pensamientos y sus movimientos. A punto estuvo de suplicarle que se detuviera cuando escuchó sus palabras:

—Noelia, ¿seguro que estás bien? Estas muy pálida.

—Estoy bien, es solo que... me estaba quedando dormida cuando has entrado —susurró sonriendo. Aprovechó uno de los movimientos de Marta para ajustar el libro en el escondite que le había buscado al comprobar que sobresalía una parte.

—Deberías animarte un poco, Noelia. Tienes que ser más positiva —le sugirió al tiempo que buscaba con la mirada un lugar para colocar los libros que sostenía en las manos; de los pocos momentos que sus pies se detuvieron.

—Prueba a fracturarte un tobillo y a guardar reposo durante cinco semanas, ya verás cómo te suena eso de ser positiva... —Noelia, más calmada, levantó la cabeza ligeramente en un intento frustrado de encontrarse con la mirada de su amiga. La dejó caer de nuevo sobre el cojín al tiempo que expulsaba un suspiro cercano al agotamiento.

—¡Deja de quejarte! —le ordenó Marta molesta—. Podía haber sido peor, recuerda lo que te dijeron los médicos. Fue una fractura limpia que se pudo solventar con una pequeña intervención y algo de reposo.

—¿En eso consiste ser positiva? ¿En pensar que podía haber sido mucho peor?

—Es una buena forma de serlo. El médico te dijo que hay fracturas de tobillo que requieren meses y meses de recuperación. Estás en la recta final y debes afrontarlo de otra manera. No ganas nada con esa actitud.

—Cada vez que pienso en el poco tiempo que queda para finalizar el curso... —comentó angustiada ignorando la recomendación de su amiga.

—No seas tan exagerada que acabamos de empezar el mes de abril. Queda mucho curso por delante. —Alzó la mirada en señal de desesperación antes de continuar con su labor: encontrar un lugar para los libros.

—No sé qué me voy a encontrar cuando vuelva, Marta. ¿Y si los niños se han encariñado de mi sustituta? Me costará ganarme de nuevo su confianza.

—Noelia, solo has faltado unas semanas. Esos «diablillos» te adoran, lo he visto con mis propios ojos. ¿Será porque les transmites tu característica alegría? ¿O será por tu optimismo?

—Espero que mañana me quiten este odioso vendaje —lloriqueó ajena al comentario irónico de su amiga—. Si no es así cualquier día de estos vendrás y encontrarás mi cuerpo sin vida. ¿Se puede morir de aburrimiento?

—No seas tan dramática. Pablo llegará esta noche y estarás mucho más entretenida.

Noelia correspondió al recordatorio de su amiga con una sonrisa. Llevaba días sin ver a Pablo.

—¿Dónde te dejo estos libros? Son muy buenos —continuó Marta entusiasmada. Se inclinó

para mostrárselos—. No podrás parar de leerlos.

Noelia levantó ligeramente la cabeza para mirarlos. Al ver el título de uno de ellos, frunció el ceño.

—Marta, te he dicho mil veces que no me gustan las historias de amor —le recordó molesta—. No es la primera vez que te lo digo, ¿me equivoco?

Marta se sentó en la mesa auxiliar que había frente al sofá. Suspiró de una forma exagerada. Barajó la posibilidad de estrangular a su amiga, pero descartó la idea y trató de convencerla:

—Una buena historia de amor te animará y te hará perder la noción del tiempo. —Apoyó los libros en su regazo buscando su mirada.

—Me hará perder el tiempo, que es distinto —añadió Noelia.

—¡Está bien! Me los llevo. No vamos a discutir —sentenció Marta con resignación—, pero antes déjame decirte que se aprende mucho de estas novelas.

—Todo lo que tengo que saber sobre el amor ya lo sé —comentó Noelia con una mueca.

—¿No lo dirás por tu relación con Pablo? —Le guiñó un ojo aguantando la risa. Noelia la fulminó con la mirada—. No te enfades. Es solo que... os falta un poco de... ¿Chispa?

—Pablo y yo estamos muy bien como estamos. No necesitamos más —proclamó alzando las cejas—. ¡Somos felices!

Marta se levantó abrazando los libros rechazados y la miró fijamente. La media sonrisa que le ofreció dejaba bien claro que no la convencían sus palabras.

—Tengo que marcharme, María está sola —dijo refiriéndose a su ayudante en la pastelería—, y no la puedo dejar demasiado tiempo. Hay días que me saca de quicio.

—Ahora eres tú la que no debería quejarse. Tienes suerte de tener a María. Es una buena chica. —Noelia sonrió con dulzura al recordarla.

—Lo sé, pero siempre tengo que estar llamándole la atención para que baje de las nubes donde parece vivir eternamente —Se acercó y le dio un beso en la mejilla—. ¡Cambia esa cara! Tienes una razón más para ser positiva: Pablo vendrá esta noche y podrás librarte de mí.

—No digas eso. Te voy a echar de menos —dijo Noelia arrugando la nariz.

—Eres la única persona capaz de decir algo bonito con cara de asco.

Noelia se echó a reír y le lanzó un beso al aire.

Marta se dirigió a la puerta mientras recitaba la lista de alimentos que contenía el frigorífico. Se había encargado de hacer la compra, una de las muchas tareas en las que había ayudado a su amiga durante los días que Pablo había estado ausente.

Noelia cerró los ojos al escuchar el sonido de la puerta al cerrarse. Marta era una buena amiga. La había conocido tres años atrás, cuando entró por primera vez en su pastelería. No tardó mucho tiempo en ganarse el título de cliente habitual. Marta vendía las mejores galletas de té que había probado jamás. Las descubrió su primer día de trabajo como profesora, camino del colegio. Recurrió a ellas cuando las vio perfectamente amontonadas sobre una bandeja, expuestas en el escaparate. Su único objetivo era calmar el vacío que sentía en el estómago debido a los nervios propios que ocasiona un primer día de trabajo. Tardó más de un año en renunciar a aquellas delicias con propiedades «calmantes». Siempre las recordaría como las «culpables» del principio de su amistad con Marta.

Ella y Pablo eran las únicas personas a las que permitía formar parte de su vida. Fuera de este pequeño círculo, exceptuando a sus alumnos, se mostraba reservada y distante. Pero no siempre fue así. Hubo otra Noelia, una que siempre sonreía y disfrutaba relacionándose con todo el mundo; una Noelia que desapareció nueve años atrás.

5

De nuestros labios impuros. Capítulo I

Provincia de Jaén, 8 de agosto de 2002.

Mi verdadero nombre es Lago, aunque en mi pequeño pueblo del sur, Sejenas, una parte de sus seis mil habitantes me bautizó, al poco de nacer, con el nombre de «el nieto del portugués»; y otra parte con «el nieto del carpintero». Cuando dejé de ser nieto de alguien, tardaron poco en quitar el parentesco y dejarme con «el portugués» o «el carpintero». En Sejenas éramos gente práctica.

El primer apodo hace honor a la nacionalidad de mi abuelo, que dejó su Portugal natal y se instaló en Sejenas allá por el año 1933 o 1934. No eran muy buenos los tiempos que eligió para llegar a España, aunque entiendo que tendría sus motivos para hacerlo. El segundo apodo está inspirado en la profesión de mi abuelo, profesión que heredaron dos generaciones más: mi padre y su único hijo —servidor—, aunque yo solo dediqué a la madera unos cuantos años de mi vida. Ambos, de estar vivos, se sentirían algo decepcionados al ver que su legado profesional terminó conmigo.

Aquel verano de 2002, de los más calurosos que recuerdo, esperábamos ansiosos las fiestas que cada año se celebraban durante el mes de agosto. Una vez más, los habitantes de Sejenas estaban divididos: una parte de ellos se refería a estas fiestas con el nombre de la virgen a la que hacían honor: la virgen de... ¡No lo recuerdo! Y la otra parte, con el nombre que solíamos utilizar para referirnos a todos aquellos que, años atrás, habían emigrado en busca de un trabajo a otros rincones del país; aquellos que volvían a visitarnos durante las vacaciones estivales persiguiendo el reencuentro con sus orígenes y con su gente: «Las fiestas del emigrante», ese nombre sí que lo recuerdo. Debe ser porque esa circunstancia propició que conociera a Noelia.

¿Cómo es posible que no recuerde el nombre de la virgen de mi pueblo? Muy sencillo. Reconozco que siempre pasé de ella, nunca le presté la más mínima atención. No me educaron en esa línea y crecí sin tener la más mínima intención de acercarme a ella. Eso no significa que no supiera cómo la llamaban, pero solo una vez, una sola, recurrí a ella —cosas de la desesperación—, y no me hizo mucho caso. Creo que en ese instante mi memoria la condenó al olvido. ¡Así es la vida!

Noelia llegó a Sejenas de la mano de dos amigas. Con una de ellas, Sara, había coincidido en alguna ocasión, aunque no recuerdo haber mantenido conversación alguna con ella. Los padres de Sara eran unos de los muchos que alzaron el vuelo en busca de mejor vida y, lejos de olvidar Sejenas, solían volver para pasar el verano o parte de él. La otra amiga, Núria, aterrizó en Sejenas por ser amiga de Sara y, en esa misma serie, Noelia lo hizo por ser amiga de Núria.

Aquella noche, la que abría los festejos, me reuní con mis amigos en la plaza principal, donde tenían lugar la mayoría de celebraciones. Estaba ansioso por dar la bienvenida a las fiestas;

llevaba varios meses trabajando, a un ritmo poco saludable, en un encargo que me había hecho el Ayuntamiento. La cantidad de horas que tuve que dedicar para poder cumplir con la entrega en las fechas convenidas me dejaron destrozado. Las fiestas eran mi recompensa, ¡necesitaba diversión! Nada fuera de lo común en un joven a punto de cumplir los veinticuatro.

Recuerdo aquel instante cómo si lo hubiera vivido ayer. Nada más entrar en la plaza, mis ojos se fueron directos hacia el escenario, situado en un lateral. Lo observé orgulloso, incluso diría que los ojos se me llenaron de lágrimas. Allí estaba mi obra, mi creación, el fruto de horas y horas de trabajo. Era la primera vez que recibía un encargo de tales dimensiones. A pesar de quedarme apenas sin manos, agradecí la posibilidad de haber podido incluir algo más de creatividad en mis obras; agradecí mantener, por un tiempo, la distancia con los pequeños muebles y las puertas en las que solía emplearme habitualmente. Mis clientes solían encargarme piezas que no dejaban mucho lugar a la imaginación. Por muy mal gusto que tuvieran algunos, que lo tenían, yo tenía que respetar sus diseños y atenerme a ellos. Pero no me podía quejar, tenía más trabajo del que podía atender y en consecuencia unos buenos ingresos; parte de ellos destinados a mantener mis tres grandes aficiones: las bicicletas, las motos y los libros de historia.

Me abrí paso entre «la multitud» —así llamábamos en Sejenas, orgullosos, a cualquier concentración que superara la docena de personas— hasta llegar junto a uno de mis amigos. Era un buen punto de referencia. Su cabello rojizo y brillante se podía distinguir desde cualquier ángulo. Fue en ese preciso instante cuando la vi. Supe, sin lugar a dudas, que era la primera vez que pisaba Sejenas. Tratándose de una mujer bonita, de haberlo hecho antes, me habría enterado.

Me miró fijamente y me sonrió sin motivo. Se encontraba al lado de sus amigas, justo en el centro de un pequeño círculo que mis amigos habían creado a su alrededor con sus cuerpos y con la ayuda de una fuente circular; uno de esos círculos que se crean en los que no se tiene escapatoria. Para salir de él se tiene que pedir paso explícitamente, algo realmente complicado por la ubicación; no era más que un viejo truco de mis amigos para entablar cualquier tipo de comunicación, por superficial que fuera, y aprovechar para convencer a la belleza en cuestión de las ventajas de su compañía. Podría describirlo de otra forma, una en la que hablara de «depredadores» y podría, también, perderme en los detalles, pero siento algo de reparo —por el cariño que nos unía—, a referirme a ellos de esa forma.

Manu, el pelirrojo, me hizo varias muecas que solo yo, después de una vida juntos, era capaz de interpretar. El mensaje consistía en hacerme saber lo mucho que estaba disfrutando junto a aquellas mujeres. Aunque en honor a la verdad, lo que en realidad quiso decirme iba más encaminado a las esperanzas que tenía de conquistar a una de ellas.

Me limité a asentir con la cabeza en señal de apoyo, no quise añadir nada más, no quería herirlo: las posibilidades de que una de aquellas mujeres se dejara conquistar por él eran remotas, por no decir inexistentes. Me da un pellizco en el corazón tener que mencionarlo, pero no puedo seguir con la historia si no aclaro que Manu era muy feo; un detalle que no pasaba desapercibido para las mujeres. No tenía mucho éxito con ellas, excepto aquellas que rozaban la semiinconsciencia debido a altos niveles de alcohol en sangre. ¡Pobre Manu! Y el caso es que su fealdad era original, pero poco reconocida por el sexo contrario.

Me acerqué a ella, a la mujer que me miraba con timidez, ignorando a todos los demás. Lo hice lentamente mientras pronunciaba mi nombre a modo de presentación y le mostraba mi sonrisa más conquistadora. Me sorprendió la ausencia de sorpresa al escuchar mi nombre. No abrió los ojos ni frunció el ceño como solía ocurrir cuando un extraño lo escuchaba. Se acercó a mí y me ofreció su mano.

La acepté algo decepcionado —renunciando a los dos besos que quería plantarle en las

mejillas— y escuché, muy atento, el nombre que pronunció al presentarse: Noelia.

Jamás podré borrar esa imagen de mi memoria. Soy capaz de recordar incluso los botones y la disposición de las costuras que tenía su precioso vestido blanco.

Lo que más me atrajo de ella fue la mata de rizos rebeldes y dorados que adornaban su rostro: uno aninado. Tiempo después pude comprobar que aquel cabello era difícil de domar. No podría concretar el número de veces que la escuché pronunciar un largo repertorio de maldiciones cuando llegaba el momento de dar forma a aquellos cabellos. Acabaría antes si intentara recordar algún día en que no lo hizo.

Me llamó la atención la forma en que se humedecía los labios con la punta de la lengua. Intuí que no estaba acostumbrada a las fuertes temperaturas del sur durante el verano y que sus labios habían sido víctimas de ellas. Su amiga le ofreció una pequeña barra de labios que, supuse, tenía la finalidad de hacerle abandonar aquel gesto.

Le supliqué a su amiga, en silencio, que no lo hiciera, que no me privase de esa imagen, pero Noelia aceptó la barra ruborizándose, entendiendo el gesto de su amiga como una llamada de atención. Me miró y se giró para quedar de espaldas a mí y evitar que contemplara como acercaba la barra a sus labios. También le supliqué, en silencio, y también sin éxito. Me privó del espectáculo. Solo el conjunto de esculturas ennegrecidas que presidía el centro de la fuente fue testigo.

El lumbreras que las creó nos torturó con una estatua del General Castaños, otra, a su lado, de María Bellido, y un fondo que quizás, solo quizás, recreaba el Cerro San Cristóbal. Elementos que, según *el lumbreras*, homenajearon mi batalla, la de Bailén y dicho sea de paso: mi vida. Será que no había personajes para escoger... Mis protestas al ayuntamiento nunca fueron efectivas en cuanto a las «estatuillas», pero al menos conseguí que grabaran una placa con las palabras:

*El combate aquí fue. Sobre esta tierra,
bajo este sol que las campiñas dora,
se decidió la suerte de la guerra
más terrible y cruel y asoladora.*¹¹¹

Mi pequeña aportación a mi batalla. Una historia que contaré más adelante.

Sigo con Noelia. El caso es que a pesar de estar a poca distancia, no nos dirigimos la palabra ni una sola vez, pero sí que nos miramos. Si mis cálculos no fallan, lo hicimos al menos trescientas dieciséis veces, ¿o fueron diez mil dieciséis? Yo la miraba y le sonreía hasta conseguir que ella bajara la cabeza. Minutos después, cuando el color desaparecía de sus mejillas, era ella la que iniciaba la siguiente ronda de miradas, con la diferencia de que yo no desviaba la mía, era incapaz. Aquellos ojos del color de la miel eran lo único que deseaba contemplar. Me hubiera perdido en ellos. De hecho... ¡Lo hice!

Uno de mis amigos le dijo algo al oído y ella me miró, incapaz de disimular de quién estaba hablando. Esperaba que el torpe de Julián no le hablara de mi fama de conquistador. No quería que se hiciera una idea equivocada de mí. Si bien era una fama que me había ganado a pulso, Julián tenía la gran habilidad de exagerar todo lo que contaba llegando a distorsionar las historias hasta convertirlas en una burda copia de la realidad. Cosas del sur. Julián dominaba esa técnica como nadie.

Los orígenes de mi «cuestionable» reputación se remontaban a pocos años atrás. Alguien, no importa quién, ni siquiera lo recuerdo, difundió una historia relacionada con un corazón roto en el que yo era el protagonista —el rompedor, claro está—. El relato debió contener detalles

escabrosos y algo sanguinarios —de esos que superan con creces las dimensiones creíbles, pero se creen—, y de esa forma empezaron a llegar las primeras miradas de desconfianza.

En un principio fui capaz de ganarme algún que otro voto de confianza, todavía resultaba fácil hacerlo, pero con la llegada de la segunda historia escabrosa, con corazón despedazado incluido, la etiqueta pasó a formar parte de mi nombre de por vida. Desde ese momento además de «el portugués» y «el carpintero», también fui el insensible que se hacía un bocadillo con el corazón de inocentes muchachas.

La etiqueta no me afectó demasiado, pero para evitar que el asunto fuera a peor me impuse una norma: todas mis conquistas debían ser fuera de Sejenas: en otros pueblos o ciudades cercanas; de esa forma los relatos quedaban lejos de casa. Las miradas eran menos intensas si el corazón lastimado pertenecía a una muchacha anónima de un pueblo vecino. Se soportaba mejor. Entre que llegaba y no llegaba el rumor...

Volviendo a Noelia. La miré fijamente y me di cuenta de que era la primera vez que deseaba a una mujer lamentando tener que despedirme de ella en poco tiempo; ella estaba de paso: unas pequeñas vacaciones. Aquella sensación era nueva para mí, desconocida. Nunca antes había sentido un cosquilleo como aquel en las piernas, en el estómago y en las palmas de las manos. Tampoco antes había sido capaz de permanecer en silencio conformándome con tan solo mirarla.

Ella era diferente, sin conocerla y sin tratarla, ya lo sabía. Puedo asegurar que aquella noche me enamoré de ella y lo único que me había regalado había sido el roce de su mano, miradas, sonrisas y un susurrado «¡Me llamo Noelia!».

Ese fue el principio de nuestra historia; el principio de cuatro años de más miradas, más roces de manos y un sinfín de gestos que alimentaron día a día nuestros jóvenes corazones.

El joven portugués, el carpintero, el que robaba corazones allá por donde iba, se acababa de enamorar perdidamente de una gran mujer y... ¡Qué mujer!

Hoy, nueve años después de aquel 21 de septiembre, el día en que se acabó nuestra historia, el día que morí, sigo recordando cada instante que viví junto a ella como si hubiera ocurrido tan solo unas semanas atrás.

6

Noelia cerró el libro con brusquedad, la misma con la que vació el contenido de su estómago cuando, con un gran esfuerzo, consiguió llegar hasta el baño. La visita de Marta la había alterado; justo cuando se había decidido a empezar la lectura había aparecido. Debería haber esperado a estar más calmada. Nada más salir por la puerta se había lanzado a leer el primer capítulo y quizá se había precipitado.

Le llevó un tiempo recomponerse y hacer desaparecer el temblor que envolvía su cuerpo. Apenas unas horas antes su única preocupación era el número de días que le quedaban por delante hasta poder incorporarse al trabajo, la acogida que tendría por parte de sus alumnos y la labor que habría realizado su sustituta. Pero esas preocupaciones, en ese instante, le parecían insignificantes. Tuvo que llevarse la mano al pecho, en un intento de frenar el impacto, al pensar que su vida no iba a ser la misma después de leer ese libro.

Ya no le quedaban dudas de que detrás de todo aquello estaba Lago. Seguía sin entender de qué forma lo estaba, y cuál era la finalidad de escribir esa historia, pero que estaba detrás de todo aquello era más que obvio. ¿Quién era entonces Isaac Almeida? No podía ser el seudónimo de Lago. Aquel hombre existía, lo había comprobado. Tenía una vida, había visto su fotografía. Entonces... ¿Por qué había escrito aquella historia y qué conexión tenía con Lago? ¿Y con ella...?

Se acomodó de nuevo en el sofá. Tenía que hacer un esfuerzo por calmarse. Si iba a sumergirse en todas esas páginas tenía que adoptar otra actitud o acabaría enfermando. «Dolor» y «Lago» eran palabras, en ese momento, inseparables para ella.

Viajó con su mente al momento descrito en el libro. Se sorprendió de la velocidad con la que fue capaz de viajar hasta allí y del repertorio de imágenes que aparecieron en su cabeza con todo lujo de detalles. Parecía que el tiempo no hubiera transcurrido, a pesar de llevar años haciendo un esfuerzo por creer que todo aquello nunca había existido. Era más que evidente que el esfuerzo había sido fallido.

Núria y Sara habían planeado pasar aquel mes de agosto de 2002 en Sejenas, en la casa que perteneció a los abuelos de Sara, ya fallecidos. Apenas una semana antes, animaron a Noelia a que las acompañara. Al principio esta se negó, apenas conocía a Sara y no se sentía cómoda con la idea de pasar unos días en la casa de una desconocida, pero la insistencia de Núria acabó por hacerle cambiar de opinión. Si Núria, a la que conocía desde hacía muchos años, hablaba maravillas de Sara, merecía la pena hacer un esfuerzo.

Se reunieron unos días antes para planear el viaje y comentar todos los detalles. Los padres de Sara habían elegido otro destino para sus vacaciones, no tenían intención de aparecer por Sejenas, de esa manera las tres jóvenes disponían de todo el espacio para ellas solas, con todas las ventajas que eso suponía.

Noelia recordó el instante en el que vio llegar a Lago. Por un momento pensó que la reacción de su corazón, amenazando con salirse del pecho, se debía a las altas temperaturas, pero solo fue por un momento. La imagen culpable de su reacción era la de un hombre ataviado con botas de

motorista —sin moto y con cuarenta y tantos grados de temperatura en la calle—, pantalones vaqueros y una camiseta algo desgastada. La amenaza de su impactado corazón se agravó cuando se detuvo frente a ella.

A Noelia le llamó la atención su nombre, pero no estaba dispuesta a mostrar su sorpresa. En un intento de disimularla le ofreció la mano. Todavía, tantos años después, no entendía por qué lo había hecho. Serían los nervios de ver a un hombre tan guapo, o quizás el único tan guapo que había tenido tan cerca.

Evocar la imagen de Lago le hizo dibujar una sonrisa sin apenas ser consciente de ello. Aquella imagen había permanecido oculta en algún rincón de su mente durante muchos años, sin embargo, apenas le costó liberarla y darle vida de nuevo. Manteniendo la sonrisa se centró en evocar la imagen de sus ojos azules, siguiendo por su cabello ondulado —de un castaño pálido—, y de su nariz: demasiado respingona para unos rasgos masculinos muy acusados; su mandíbula y su barba eran responsables de ello.

Aquella noche, en la plaza principal de Sejenas, rodeada de un grupo de personas que no dejaban de hablar, apenas fue capaz de participar en alguna conversación. Asentía con la cabeza o sonreía cuando intuía que algunas de aquellas frases iban dirigidas directamente a ella, bien en forma de interrogación o bien en forma de comentario. Solo tenía en mente la presencia de Lago. Él no dejaba de mirarla y, aunque al principio se sintió intimidada, tardó poco en disfrutar del juego de miradas que él le ofrecía. Esperaba que en cualquier momento se dirigiera a ella para iniciar una conversación, aunque fuera de esas banales en las que nunca se suele salir muy victorioso, pero no lo hizo. Tardó algún tiempo en comprender que Lago nunca ofrecía nada que pudiera resultar banal.

Uno de sus amigos, Julián, reparó en su interés por Lago. Se acercó a su odio y le aconsejó que fuera prudente con el destinatario de sus miradas debido a su fama de mujeriego. Noelia no consiguió interpretar si el tono de voz empleado estaba cargado de maldad o de humor, aunque tampoco le importó. ¿Qué podía importarle si era mujeriego no? No era su intención casarse con él, solo pretendía disfrutar al máximo de aquel viaje; tenía la sensación de que un día en sus brazos sería una buena manera de hacerlo.

Noelia suspiró al recordar aquel instante. Con la mirada perdida, fue palpando con la mano en el sofá hasta localizar el libro. Debía continuar con la lectura. Sabía lo mucho que le iba afectar hacerlo, pero no podía optar por esperar a estar preparada, eso le llevaría una eternidad.

Inició la lectura. En aquellas páginas no faltaba detalle alguno de su encuentro. El que escribió esa novela conocía bien lo que aquel verano había ocurrido entre ellos. Se preguntó qué final había escogido el autor para aquella historia. Solo había una forma de averiguarlo. Aquella solo era una de las muchas preguntas que se hacía, esperaba encontrar todas las respuestas.

De nuestros labios impuros.

Capítulo II

Provincia de Jaén. 8 de agosto de 2002.

Los músicos subieron al escenario lentamente —ya tenían una edad—. Observé muy atento la escena conteniendo la respiración. A pesar de todas las pruebas que habíamos realizado, tenía miedo de que algo fallara y mi obra, mi primer trabajo de grandes dimensiones, se partiera en dos. Mi mente me jugó una mala pasada haciéndome imaginar la tragedia. Debo confesar que lo correcto habría sido sentir angustia por los pobres músicos, o por la decepción que habrían sentido todos los allí presentes al tener que renunciar a su ansiado baile estival; pero lo único que me preocupaba era todo el trabajo que tendría por delante y que me impediría seguir observando a Noelia.

Los primeros acordes de una canción, muy popular en los años ochenta, dieron por inaugurada oficialmente la semana de fiestas que, entre otros eventos, incluía exposiciones de fotografía, competiciones deportivas, juegos para los más pequeños y alguna competición gastronómica, donde el protagonista era nuestro mejor tesoro: el aceite de oliva.

Mis amigos estaban dedicados en cuerpo y alma —con todos los sentidos centrados y bien centrados— a encandilar a Sara y Núria. Intercambié con ellos unas pocas miradas, lo suficientemente expresivas como para que entendieran que Noelia quedaba fuera de su objetivo. Era parte de nuestro amplio código de honor y lealtad; un tipo de lenguaje que habíamos desarrollado tras años de amistad y que raras veces nos conducía a un malentendido.

Julián se acercó a mí pidiéndome una explicación que justificara mi actitud pasiva. No entendía la razón por la que todavía no me había acercado a Noelia. «Nos impides actuar, pero tú tampoco haces nada», debió pensar. No le contesté, me limité a fulminarlo con la mirada y no tardó mucho en volver a sus labores. La presencia de Noelia me había convertido en piedra, en un mero espectador. No era de extrañar que mi amigo, conociéndome como me conocía, no diera crédito a lo que veía.

Nos movimos alrededor de la plaza acercándonos a la barra improvisada de bar desde la que se dispensaban bebidas. El sofocante calor hizo que gran parte de los asistentes buscara alivio alrededor de la barra con el objetivo de conseguir un vaso lleno de cualquier líquido; mientras tuviera hielo en abundancia no importaba su contenido.

Me fijé en la tabla de madera que ejercía su función de barra. La habían colocado con muy poca gracia y menos cerebro. Aquello sí que representaba un verdadero peligro; podía partirse en dos partes, y en quince, en cualquier momento. Me encogí de hombros y aparté el pensamiento. ¡Total, yo no la había construido!

A nuestro grupo se unieron varias personas, entre ellos Jorge, un buen amigo también, que tardó pocos minutos en captar la atención de Núria, dejando a Manu fuera de combate y empujándolo a

desaparecer minutos después. Lo hizo lentamente, luchando porque nadie reparara en su huida y así poder salir medianamente triunfante de un nuevo intento de conquista frustrado. Cerré los ojos al presenciar la escena. No pude evitar, una vez más, sentir compasión por él. A pesar de estar acostumbrado, el brillo en sus ojos me indicó que estaba dolido y decepcionado. ¡Pobre Manu! Con las ganas que tenía él de alardear de alguna conquista. ¡Una! Tampoco pedía tanto.

Había perdido a Noelia de vista. La busqué sin éxito entre «la multitud». Algunos conocidos se acercaron a mí, pero apenas les presté atención: lo justo para que no me tacharan de antipático. Ni siquiera las alabanzas hacia la construcción de mi escenario me hicieron dedicarles tiempo. Se creó un conflicto entre mi ego y mi interés por Noelia, pero ganaron las ganas de localizarla. Durante la búsqueda que duró varios minutos, sentí una extraña sensación vinculada a la angustia de una pérdida, al dolor de una despedida. Me sorprendí una vez más por sentir aquel tipo de emociones. Eran desconocidas y... ¡descabelladas! ¡Si ni si quiera la conocía!

Por fin la localicé. Estaba sola, frente a la orquesta, con un vaso de plástico en la mano. Me cansé de llevar ese absurdo traje pétreo. Era el momento de deshacerme de él y pasar a la acción. No quería volver a perderla de vista.

Me acerqué despacio y me situé justo detrás de ella.

—¿Tienes intenciones de escuchar todo el repertorio? —le pregunté al oído refiriéndome a la orquesta y apoyando ligeramente mi cabeza en su hombro.

Se dio la vuelta lentamente. Esta vez no había sonrisa.

—La verdad es que... —Miró a la orquesta sopesando qué debía contestarme.

—Entonces vamos, te enseñaré el pueblo. —No la dejé terminar su frase. La cogí de la mano arrastrándola por toda la plaza hasta que salimos a un callejón trasero poco transitado. A decir verdad, no había ni un alma.

El brusco movimiento hizo que se le cayera el vaso. Se inclinó para recogerlo, pero se lo impedí tirando más fuerte de ella. A juzgar por su grito, deduje que parte del líquido había aterrizado en sus sandalias —un puñadito de tiritas de colores que a duras penas cubrían sus dedos—, y también deduje que los tirones no le gustaban mucho.

Me siguió sin más opción, resignada. Cuando el sonido de la música empezó a escucharse lejano, tiró con fuerza de mi mano y se detuvo. Se pasó la mano por el vestido expulsando los restos de líquido. Me había equivocado, no eran sus sandalias las víctimas del contenido del vaso. Se cruzó de brazos en señal defensiva: muy, pero que muy defensiva.

—¡No me has dejado contestar! —me dijo con el ceño fruncido.

—¿Qué habrías contestado?

—Que... ¡Que no! Que no iba a escuchar todo el repertorio. —Se esforzó en parecer segura.

—Entonces he hecho bien.

—Es posible, pero tenías que haberme dejado contestar —Me miró desafiante—. Pregúntamelo ahora —ordenó.

Al ver su expresión tuve ganas de reír, pero me contuve consciente de que empeoraría la situación.

—¿Vas a escuchar la orquesta hasta que termine? —le pregunté con desgana—. Tengo entendido que les ha salido a buen precio y el repertorio incluye unas treinta canciones, con tres descansos de quince minutos incluidos.

—¡No! Quiero que me enseñes el pueblo. —Seguía empeñada en parecer segura y enfadada, pero yo atisbé una amenaza de sonrisa.

Me apoderé de su mano resoplando. No opuso resistencia. Me siguió en silencio.

—Te llevaré a un lugar que te gustará. Pero hoy solo podrá ser un lugar.

—¿Por qué? ¿Tienes prisa? —preguntó desafiante.

—No, pero mientras llegamos, te beso, te vuelvo a besar y regresamos... Se nos va la noche — respondí sin dejar de caminar.

Si se sorprendió de lo que le dije no lo demostró. Esperaba que estirara de mi brazo, que me insultara o que me dijera que quería volver a la fiesta, pero no fue así. Deseé darme la vuelta para ver su expresión, pero no lo hice por miedo a que cambiara de opinión.

Durante el corto trayecto que anduvimos cogidos de la mano, se instaló en mi cuerpo un pequeño y placentero cosquilleo que no me abandonó hasta... ¿hasta cuándo? No soy capaz de ponerle fecha, pero sí sé que aquello se convirtió en una huella que cada segundo que viví a su lado fue ahondando más y más en mí: en mi ser, en lo que yo era entonces. Lamentablemente, en lo que un día dejé de ser.

8

Noelia sonrió por primera vez desde que sostuvo el libro en sus manos. Conocía perfectamente como continuaba la historia, aunque recordarla a través de los ojos de Lago, era una experiencia mucho más impactante. Suspiró. Apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y fijó su mirada en un punto cualquiera del techo a la vez que trasladaba su mente a aquel mágico instante. Aquel primer paseo...

Durante gran parte de aquella noche había esperado paciente a que él se acercara y rompiera la distancia que había impuesto. Cuando se produjo, supo que sería capaz de hacer cualquier cosa que él le propusiera.

Se detuvieron frente a una casa con la fachada de piedra. Él accionó un mando que sacó del bolsillo y esperó a que se abriera una gran puerta de garaje.

Noelia miró con curiosidad en el interior: un coche, dos motos y dos bicicletas.

Cuando él salió arrastrando la moto, con un casco bajo el brazo, ella le preguntó:

—¿Vamos en moto? —Observó que había escogido la que ella consideró más apta para el campo. Sus conocimientos sobre motos eran escasos, pero suficientes para entender que la otra era de gran cilindrada, más apta para carretera.

—¿Tienes miedo? —preguntó él tendiéndole el casco.

Noelia alargó la mano para aceptarlo y negó con la cabeza.

—¿Y el tuyo? —comentó con una mueca—. ¿Tú no te pones casco?

—Solo llevo casco cuando salgo fuera de Sejenas.

—Pero... ¡podrías caerte y golpearte en la cabeza! —afirmó Noelia observando el casco con curiosidad. A Lago no le pasó por alto que no estaba muy familiarizada con él por la forma en la que lo sujetaba. Se acercó a ella y se lo arrebató de las manos bruscamente.

—Te preocupas por mí. Eso significa que ya has empezado a quererme. —Encajó con fuerza el casco en la cabeza de Noelia privándose de su expresión perpleja.

Abandonaron las calles asfaltadas para adentrarse en un estrecho tramo de camino empedrado. Noelia se apoyó en su espalda. No dejaba de pensar en las palabras que él había pronunciado. A pesar de la oscuridad, no sentía miedo. Ni siquiera el sonido ensordecedor que producía aquel vehículo le molestó.

Lago se detuvo al final de un viejo puente de piedra. Noelia miró a su alrededor y cogió aire con fuerza. A pesar de ser caliente y desagradable, el aroma que transportaba no lo era. Le recordó a madera y a hierba quemada.

—No te separes de mí. Tenemos que bajar hasta ahí. —Señaló algo que Noelia no podía ver. Sintió escalofríos al observar el abismo oscuro hacia el que se dirigían y el silencio sepulcral que les acompañaba.

El pequeño reflejo de la luna fue suficiente para que Noelia pudiera distinguir lo que, a simple vista, podía tratarse de un estanque o un lago. En medio de aquella oscuridad era muy difícil calcular la distancia. En cualquier caso era excesiva teniendo en cuenta el tipo de calzado que ella llevaba.

Conforme avanzaron, sin percance alguno, sus músculos se fueron destensando y pudo respirar aliviada. Lago lanzó una piedra al agua. El sonido que se produjo dejó claro que estaban muy cerca de la orilla y que la distancia no era tan grande como ella había creído.

En el último tramo descendieron sobre unas piedras planas y resbaladizas que le hicieron perder el equilibrio en más de una ocasión. Lago estaba pendiente de todos sus movimientos adelantándose a cualquier amenaza de caída que ella pudiera tener.

Él se sentó y le tendió la mano para que ella hiciera lo mismo.

—Es la cola de un río. Más adelante se une a otro. El seno del embalse —aclaró él al tiempo que observaba las dificultades de Noelia para recoger la falda de su vestido. Su objetivo era exponer la menor parte posible a aquellas piedras embarradas.

—¿Es un lugar especial para ti? —preguntó Noelia cuando consiguió sentarse a su lado y olvidarse de su vestido. Movi6 la cabeza en diferentes direcciones buscando algo que no fuera oscuridad.

—Solo cuando hay luna llena.

—Hoy no hay luna llena —afirm6 ella.

—Casi llena. No seas tan exigente.

Noelia se ech6 a reír antes de preguntar:

—¿Por qué es especial?

—Porque el tiempo aquí no existe. Si miras en esa dirección —dijo señalando la otra orilla—, y sigues hasta llegar hasta el final de ese barranco verás un paisaje por el que el tiempo no ha pasado. Si te concentras puedes imaginar desde un hombre de la prehistoria, un romano, un visigodo... hasta un puñado de tropas napoleónicas. Aquí ha habido mucho movimiento. Me gusta creer que todo está igual, que el tiempo no ha dañado este lugar, que todos gozaron de un paisaje parecido.

—Algún cambio habrá habido.

—Alguno, Noelia, alguno, pero ya te he dicho que le echas imaginación y que es eso lo que yo quiero creer. Me gusta sentir que el tiempo no existe. Anda, concéntrate. ¿Qué imaginas tú, Noelia?

—Tal vez si venimos durante el día pueda inspirarme. Ahora solo veo oscuridad.

Lago no dijo nada. La mir6 y le acarici6 la mejilla con el dorso de la mano. Noelia cerr6 los ojos. Nadie le había acariciado jamás de aquella forma. Era un gesto sencillo y, sin embargo nunca lo había sentido sobre su piel. Las sensaciones que le produjo tampoco eran proporcionales al tipo de caricia.

Lago se acerc6 a ella y mir6 sus labios. Ella sabía lo que iba a ocurrir, lo que no sabía es que algo así pudiera llegar a desearse con aquella intensidad casi dolorosa.

Noelia, con la mirada todavía clavada en el techo, dio un salto al escuchar el sonido de la puerta al abrirse. Pablo entr6 a toda velocidad, se acerc6 y la bes6 r6pidamente en los labios.

—Cariño, tengo que hacer de nuevo la maleta. En dos horas vuelo a Londres. —Desapareci6 en el pasillo d6ndole explicaciones de su apresurado nuevo viaje. Noelia solo logr6 escuchar palabras como «informe», «propiedad» y algún que otro improprio dedicado a uno de sus socios, probablemente el culpable de que tuviera que viajar de nuevo.

En unos minutos volvi6 a aparecer con una camisa en la mano, quej6ndose de lo mucho que odiaba tener que viajar en esas condiciones.

—¿Otra vez? Si acabas de llegar...

—Lo s6, cariño, prefiero no pensarlo demasiado. ¡Maldita sea!

—¿Cuándo vuelves?

—Volveré mañana por la tarde. Aún no sé a qué hora —Inspiró con fuerza antes de continuar

—:¿Cómo te encuentras?

—Bien, ya te lo he dicho antes, solo algo aburrida y desesperada —Omitió hablarle del paquete.

—Noelia, ya lo hemos hablado. ¿Quieres tomártelo de otra manera? ¡Ah! Llama a Marta para que vuelva a quedarse esta noche.

—Quieres tranquilizarte. No voy a llamar a Marta. Estoy bien, no necesito que pase otra noche conmigo.

Pablo volvió a desaparecer pronunciado unas palabras que no alcanzó a entender.

Pablo no comprendía su estado. No entendía por qué ella se mostraba tan impaciente por volver a su rutina diaria. Dejando a un lado las circunstancias por las que se había visto obligada a alejarse del trabajo, él consideraba que unos días de descanso no podían hacerle ningún mal, al contrario, estaba convencido de que habían sido muy beneficiosos para ella.

Lo que él llamaba «unos días» se traducían a cinco semanas prácticamente encerrada en casa, desplazándose tan solo unos pocos metros a lo largo del salón, recibiendo la visita de un fisioterapeuta que no dejaba de hablar ni un solo momento, y la de su amiga Marta, que nada más entrar por la puerta ya le advertía que solo podía dedicarle diez minutos; a excepción de las noches que se había quedado con ella para cubrir la ausencia de Pablo.

Solo cuando Pablo llegaba a casa, después del trabajo, conseguía dejar a un lado su aburrimiento y no consultar el reloj cada cinco minutos. Desde el accidente, él le dedicaba todo su tiempo, pero solo eran unas pocas horas y a Noelia no le parecía suficiente como para compensar todas las horas de entumecimiento mental que sufría el resto del día.

No estaba acostumbrada a romper su rutina y a pasar tantas horas inactiva. Hacía muchos años que había optado por mantenerse ocupada en todo momento. Era la forma más efectiva que había encontrado para evitar que su mente se asomara, aunque solo fuera de puntillas, a una etapa de su vida que quería olvidar a toda costa.

Su relación con Pablo se había iniciado poco más de dos años atrás. Tres meses después de conocerse ya compartían espacio. Ni fue el apartamento de Noelia ni fue el de Pablo: ambos eran poco espaciosos; optaron por alquilar uno mucho más grande y más céntrico. Todo estaba perfectamente calculado para facilitar las distancias al trabajo de ambos. Otra de las ventajas de su traslado, había consistido en desviar las galletas adictivas de la pastelería de Marta de su ruta hacia el colegio.

En la pareja que formaban Pablo y Noelia no existía exceso de pasión prácticamente por nada. Marta solía decirle que estaban hechos el uno para el otro porque los dos eran igual de «insípidos». Aunque le molestaba que los tachara de aburridos, debía reconocer que razón no le faltaba. Ni él ni ella mostraban excesivo interés por vivir alguna aventura más allá de su rutina. Las emociones, a poder ser controladas, y los riesgos mínimos o inexistentes.

Ambos se decantaban por una vida tranquila y acomodada en la que de vez en cuando —solo de vez en cuando—, se permitían asistir a algún encuentro organizado por los amigos o compañeros de trabajo de Pablo.

El cine, el teatro o alguna cena en un restaurante de moda, solían protagonizar el ciclo de salidas nocturnas que se permitían, siempre que fueran en fin de semana y que al menos hubiera transcurrido un tiempo prudencial entre una y otra. Dos semanas solía encajar en su concepto de tiempo prudencial.

Eran, por encima de todo, buenos amigos. Su convivencia era fácil y agradable. Ambos eran

organizados y muy pulcros en cuanto a los cuidados de su hogar. No había ningún objeto fuera de lugar: el orden imperaba en su hogar y en sus vidas. Una de sus aficiones favoritas, a la que dedicaban bastante tiempo, era estudiar las combinaciones de alimentos más saludables y realizar elaboradas recetas, ricas en todo lo que el organismo necesitaba diariamente para funcionar con la precisión de un reloj. El resto de sus vidas estaba escrito en una agenda; nada de improvisar —a la larga les creaba ansiedad—, alguna que otra conversación sobre política, cine, arte y, por supuesto, trabajo.

Noelia era maestra de educación primaria y Pablo economista. Ella le hablaba de las anécdotas que vivía, prácticamente a diario, con sus alumnos —niños de entre seis y ocho años—, y de todos los cambios que continuamente se producían en la enseñanza. Él le hablaba de mercados financieros y de operaciones fiscales. Ninguno de los dos estaba realmente interesado en el trabajo del otro; pero siempre solían escucharse, ¡eso sí!, respetando por encima de todo el turno de palabra.

Bajo las sábanas, aunque algo más de entusiasmo había, rara vez lo mostraban mediante encuentros improvisados. Tenían reservado un espacio en sus apretadas agendas y, hasta la fecha, no habían encontrado razón alguna para alterarlo. Pequeñas y siempre bien repartidas dosis de *pasión*, sin excesos; no consideraban que fueran buenos ni para la salud ni para el espíritu.

El día anterior, Marta la había acompañado a visitar al médico. Le habían retirado el vendaje sustituyéndolo por otro mucho más cómodo y ligero, que le permitía mayor libertad de movimiento. Desprenderse de aquel rígido vendaje era un gran paso, ¡todo un alivio!, pero no lo era tener que esperar más de diez días para reincorporarse al trabajo. Diez largos días por delante en los que debía abandonar el reposo absoluto y centrarse en caminar despacio y con frecuencia; así lo había expresado el profesional.

«¡Malditas escaleras!», se dijo Noelia al recordar la torpe caída que la había conducido a ese estado.

Se produjo al bajar del autobús en el que viajaba con sus alumnos. Regresaban de una excursión en la que habían visitado un parque natural. Noelia había estado tan pendiente del orden que debían mantener los jóvenes alumnos a la hora de bajar del vehículo, que no hizo un buen cálculo del número de escalones: se saltó, al menos, un par de ellos y su tobillo sufrió las consecuencias. Por suerte, la caída se había producido al finalizar la excursión, frente a las puertas del colegio, por lo que al menos se había llevado el recuerdo de un día soleado admirando los halcones que sobrevolaban el parque.

—Me sentiré mejor si llamas a Marta. Podrías caerte y...

—Paso la mayor parte del día sola —le recordó Noelia con un tono de reproche que no era el que quería mostrar—. ¿Qué sentido tiene que me acompañe por la noche cuando estoy dormida?

—Lo ha hecho estos días —protestó Pablo.

—Pero ha sido innecesario.

—Noelia...

—¡Está bien! La llamaré —le dijo con desgana, consciente de que estaba mintiendo.

Pablo desapareció de nuevo. Ella observó su silueta mientras se alejaba por el pasillo. Aquella interrupción de Pablo mientras recordaba su primer beso con Lago le produjo malestar. Estaba tan sumergida en esa parte de su pasado que tuvo que hacer un gran esfuerzo para volver al presente y centrarse en la figura de Pablo.

Presentía que aquello solo era el comienzo. Había luchado durante años por mantener aquella

parte de su vida sepultada, porque sabía que si no lo hacía el peso de la misma sería suficiente para arrasar con todo lo que tenía. Los primeros síntomas de la tormenta ya habían aparecido. Unas pocas páginas y unas pocas imágenes en su cabeza, fueron suficientes para no ser capaz de mirar a Pablo a los ojos cuando se despidió de ella. No pudo enfrentarse a su mirada: le aterraba descubrir que no le importaba lo que pudiera ver en ella.

A cambio le ofreció una sonrisa forzada y unas breves palabras de despedida en las que omitió el «te voy a echar de menos» ya casi tradicional entre ellos cuando se separaban por un viaje de trabajo.

La visita de Marta y de Pablo habían conseguido que el nudo de su estómago se deshiciera, pero solo había sido porque se había esforzado en apartar de su mente el libro para poder enfrentarse a ellos sin que repararan en todo lo que se estaba cocinando en su interior. Necesitaba leer más, solo un poco más antes de llamar a Marta.

9

De nuestros labios impuros. Capítulo IV

Provincia de Jaén. 8 de agosto de 2002.

No me equivoqué al pensar que su boca sabría a fruta, a caramelo, a chocolate, a tierra mojada y a historia.

Ni siquiera fue un gran beso: solo fue la curiosidad de sentir la textura y el sabor de aquellos labios. Apenas duró unos segundos. Noelia me miró y sonrió. Estaba ensimismada. El brazo en el que apoyaba su cabeza se negó a seguir haciéndole de soporte. No sé cómo ocurrió, pero su cuerpo hizo un movimiento extraño buscando el equilibrio perdido.

Era tan poco romántico, tan torpe, tan inoportuno, que estallé en carcajadas.

Ella me miró ofendida. Se quedó tumbada en la misma posición que había quedado y tardó poco en volver a sonreír.

Me acerqué a ella y la besé de nuevo. Me acogió con tanta dulzura que por un momento pensé en abandonar el beso y abrazarla hasta dejarla fundida en mí, pero no era el momento de hacerlo.

Fue solo un beso, no puedo describir nada que no hubiera hecho antes. Sus labios, mis labios, su lengua, la mía, su aliento... Pero sí puedo afirmar que jamás antes había sentido algo parecido.

Nunca me atreví a contarle a Noelia la imagen que apareció en mi mente en el momento que nuestros labios se unieron. No quise enturbiar el recuerdo de nuestro primer beso.

Fue la imagen de un hombre siniestro frente a una bella mujer —la había visto en una película—. El hombre se acercaba para besarla. Tras separar sus labios, de la boca de ella, sin apenas tiempo para reaccionar, salía una mancha oscura, una hilera similar a un enjambre de abejas que iba a parar directamente a la boca de él. Él era el diablo, que con su engañoso beso, le acababa de robar el alma a la pobre muchacha.

Así me sentí yo, como si Noelia me hubiera robado el alma, o parte de ella, succionándola a través de sus labios. En ese instante sentí que le pertenecería y puedo afirmar que..., puedo asegurar que... ¡Sería para siempre!

Despojado de esa parte de mí ser, volví a tumbarme. Ella me imitó. Necesitaba saber tantas cosas de ella que no dudé en preguntárselas... ¡Todas!

—Me gustaría saber más de ti. ¿Contestarías a mis preguntas?

—Prueba —me retó al tiempo que jugaba con mi mano.

—¿Por qué has venido a Sejenas? ¿Cuántos años tienes? ¿A qué te dedicas? ¿Cuál es tu mayor afición?

Me miró fijamente y no dudó en sus respuestas.

—No tenía mejores planes. Veintidós. Estudiante de música. Tocar el piano.

—¿Sabes tocarlo? —le pregunté impresionado.

—Algo sé —dijo sonriendo.

Su respuesta no me convenció. Algo me decía que debía tocar aquel instrumento como los ángeles.

—Si fueras una nota musical, ¿cuál serías?

Ella rió y me miró con curiosidad.

—Nunca me lo había planteado. Digamos que sería... Sol.

—¿Por qué?

—Por el sol. Ya sabes: la gran esfera —me aclaró con gesto inocente.

—¡Qué simple eres! —le dije conteniendo la risa. Ella se incorporó y se giró de medio lado con la boca abierta—. Esperaba algo más bonito, más simbólico. ¡Seguro que puedes!

Noelia sonrió y me besó en la mejilla. Creo que ya empezaba a conocer mi particular sentido del humor. Apoyó su cabeza en mi pecho.

—Está bien —Se tomó un tiempo para pensar—. Si tengo que elegir una nota musical por su historia elegiría... —prolongó la última vocal—: la.

—¿Por qué la? ¡Cuéntame esa historia!

—¿Quieres hablar de la historia de las notas musicales? —preguntó extrañada.

—Noe —Fue la primera vez que la llamé de aquel modo. No me corrigió—, hagamos una cosa. Hazme las mismas preguntas que te he hecho yo a ti. Venga, hazlo.

Dudó un instante. Me escudriñó con la mirada y al final se decidió a hacerlo:

—¿Por qué estás aquí? Años, profesión, aficiones...

—Nací aquí, boba. Esa te la podías haber saltado —la escuché reír—. Veinticuatro, casi. Carpintero. Y... donde yo quería llegar: ¡me apasiona la historia! Forma parte de mí, de todo yo.

Llamé su atención. Me miró. Por su gesto deduje que había entendido mi interés por la historia de las notas.

—Te gusta la historia... —Hizo una breve pausa antes de continuar—. El nombre actual de las notas musicales se le atribuye a un monje benedictino, allá por el siglo XI —Se esforzó porque su tono de voz y su lenguaje llamaran mi atención—. El nombre está inspirado en las sílabas iniciales de un himno en latín dedicado a San Juan Bautista. La primera nota se llamó «ut» durante siglos, pero después se transformó en do. La última estuvo muchos años sin bautizar pero finalmente la llamaron si —Sonrió al ver que tenía toda mi atención. La invité a seguir con un gesto que hice con la mano—. La nota que nos interesa, la, corresponde a la sílaba inicial de uno de sus versos: *Labii reatum*.

—¿Y qué significa?

—Es parte de otro verso, en sí no tiene un significado si no es por...

—Más o menos... —interrumpí impaciente.

—Viene a hablar de..., es una plegaria en la que pide perdón por lo que puedan expresar «sus labios impuros». Es una forma de...

—Labios impuros... —repetí conmovido—. ¡Me gusta!

—En realidad no es un significado exacto, la traducción...

—Da igual, ya te he dicho que me gusta. Me quedo con ella —Volví a interrumpirla—. ¿Y las otras notas?

—Son versos de contenido religioso. He elegido la, porque... me ha parecido el más sugerente ya que...

—¡Has hecho bien! Pero... ¿Qué hacia un monje de ese siglo hablando de labios impuros? —le pregunté bromeando. Mereció la pena escuchar sus carcajadas.

Me puse en pie y tiré de ella hasta que la tuve frente a mí. La besé. Me entregué a ese beso con la devoción que merecía aquel lugar. El lugar donde el tiempo se detenía, o el lugar donde el

tiempo nunca existió. Saboreé sus labios impuros, como los del verso.

—Vamos, lady La, ¡es tarde!

Noelia se echó a reír con el nombre que utilicé. Con el tiempo se acostumbró a él.

10

Antes de seguir leyendo, Noelia se preparó un té. Había pasado más de diez minutos al teléfono ofreciendo a Marta argumentos para convencerla de que estaba bien y no era necesario que pasara la noche con ella. Había escogido las palabras con mucho cuidado para que no se sintiera molesta por su decisión.

Pablo, al parecer, no estaba muy seguro de que Noelia cumpliera con su palabra, de ahí que decidiera poner en situación a su amiga. No era propio de él mostrarse tan protector con ella. Solía respetar sus decisiones y pocas veces las cuestionaba. Aun así, no podía reprochárselo, era una señal clara de que se preocupaba por ella. Decidió no comentarle nada al respecto.

En otras circunstancias hubiera estado encantada de recibir la visita de Marta. En las últimas semanas cualquier contacto con el exterior, a poder ser humano, era de agradecer, pero la llegada del libro había dado un giro a sus prioridades.

Un libro de ese tamaño le hubiera llevado unas pocas horas leerlo, quizá cuatro o cinco, pero no era el caso. Todas las emociones que despertaba en ella eran imposibles de canalizar sin hacer pausas de vez en cuando. Dependiendo de la parte de la historia necesitaba más o menos tiempo. Tenía mucha curiosidad por conocer el contenido de aquel libro y llegar al final, pero no tenía las fuerzas para hacerlo sin descansar. En esos descansos encontraba las dosis de fuerza que necesitaba para seguir sumergiéndose en esa parte de su pasado.

No solo se detenía para recobrar fuerzas, también pasaba tiempo perdida en su cosecha de recuerdos. Algunos pasajes no aparecían en la historia, seguramente porque era imposible recordarlo todo con tanto detalle. Algunos habrían quedado más grabados en la mente de Noelia que en la de Lago.

Seguía preguntándose quién lo habría escrito. ¿Lago se lo entregó a ese tal Isaac? ¿Sería un diario robado? Si era así, ¿por qué enviárselo con una dedicatoria? ¿Lago pretendía algo con ello? ¿Qué significaba el mensaje en una botella?

En los últimos años, alguna vez, solo alguna, se había atrevido a pensar en él preguntándose qué habría sido de su vida, incluso si... estaría vivo.

Apartó esos pensamientos, la sola mención de la muerte relacionada con Lago le impedía respirar con normalidad.

Se dejó caer en el sofá. De nuevo, el libro entre sus piernas.

Releyó el último capítulo leído deteniéndose en las frases que más le habían alterado.

«Lady La», pensó. Solo a Lago podían ocurrírsele ese tipo de nombres.

Durante el trayecto en moto, de vuelta al pueblo, no dejó de pensar en ese nombre. Se reía sin parar. Lago le preguntó el motivo de su risa. Noelia alzó todo cuanto pudo la voz para contestarle, el sonido de la ruidosa moto le impedía hablar con normalidad.

—Me estoy acordando del nombre que me has puesto. ¡Eres único!

De repente Lago aminoró la velocidad hasta detener la moto. Ella se sorprendió. ¿Sería por lo que había dicho? Debía haber un motivo de peso para detenerse en aquel lugar rodeados de

olivos: una carretera oscura que era mejor dejar atrás cuanto antes.

Lago se bajó y la bajó a ella impulsándola por la cintura.

—Repítelo —ordenó él con un brillo especial en los ojos.

—Yo... so... solo he dicho... —farfulló—. ¡Eres único!

—El único —puntualizó él recalcando las palabras—, el único. Te faltaba un artículo.

Noelia sonrió aliviada. Temía haber dicho algo que le hubiera molestado.

—Él único —susurró esforzándose en cargar de sensualidad sus palabras. No paso desapercibido para él que no tardó en sonreír satisfecho.

—¿Seguro?

—¿Qué quieres decir?

—¿Hay alguien en Madrid? —le preguntó observando la expresión perpleja de Noelia.

—Para empezar vivo en Barcelona y no, no hay nadie. ¿Cómo podría haberte besado si lo hubiera?

—Disculpe Lady La, pensaba que venías de Madrid.

—Entonces no has estado muy atento a lo que hablábamos con tus amigos.

—Solo estaba pendiente de mirarte —Giró la cabeza—. ¿Te gusta este lugar?

—¿Todos estos olivos? No sabría decirte. Está oscuro, pero tampoco veo un paisaje... especial.

—Pues lo es —Se situó detrás de ella y la abrazó por la cintura—. Debajo de esta tierra hay mucha sangre derramada.

Noelia levantó un pie por inercia y se giró para coincidir con su mirada. Él sonrió antes de continuar:

—Batallas que forman parte de la historia. Soldados que dejaron su vida bajo este olivar.

—Eso suena muy poético.

—No, mi querida niña, no voy por ahí. Te hablo de historia. De la vida de personas que una vez estuvieron en este mismo lugar aunque con propósitos muy distintos.

Noelia cerró los ojos.

—¿Qué debo imaginar aquí? —Noelia se esforzó por participar en aquel juego, al parecer el preferido de Lago.

—Soldados españoles luchando contra tropas napoleónicas.

—¿Quiénes eran los buenos?

—Ni bueno ni malos —sonrió—. Es historia, pura historia. Me limito a aprender de ella, a conocerla y a respetarla. ¿Quién soy yo para juzgarla?

—¿Te decepcionaría si te dijera que solo soy capaz de sentir calor y un fuerte olor a... madera quemada?

Lago rió con ganas.

—No, lady La, no me decepciona. Cada uno es como es. Si no das para más —Le guiñó un ojo sonriendo. Las carcajadas llegaron cuando la vio fruncir el ceño y golpearle en el brazo—. Con el tiempo sabrás distinguir el olor del tomillo y del romero. ¡Madera quemada...! ¡Ay, esta chica de ciudad!

Noelia sintió nostalgia al leer aquel fragmento. Aquel día no fue capaz de imaginar la batalla de la que él le hablaba. Sin embargo, en ese mismo instante, tantos años después, tras sumergirse en las páginas de aquella «extraña» novela, sí que era capaz de cerrar los ojos y ver a aquellos soldados, doscientos años atrás, en plena batalla, armados con mosquetas, espadas, fusiles... Unos marchando victoriosos, otros dejando parte de su sangre y su vida en aquella bendita tierra.

Algo la unía a aquellos soldados. Noelia también luchó con todas sus fuerzas. Perdió la batalla y, aunque no derramó sangre, parte de su alma quedó enterrada en aquella tierra con aroma a tomillo y a romero que tanto amó. La misma alma que le había entregado a Lago el día que la besó por primera vez.

11

De nuestros labios impuros. Capítulo VI

Provincia de Jaén, 9 de agosto de 2002.

Después de nuestra pequeña excursión y de mi primer intento de que Noelia fuera consciente de la tierra que pisaba, nos dirigimos a Sejenas. Bordeé la plaza y me detuve en un lateral. No había ni rastro del grupo de personas con las que habíamos estado horas antes. Aunque no había consultado mi reloj, sabía que la fiesta en la plaza ya formaba parte de la historia y que no íbamos a encontrar más que a los que son incapaces de llegar a casa por su propio pie, o a los que recogen los restos de las evidencias de que allí se ha celebrado algo. Pero a mí me interesaba especialmente comprobar que el escenario seguía en pie.

Así fue. Los músicos recogían sus bártulos sobre el escenario y yo suspiré aliviado. La noche no podía ser mejor: mi obra intacta, y la mujer de mi vida abrazándome la cintura con su cabeza apoyada en mi espalda. Aún puedo sentir el calor de su aliento en ella.

La magia del momento fue interrumpida por Julián que me llamó para decirme algo importante. Es que no se podía tener un amigo más atento.

—Tus amigas se han ido a casa. Te han dejado la llave en la ventana —repetí la información que me dio Julián.

—¿En la ventana? —Noelia, sin esperar mi respuesta inspiró con fuerza antes de añadir—: ¿Por qué no me han llamado?

—Hemos estado un buen rato sin cobertura —Me encogí de hombros—. Podría ser esa la explicación.

Noelia comprobó que había recibido dos llamadas de Núria. Asintió con la cabeza para apoyar mi teoría. No hacía falta conocerla demasiado para saber que se sentía culpable por haber desaparecido sin avisar.

Fuimos hasta el garaje. Le dije que sería mejor recorrer a pie la pequeña distancia que había entre mi casa y la de Sara.

Cuando nos disponíamos a caminar en esa dirección la cogí del brazo para que se detuviera. La besé suavemente en los labios y la sorprendí con mi petición.

—¡Quédate conmigo! —Se lo pedí acariciándole la mejilla con el dorso de la mano.

—Creo que es mejor que vaya a dormir con mis amigas. —Inició la marcha, pero la detuve de nuevo.

—No me refiero solo a esta noche, Noelia. Quédate conmigo toda la vida. —Esas palabras surgieron de lo más recóndito que había en mí.

Noelia abrió mucho los ojos.

—Lago... apenas nos conocemos —susurró sin dejar de mirarme.

Mantuvimos la mirada. Le sonreí y volví a acariciarle la mejilla. No quería asustarla, así que

cambié mi propuesta.

—Quédate esta noche. —No estaba acostumbrado a suplicar y me tembló la voz.

—No estaría bien hacer algo así.

—¿No lo deseas? —La presioné, consciente de que ella también lo deseaba.

—Sí. Bueno... no, o sí... —Suspiró—. No sé qué decirte. Es algo precipitado.

—Si lo deseas, ni está mal ni es precipitado. Son tus deseos, se trata de ti. Solo quiero que duermas conmigo, nada más.

—¿Solo dormir? —Pareció entusiasmada con esa posibilidad.

—Solo dormir —Aunque no lo estaba me esforcé por parecer seguro.

Tras unos cuantos minutos que me parecieron días, me respondió:

—Está bien, pero tengo que comunicarme con mis amigas.

—¿A estas horas?

—Le enviaré un SMS a Núria.

Con un movimiento rápido tecleó en su móvil demostrando mucha destreza. La observé sorprendido, esa forma de comunicación todavía no había llegado a mi vida; apenas hacía un año que tenía teléfono móvil y solo lo utilizaba para que mis clientes pudieran localizarme en caso de emergencia: una pata rota de una mesa, una puerta que no cerrara herméticamente, un cajón atascado... Ese tipo de emociones de emergencia que me proporcionaba mi trabajo.

La guié hasta la casa contigua, explicándole que donde habíamos estado solo había un garaje y la carpintería y que estaba separado de la casa donde vivía.

Apenas hablamos. Mientras la guiaba directamente hasta mi dormitorio sin detenerme, le anuncié que al día siguiente le enseñaría toda la casa con más calma.

Nada más entrar empecé a desvestirme. Ella me observó en silencio sin saber qué hacer.

Me moría por besarla y tocarla, pero debía cumplir con mi palabra.

Ella se desnudó despacio hasta quedar solo cubierta por la ropa interior. Yo observaba con naturalidad cada movimiento que hacía para que se sintiera cómoda y confiara en mí. No quería que pensara que en cualquier momento iba a romper mi palabra y me iba a abalanzar sobre ella. De haber sido así, estaba convencido que además de decepcionarla se hubiera marchado.

Observé que la seguridad y control que mostraba en sus movimientos no eran reales. ¡Estaba nerviosa! El ligero rubor de sus mejillas y el temblor en su mano, la delataron. Continuó con su esfuerzo por mostrarse de ese modo y se tumbó en la cama, de medio lado.

Era tan bonita vestida como desnuda. Le sonreí, le acaricié la mejilla con una exasperante lentitud y le di las buenas noches antes de apagar la luz.

Fue la primera noche que pasamos juntos. Cerré los ojos, ilusionado por tenerla a mi lado y por saber que despertaría junto a ella.

A la mañana siguiente me desperté antes que ella y me dediqué a observarla. No podía dejar de mirarla.

«Labios impuros...», pensé.

No hacía ni veinticuatro horas que la conocía y ya tenía claro que la quería en mi vida para siempre. El concepto de tiempo aparecía una y otra vez cuando estaba con ella; a pesar de mis deseos de querer vivir sin pensar ni creer en él. Estaba claro que era ella. Solo ella era capaz de poner mis más profundas convicciones del revés.

Se despertó. Lo primero que hizo fue sonreírme. Me burlé de su cabello. Estaba tan alborotado que apenas podía verle la cara. Me confesó lo mucho que lo odiaba y yo le confesé lo mucho que me gustaba.

Salimos de la cama y desayunamos. No hubo besos ni caricias ni abrazos. Bebimos muy despacio el café recién hecho.

Le pedí que me hablara de su familia y así lo hizo, aunque no parecía muy cómoda. Unos padres completamente centrados en su trabajo de los que se había distanciado hacía algún tiempo. Ellos tenían una vida y Noelia otra. Pocas veces coincidían. La comunicación con ellos se reducía a alguno de esos mensajes —los mismos que intercambiaba con sus amigas: los SMS—, en los que su madre solía preguntarle *¿Todo bien, cariño?* Y ella respondía con un *¡Todo bien!* Omití lo que pensaba de aquel tipo de comunicación, por el tono de voz que empleó Noelia, supe que había decepción, a borbotones, en sus palabras.

La escuché sin perder detalle de sus gestos. Sostenía la taza con ambas manos mientras hablaba. Por delicado que fuera el tema no dejaba de sonreír.

Algo me dijo que aquella preciosa mujer tenía que formar parte de mi vida porque a su lado la iba a disfrutar de verdad.

Parecía una locura. Unas pocas horas con ella, unos pocos besos, alguna caricia y ya sentía que estaba dentro de mí. El tiempo de nuevo se imponía. ¿Cómo explicarlo? Simplemente lo sentí de esa manera. Así de rápido y así de profundo.

No soportaba la idea de despedirme de ella dos semanas después, las que había comentado que iba a estar en Sejenas. ¡No! Eso no podía suceder. Algo se me tenía que ocurrir.

12

Noelia se despertó sobresaltada en mitad de la noche, había escuchado un sonido que le pareció inusual a esas horas de la madrugada. ¿O había sido un sueño?

Se incorporó en la cama sintiendo el latido del corazón golpeándole fuertemente en el pecho. Se levantó despacio y se dirigió al salón, atenta a cualquier objeto fuera de lugar que justificara el despertar brusco que había tenido. ¡Nada! ¡Silencio!

El único sonido inusual provenía de su subconsciente. La vuelta de Lago, de aquella manera tan particular, había desatado en ella un cóctel de emociones para las que no estaba preparada.

Volvió a la cama. Si le había costado conciliar el sueño unas horas antes, intuía que sería imposible volver a hacerlo. Decidió dar rienda suelta a sus pensamientos y dejar que la llevaran de nuevo hacia Lago. No conseguía apartar de su mente las palabras que había utilizado para describir los sentimientos que despertaron en él tras pasar unas horas con ella; unas pocas horas y una noche.

Habían hablado de ello en muchas ocasiones, pero Lago nunca lo expresó de aquella manera. Estaba acostumbraba a escucharle decir que lo había vuelto loco desde el primer momento o que en cuanto la vio supo que era la mujer de su vida, pero nunca que con unos pocos besos y caricias ya había sentido que ella estaba dentro de él.

Noelia tampoco fue capaz de encontrar una explicación para la dimensión de aquellos sentimientos. En los primeros momentos de una unión «amorosa» los sentimientos se magnifican, la otra persona se convierte en perfecta e ideal, el cuerpo sufre temblores y cosquilleos continuos ante la presencia del otro, resulta fácil afirmar que será para toda la vida... Pero su caso fue especial. Aquellos sentimientos se apoderaron de ellos pocos minutos después de haber mantenido el primer contacto. Una invasión rápida e inesperada: no hubo tiempo para asimilarlo; antes de aspirar el aire, ya lo estaban expulsando... Se enamoraron en cuestión de minutos. ¿Amor a primera vista? Algo de eso había.

Y se mantuvo durante mucho tiempo; fue años después cuando se hizo la primera grieta en su historia.

Cuando Noelia regresó a casa de Sara, encontró a sus amigas desayunando. Fue la dueña de la casa la que le abrió la puerta sin dirigirle la palabra. Miró a Noelia con desprecio y le dio la espalda para continuar con su primera comida del día.

Núria le guiñó un ojo cuando la vio entrar y apartó una silla para que se sentara junto a ella a compartir el desayuno.

—Tú te lo pierdes —le dijo con la boca llena cuando Noelia le aclaró que ya había desayunado—. Estos bollos están de muerte. ¿Por qué no hacen estas delicias en Barcelona?

—Ya los he probado —le aclaró sonriendo. Lago había insistido en que los probara. Eran típicos de Sejenas y, según él, solo unos pocos conocían el secreto de su elaboración—. ¿Recibiste mi mensaje?

—Sí, aún estaba despierta. ¡Cuéntame! —Núria volvió a guiñarle un ojo a la vez que intentaba sonreír—. ¿Qué tal con...? ¿Cómo se llama?

—Lago —le aclaró Noelia sin demasiado entusiasmo. No se sentía cómoda con la actitud de Sara.

—Lago —repitió Núría a la vez que asentía con la cabeza —. Es muy guapo. ¿Qué tal ha ido?

—Genial —contestó Noelia apoyando los codos en la mesa—. Creo que me he enamorado.

Núría se echó a reír, pero interrumpió bruscamente su risa para mirar a Sara. Esta se levantó sin decir nada y se dirigió al otro extremo del salón fingiendo estar interesada en una cortina atascada.

Noelia levantó ligeramente los brazos interrogando a su amiga sobre el motivo de la actitud de Sara, no se atrevía a preguntarle directamente, apenas tenía confianza con ella. Núría negó con la cabeza intentando que no le diera importancia.

—¿Y vosotras? ¿Qué tal fue? —preguntó Noelia dándole una palmadita cariñosa en el brazo.

—Bien. Conocimos mucha gente —Hizo una pausa para tragar, pero no tardó en llenarse de nuevo la boca —. Julián y Jorge son un encanto. Estuvieron toda la noche pendientes de nosotras. Julián un poco más de mí —Rió —. Me encanta. Es muy divertido.

Sara terminó su labor con la cortina rebelde y se acercó a la mesa para recoger los restos del desayuno.

—¿Y tú Sara? —le preguntó Noelia fingiendo estar calmada.

—Yo, ¿qué? —Su tono de voz era provocador a la vez que alto.

—¿Lo pasaste bien?

—No sé si mejor o peor que tú, pero al menos me comporté.

A Noelia no le gustó el tono acusatorio que empleó para lo que fuera que quisiera reprocharle, así que decidió desaparecer. Sabía reconocer un tono desafiante y ella no estaba dispuesta a seguirle la corriente. Prefería a las personas que hablaban claro.

Buscó la mirada de Núría pero esta la evitó fingiendo estar muy concentrada en el desayuno.

—Me voy a dar una ducha, la necesito. —Noelia desapareció por las escaleras antes de que pudieran replicarle.

Cuando estaba a punto de entrar en el cuarto de baño, recordó que había dejado su bolso en el salón. En su interior estaba el móvil. Quería tenerlo a mano cuando la llamara Lago, tal y como habían acordado.

Enfundada en su albornoz, bajó el primero de los escalones que componían la gran escalera y se detuvo bruscamente. Escuchó la voz de sus amigas, parecía una conversación cargada de tensión. No dudó en bajar tres escalones más, para escuchar mejor, procurando que no se dieran cuenta de su presencia.

—Eres una exagerada, Sara —dijo Núría de mala gana.

—Te dije que no era buena idea traer a tu amiguita. Insististe en que nos acompañara sabiendo cómo es. Esta era la casa de mis abuelos y ahora de mis padres. Para mí es sagrada. No pienso mancharla con la presencia de una...

—¡Te estás pasando! —le recriminó Núría—. Y haz el favor de bajar el tono de voz. Puede oírte.

—Me importa bien poco —se defendió Sara—. Cinco minutos después de conocer a ese «Don Juan» desaparece con él y no le volvemos a ver el pelo hasta hace un rato. Lo único que me importa es que no nos deje a mí y a mis padres en evidencia. No me gustaría que me llamara mi madre para recriminarme su comportamiento. Esto es un pueblo pequeño y aquí todo se rumorea.

—¡Tranquilízate! Hablaré con ella. Te digo que estás exagerando. Si la conocieras mejor, no hablarías así.

—No tengo mucho interés en conocerla después de lo que he visto —Hubo una breve pausa

antes de continuar—: Ayer fue Lago... ¿Hoy repetirá o probará con todos los del pueblo?

Noelia no quiso escuchar más. Había tenido suficiente con aquello. No se podía creer lo que Sara estaba diciendo de ella.

Entró en la ducha sin poder detener las lágrimas. Necesitaba calmarse y decidir qué hacer.

Cuando salió del cuarto de baño lo tenía muy claro. Se sentía herida y humillada. No solo por las acusaciones de Sara, sino porque se acababa de enterar de que Núrria había forzado la situación para que les acompañara a Sejenas. Al parecer la invitación de Sara no era tan generosa como quiso hacerle creer. Y mejor no entrar en la defensa que había hecho Núrria. Si alguien hubiera hablado así de su amiga ella le hubiera saltado a la yugular. Sara apenas la conocía, ¿por qué hablaba de esa forma de ella? ¿Qué es lo que había hecho mal? ¡Menuda amargada!

Preparó su maleta al mismo tiempo que atendía la llamada de Lago.

—¿Qué tal, lady?

—Te... te falta *La*. —Hizo un gran esfuerzo para que no se diera cuenta de su estado de ánimo.

—Me faltas tú. Dime que has decidido pasar el resto del día conmigo.

—Lago, yo... te llamo después y hablamos.

—¿Te ocurre algo?

—Te cuento luego. —Colgó.

Si seguía hablando con él se iba a derrumbar. Lo único que tenía claro es que iba a salir cuanto antes de esa casa, pero no lo que iba a hacer después.

No le llevó más de veinte minutos recogerlo todo. Cuando se disponía a salir por la puerta del dormitorio, se encontró a Núrria. Al ver la maleta la miró aterrorizada.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo que haría cualquiera en mi lugar.

Bajo las escaleras con cuidado, convencida de que en cualquier momento iba a rodar por ellas. Núrria siguió pronunciando palabras que Noelia apenas escuchó.

Se dirigió a la puerta de salida arrastrando su maleta por todo el salón y cruzándose con la mirada sorprendida de Sara. Antes de salir sacó dinero de su billetera y lo dejó en la mesa de mala gana. Correspondía a la parte de los gastos que habían pactado.

Núrria se plantó delante de la puerta franqueándole el paso.

—Noelia, ¿quieres escucharme?

—Núrria...

—¡No puedes marcharte! —Lloriqueó con los brazos extendidos

—Tú harías lo mismo, ¿o no?

—Si es por lo que ha dicho Sara, lo hablaremos —Buscó con la cabeza a la aludida—. ¡Sara! Quieres hacer el favor de arreglar esto.

Noelia se detuvo un instante en espera de escuchar algo que saliera de la boca de la simpática dueña de la casa.

—Déjame pasar Núrria —El silencio de Sara todavía la enfureció más—. No debiste insistir en que viniera aquí sabiendo que no era bienvenida.

—Noelia eso no...

—Te llamaré. —Al ver que no le permitía el paso la empujó suavemente.

—¿A dónde vas? —gritó desde la puerta, pero Noelia no contestó. Llevaba más de media hora haciéndose esa misma pregunta.

13

De nuestros labios impuros. Capítulo VIII

Provincia de Jaén, 9 de agosto de 2002.

La busqué por todos los rincones de Sejenas. Antes que Núria apareciera en la puerta de mi casa para preguntarme si Noelia estaba conmigo, ya había intuido que algo malo le pasaba.

Núria me habló de una discusión y de Noelia con una maleta. Fue suficiente información para salir a buscarla. Ignoré el resto de explicaciones que Núria pretendía darme y me dirigí al garaje en busca de mi coche. No quería seguir escuchando a esa mujer, había algo en ella que no me gustaba. La dejé plantada en la puerta de mi casa y salí a buscarla.

El teléfono de mi Noelia estaba desconectado. Me entró el pánico. Esa debía ser la razón por la que su amiga acudió a mí; tampoco debía atender sus llamadas. Núria había mencionado algo que me impactó: ¡una maleta!

No tenía tiempo para planear una búsqueda organizada, así que en primer lugar me dirigí al único lugar que mi mente, intentando llevarse bien con la lógica, encontró: la estación de autobuses. Era un día festivo y había poco movimiento de viajeros. El conductor de uno de ellos me confirmó que no había visto a ninguna joven subir al autobús anterior, el único que había salido desde que ella desapareciera.

Me tranquilicé y seguí con mi búsqueda. Debo confesar que al miedo que sentí sumé algo de decepción. No entendía por qué no me había llamado. Intenté encontrar una respuesta. Por un lado podía querer estar sola y por otro... debía aceptar la realidad: ¡apenas nos conocíamos! Aún así, habíamos compartido cama y había pisado mi tierra sagrada, motivos más que suficientes para que hubiera recurrido a mí.

La encontré en un parque desierto. A esas horas de la mañana, en el mes de agosto, rozando los cuarenta y cinco grados, nadie en su sano juicio deambularía por allí. Claro que no era una mala idea si lo que se pretendía era no ser encontrado.

Noelia había buscado protección bajo el brazo de la estatua de hierro que se encontraba en el centro del parque. Afortunadamente, el soldado homenajeado era robusto y consiguió hacerle algo de sombra. Otra cosa era que osara tocarlo. Aunque desconocía a qué temperatura se funde el hierro, a aquel no debía quedarle mucho. Un par de horas más y hubiera estado listo para volver a forjar.

Me miró asustada y corrí hacia ella. Esa mirada se clavó en lo más profundo de mí; solo deseaba protegerla como lo estaba haciendo el soldado de hierro.

Cuando la estreché en mis brazos me respondió aferrándose a mí con fuerza, mientras le hacía un nudo a mi camiseta jugueteando con sus dedos.

—¿Estás bien? —le susurré al oído.

—Sí, es solo que...

—Sé lo que ha pasado. Núria ha venido a buscarte a mi casa —le dije con ternura.

Tras unos cuantos minutos que ella ocupó en añadir una talla a mi camiseta, me miró y me regaló la mejor sonrisa de su catálogo, y era muy amplio.

—Vámonos de aquí o solo encontrarán un charco con lo que quede de nosotros.

—Lago... —pronunció angustiada.

—Cuéntamelo a la sombra, mujer —dije tajante. Con aquel sol abrasándome la espalda y la cabeza, no estaba dispuesto a mantener una conversación, por importante que fuera.

Nos dirigimos a la salida. Con una mano arrastraba su maleta y con la otra la abracé por la cintura empujándola hacia mi cuerpo. Me detuve bruscamente y giré la cabeza para observar la estatua de hierro.

—Si lo sé me traigo un martillo y, ahora que está blandito, le cambio la cara al soldado. ¡Mira que es feo!

Noelia se echó a reír, era lo único que me importaba.

En el corto trayecto hasta llegar a mi casa no hablamos. La escuché suspirar un par de veces. Me miré la camiseta sonriendo. Decidí conservarla el resto de mi vida y así fue. Todavía hoy la miro recordando la huella que dejó en ella.

Llegamos a nuestro destino. Mi confortable hogar con aire acondicionado. Nos acomodamos y, a petición mía, me explicó todo lo ocurrido con sus amigas. Cuando llegó a la parte en la que las escuchó hablar a escondidas, se me removió el estómago.

Me sentí orgulloso de que hubiera tomado esa decisión. Me gustó su valentía y su orgullo, aunque me apenó que tuviera que descubrir la clase de amigas que tenía.

—¿En que siglo vive esa mujer? —me preguntó con una mueca infantil—. Dímelo tú que sabes tanto de historia.

—En 1956 —le dije pensativo.

—¿Por qué?

—Es la primera fecha que se me ha ocurrido.

Se echó a reír. Abrió la boca para añadir algo, pero la interrumpí:

—Nos vamos de vacaciones. ¿Te gusta la playa? Viviendo en Madrid debes adorarla.

Frunció el ceño y abrió la boca para protestar, pero se lo impedí.

—Es brooooooooooma. Ya sé que vives en Barcelona. ¿Te gusta o no?

Me miró fijamente. Estaba perdida.

—¿Vacaciones?

—Sí, eso he dicho.

—Lago, apenas nos conocemos. Ni siquiera hemos pasado juntos un día entero.

—Tiempo, tiempo... ¿No te das cuenta de que no existe? No con nosotros —Le acaricié la mejilla. No se mostró muy emocionada, pero me correspondió con una sonrisa—. El destino te ha traído hasta mí y te ha alejado de ese par de idiotas que tienes por amigas para que podamos emprender nuestro camino juntitos.

—¿Has dicho playa? —Su pregunta me hizo pensar que la había convencido y que estaba centrada en el destino elegido para las vacaciones.

—Sí. Tengo un apartamento muy, pero que muy pequeñito, en la costa de Cádiz. ¿Te gusta la playa o no?

—Claro que me gusta, pero... ¡Esto parece una locura! —Cerró los ojos y expulsó el aire contenido en sus pulmones.

—¿A los ojos de quién? No me hagas invertir más energía en intentar convencerte de que a ambos nos apetece salir de aquí y perdernos unos días junto al mar.

Se levantó y paseó de un lado a otro del salón. Me acomodé en el sofá para observarla.

—¿Qué me dices, lady? —la apremié sin disimular mi curiosidad.

—Vayamos a la playa, pero...

—Si te hartas te llevo a la estación de tren o al aeropuerto más cercano.

—¿Y si te hartas tú? —Coqueteó con la mirada.

—No cuentes con ello.

—No contaré.

—Te voy a convencer de que pases toda tu vida conmigo.

—Ahora eres tú el que habla de tiempo. —Me sonrió satisfecha de poder corregirme.

—Eres una excepción, contigo se me permite hablar de eternidad, de «para siempre» y de «para toda la vida». ¿Toda la vida, lady La?

—¡Toda! —Con esa palabra me derretí y me levanté de un salto para devorar sus labios.

El timbre de la puerta interrumpió nuestro almuerzo. Me refiero al atracón de besos que llevábamos dándonos al menos durante media hora. Núria y su fingida preocupación tenían interés en hablar, a solas, con Noelia. Las dejé solas, a las tres, y llamé a Julián para informarle de mi viaje. Le dije que era una larga historia y como era tan curioso se acercó a mi casa para que le diera todos los detalles. Cinco minutos tardó. En Sejenas era importante estar al corriente de la vida de los amigos, y de la de todos, ¡para qué mentir!

Núria y Noelia conversaban en el salón mientras que Julián y yo elegimos mi dormitorio. Le confesé, sin entrar en muchos detalles, lo mucho que me gustaba Noelia. Conociéndome como me conocía, supo al instante que aquello no era una historia más del tipo que había originado mi fama de conquistador. Lo supe por la forma en que me escuchó y me miró a los ojos.

También le hablé de la discusión, por llamarla de algún modo, de Noelia con sus amigas, y de la decisión de iniciar unas vacaciones junto a ella en la playa.

Julián era mi fiel ayudante en la carpintería, a parte de mi mejor amigo. Habíamos anunciado que el negocio permanecería cerrado durante dos semanas y, aunque habíamos planeado hacer una escapada a la playa antes de volver al trabajo, no me lo reprochó. Entendió que nuestros planes se estaban alterando y que nada me iba a hacer cambiar de opinión.

—¡Vaya amargadas! —exclamó refiriéndose a las amigas de Noelia—. Y eso que no hacen más que recordarnos que viven en una gran ciudad y que nosotros somos unos «pueblerinos». Pasaremos de ellas, te lo aseguro.

Era nuestro código de honor y lealtad. No le contradije, me parecía una excelente idea.

Volvimos al salón. Noelia parecía enfadada. Sentí alivio al ver su ceño fruncido. Tenía miedo de que Núria la hubiera convencido para volver con ella a casa de Sara.

Estaban de pie la una frente a la otra. Parecía que Núria ya se marchaba. Al ver a Julián se le iluminó la cara y se dirigió a él:

—Yo... ya me iba —Levantó la mano para decirle adiós a Noelia—. ¿Nos vemos esta noche, Julián?

—Espero que no —dijo mi amigo, tajante. La ignoró y se encaminó hacia Noelia para hablar con ella.

Núria se ruborizó. El desprecio de Julián la avergonzó. Se dirigió a la puerta fulminándome con la mirada. No sé si eran imaginaciones mías, pero tuve la impresión de que me culpaba a mí de su humillación.

Noelia y Julián congeniaron bien. Los dejé solos mientras preparaba mi maleta.

Antes de marcharse vino a decirme adiós al dormitorio.

—Tienes buen ojo. Esa mujer tiene algo —Me abrazó bruscamente—. Llama a mi madre o me hará la vida imposible.

—Lo haré, pero antes háblale de Noelia o la vida imposible me la hará a mí.

—¡Hecho!

Desapareció sin más.

Me senté en la cama. Pensé en la mujer que había en el salón esperándome. Había entrado en mi vida con la misma rapidez y fuerza que un huracán.

«Es ella», me dije a mí mismo. Y sin ninguna duda... ¡fue!

14

—Podías haber llamado por teléfono. No es necesario que hagas acto de presencia solo para eso —le recriminó Marta mientras ayudaba a Noelia a subir al coche.

Noelia le había pedido que la acompañara al colegio para hablar con la directora y comunicarle el estado de su pierna y de los días que restaban para incorporarse al trabajo.

—Necesitaba salir y ver a mis pequeños.

—Tus pequeños ya no se acuerdan de ti —le dijo Marta burlona. Sabía lo mucho que a Noelia le molestaba su mordaz sentido del humor.

Noelia ignoró su comentario no sin antes mostrar un gesto despectivo.

Al llegar al colegio les recibió el conserje, que se mostró encantado de volver a ver a Noelia. Poco después la directora la recibió con un caluroso abrazo.

Las condujo a la clase de música, donde se encontraban sus alumnos, asistiendo a la última clase del día. Tardaron más de lo previsto en llegar, deteniéndose en varias ocasiones para saludar a algunos compañeros de Noelia que mostraron interés por el estado de su pierna.

Noelia tenía una relación cordial con todos ellos. A pesar de llevar trabajando en el colegio tres años, nunca había tenido con ellos otro tipo de relación que no fuera estrictamente profesional. Siempre se mostraba reservada y solía participar poco en las actividades que se realizaban fuera del centro, a no ser que estuvieran relacionadas con su labor como profesora.

Al abrir la puerta de la sala de música, la directora pidió disculpas al profesor que impartía la clase por su interrupción, y anunció a los pequeños que tenían una visita.

Todos, en tropel, se levantaron de las sillas e hicieron un corro a su alrededor dándose codazos entre ellos para poder estar lo más cerca posible de su profesora.

Noelia les recibió con una sonrisa y tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener el equilibrio, pero no pudo ser así con las lágrimas: dos de ellas se deslizaron con rapidez por su rostro sin que pudiera hacer nada por impedirlo. Dos días antes no hubiera reaccionado de la misma forma, pero algo había cambiado en ella y sus emociones estaban a flor de piel. Sin duda, el libro dedicado que había recibido, tenía mucha culpa de ello.

Ese fue uno de los motivos por los que decidió pedir a Marta que la acompañara al colegio. Se había comprometido a informar de su estado, para que pudieran resolver con antelación la permanencia de su sustituta. Habría sido más sencillo y rápido llamar por teléfono, tal y como su amiga le había sugerido, pero necesitaba alejarse de aquellas letales páginas. Sus emociones habían aflorado de una forma rápida e intensa, algo que no era de extrañar tratándose de Lago.

Cuando consiguió saludarlos a todos y agradecerles su eufórica bienvenida les aclaró que solo era una visita y que en breve estaría de nuevo con ellos.

Cuando el profesor de música observó que el entusiasmo de los pequeños empezaba a ser difícil de controlar, les indicó a todos que volvieran a sus asientos. Se acercó a Noelia y le preguntó por su pierna. Antes de continuar con la clase le pidió que se quedara unos minutos para escuchar el ensayo de una pieza musical con la que participarían en la fiesta de final de curso.

Era imposible negarse. Todos apoyaron la petición del profesor entre gritos.

Noelia apreciaba mucho a ese profesor. Tenía un aire desgarrado y bohemio que lo convertía,

en todo momento, en alguien cercano. Los alumnos lo adoraban por su sentido del humor.

Empezó el pequeño concierto ante la mirada atónita de Noelia, que supo reconocer el progreso del sonido de las flautas. Meses atrás, era imposible pasar por delante del aula de música sin encoger los hombros y hacer una mueca de fastidio: el sonido era chirriante y molesto.

Se fueron añadiendo las melodías de otros instrumentos en manos de alumnos que daban clases fuera del colegio.

Tras el ensayo, Noelia les felicitó. Su voz era temblorosa, como todas las veces que escuchaba los sonidos de un instrumento en vivo.

La directora, sin consultarlo con Noelia, le sugirió al profesor que volvieran a tocarla, esa vez acompañados por las manos de Noelia al piano.

Noelia se sorprendió de la petición de la directora. Ella era la única persona que conocía su carrera musical y, hasta ese momento, previa petición de Noelia, siempre había sido discreta con ese asunto.

El profesor de música y Marta la miraron sorprendidos. Noelia sintió que el corazón subía hacia su garganta con ánimo de alojarse allí por unas cuantas horas.

Se negó con una falsa sonrisa esperando que dejaran de insistir, pero no fue así. Cada vez eran más las voces que le pedían que se sentara frente al piano que descansaba en un rincón de la clase.

En cualquier otro momento, durante los nueve años anteriores, se hubiera negado recurriendo a cualquier excusa; era una experta a la hora de improvisarlas. Eran muchas las que había dado a las personas de su entorno para evitar hacer algo que le recordara a su pasado junto a Lago; sin embargo, no lo hizo. Por primera vez en todos aquellos años, en los que había intentado olvidar que sabía tocarlo, sintió la necesidad de acariciarlo. ¿Qué le estaba pasando?

Fijó su mirada en el piano y recorrió la distancia que le separaba de él lentamente, sirviéndose de la muleta, intentando a cada paso armarse de valor. Se sentó y expulsó aire con fuerza. Sus manos temblaban ligeramente. Miró a Marta que aún no había perdido su expresión de perplejidad y le sonrió con poco entusiasmo.

El profesor dirigió a sus alumnos para que emitieran los primeros acordes. Noelia agudizó el oído durante unos segundos para adaptarse a la melodía. El sonido de las teclas conducidas por las manos expertas de Noelia, inundó la estancia. Algunos alumnos se despistaron, pero volvieron rápidamente a su labor al recibir la mueca de desaprobación de su profesor.

Todos aplaudieron al finalizar. La directora y el profesor de música estaban encantados y la animaron a que tocara con ellos en la función.

Noelia apenas los escuchaba. Le lanzó una mirada de socorro a Marta que aunque no entendía los motivos, sí supo interpretar: necesitaba su ayuda para salir del paso.

—Me he perdido. —Marta no disimuló su desconcierto. Había esperado a llegar a casa de Noelia para manifestárselo.

Durante el trayecto Noelia no había pronunciado ni una sola palabra. Marta intentó en dos ocasiones entablar conversación, pero al ver la mirada perdida de su amiga desistió.

—¿Dónde te has perdido? —preguntó Noelia mientras apoyaba las muletas en una silla.

—¿Desde cuándo tocas el piano?

—Aprendí cuando era pequeña —aclaró mostrando el poco entusiasmo que tenía por continuar con la conversación.

—La directora comentó algo sobre estudios musicales mientras te esperábamos en la salida del baño.

—¡Ah! ¿Es eso? —Suspiró—. Estudié unos años musicología, pero no acabé.

—No tenía ni idea —Se frotó la barbilla—. ¿Estás bien? Te noto un poco rara. ¿Por qué estabas tan agobiada cuando acabaste de tocar?

—Solo estaba incómoda en esa postura. Mi pierna... está desentrenada.

Antes de que Marta replicara por la simplicidad de su respuesta, se escuchó la voz de Pablo al entrar.

Para Noelia fue un alivio que las interrumpiera. Lo recibió con una sonrisa comedida.

Pablo se acercó a ella y le dio un sencillo y rápido beso en los labios. Dedicó unos minutos a explicar la suerte que había tenido al terminar rápidamente la reunión y poder adelantar su vuelta.

—Marta, gracias por cuidar de Noelia. ¿Todo bien durante la noche?

Marta negó con la cabeza.

—No he dormido aquí esta noche, le he sido más útil acompañándola al colegio. Acabamos de llegar.

Pablo miró a su novia frunciendo el ceño. No le gustaron las palabras de Marta.

Noelia intervino con rapidez, antes de que Pablo protestara, distrayéndolo con una explicación de su visita al colegio. No quería que le pidiera explicaciones sobre el motivo por el que había pasado la noche sola.

Marta intentó suavizar la situación al ver a Pablo molesto. Se arrepintió de su confesión.

—Tendrías que haber visto la carita de los niños cuando Noelia ha tocado el piano.

Pablo que estaba entretenido en colocar su chaqueta de forma impecable sobre una silla, se giró bruscamente.

—¿Qué piano?

Noelia miró a Marta poniendo los ojos en blanco.

—Tengo mucha prisa —informó Marta—. Nos vemos otro día, Pablo —El ambiente estaba caldeado y quería salir de allí cuanto antes.

A solas, Pablo no ocultó su molestar, se cruzó de brazos frente a Noelia esperando que esta se decidiera a darle una explicación, pero Noelia no parecía dispuesta a hacerlo, se lo demostró su silencio y la forma en que evitó que se cruzaran sus miradas.

—¿Puedo saber por qué Marta no ha dormido aquí? ¿Y qué es eso de que tocas el piano?

—Me encontraba bien, Marta tiene su vida. Y con respecto al piano... Aprendí cuando era pequeña y hoy me he animado a tocar con los chicos. Me lo pidió Raquel —dijo refiriéndose a la directora.

Pablo la miró largo rato sin decir nada, procesando una información que no acababa de entender.

—Fernando y Valentina celebran una pequeña fiesta el fin de semana en la casa que tienen en el pueblo. Quieren que pasemos el fin de semana con ellos. Valentina está embarazada.

—Vaya, eso es estupendo —dijo sorprendida. Fernando era compañero de trabajo de Pablo y habían coincidido en algunas ocasiones con él y con su mujer, pero le sorprendió que los incluyeran en una celebración tan íntima—. ¿Has dicho el fin de semana?

—Sí, será solo una noche —aclaró sabiendo que Noelia no sería muy partidaria de acudir—. Siempre que me lo han propuesto les he dado una excusa y creo que esta vez debemos ir.

—¿Siempre? —se extrañó—. ¿Te han hecho otras propuestas?

—Sí, cariño, todos los años van allí cuando se celebran las fiestas. El año pasado nos invitaron, pero les dije que no y... el anterior también.

—No me dijiste nada.

—No pensé que pudiera interesarte, ¿cierto? Hablé en nombre de los dos —Apoyó una mano

en su hombro—. Esta vez no quiero darles más excusas, les he dicho que sí.

—Las fiestas en los pueblos no son lo mío —dijo angustiada.

—Será solo una noche. ¡Lo pasaremos bien!

Pablo decidió no añadir nada más al respecto y dedicar los siguientes minutos a comentar el éxito de la operación que lo había llevado hasta Londres.

Noelia no podía dormir. No dejaba de darle vueltas a todo lo ocurrido en los dos últimos días.

Se dio media vuelta para mirar a Pablo. Se sentía culpable. Jamás antes lo había rechazado como aquella noche. Pablo había empezado a jugar con su pequeño camisón justo cuando se metieron en la cama y ella le había retirado la mano alegando que no se encontraba bien.

Pablo no pareció molesto, más bien se mostró comprensivo, pero Noelia conocía el motivo de su rechazo y nada tenía que ver con la excusa que le había ofrecido. Lago había anidado en su mente y hasta que no alzara el vuelo y se alejara, debía evitar que su imagen apareciera mientras hacía el amor con su novio.

¡Tenía que terminar de leerlo! Era lo único que podía hacer para que desapareciera esa historia, de nuevo, de su vida. Al día siguiente, no importaba lo mucho que le costase hacerlo, se obligaría a terminarlo.

Lejos de conciliar el sueño, pensó en el piano, pero no fue en el que había tocado con sus alumnos en la clase de música, sino en el que Lago le mostró antes de iniciar su viaje a la playa:

—¿Dónde vamos? ¿Quién vive aquí? —preguntó ella confundida cuando Lago detuvo el coche frente a una preciosa casa a las afueras de Sejenas.

—Es la casa de Elisa, pero ella no está. —Noelia seguía sin bajar del coche hasta que Lago estiró de su brazo impaciente.

—¿Quién es Elisa?

—Es la... fue la novia de mi padre. Vengo aquí de vez en cuando a comprobar que todo está en su sitio.

—¿Es eso lo que vamos a hacer ahora?

—No. Ahora vas a tocar el piano para que yo te escuche.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella siguiéndolo al interior de la casa.

Llegaron a un amplio salón que a Noelia le recordó el de su casa, en Barcelona. A Lago le llevó unos minutos abrir las persianas. El olor característico de las casas cerradas inundó la estancia.

La luz iluminó el salón permitiendo a Noelia localizar rápidamente el piano de cola que se encontraba en una esquina, justo delante de una gran vidriera con vistas a un jardín —a simple vista algo descuidado—. Los muebles eran antiguos, pero estaban bien conservados.

—¡Un piano de cola! —exclamó ella entusiasmada—. Hacía mucho tiempo que no veía uno así. ¡Es precioso!

—Toca para mí —le susurró al oído mientras la abrazaba por la espalda.

Noelia no se hizo de rogar y se acercó al piano. El brillo de la pintura se mezcló con la luz que entraba a través del ventanal, encandilándola por unos segundos. Lago se adelantó a ella y corrió parcialmente una de las cortinas.

Noelia no podía apartar la mirada del instrumento que tenía delante. Se tomó su tiempo para acomodarse y levantar la tapa. Estaba perfectamente conservado y, a juzgar por el tacto de los pedales, no había sido tocado en muchas ocasiones. O bien era nuevo, o bien su dueña solo lo utilizaba como objeto decorativo.

No tardó en atender la petición de Lago que permanecía junto a ella, de pie.

Noelia se declinó por una sonata de Beethoven que adoraba: *Claro de luna*. Lago la observaba en silencio, con los ojos muy abiertos, como si fuera un fantasma el que acariciara las teclas.

—Es triste, pero me gusta —le dijo él acariciándole la mejilla con el dorso de la mano—. Te brillan los ojos cuando tocas. ¡Te brillan mucho!

—Esta pieza es especial para mí. Me transmite fuerza —dijo mientras bajaba la tapa.

—A mí me la transmites tú. ¿Me enseñarás a tocar el piano?

Noelia sonrió.

—¿Tienes... alguna formación musical?

—Tengo... ganas de aprender.

—Eso es importante, pero no es suficiente. No es fácil. El piano requiere algunos conoci...

—¿Me enseñarás o no? —la interrumpió.

—Requiere mucho tiempo.

—Tú y tus conflictos con el tiempo. Toda la vida conmigo, ¿no es suficiente?

—Lago... —Sonrió.

—¡Vámonos! —Dio media vuelta y se dirigió al ventanal—. Si te oigo tocar una tecla más, te desnudaré y te haré el amor en el primer sitio que... —Se detuvo al escuchar el sonido de una tecla al ser presionada varias veces.

Se giró hacia ella y comprobó que Noelia le sonreía de una forma provocativa.

—Hablo en serio. Una vez más y te juro que...

De nuevo le interrumpió el sonido de la tecla y el de la risa de Noelia.

—Lady La quiere jugar —dijo él acercándose a ella lentamente.

Atrapó su rostro con las manos y la besó. La miró con la misma devoción que el que se arrodilla frente a un altar, ante la imagen de quien le va a llevar a la vida eterna. Apoyó su frente en la de ella y cerró los ojos. Quería retener ese instante para siempre en su memoria.

—Me voy a tatuar en alguna parte del cuerpo ese verso en latín. ¡Repítelo!

—*Labii reatum* —susurró ella sonriendo. Se puso de puntillas y enredó los brazos en su cuello.

Lago mostró la más amplia de sus sonrisas. Golpeó su frente contra la de ella suavemente.

—A mí me suena a algo prohibido, algo excitante.

—No creo que esa fuera la naturaleza del verso.

—Y qué más da. Es mi naturaleza. ¡Mi verso! —Le levantó la barbilla—. Siento que te quiero, Noe. Siento que va a ser así siempre. ¡Hazme el amor!

Noelia separó los labios para decir algo, pero no encontró ninguna palabra que reflejara lo que sentía. No era la primera vez que él recurría a palabras con tanta carga de profundidad; palabras casi impronunciables para dos personas que acaban de conocerse. Pero aquellas las creyó, fue la primera vez que no sintió la necesidad de aclararle que se estaba precipitando.

Sin pretenderlo y sin saberlo, asentaron las firmes bases de su relación sobre la alfombra. Allí quedó constancia, punto por punto, de lo mucho que se deseaban y de lo mucho que podrían llegar a amarse.

Se despojaron lentamente de la ropa sin apartar la mirada el uno del otro. Se besaron hasta asegurarse de que quedaran marcas en los labios, en la lengua, en las mejillas y en el cuello.

El olor a casa cerrada se mezcló con el olor a deseo, a prisas y a esperanza. Ambos, por separado, invocaron las palabras que Lago había pronunciado, como si de una oración se tratara: «Debía ser para siempre».

Permanecieron abrazados y en silencio hasta que Lago propuso emprender cuanto antes su

viaje. Sería su segundo viaje; el primero lo acababan de concluir con buenos resultados: les había llevado directamente a las puertas del paraíso.

Noelia se sobresaltó al sentir el brazo de Pablo sobre su cuerpo. Tenía la sensación de haber estado soñando. Estaba tan sumergida en sus recuerdos que hasta que el brazo de Pablo aterrizó en su pecho no fue capaz de asimilar dónde estaba y con quién.

Con sumo cuidado se desprendió de él y salió de la cama. No era capaz de dormir y no iba a intentarlo más. Esa noche necesitaba más de Lago, quería seguir leyendo.

15

De nuestros labios impuros. Capítulo X

Provincia de Cádiz, del 9 al 15 de agosto de 2002.

Le había advertido a Noelia sobre el tamaño del apartamento de la playa, pero creo que no le dio importancia hasta que lo pudo comprobar con sus propios ojos. Permaneció más de cinco minutos con la boca abierta contemplando la reducida estancia.

No era apto para claustrofóbicos, pero ofrecía todo lo necesario para poder vivir con cierto grado de comodidad durante unos días, si no se era demasiado exigente.

Lo había heredado de mi padre. Él lo adquirió cuando yo tan solo tenía un año. Según me contó, fue un regalo para mi madre que adoraba el mar, pero ella apenas pudo disfrutarlo. Murió un año después. Permaneció años cerrado, prácticamente abandonado a su suerte hasta que un día mi padre recuperó las fuerzas para enfrentarse a sus recuerdos y decidió volver. Desde ese día se convirtió en su refugio, en su evasión. Varias veces al año acudía allí para pasar unos días y perderse en sus recuerdos.

Yo nunca le acompañé. Tanto mi abuelo como yo, entendimos que era un lugar especial para él al que quería acudir sin compañía. Ahora me alegro de que fuera así. Si ya resultaba doloroso estar allí sabiendo lo que significó para mi padre, tener recuerdos junto a él en ese mismo lugar, hubiera sido mucho peor.

Poco después de llegar, cuando Noelia se recuperó del impacto visual que le habían causado las dimensiones del apartamento, hicimos el amor como si nos hubieran anunciado que el mundo estaba a punto de desintegrarse en pedazos.

Horas después, tras despertarnos de un improvisado sueño, disfrutamos, en silencio, del calor que emitían nuestros cuerpos. Poco nos importó que el termómetro indicara que se superaban los treinta y tres grados dentro del dormitorio. Así nos habíamos dormido, hechos un ovillo, y así permanecemos durante un buen rato; claro que el instinto de supervivencia se impuso por encima de nuestra necesidad de contacto, y es que las dimensiones de la cama no nos permitían demasiados movimientos. Ella rompió el silencio para pedirme que le hablara de mi familia.

—Mi abuelo era portugués —comencé explicándole en un tono pausado que amenazaba con ser un largo relato—. Vino a España poco antes de que se iniciara la guerra civil. Nunca supe con certeza cuál fue el motivo que le llevó a abandonar su amado Portugal. Ni mi padre ni yo conseguimos que nos diera una respuesta coherente. Era un hombre muy risueño y siempre bromeaba. No había forma de que se tomara en serio la curiosidad de mi padre o la mía por saber cuál fue la razón que le llevó a Sejenas. En el pueblo se barajaban varias versiones: que había sido un desertor del ejército, que se había liado con la mujer de un hombre de mucha influencia en Portugal, que llegó a *Sejenas* buscando a una mujer, que había tenido que huir por sus vinculaciones políticas... ¡Había para todos los gustos! En Sejenas la curiosidad y la imaginación

nos pierden, sobre todo cuando se trata de la vida de los demás. Mi abuelo se reía a carcajadas siempre que le llegaban rumores de ese tipo. Solía decir que todas las versiones tenían algo de verdad, y se quedaba tan a gusto.

—¿Y si su razón fue una cuestión más simple? ¿Un trabajo?

—Puede ser, pero nunca lo aclaró. Según mi padre ni siquiera mi abuela consiguió que le dijera la verdad —Hice una pausa y Noelia me animó a continuar—. Se casó años después de llegar a Sejenas con ella, pero fue un matrimonio breve.

—¿Cuánto duró? —me preguntó Noelia al comprobar que la pausa se estaba alargando.

—Mi abuela murió cuando mi padre tenía doce años.

—Entonces no fue tan breve.

—Imagino pasar contigo solo doce años y me parece un instante. —Le sonreí al ver su desconcierto.

Noelia me observó. Sé que buscaba alguna señal que le indicara si estaba bromeando, pero no la encontró porque permanecí inexpresivo. Me invitó a hablarle un poco más de mi familia.

—¿Y... dónde están tus padres? Quiero decir que si tus padres están...

—¿Muertos? —Noelia abrió los ojos al verme asentir con la cabeza—. Mi madre murió cuando yo tenía dos años. Mi abuelo y mi padre murieron hace seis años junto a Amparo. Los tres murieron en un accidente de tráfico.

—¿Quién... Quién es Amparo? —preguntó Noelia con los ojos muy abiertos sin ocultar su desconcierto.

—La novia de mi abuelo. Se dirigían al hospital porque mi abuelo sintió un dolor muy fuerte en el pecho. En el trayecto se estrellaron contra un camión.

—¡Eso es terrible! —dijo Noelia impresionada—. Los perdiste a los dos el mismo día...

—A los tres. Amparo llevaba años viviendo con nosotros, era como una abuela para mí.

—¿Y la mujer de la casa donde hemos estado? La novia de tu padre... ¿Elisa?

—Mi padre y ella vivieron muchos años en esa casa. La muerte de mi padre afectó mucho a Elisa. Desde ese día... no volvió a ser la misma. ¡Pobre mujer! No lo superó, murió el año pasado.

—¿También está muerta? —Su expresión era de auténtico horror—. No me lo dijiste cuando estuvimos en su casa.

—Y que más te da sino la conocías. Te dije que era su casa y que no estaba.

Noelia me dio un codazo para demostrarme su inconformidad ante mi falta de sutileza.

—¡Lago!—exclamó—. Pensé que estaba de viaje o que vivía en otro lugar, no que estaba muerta.

—La casa ahora es mía —Suspiré sin atender su protesta—. Todos murieron. Todos me dejaron sus propiedades en herencia.

—Cuanto lo siento, Lago. Tiene que haber sido muy duro perder tantas personas en tan poco tiempo. Y tu madre... ¡Eras tan pequeño!

—No la recuerdo. Me crié con mi abuelo y con mi padre y te aseguro que no hay hombre en el mundo que pueda decir que haya sido más feliz en su infancia —Los recuerdos me hicieron sonreír—. Mi abuelo, cuando llegó a Sejenas, montó una carpintería. Eran tiempos difíciles, pero le fue muy bien. Enseñó a mi padre y luego me enseñó a mí. Yo les ayudaba siempre que podía. Esos momentos quedarán siempre grabados en mí. Lo pasábamos en grande.

Parte de la tarde la dedicamos a hablar de la familia de Noelia. No tenía nada que ver con la mía. Ella conservaba a sus padres, pero jamás había tenido una relación estrecha con ellos. Me

pareció triste que apenas tuviera recuerdos de su infancia. Solo recordaba las niñeras que la habían cuidado y lo mucho que sus padres trabajaban. Durante la semana que estuvimos en el apartamento, recibió dos mensajes de su madre. El mismo texto: *¿Todo bien, cariño?* La respuesta de Noelia también fue la misma de siempre: *Todo bien*. Esas dos frases eran toda su comunicación. Con ese simple mensaje sabían la una y la otra que estaban vivas y que no había ningún problema digno de ser mencionado. Frío, aunque práctico a la vez.

Fue una semana muy intensa donde cada minuto que pasaba, me sentía más cerca y más unido a ella. Al finalizar nuestras pequeñas vacaciones tenía la sensación de haber pasado media vida a su lado y de querer pasar la otra media, a su lado también.

La última noche, antes de partir para Sejenas, nos acercamos a la playa para darnos un baño. Llevaba el mismo vestido con el que la conocí. Fue allí, frente al mar, cuando le pedí que me dijera cuál había sido el momento que más recordaría de aquella semana. No tardó en ofrecerme una lista de lo que había sido más importante para ella.

—El tatuaje, ese vino tan rico, tus espaguetis y los paseos por la playa.

—¿Eso es todo? ¡Qué simple eres!

Como venía siendo habitual recibí un pequeño golpe en el brazo por mi comentario y una mueca de desprecio, pero unos segundos después me regaló una sonrisa. ¡Y qué sonrisa! Esa combinación de gestos me volvía loco, de ahí que continuamente me esforzara por sacarla de quicio. Siempre llegaba la sonrisa.

Nos hicimos un tatuaje. Yo, tal y como le había anunciado días atrás, escogí la frase en latín. La grabé en mi hombro derecho, y ahí sigue y seguirá. Ella optó por un pequeño pentagrama con la palabra «la». Así tal cual: escrita. El lugar que escogió fue la cadera izquierda. Tanto los labios impuros que utilizó el monje para bautizar la nota, como la nota en sí, quedaron grabados en nuestra piel para siempre. Igual que muchos sentimientos, solo que estos calaron un poco más y atravesaron algo más que piel.

Ella no me preguntó qué era lo que más grabado quedaría en mí de todos aquellos días. Si lo hubiera hecho hubiera tenido que recurrir a una lista como hizo ella y se hubiera parecido mucho a la suya, pero si tengo que destacar un momento, sin duda, sería en el que hicimos el amor en la playa; el momento en el que me deshice de su precioso vestido blanco para disfrutar de su cuerpo y, ya puestos a ser profundos, de su alma. Se me crea o no, yo la tocaba cada vez que me acercaba a ella. Su alma... Era blanca, dulce y muy blandita. Era... mía. Así la quise sentir siempre.

16

—¿Qué haces aquí? —preguntó Pablo extrañado de verla sentada en el sofá, con un libro en la mano.

Noelia se asustó al escuchar la voz de Pablo y dejó escapar un grito.

—Lo siento. No quería asustarte —susurró él para tranquilizarla. Se sentó a su lado—. Son las cuatro de la mañana. ¿Te ocurre algo?

—No, estoy bien. Es que no podía dormir y he pensado en leer un rato.

Pablo acercó la mano al libro que ella sostenía. Encontró algo de resistencia en ella a la hora de soltarlo y le sorprendió.

—¿Qué lees? —le preguntó observando la portada.

—Una novela que me ha regalado Marta. —Intentó disimular su malestar.

—De nuestros labios...

—Es una novela romántica, de esas que suele leer Marta —le interrumpió.

Pablo dejó el libro en la mesa y le ofreció la mano.

—Volvamos a la cama. Es tarde. No creo que te beneficie leer a estas horas.

Noelia sonrió y aceptó su mano. De camino, Pablo le preguntó:

—Creí que no te gustaban ese tipo de novelas.

—Y no me gustan. Marta insistió en que era muy buena. Ahora tengo más tiempo para leer.

Cuando llegaron a la cama Pablo la ayudó a meterse bajo las sábanas. Se sentó en el borde de la cama y se inclinó para susurrarle:

—Ya que estás tan romántica, podíamos aprovechar para hacer el amor.

Noelia no se mostró muy ilusionada, pero correspondió a la propuesta con una sonrisa que Pablo interpretó como una invitación a continuar.

No quería volver a rechazarlo como había hecho tan solo unas horas antes. Se sintió miserable por no poder ser sincera con Pablo en ese momento. Solo fue capaz de sonreír, con un gran esfuerzo para que él no pudiera ver ni siquiera una aproximación del remolino de emociones que se desarrollaban en su interior.

Pablo merecía la verdad, pero no era capaz de decírsela. Bajo aquella sonrisa, aceptando sus planes de hacerle el amor, ya estaba faltando a ella. Pero ¿cómo decirle que había interrumpido uno de los recuerdos más importantes que tenía con Lago? ¿Cómo decirle que lo único que había en aquel cuarto era su sonrisa y su cuerpo, porque su mente estaba muy lejos de allí? Muy lejos, en una noche de verano, doce o trece años atrás, en una playa del sur, estirados sobre la arena, escuchando cómo Lago le anunciaba que le iba a hacer el amor al tiempo que le besaba sobre el tatuaje y le decía al oído que el color blanco era perfecto para ella:

—Te hace parecer una niña buena, muy al contrario que tus labios —le dijo Lago guiñándole un ojo y lanzando un beso al aire.

—La pureza del blanco y la impureza de mis labios...

—Yo no lo hubiera expresado mejor.

Lago fue delineando sus curvas con el dedo índice.

—Me estoy volviendo adicta a tus caricias —le dijo ella cerrando los ojos.

—¿A todas?

—No. Solo a esta. —Le cogió una mano y se la llevó a su propia mejilla. Lago le acarició con el reverso de la mano.

Noelia cerró los ojos recordando a Lago dentro de su cuerpo. Minutos después los abrió lentamente descubriendo que Pablo acababa de hacerlo también. Le sonrió de nuevo y él, esta vez, parecía más confundido que nunca.

Se dieron las buenas noches. Noelia no pensó en lo que acababa de suceder, quería evitar por todos los medios sentir el dolor que le produciría ser consciente de lo que acababa de hacer. Sustituyó la culpa por diapositivas del pasado que en perfecto orden se fueron presentando en su mente: el vestido blanco, el piano, su mejilla, el jardín de Elisa, el olor a jazmín...

Pablo estaba algo aturdido. No entendía que Noelia se hubiera comportado de aquella forma. Parecía que estaba a años de luz de allí. ¿Por qué no le había dicho que no le apetecía? Y lo que más le preocupaba: ¿por qué no le había apartado la mano, como hacía siempre, cuando le había acariciado cerca de la mejilla? ¿Habría perdido esa «manía», como ella solía llamarla?

De nuestros labios impuros.

Capítulo XI

Provincia de Jaén, 16 de agosto de 2002.

El día que llegamos a *Sejenas*, mis amigos se presentaron en mi casa para anunciarnos la celebración de una fiesta, esa misma noche, en casa de Manu, con motivo de su cumpleaños.

Noelia pareció encantada con Julián y con Manu, que apenas la dejaron hablar mientras le ofrecían los detalles de su fiesta.

Antes de que llegara Noelia a mi vida, habíamos planeado celebrar ese cumpleaños en la playa, pero mis vacaciones improvisadas con ella habían alterado los planes, o al menos así lo interpreté, ya que no volvimos a mencionar el tema. Debieron intuir que por nada del mundo iba a alejarme de ella. Otra variante de nuestro indestructible código de honor y amistad.

Noelia le preguntó a Julián por Núria y Sara y este le explicó que se habían marchado el día anterior. También añadió que durante la celebración de las fiestas solo habían coincidido con Núria en una ocasión. Se presentó sola en la plaza del pueblo y se acercó a ellos, pero al ver que la ignoraban —entiéndase por ignorar el darle el mismo trato que a una piedra—, se marchó. Cuando se trataba de vengar a un amigo, éramos insuperables. Nuestra fórmula era sencilla: Nuria había hecho daño a Noelia, más Noelia era la chica de Lago, más Lago su mejor amigo... La suma era igual a... Nuria ignorada cruelmente. El caso es que no volvieron a verla, ni a ella ni a Sara, pero supieron de su marcha porque en Sejenas todo se sabía.

La expresión de Noelia fue de tristeza. En dos ocasiones había intentado contactar con Núria, durante los días que estuvimos en la playa, pero su amiga parecía tener poco interés en atender sus llamadas. Me pregunté en muchas ocasiones qué clase de amiga no se interesaría por saber al menos si Noelia se encontraba bien. No había recibido noticias de ella en toda la semana y para colmo las veces que Noelia intentó comunicarse con ella, la ignoró.

Al ver la tristeza en sus ojos me acerqué a ella. No soportaba aquella imagen.

—¿Estás preocupada? —le pregunté al mismo tiempo que le regalaba esa caricia en la mejilla que tanto le gustaba.

—Preocupada no, más bien... ¿sorpresa? O quizá decepcionada.

—No tienes la culpa. Se portaron mal contigo y encima te ignoran.

—En realidad fue Sara la que creó esta situación. Por eso esperaba que Núria actuara de otra forma. Parece que es ella la que está resentida —Sonrió con esfuerzo y me pellizcó en la mejilla—. Hablaré con ella cuando vuelva a Barcelona.

Esas palabras me sacudieron todo el cuerpo. Hasta ese momento no había pensado en la posibilidad de que Noelia volviera a su vida. En tan solo una semana sentía como si nos conociéramos desde hacía años. Cada momento lo había saboreado como si solo fuera el principio de todo lo que nos esperaba en un futuro. Un futuro para nosotros, juntos. La sola

mención de Barcelona me hizo sentir aturdido. Fue un brusco aterrizaje a la realidad.

—¿Cuándo piensas volver? —le pregunté apartando la mano de su mejilla. No quería que notara el temblor que se había iniciado en ella.

—No lo sé exactamente, pero tendrá que ser en pocos días. Tengo que hacer muchos trámites para el nuevo curso.

En ese momento no pude disimular más y me separé de ella bruscamente. Le di la espalda y desaparecí escaleras arriba. No me siguió. Sentí su mirada clavada en mi espalda, incluso la de mis amigos. Me había olvidado de que estaban allí.

Cuando llegué al dormitorio miré repetidamente hacia la puerta esperando que viniera a decirme que había una solución perfecta para que dejara de sentir aquel vacío que se acababa de instalar en mí. ¡No apareció! Esperé a estar más calmado antes de volver a bajar al salón. Entendí que esa solución no existía, a menos que ella decidiera quedarse a mi lado y olvidar su vuelta a Barcelona.

No podía perderla, no podía permitir que se alejara de mí. Noelia no era un amor de verano o cualquier otro tipo de aventura fugaz. Noelia ya tenía parte de mi alma y parte de mis sueños.

Reaparecí en el salón. Manu y Julián me conocían bien, lo suficiente para saber que algo no muy bueno me ocurría. Se despidieron de nosotros dejando bien claro que nos esperaban en la fiesta. Ambos me interrogaron con la mirada y se conformaron con una casi imperceptible negación con la cabeza. Seguíamos fieles a nuestro lenguaje no verbal.

Noelia se acercó a mí y me cogió de la mano. Me llevó hasta el sofá. No me soltó la mano, me habló con la mirada fijada en el suelo.

—Lago, no sé muy bien cómo decir esto pero... —Fue levantando la mirada lentamente—. Yo no quiero marcharme, pero tengo que hacerlo.

—¿Por qué? —pregunté con frialdad observándola.

—Veamos... ¿porque mi vida está allí? —Su voz era temblorosa.

—¿Está allí? —Recogí una lágrima que descendía por su mejilla.

—¿Dónde sino? Todo este tiempo a tu lado...

—El tiempo no existe para nosotros, Noe —la interrumpí—. Ni empezó ni terminó. Está aquí y simplemente no pasa. No debe pasar. Somos eternos, Noelia y debemos estar juntos.

—A veces no te entiendo cuando hablas del tiempo. ¡Claro que existe!

—Para nosotros no —le dije con tono cansado—. Algún día lo entenderás. Somos como todos esos lugares que te mostré: eternos y, en cierto modo... ¡Inmortales!

—Eres un soñador —me dijo sonriendo.

—Dime... ¿Qué vas a hacer cuando llegues a Barcelona con el equipaje que llevas de más?

—¿Equipaje? —repitió sorprendida.

—Tienes mi alma, lady La, o parte de ella. ¿Qué vas a hacer con mi alma por las calles de Barcelona? Es una gran responsabilidad.

Noelia soltó una carcajada.

—No sé si es lo más romántico o lo más disparatado que me han dicho nunca. —Continuó riendo.

—No puedes devolvérmela así como así. Tendrás que llevártela y yo me quedaré ¿desalmado?

—Lago, ¡déjalo ya! me estás volviendo loca con tus juegos de palabras.

—Olvidemos eso ahora. Quiero hacer el amor contigo. Nunca lo hemos hecho en Sejenas.

—Eso no es cierto. La primera vez fue en casa de Elisa ¿Ya lo has olvidado?

—No me acuerdo ¡Recuérdame que hicimos!

—Encantada —me dijo con la más amplia de sus sonrisas—. Voy a acogerme a tu teoría del

tiempo. Estoy convencida de que pasen los años que pasen jamás podré olvidar ni un solo detalle de ese día.

—¿Ves como tengo razón? El tiempo no está hecho para nosotros —le dije mientras me empujaba y se colocaba encima de mi excitado cuerpo—. Mi abuelo solía decir que el tiempo muere cuando naces.

—Sois una familia rara. —Fue lo último que la escuché decir antes de olvidarme del mundo, del tiempo, de Barcelona...

De nuestros labios impuros.

Capítulo XII

Provincia de Jaén, del 16 al 20 de agosto de 2002.

No recuerdo haberme reído tanto en toda mi vida como la noche en que celebramos el cumpleaños de Manu. Noelia bebió más de la cuenta. Yo no dejaba de observarla. Cada vez que se acercaba a mí y me susurraba algo al oído, asentía por inercia porque la mayoría de las veces no entendía lo que me decía.

Aquella noche estaba especialmente guapa. Le sugerí que vistiera de blanco. Se quejó, alegando que apenas tenía prendas de ese color, pero finalmente apareció en el salón con una combinación algo estafalaria en la que predominaba ese color.

Me aferré a ese color porque aquella noche estaba especialmente sensible. Desde que anuncié sus intenciones de volver a Barcelona en pocos días, no había sido capaz de respirar más de cien veces seguidas sin que apareciera esa idea en mi cabeza. Por eso aquella noche necesitaba ese color sobre su piel, el mismo con el que se vistió la primera vez que la vi y el mismo que lucía la noche que hicimos el amor en la playa.

Al día siguiente me reprochó no haberle incitado a que dejara de beber. Apenas recordaba lo que había ocurrido y yo aproveché esa situación para divertirme todo cuanto pude. No hice más que contarle historias, a cual más disparatada, de todo lo que había hecho y dicho la noche anterior. Se negaba a creerme, pero la impotencia de no recordar apenas nada y la postura seria y convincente que yo adopté, le hicieron dudar. Yo disfruté con su confusión hasta que me di cuenta de que se me estaba escapando de las manos y la broma había dejado de ser divertida.

Terminé por darle detalles de su forma de bailar, de brindar, y de hablar con todo el mundo. Le conté la verdad, solo la verdad, y aunque era menos ridícula que las versiones con las que bromeé, no le hicieron sentir mucho mejor.

—¿Por qué no me dijiste que estaba haciendo el ridículo?

—Porque no lo hacías. Me encantaba verte reír y bailar. ¿Por qué iba a parar un espectáculo tan maravilloso?

Aún así, no la convencí. Pasó el resto del día de mal humor, luchando por asumir el espectáculo de la noche anterior y por combatir el dolor de cabeza que produce el exceso de alcohol.

Al día siguiente la desperté muy temprano. La ventana estaba abierta, aún no había amanecido. Me miró sorprendida y luego me ofreció su característica sonrisa matutina. Las tenía todas clasificadas. Aquella era de las mejores. Suspiré aliviado al comprobar que la resaca y el mal humor del día anterior ya no existían.

—Es hora de despertar.

—¿No crees que es algo pronto para salir? —Miró hacia la ventana observando la oscuridad.

—Noe, ¿quieres casarte conmigo?

Se incorporó bruscamente y se frotó los ojos. Me miró esperando que le aclarara que estaba bromeando.

—¿Qué tal por la iglesia? —pregunté sin esperar la respuesta.

Se hizo un silencio que me pareció eterno. Temí su reacción. A pesar de la naturalidad con la que le hice esa pregunta, era consciente del efecto que podía causar. No imaginé que su respuesta fuera:

—¿Por la... iglesia? ¿Eres religioso?

—¡No! —Negué con la cabeza con mucho ímpetu—. Antes ni siquiera creía en Dios.

—¿Y ahora sí? —Frunció el ceño.

—¡Sí, Noe! Desde que te conozco creo en Dios y creo en ti.

No me respondió a la propuesta ni tampoco añadió nada más. Se abrazó a mí y unos segundos después sentí la humedad de sus lágrimas resbalando por mi pecho desnudo. Entrelazamos los brazos y las piernas y nos sumergimos en el más absoluto de los silencios.

Mi propuesta de matrimonio se desvaneció con la misma rapidez con la que nos sorprendió el alba.

No volvimos a mencionarlo hasta tres días después, solo una hora antes de que ella subiera al taxi que le llevaría hasta la estación de tren. Un tren con destino a Barcelona, o como ella lo había descrito: a su vida.

19

Cada metro que avanzaba se convencía más de que no había sido buena idea ir a visitar a Marta caminando. Aunque Noelia se encontraba segura y apenas necesitaba utilizar un apoyo para caminar, la pastelería quedaba algo lejos. El médico le había aconsejado que caminara con frecuencia, pero sospechaba que se refería a un reparto equilibrado a lo largo del día, y no a un sobreesfuerzo que la dejara exhausta.

Le separaban ocho días de su incorporación al trabajo y por un momento temió que el paseo hubiera sido una mala decisión que podría sumar días a su convalecencia.

Había salido de casa sin detenerse a pensar cuál sería su itinerario. Eran tantas las ganas que sentía de alejarse de allí que le pareció que cuanto más lejos fuera capaz de llegar, más rápidamente se calmaría y tomaría el control de sus emociones.

Leer el capítulo en el que Lago le pidió que se casara con ella no había sido fácil de digerir. Recordar aquel momento y la despedida posterior le había alterado de una forma que incluso le había sorprendido. Desde que inició la lectura de esa novela se había enfrentado a muchas sensaciones dolorosas, pero ninguna como aquella. Empezaba a cuestionarse si sería capaz de terminarla. Aquel vaivén de emociones no prometía ser muy saludable.

Recordaba perfectamente la despedida que se narraba en la novela. En los días posteriores a la extraña propuesta de matrimonio de Lago, no habían hablado ni una sola vez de ella ni tampoco de su vuelta a Barcelona. Se habían dedicado a disfrutar cada momento sin pensar en la temida despedida. Una de las actividades en las que invirtieron más tiempo fue en recorrer las calles del pueblo, escuchando, por boca de Lago, todas las historias relacionadas con sus habitantes y sus edificios. Algunas parecían inventadas, pero Lago siempre conseguía que llamaran su atención.

La noche anterior a la temida despedida, Noelia le habló de sus intenciones. Al día siguiente se marcharía, no podía posponerlo más. Lago no intentó convencerla, su expresión decía lo mucho que le dolían esas palabras, pero no quiso interferir en sus decisiones.

—Encontraremos la forma de estar juntos. Solo necesito ocuparme de algunos asuntos —le dijo en un tono de súplica—. Después... ya veremos qué podemos hacer. No quiero dejar de verte.

Lago sonrió y asintió con la cabeza, la besó y se fue al dormitorio sin añadir nada más. Noelia le siguió minutos después. La estaba esperando en la cama. Le sonrió y le señaló con la mano que se tumbara a su lado.

—Solo me queda jugar una carta para convencerte de que lo nuestro es eterno y no debes marcharte.

—¿De verdad? —dijo ella con tristeza.

—Si lo de llevarte mi alma, ser adicta a mi caricia, saber que ya creo en Dios y saber que te quiero como esposa no ha funcionado... Tendré que intentar convencerte como amante.

Noelia se rió. Nunca sabía cómo iban a terminar sus frases. Siempre la sorprendía.

—Como amante me pareces estupendo, no tienes que convencerme de nada.

—No has visto lo mejor de mi lady La. Observa, siente y luego me dices.

Cada momento que había estado a su lado había sido especial e intenso, pero aquella noche, bien por la forma en la que él se entregó a ella, bien por la carga emocional de una despedida que

no podían apartar de sus corazones, Lago le mostró un espacio de infinitas sensaciones que nunca hubiera imaginado que pudieran existir.

Noelia siguió avanzando hacia la pastelería de su amiga sin poder borrar de su mente el momento en que se despidió de él.

Lago le pidió silencio, la besó y esperó a que entrara en el taxi. Le había pedido que no la llevara en coche a la estación, no quería una de esas despedidas interminables. Se cruzó de brazos mientras ella se alejaba.

Noelia se giró para ver la imagen de Lago a través de la luna trasera. Tenía los brazos cruzados y su rostro no mostraba ninguna emoción. Parecía que estuviera posando para una fotografía. Se desplomó en el asiento cuando desapareció su imagen. En la media hora que duró el trayecto, no fue capaz de moverse. El conductor intentó entablar conversación en dos ocasiones, pero desistió al ver que Noelia ni siquiera le respondía.

Llevaba más de veinte minutos en el arcén de la estación, sentada en un banco de madera, cuando anunciaron la llegada del tren. Se sorprendió deseando que la persona que le había atendido en la estación no le hubiera gestionado el billete. Le había informado que ese tipo de trayectos debían realizarse obteniendo el billete con antelación. ¿Qué podía saber ella? El viaje de ida también había sido en tren, pero se había encargado Núria de él. Ojalá aquella persona hubiera sido menos eficiente, o hubiera tenido un mal día y se hubiera negado a tramitarle el billete. Ojalá aquella persona... La imagen de Lago apareció interrumpiendo esos pensamientos. Sintió como si le clavaran cuclillos afilados en el centro del estómago.

Más imágenes. Lago y sus complicadas conversaciones, Lago y su pasión por la historia. Lago y sus caricias...

«El tiempo no existe para nosotros», se dijo a la vez que escuchaba el sonido chirriante del tren al frenar para detenerse en la estación. Se levantó lentamente y agarró su maleta con desgana intentando localizar la puerta más cercana para acceder a su interior. Apenas dos pasos, cuando una locución hizo que se detuviera. El sonido no era muy claro. Solo escuchó con nitidez dos palabras que le helaron la sangre: «destino» y «Barcelona».

Marta se sorprendió al verla, pero enseguida sustituyó su expresión de asombro por una cálida sonrisa. Salió de detrás del mostrador y la abrazó con energía.

—¿Cómo has venido?

—Caminando.

—¿Desde tu casa?

—Sí. He venido despacito. El médico me lo aconsejó, así que no me mires como si estuviera loca. Estoy muy bien.

—¿Sigues utilizando esa muleta?

—Cada vez menos, si voy a pasear me siento más segura con ella.

—Vale, pero después será mejor que te lleve yo. Volver caminando va a ser demasiado, ¿me equivoco?

—Olvida eso a hora. ¡Quiero galletas! ¿Por qué crees que he venido? Hoy es viernes —dijo guiñándole un ojo. Los viernes eran los días que Marta horneaba las galletas preferidas de Noelia.

—Anda ve dentro y pídele a María que te las dé. Yo voy enseguida.

María daba vueltas alrededor de una pequeña mesa que sostenía una tarta. La estaba decorando, o al menos esa fue la primera impresión, porque a medida que se fue acercando se dio cuenta de que quizá no era eso lo que pretendía.

Se sobresaltó cuando Noelia le tocó el hombro.

—Hola, Noelia —le sonrió con dulzura como era habitual en ella. Miró su pierna—. Veo que estás recuperada.

—Lo estoy. ¿Qué estás haciendo? Eso tiene buena pinta.

—Estoy haciendo unas pruebas para una tarta de boda que nos han encargado. Los novios nos dijeron que lo dejaban a nuestra elección siempre que fuera algo sencillo.

—¿Y he interrumpido tu momento de inspiración?

—No. Todavía no sé bien lo que vamos a hacer. ¿Cómo fue la tarta de tu boda?

Noelia tragó saliva antes de contestar tartamudeando.

—Yo... no estoy casada.

—¡Ah! Creía que lo estabas —Se encogió de hombros—. ¿Cómo sería si te casaras?

Noelia bajó la mirada y sonrió.

—Con muchas fresas. Toneladas de fresas —dijo con la mirada perdida.

—Vaya, vaya. ¿Y esa sonrisita? ¿No me digas que voy a tener que hacer una tarta de boda? —dijo Marta al entrar sin ocultar que había escuchado parte de la conversación.

—¡Eh! ¿Cómo? No. No quería decir eso. No voy a casarme, solo... bueno me hizo gracia pensar en una tarta de boda para mí.

—¿Nunca habéis pensado en ello? —preguntó Marta con curiosidad.

—¿Pablo y yo? —preguntó Noelia abriendo mucho los ojos.

—¿Quién sino? —dijo Marta riendo.

—No —contestó tajante—. Eso no es para nosotros. ¿Y a ti? ¿Te gustaría?

—Sí, creo que sí. De blanco y en una preciosa catedral —confesó Marta mirando al techo—. Espero encontrar al hombre de mi vida, aunque al paso que voy...

—¡Lo encontrarás! —afirmó Noelia.

—¿Cómo has hecho tú?

Noelia la miró fijamente. Era una clara provocación de Marta.

—Como he hecho yo. Lo creas o no —espetó.

—Ya sabes que siempre bromeo con ello. Es que sois tan herméticos...

Noelia la ignoró y reclamó sus galletas. Durante más de una hora dejaron a María a cargo de la tienda y se dedicaron a charlar y a hacer desaparecer una bandeja de galletas que acompañaron con té.

Volvió a casa en taxi, después de convencer a Marta para que siguiera con su trabajo y no perdiera tiempo en llevarla.

Cuando entró en el salón se descalzó y se estiró en el sofá. Suspiró con fuerza y cerró los ojos. María le había preguntado por su tarta ideal y ella había hablado de fresas casi sin pensarlo.

También, sin pensarlo, se levantó y se dirigió a su dormitorio. Se sentó en el borde de la cama y abrió el cajón de la mesita de noche. Allí guardaba una pequeña caja. La abrió lentamente. Contenía varios objetos, todos ellos pequeños, pero ella solo estaba interesada en uno de ellos: una minúscula bolsita de terciopelo rosa. Con suma delicadeza, extrajo una cinta de raso blanco de su interior. La acarició con el dedo y la dejó deslizar por la palma de su mano atrapándola antes de que cayera al suelo. La ocultó de su vista cerrando el puño. Lo hizo con fuerza, tanta que una mueca de dolor se dibujó en su rostro al sentir la presión de las uñas.

Fue suficiente para que un torbellino de emociones se desatara en su interior. Llegó el llanto: lágrimas que saciaban y quemaban a la vez. Lloró. Sintió alivio y desconsuelo a la vez; una dualidad más relacionada con él, con Lago. Fue la primera vez, desde que esa novela llegó a sus manos, que fue capaz de expulsar todo lo que se había ido acumulado en su interior.

De nuestros labios impuros.

Capítulo XIII

Provincia de Jaén, 21 de agosto de 2002.

Tras ver desaparecer el taxi calle abajo, me senté en el suelo del salón, apoyado en la puerta, durante más de una hora sin mostrar señal alguna de vida en mi cuerpo.

No había sido capaz de hablarle de un nuevo encuentro. No le dije adiós ni le dije que la esperaría. Todo lo que quería decirle lo había hecho a lo largo de aquellos trece días. Un breve periodo de tiempo, pero suficiente para sentir que ella era mi vida.

En ese preciso instante recordé a mi abuelo. Él me dijo que solo había amado a una mujer en su vida. Nunca me habló de ella ni de dónde la conoció, solo me dijo que se llamaba Maira y que ella nunca llegó a saber lo mucho que la amaba. No era mi abuela ni una de las muchas mujeres que pasaron por su vida. Tampoco la mujer que murió a su lado, Amparo, así que siempre imaginé que debió ser un amor de juventud, quizá alguien que dejó en Portugal.

Pensé que mi vida iba a ser como la de mi abuelo. Él se había encargado de decirme que su corazón solo perteneció a una mujer y que vivió feliz con muchas otras, pero que jamás sintió lo mismo que sintió por Maira. ¿Sería ese mi destino?

Siempre me había impresionado la forma en que mi abuelo hablaba de ella. Tan solo la mencionó unas pocas veces, pero su mirada al hacerlo me hacía estremecer.

Yo era muy joven y fácilmente impresionable. Cuando mi abuelo me hablaba de ese amor, yo apenas había despuntado en el mundo de las conquistas amorosas, pero conocía a mi abuelo y jamás antes había visto esa mirada: solo pude apreciarla cuando hablaba de ella.

¿Por qué no estuvieron juntos? ¿Ella no le correspondía? Ya no había respuesta a esas preguntas ni motivos para planteármelas. Mi abuelo estaba muerto, Noelia se había marchado... ¿Qué importaba lo que Maira había representado en la vida de mi abuelo?

En medio de aquella confusión sonó mi móvil. Lo saqué del bolsillo con la intención de apagarlo cuando vi su nombre en la pantalla. No dudé en descolgar. Había esperanza.

—He estado pensando —me dijo en un tono de voz parecido a un susurro—, en tu teoría del tiempo.

—¿De verdad? —Fue lo único que conseguí decir y todavía me pregunto cómo fui capaz de hablar.

—No estoy muy segura, pero creo que empiezo a entenderla.

—Me alegro.

El silencio que se hizo a continuación me propinó un impacto directo en el pecho.

—Quiero un día más. —Escuché el sonido de su respiración.

Mis esperanzas se desvanecieron con esa petición. No sabía si iba a ser capaz de soportar un

día más a su lado y volver a pasar por otro adiós. No le contesté.

—Un día e...terno.

Tardé en reaccionar. Tiempo después, ella me reprochó lo mucho que le afectó ese silencio; juraría que solo fueron unos pocos segundos.

—¿Eterno? —pregunté con un tono de voz que no hubiera sido el que hubiera querido mostrar. Parecía enfadado.

—No me confundas, Lago —Era la primera vez que la escuchaba gritar enfadada—. ¿No es eso lo que siempre dices? El tiempo no existe para nosotros, somos eternos. Pues... yo quiero un día eterno, o lo que es lo mismo...

—Te he entendido, cariño. Te he entendido. —La tranquilicé. Me tapé la boca con la mano para evitar que se me escapara la risa.

—Entonces grita o di algo agradable. Te acabo de decir que quiero estar siempre contigo, que sí, sí, sí... ¡me quiero casar contigo! y que... estoy en la estación, pero el tren ya se ha marchado.

—Un suspiro entrecortado apareció al final de su discurso.

Mi silencio posterior fue intencionado. Por supuesto que quería gritar como ella me había pedido, y por supuesto que quería decir cosas agradables, pero me pudieron las ganas de sacarla de quicio.

—¡Lago! —Estoy convencido que las personas que habría en la estación la miraron sorprendidos. Gritó de tal forma que tuve que apartar el auricular de la oreja.

—Estoy aquí, cariño —Mi tono de voz era exasperantemente tranquilo—. No hace falta que grites. Estoy asimilando que quieres casarte conmigo. Es un tema serio. Eso significa que en breve seré un hombre casado y...

—Te quiero pedazo de imbécil, deja de decir tonterías y ven a buscarme. —Lloriqueó.

Nunca había pronunciado esas palabras. Siempre sonreía o me decía que estaba loco. Como mucho, veía el brillo en sus ojos y su forma de entregarse a mis caricias cuando hacíamos el amor, pero nunca me dijo lo que sentía. Nunca se lo pedí. En realidad siempre pensé que no lo necesitaba, hasta que lo escuché salir de su boca y supe cuanta falta me hacía. Noelia me estaba esperando en la estación, confesándome que me quería y que quería estar a mi lado durante un día eterno. Mi vida no iba a ser como la de mi abuelo. En ese momento me consideré oficialmente correspondido.

—Voy a buscarte, mi vida.

21

Pablo no dejaba de dar vueltas alrededor de la mesa de su despacho. No podía apartar de su mente a Noelia, no entendía lo que le estaba ocurriendo.

Había acercado la mano al teléfono una docena de veces para llamar a Marta con la intención de obtener algo de información, pero en el último instante lo había descartado. No tenía claro cómo plantearle aquello que le inquietaba sin parecer un histérico.

La noche anterior había decidido llegar antes a casa. Se sentía culpable por no pasar más tiempo a su lado. Antes, jamás se lo habría planteado, pero desde el accidente, Noelia parecía estar más vulnerable a su atención.

Pablo tenía un trabajo en el que era imposible saber cuándo iba a terminar su jornada. Algunas reuniones se alargaban más de lo previsto o bien surgían a última hora; Noelia siempre se había mostrado comprensiva. Se conocieron manteniendo ese tipo de vida y nunca tuvieron la necesidad de hacer cambios. Ella solía llegar antes a casa. Casi siempre la encontraba corrigiendo exámenes o preparando sus próximas clases. En cuanto él llegaba a casa, ella ultimaba los preparativos de la cena, una de las tareas domésticas de las que se ocupaba Noelia; el resto de tareas estaban bien repartidas, siempre basándose en sus horarios de trabajo y en las habilidades que mostraban uno u otro para ellas. ¡Hacían un buen equipo!

Entendía que desde su accidente estuviera aburrída y que al tener que permanecer en reposo, las horas se le hicieran eternas, por ello había decidido dedicarle todo su tiempo cuando llegaba a casa por la noche, al menos hasta que se incorporara al trabajo, aunque, bien pensado, estaba empezando a coger el gusto de abrazarse a ella en el sofá para mirar la televisión.

¿Qué le ocurría a Noelia?

La noche anterior, cuando llegó a casa, la encontró dormida sobre la cama. Llevaba ropa de calle y por la forma en la que estaba estirada, parecía que se hubiera dormido sin tenerlo previsto. ¿Serían los medicamentos? Ella no solía dormir fuera de horas.

Se despertó cuando él se sentó en la cama y le acarició la mejilla. Como solía hacer siempre, le apartó la mano. Solo había hecho una excepción y fue la noche anterior, mientras hacían el amor. Ella misma se sorprendió de haberse quedado dormida culpando al largo paseo que había dado para visitar a Marta en la pastelería.

Durante la cena apenas había abierto la boca, ni para hablar ni para comer. Cuando terminó volvió a la cama quejándose de un tremendo dolor de cabeza.

Pablo pensó en el libro que se estaba leyendo. Aunque lo más probable es que no tuviera ninguna importancia, le sorprendió que se levantara de madrugada para leer, a pesar de confesarle que no podía conciliar el sueño.

Esa misma mañana se acercó a la mesilla y ojeó el libro por encima, aprovechando que ella dormía. Se lo llevó al salón para poder estudiarlo con calma. En un principio no hubo nada que le llamara la atención de aquel libro, excepto que se tratara de una novela romántica. ¿Cuántas veces le había escuchado decir que no le gustaban? ¿Era un regalo de Marta realmente? Fue la primera página la que consiguió llamar su atención:

Para Noelia,

Porque no creo en los mensajes enviados en botella.

¿Qué significaba aquella dedicatoria? ¿Y por qué no se lo comentó la noche que la descubrió leyéndolo en el salón? ¿Y por qué el libro descansaba siempre en su mesilla de noche cuando ella siempre solía dejar sus libros en el salón? Nunca leía antes de irse a dormir, no era necesario llevarlo al dormitorio. ¿Estaría exagerando con aquellas apreciaciones? Quizá, pero esa dedicatoria...

Pablo viajó con su mente a la noche anterior una vez más. Cuando terminaron de cenar, antes de que le hablara de su dolor de cabeza, la encontró en el suelo del dormitorio buscando un pendiente que había perdido. Cuando pareció encontrarlo, Pablo se dio cuenta que era un pequeño trozo de tela o algo similar lo que ocultó en su mano y no un pendiente como le había dicho. ¿Serían imaginaciones suyas o Noelia parecía esconder algo?

Conforme sus pensamientos avanzaban y se trasladaba a la noche anterior, Pablo se sentía más y más angustiado. Decidió hacer esa llamada.

Marta se sorprendió mucho de escuchar su voz. De la sorpresa pasó a la preocupación al pensar que le había podido ocurrir algo a Noelia.

—No te preocupes, está bien. Te llamo por otro motivo —Hizo una pequeña pausa. Seguía sin saber cómo plantearle el asunto a Marta—. He encontrado a Noelia un poco rara últimamente y me preguntaba si tú también lo habías notado.

—¿Qué quieres decir?

—Se levanta en mitad de la noche para leer, se va a dormir a horas que no son habituales en ella y... parece ausente.

—¿Ella qué te ha dicho? Porque se lo habrás preguntado, ¿verdad?

—Sí, pero niega que le ocurra algo, dice que está bien.

Marta permaneció en silencio unos segundos antes de añadir:

—Entonces no te preocupes, Pablo. Tanto tiempo en casa la ha alterado un poco. Por lo que describes solo parece un poco de insomnio, seguro que le cuesta coger el sueño. Cuando vuelva al trabajo, verás que vuelve a ser la misma.

—Tienes razón. Igual estoy exagerando —Se aclaró la voz—. Podría ser que esa novela romántica que está leyendo la tenga algo alterada —Se rió para ocultar sus verdaderas intenciones.

—¿Una novela romántica? ¿Eso está leyendo? —Marta se rió con ganas—. Ahora la que me voy a preocupar soy yo —rió de nuevo.

—Creía que se la habías regalado tú. Eso me dijo —sentenció con un tono de voz que no invitaba a bromear.

Marta guardó silencio. Intentó procesar las palabras de Pablo. No sabía de lo que le hablaba, pero tuvo la habilidad suficiente para saber que debía intervenir con rapidez.

—No esperaba que se la leyera, la verdad —Intentó disimular el temblor de su voz—. Lo dicho, Pablo, no debes alarmarte. Verás que en unos días se siente mejor. Hablaré con ella si eso te tranquiliza.

—Gracias, Marta. Espero no haberte molestado.

—Ambos queremos a Noelia y es lógico que nos preocupemos por ella. Ya hablaremos.

Pablo debería haber quedado satisfecho y algo más animado con la llamada, pero no fue así. Marta era su mejor amiga; si alguien conocía bien a Noelia era ella, sin embargo, le pareció que no era sincera. Algo no encajaba. Debería haberle preguntado qué significaba aquella dedicatoria,

aunque la persona más indicada para darle esa información era Noelia.

Se sentó en su sillón echando la cabeza hacia atrás. Apareció en su mente la imagen de Noelia, cuando la vio por primera vez. Fue en una cafetería cercana al colegio donde ella trabajaba. Cuando Pablo llegó, ella estaba sentada en la barra. Con una mano daba vueltas con la cucharilla en la taza de café, y con la otra sostenía, con algunas dificultades, el periódico del día.

Pablo se fijó en ella porque estaba interesado en el periódico. La observó detenidamente buscando algún indicio que le indicara si iba a estar allí mucho tiempo o tendría que marcharse sin poder leerlo. Él era cliente habitual de la cafetería. Cada mañana, antes de entrar en la oficina, tomaba allí su café al tiempo que leía el periódico.

En el centro de la cafetería, apoyado en una columna, había un revistero con una amplia variedad de periódicos. Pablo siempre encontraba el suyo disponible. Era el único especializado en economía y al parecer no era del interés de muchos clientes. Era la primera vez que no podía acceder a él. Se preguntó qué interés podía tener aquella mujer en el mercado de valores y en la bolsa.

Cuando ella llamó al camarero para abonar el importe de su café, Pablo reparó en la mueca de sorpresa de la mujer al buscar en su bolso y no encontrar lo que fuera que buscara. Pablo se disponía a preguntarle si había terminado de leerlo cuando escuchó su conversación con el camarero:

—Esto... lo siento, pero he olvidado el monedero en casa —confesó angustiada—. Vi... Vivo aquí cerca. Voy a buscarlo y vuelvo enseguida.

El camarero la miró fijamente como si estuviera sopesando si era o no una excusa para no pagar y desaparecer.

Pablo actuó con rapidez indicándole al camarero que él se haría cargo del café. Noelia se lo agradeció sorprendida.

—Gracias. No te imaginas lo violento que resulta esto. Si me acompañas o me esperas aquí iré a buscar el dinero.

—No es necesario. Es solo un café. Quedas invitada.

—Yo...

—¿Qué tal si mañana venimos aquí a esta hora y me invitas tú?

—De acuerdo, pero... ¿podría ser en otro lugar? Preferiría no volver aquí.

—Por supuesto —Buscó una tarjeta en su cartera—. ¿Y si me llamas cuando te apetezca tomar ese café y decidimos el lugar?

Aceptó la tarjeta y leyó su nombre. Con timidez alargó la mano.

—De acuerdo, Pablo. Soy Noelia. Te llamaré y... ¡gracias!

Dos días después le envió un mensaje citándole en otra cafetería para saldar su deuda. Había transcurrido más de dos años desde ese café que dio comienzo a su relación.

Noelia le pareció, desde el primer momento, una mujer excesivamente reservada. Apenas hablaba de su vida. Lo poco que le contó fue porque Pablo insistió en averiguarlo. Toda su información se reducía a su ciudad natal: Barcelona, a la complicada relación que había mantenido con sus padres y a la decisión tardía de estudiar la carrera de magisterio en Madrid para alejarse de una vida, que según ella, no le aportaba nada.

Pablo se fue adaptando a su forma de ser, a sus infinitas manías y a su forma de pasar por la vida de una forma invisible. Él no era el extremo opuesto de Noelia, por eso no le costó adaptarse a ella, pero en ese momento se preguntó si faltaba algo en su relación. A veces ella era tan

hermética, tan reservada, tan maniática para algunas cosas que le costaba comprenderla.

Nunca antes se lo había parado a pensar. Él era feliz con ella y con la vida que llevaban, ¿o no lo era? ¿Por qué se estaba planteando todo aquello?

Pablo sintió una extraña presión en el pecho. Era una sensación desagradable, un vacío molesto. Por un momento sintió pánico al pensar que podría perderla. ¿No estaba siendo exagerado?

Se incorporó y se apoyó con los codos en la mesa. ¡Amaba a Noelia! Se había enamorado de ella con rapidez, sin apenas tiempo para asimilarlo y seguía enamorado. ¿Le había dicho a Noelia alguna vez lo mucho que la amaba?

De nuestros labios impuros.

Capítulo XIV

Provincia de Jaén, 21 de agosto de 2002.

Una de las muchas imágenes que han quedado grabadas en mí para siempre ha sido la de Noelia en la puerta de la estación, junto a su maleta.

Nos besamos apasionadamente, con prisa, con ansia. Una de esas escenas románticas, propias de las películas, en las que los enamorados se reciben o se despiden en una estación de tren: las bienvenidas efusivas, las desgarradoras despedidas... Lo nuestro fue una mezcla de ambas, una desgarradora despedida que en cuestión de un par de horas, poco más, se convertía en una bienvenida efusiva.

Se quedaba, me quería, aceptaba casarse conmigo... «¡Bienvenida a mi vida, Noelia!», pensé mientras arrastraba su maleta.

El viaje a Sejenas lo hicimos en silencio. Íbamos sonriendo como los dos bobos enamorados que éramos y nos íbamos mirando con timidez y ternura como si en vez de habernos despedido y reencontrado en cuestión de horas, hiciera meses que no supiéramos el uno del otro. ¡Qué intensos que éramos!

Hicimos el amor nada más cerrar la puerta de casa. Ni siquiera recuperamos la maleta del maletero del coche. No había tiempo. La tormenta ya se había desatado y había que buscar la calma. Teníamos necesidad de celebrar el fin de nuestra breve separación, necesidad de jurarnos que sería la última, necesidad de tocarnos, de lamernos, de mordernos y de conducirnos, de la forma que fuera, hacia una oleada de placer en la que ya no planease sobre nosotros el gusto amargo de una pronta despedida.

Si en las siguientes horas hicimos algo más que hacer el amor en todos los rincones de la casa —aquellos que nos parecieron sugerentes—, no lo recuerdo. Lo único que recuerdo es la sensación de ser alguien nuevo, alguien distinto, alguien indescriptiblemente feliz.

Agotados, caímos rendidos en la cama, el último sitio elegido para dar rienda suelta a nuestro deseo. Allí dormimos durante horas hasta que los primeros rayos de luz nos indicaron que teníamos una vida que empezar juntos.

—¿Me hubieras ido a buscar a Barcelona? —Fueron las primeras palabras que salieron de su boca aquella mañana.

—No lo sé. Estaba pensando en la maldición familiar cuando me llamaste —le dije sin pensar.

—¿Maldición?

—Pensé que te habías convertido en mi «Maira» y que estaba condenado a vivir lo mismo que mi abuelo.

—¿Quién es Maira y qué quieres decir con eso? —dijo incorporándose. Parecía asustada.

—Maira fue la única mujer que mi abuelo amó.

—¿Tu abuela? —dijo confundida, aunque su rostro mostraba la misma expresión que se suele mostrar cuando se ve algo realmente repulsivo.

—No, mi abuela se llamaba Ana.

Me miró con el ceño fruncido y decidí aclarárselo. Le expliqué lo poco que sabía sobre el amor platónico de mi abuelo.

—¿Y a tu abuela no la quiso?

—Supongo que sí, pero de otra manera.

—¿Y... la mujer con la que iba en el coche cuando murió?

—Esa fue su novia: Amparo. También la quiso, supongo.

Me miró entre confundida y enfadada. Creo que en ese momento Noelia debió pensar que en mi familia no estábamos muy cuerdos. Decidí alejar esos pensamientos de su mente aventurándome con la pregunta que llevaba horas queriéndole hacer.

—¿Qué te impidió subir a ese tren? —le pregunté acariciándole la maraña de rizos indomables de cada mañana.

—Ya te lo dije. —Volvió a tumbarse en la cama.

—Repítelo. ¡No te cuesta nada!

—No podía irme con tu alma. Además... tú tienes la mía. No veía la forma de intercambiarlas. Mejor compartirlas.

—Lady La, eso es muy cursi. Me ha entrado un escalofrío. —Me abalancé sobre ella y le mordí en el cuello con ternura adelantándome al codazo que tenía intenciones de darme.

—Fuiste tú el que me dijiste esa cursilada. —No estaba dispuesta a dejar pasar mi comentario.

—Pero yo tengo más gracia que tú. —Esa vez no pude esquivar el codazo.

—También... —prosiguió muy concentrada—, empiezo a entender tu extraña teoría sobre el tiempo.

—Mi abuelo solía decir: «El tiempo no existe, muere cuando acabas de nacer».

—Eso es muy complicado, Lago. No lo acabo de entender. ¿Es por eso que hablas siempre del tiempo, por tu abuelo?

—No. Él nunca me explicó que significaban para él esas palabras. Yo lo interpreté a mi manera. Me gusta pensar que no hay límites, y el tiempo, de una forma u otra, queramos o no, establece esos límites; me gusta pensar que camino por los mismos lugares que lo hicieron personajes de otros siglos, como si el tiempo no importara; me gusta pensar que estamos hechos para estar juntos por una eternidad —Inicié una ronda de caricias en su mejilla, como a ella le gustaba—. La palabra tiempo me entristece. Me recuerda que algún día no existiremos, por eso no la quiero.

Noelia sonrió y me miró con ternura.

—Eres único, Lago.

—Eso está mal expresado.

—El único... —pronunció esas palabras sin entusiasmo, casi molesta. Me hizo sonreír.

—¡Eso está mucho mejor!

Se dio la vuelta poniendo los ojos en blanco. Me encantaba escuchar de su boca que yo era él único, pero no tanto como provocarla para que frunciera el ceño y me mostrara una expresión infantil que adoraba.

23

Noelia interrumpió la preparación de su maleta para atender la llamada de Marta.

—¿Estás bien? —Marta fue directa a lo que le preocupaba.

—Sí, ya me queda menos. Tengo contados los...

—Si estás tan bien —la interrumpió—, porqué le mientes a Pablo diciéndole que yo te he regalado no se qué novela romántica.

Noelia no habló. Esperó a que su amiga continuara.

—Me ha llamado —aclaró Marta—. Está preocupado por ti. Dice que estás muy rara.

Antes de contestar Noelia se tomó su tiempo.

—No sé por qué piensa eso.

—Le extrañó verte absorbida por una novela que... —Sopló con fuerza—. A punto estuve de meter la pata, pero reaccioné a tiempo. ¿De qué va esto, Noelia?

—¿Qué te dijo exactamente?

—Que te levantabas de madrugada a leer una novela de amor que yo te he regalado. Algo parecido —dijo con desgana.

—Bueno... el caso es que la compré yo, pero me daba vergüenza admitirlo y... te metí a ti por medio. Lo siento, debí avisarte.

—¿Vergüenza? —Subió el tono de voz dejando claro que estaba enfadada—. ¿Te da vergüenza decirle a tu novio que has comprado una novela romántica? ¡Es increíble! Yo leo muchas de esas novelas ¿De qué, según tú, debería avergonzarme?

—No es eso, Marta. Estás llegando demasiado lejos. Es solo que yo siempre las he repudiado y ahora me costaba admitirlo. Una tontería. Le diré la verdad. —Parecía un discurso aprendido, apenas hizo una pausa para tomar aire.

—¿Y qué novela es esa que te hace levantar en mitad de la noche? —Bajó el tono de voz—. ¿Cómo se titula?

—*De... De nuestros labios impuros* —Hizo un esfuerzo por no mostrar su malestar al decir aquella frase en voz alta—, ¿la... la conoces?

—No, no me suena. ¿Quién la ha escrito?

—No sé, ahora no tengo el nombre a mano. Isaac no se qué.

—¡Ah! No me suena... ¡Cuando acabes de leerla me la prestas!

—Sí, claro, aunque tardaré unos días porque el fin de semana lo pasamos fuera. Vamos al pueblo de Fernando, en la sierra. Él y Valentina celebran que esperan un bebé.

Noelia agradeció el haber captado la atención de su amiga, pudiendo así desviar el asunto de la novela. Los siguientes minutos de la conversación se dedicó a ofrecer una versión algo distorsionada de su interés por aquel viaje. Se esforzó por parecer ilusionada, pero algo le dijo que Marta no se lo había acabado de creer.

No se sentía cómoda mintiendo a las únicas personas que formaban parte de su vida, y a las que tanto quería. No era la primera vez, se había visto obligada a hacerlo en numerosas ocasiones, siempre que surgía algún tema relacionado con alguna parte de su pasado. Con los años había

aprendido a desviar el tema improvisando cualquier otro. Prefería utilizar esa técnica a mentir, pero no siempre era posible. Había puesto mucho empeño en hacer desaparecer aquellos años de su vida y aunque la mentira era un recurso sucio, no podía hacer otra cosa. Por encima de todo debía enterrar los años que había pasado junto él, fuera cual fuera el precio.

No entendía los motivos que habían llevado a Pablo a llamar a Marta. ¿Solo porque la hubiera encontrado leyendo en mitad de la noche? ¿Era ese un motivo para preocuparse?

Debía admitir que había sido difícil disimular lo mucho que le estaba afectando enfrentarse a su pasado a través de aquel libro. Seguramente no había disimulado tan bien como ella creía y Pablo había reparado en pequeños detalles que le habían alarmado.

No podía dejar ese libro a medias, tenía que continuar y solo podía elegir los momentos en que se sentía más fuerte para hacerlo. No podía hacerlo de otra forma. Tendría que continuar lidiando con sus emociones e intentando que Pablo no reparara en ellas. No iba a ser fácil.

Quería conocer el final de esa historia, pero solo al ritmo que su corazón le permitiera: sin desfallecer. No se trataba de un simple fragmento de su vida. Cuatro años no eran nada en una vida, pero aquellos cuatro... Aquellos fueron los únicos que realmente se había sentido viva, a pesar del precio que había pagado por ellos.

Pablo estaba a punto de llegar. Tenía que darse prisa en terminar la maleta. Quería que la encontrara animada y no volviera a preocuparse por ella, no quería que aquella situación se le escapara de las manos.

Continuaba sin saber hasta dónde le conduciría aquella novela, pero si algo tenía claro era que por doloroso que resultara enfrentarse a esa parte de su vida, una vez terminada, podría volver a colocarlo todo en su lugar y continuar. Era un alto en el camino. Fuera lo que fuera lo que encontrara entre aquellas páginas, seguro que sería beneficioso para seguir adelante.

Satisfecha con sus pensamientos cogió un vestido del armario y se colocó delante del espejo. Pasó la percha por encima de su cabeza y se concentró en el reflejo para imaginar cómo le quedaría puesto. Había perdido algo de peso y no estaba muy segura de que le sentara bien. Se disponía a probárselo cuando algo irrumpió en su mente de una forma fugaz, obligándola a deshacerse de la percha y dejarla caer al suelo. Se levantó lentamente la falda hasta dejar al descubierto su cadera.

Cerró los ojos para imaginar la nota musical que se había tatuado aquella noche de verano en la playa. ¡Ya no existía! Hacía años que había acudido a un profesional del tatuaje para que la hiciera desaparecer. Todavía recordaba sus palabras aconsejándole que no lo hiciera:

—Si lo borramos, te quedará una horrible marca que seguirá recordándote lo que sea que quieres olvidar. Yo en tu lugar aprovecharía el diseño para hacerlo desaparecer con otro diseño. Así verás solo lo que quieres ver ahora.

El pequeño pentagrama con la palabra *la* desapareció para dar vida a una preciosa combinación de números, y un discreto fondo de color, inspirados en una fecha: 12 de marzo del 2007.

Pablo le preguntó una sola vez por el significado de aquellos números. Ella improvisó una respuesta en la que le habló de números de la suerte. No podía decirle la verdad. Como siempre que se esforzaba en ocultar algo de su vida, era tal el empeño, que acababa por convencer a Pablo.

Observó con detenimiento el dibujo que había marcado en su piel. Sabía que debajo de aquella fecha seguía estando la nota musical. Sonrió por la ironía de sus pensamientos. No podía engañarse. Aquel tatuaje era igual que el paso de Lago por su vida. Por mucho que intentara

disfrazarlo, él seguía estando en alguna parte, bajo alguna capa de su piel.

Suspiró y se sentó en el borde de la cama. Ocultó su rostro entre las manos y volvió a suspirar, esta vez con más fuerza. Posó su mirada en el cajón de la mesilla y extrajo de nuevo la caja que albergaba algunos de sus recuerdos.

Volvió a extraer la cinta de raso llevándosela a los labios para besarla. Había pasado años sin abrir aquella caja y en cuestión de horas ya la había abierto dos veces. Alargó la mano de nuevo y sacó una alianza. La deslizó suavemente por su dedo anular. No le resultó fácil debido al temblor de su mano. ¿Se habría vuelto a casar Lago? ¿Habría llevado a alguna otra mujer a aquel castillo para decirle que la amaba?

Lago...

Él y sus extrañas teorías sobre el tiempo. En ocasiones, dispuesto a hablar de instantes, de eternidades, de futuro... Y en otras completamente decidido a afirmar que el tiempo no existía.

La voz de Pablo anunciando que estaba en casa la sobresaltó. Con un movimiento rápido devolvió la cinta de raso a la caja al tiempo que intentaba extraer el anillo de su dedo. ¡No podía! ¡No tenía tiempo! Los pasos de Pablo se escuchaban cada vez más cerca. Se puso en pie y ocultó la mano entre la maleta, fingiendo colocar algunas prendas en sus interior.

Cuando sintió la presencia de Pablo en su espalda, se giró hacia él con una gran sonrisa y se acercó para besarlo. Ocultó la mano lo mejor que pudo para evitar que él reparara en ella. Pablo le devolvió la sonrisa. Recibió su beso con entusiasmo y la abrazó con tal fuerza que le hizo perder el equilibrio por un momento.

Todo lo que hubiera pendiente entre ellos desapareció mientras bromeaban sobre la necesidad de evitar ciertos movimientos que podrían afectar a la pierna de Noelia.

24

—Espero que no hayamos olvidado nada. Hay más de tres horas de viaje —dijo Pablo sonriendo cuando dejaron atrás Madrid para adentrarse en la autopista dirección oeste.

Al escuchar esas palabras, Noelia dirigió su mirada hacia el dedo anular donde horas antes había deslizado el anillo. Sorprendida de su gesto, cerró el puño y ocultó su mano en el bolsillo de la chaqueta. ¿Por qué razón las palabras de Pablo la habían llevado a comprobar si el anillo aún descansaba en su dedo? Sabía, con certeza, que no lo iba a encontrar allí. ¿Acaso consideraba que era algo olvidado? ¿No era más correcto pensar que nunca debió salir de la caja donde descansaba durante tantos años?

—No creo que olvide nada —consiguió afirmar con una sonrisa forzada.

En cuanto Pablo había salido del dormitorio, ella se había dado prisa en devolver el anillo a su caja. Al hacerlo había tenido la extraña sensación de que se desprendía de algo importante, como si todos aquellos años hubiera continuado en su dedo.

—¿Crees que ha sido buena idea? —preguntó Noelia mirando al frente.

—¿A qué te refieres? —Pablo frunció el ceño cuando presintió cual sería su respuesta.

—A este fin de semana... con tus amigos...

—Algo tarde para planteárselo, ¿no crees? —Fue rudo con su respuesta. No disimuló su malestar.

Noelia asintió y forzó otra sonrisa. Se sintió incómoda con el tono de voz que empleó Pablo, aunque debía reconocer que tenía razón. Por alguna razón que desconocía, él se había mostrado ilusionado con aquel fin de semana y no era el momento de cuestionarlo.

Intentó distraerse mirando a través de la ventana. En un gesto inconsciente la desvió de nuevo para clavarla de nuevo en su dedo. Se había propuesto no pensar en Lago en todo el fin de semana, pero le resultó imposible no llevar su mente al momento en el que aquel anillo empezó a formar parte de su vida.

Días después de que fuera a buscarla a la estación, Lago le propuso hacer una pequeña excursión para visitar el castillo del que tantas veces le había hablado.

Se dirigieron a la entrada de Sejenas para seguir el estrecho camino asfaltado que conducía hasta allí. A lo largo del camino se encontraron varios carteles en los que se indicaba a los visitantes la dirección que debían tomar.

Lago le había hablado orgulloso de su castillo durante los días que permanecieron en la playa, prometiéndole con entusiasmo que lo visitarían algún día.

Ese día Lago le anunció sus intenciones de llevarla hasta allí titulado la excursión como «el gran momento para conocer el legado histórico de Sejenas».

Noelia estaba entusiasmada con la visita, aquel castillo era importante para Lago y también quería que lo fuera para ella.

Esperaron a que la tarde avanzara. Aunque el sol les había dado una tregua, al menos por aquel día, las temperaturas que había dejado no hicieron muy agradable la excursión; más de veinte

minutos, por un camino ascendente, cuya pendiente parecía estar diseñada solo y exclusivamente para los que estuvieran en muy buena forma física.

Noelia no dejó de quejarse durante todo el camino y Lago no dejó de ignorarla, motivo por el cual Noelia llegó a la cima muy enfadada, pero su estado de ánimo dio paso a la perplejidad en cuanto Lago anunció su llegada con una sonrisa triunfal. Por más que miró en todas las direcciones posibles no vio ni rastro del castillo esperado.

—¿Esto es un... castillo?

—Es una fortaleza —le aclaró ofendido.

Noelia observó el muro de piedra que tenía justo enfrente. Alzó la vista, inclinando la cabeza hacia atrás. La altura del muro era vertiginosa, pero no la anchura del mismo que no contaría más de unos pocos metros.

—¿No sería más apropiado llamarlo las ruinas de una fortaleza?

Lago la miró con recelo.

—Noe, esta es parte de nuestra historia. Aquí están los restos de una fortaleza musulmana del siglo X.

La cogió de la mano negando con la cabeza y la guió al otro lado del muro. Le mostró una superficie plana, tan solo poblada por unas pequeñas piedras distribuidas a lo largo del perímetro ovalado, que debió ocupar la fortaleza en su construcción original.

—¿Ves aquello?

Noelia localizó una pequeña estructura metálica en el otro extremo de la explanada que soportaba un cartel donde se apreciaban algunos dibujos y descripciones. Asintió con la cabeza.

—Allí hay un dibujo que muestra cómo fue la fortaleza original, pero antes de que la veas quiero que la imagines. ¡Cierra los ojos!

Noelia hizo lo que Lago le pidió intentando con todas sus fuerzas imaginar cómo había sido cuando gozó de su máximo esplendor.

—Creo que... puedo imaginarlo, más o menos.

Lago satisfecho con la respuesta de Noelia la cogió de nuevo de la mano conduciéndola hasta la estructura que mostraba la ilustración.

—¿Es así como lo has imaginado?

Noelia observó la recreación de la fortaleza asintiendo con la cabeza. No se atrevía a mirarlo a los ojos. Empezaba a conocer la pasión de Lago por la historia y no quería defraudarlo diciéndole que ella seguía imaginando uno de esos castillos de princesas que aparecen en los cuentos, o es que quizá era eso lo que esperaba encontrar.

Lago la abrazó por la cintura y se echó a reír.

—Mentirosilla, seguro que no se parece en nada.

—Es que es difícil imaginar algo así con lo poco que ha quedado.

—Definitivamente no tienes imaginación. Pero no importa, yo tengo por los dos.

—Cuéntame la historia de este castillo —dijo ella sonriendo.

—¡Léetela!

—¡Lago! —gritó enfadada, pero no consiguió intimidar a su acompañante, lo único que produjo en él fue una carcajada sonora. Al comprobar el efecto que tuvo en Noelia cedió a su petición:

—Está bien, pero vayamos allí —dijo señalando con el dedo el borde del cerro.

Lago tiró de ella hasta llegar al lugar deseado. Noelia sonrió al ver el espectáculo al que Lago hacía referencia. Desde aquel lugar privilegiado se podía observar gran parte de la comarca. Sejenas quedaba a sus pies envuelta por un manto verde de olivos que a Noelia le hizo sonreír reconfortada.

Esas vistas le proporcionaron a ella una imagen más ajustada de lo que pretendían ver los ocupantes de aquella fortaleza. Giró la cabeza suavemente para observar de nuevo el único muro que quedaba de lo que, en su época de esplendor, debió ser un importante conjunto fortificado.

Lago inició el relato como si se tratara de un cuento infantil ofreciéndole todo tipo de detalles sobre los que mandaron construir el castillo, su enclave y muchos datos históricos que consiguieron sorprender a Noelia. Cuando finalizó el relato permanecieron unos minutos en silencio hasta que Noelia le sorprendió con su pregunta:

—Si tuvieras que meterte en la piel de un personaje histórico, ¿a quién escogerías?

—Vasco da gama.

—¿Por?

—Porque era portugués, ¡ya sabes! Por mi abuelo.

—¿Quién más? —preguntó resoplando.

—Napoleón Bonaparte o... Jesucristo —Hizo una pausa—. Napoleón porque... ¡ya sabes! y Jesucristo porque... ¡ya sabes!

—No, no sé —exclamó resignada.

—Pues moléstate un poco más en conocerme, ¡mira que eres comodona! ¡Hay que dártelo todo hecho! —Le guiñó un ojo—. ¿Por qué va a ser? Porque sus vidas fueron interesantes. ¡¡¡Bonitas aventuras las suyas!!!

—Pues yo te imagino más como un vikingo o un pirata, saqueando iglesias y poblados y...

Antes de terminar la frase Lago se acercó a ella y la besó con dureza, mordiéndole en el labio y disfrutando del grito que ella emitió.

Noelia estaba disfrutando de su beso cuando Lago se apartó bruscamente y se arrodilló frente a ella. Aquel gesto fue interpretado por ella como una invitación a sentarse a su lado pero Lago la frenó cuando vio sus intenciones.

—Noe, quédate de pie, quiero decirte algo —le pidió cogiéndole la mano.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Quieres casarte conmigo?

Noelia se echó a reír. Nadie que presenciara la escena podría catalogarla de romántica. Lago tenía ambas rodillas enterradas en el suelo y Noelia se reía a carcajadas tirando de la mano que él le sostenía.

—Sí —dijo sin parar de reír—, pero no en una iglesia.

Lago se levantó de un salto.

—Noe, llevo pocos días creyendo en Dios y ya quieres que le falle —Se paseó en círculo alrededor de una Noelia sonriente—. Vas a ser mi mujer y ya empiezas llevándome por el mal camino —Suspiró—. ¡Menuda compañera vas a ser tú!

Ella se preguntó si estaba hablando en serio hasta que le pareció ver asomar una disfrazada sonrisa.

—Yo no soy creyente, Lago —afirmó ella.

—¡Pues cree! Una iglesia tiene su punto sagrado. Podría ser un escenario perfecto. ¿Hay algo más sagrado?

—¿Por qué no aquí?

—¿Aquí? —preguntó horrorizado—. Noe, el sacerdote del pueblo tiene ya unos cuantos años, no podemos hacerlo subir hasta aquí. Es cruel. Igual se nos queda en el camino el pobre hombre.

Noelia estalló en una carcajada. Lago aprovechó el momento para sacar una pequeña caja de su bolsillo. Se acercó a ella que estaba doblada de la risa y la incorporó para mostrarle unas alianzas.

—Eran de mis abuelos. Me gustaría que fueran nuestras alianzas.

Noelia abrió mucho los ojos y lo miró aterrorizada.

—¿Tus abuelos? ¿Quieres que llevemos las alianzas de tus abuelos que no se quisieron?

—Que estuviera siempre enamorado de Maira no significa que no quisiera a mi abuela. Fueron felices... a su manera —Noelia le mostró la palma de su mano para que las depositara en ella —. Las he llevado a un joyero para que les diera un repasillo, parecían algo apagadas.

Noelia observó las alianzas con detenimiento. Leyó en voz alta las letras que habían grabadas en su interior.

—Lago A.

—Lago Alfonso —le aclaró él.

—Y en esta... Ana

—Correcto.

—¿Quieres que llevemos unas alianzas con estos nombres? —preguntó abriendo mucho los ojos—. ¡En la tuya al menos pone tu nombre!

—Hubiera sido ideal que mi abuela se llamara Noelia, pero... ¡ya pides mucho!

Noelia negó con la cabeza en señal de rendimiento, la lógica de Lago era complicada.

—¿En serio se llamaba Lago Alfonso?

—Lago Alfonso Bartolomeu, pero solo lo sabemos unos pocos. Entenderás que no fuera presumiendo por ahí de nombre. En la alianza decidí abreviar. Es comprensible, ¿verdad, lady?

Noelia se acercó y lo besó. Él le acarició la mejilla con el dorso de la mano y susurró:

—Son nuestras alianzas, Noe. ¿Qué más da lo que ponga?

Lago, satisfecho con su explicación, se la deslizó a Noelia en el dedo. Ella sonrió. Era imposible enfadarse o escandalizarse con Lago. La mirada que le regaló fue lo único que le importó. Si la historia de aquellas alianzas reflejaba o no una gran historia de amor, no le importaba. Lo único que sabía era que la suya y la de Lago sí lo sería.

—Oficialmente eres mi mujer.

Noelia se abalanzó sobre él para abrazarlo.

—Lago te voy querer toda la vida.

—¿Eternamente, pequeña?

—¡Eternamente!

—¿Por la iglesia?

—¡No, aquí! —Exigió ella al tiempo que resoplaba—, y no pienso ir vestida de blanco.

—Haces bien. Eso del blanco y la pureza no te pega lady La. Con esos labios...

En la cima de un cerro rocoso, entre la sierra y la campiña olivera, dominando Sejenas, con dos alianzas fruto de un amor, no se sabe si existente o no, con una proposición de matrimonio aceptada entre risas, con un lugar sagrado donde celebrar su unión, aunque fuera mediante una fe pagana, enamorados e ilusionados, inauguraron definitivamente el camino que tenían intención de recorrer juntos durante muchos años. Fueron cuatro y no una eternidad, como habían planeado.

25

Las pocas horas que había compartido con los amigos de Pablo, resultaron ser mucho más agradables de lo que había imaginado Noelia. Se unió a la celebración otra pareja, al parecer buenos amigos de los anfitriones. Todos, incluido Pablo, se esforzaron para que se sintiera cómoda, compartiendo con ella anécdotas relacionadas con encuentros anteriores o con aventuras de juventud.

Noelia tuvo que luchar por disimular la sorpresa y la culpabilidad que la acompañaron durante todas aquellas horas de conversación. La culpa llegó cuando fue consciente de lo poco que sabía de la vida de Pablo, ni siquiera que Fernando, el anfitrión, era su amigo desde la infancia y no solo un compañero de trabajo, como ella creía. Y la sorpresa llegó, cuando vio a un Pablo implicado, con mucho sentido del humor y mucha destreza a la hora de provocar carcajadas entre sus amigos; especialmente cuando narraba experiencias de adolescente.

Unos pocos comentarios relacionados con las fiestas que se celebraban en ese momento en el pueblo en el que se encontraban, la transportaron a Sejenas, el lugar dónde, por mucho que se esforzara, no podía apartar de su mente.

Dos días después de que Lago se arrodillara delante de ella, en los restos de la fortaleza, para expresarle, de una forma muy peculiar, su deseo de casarse con ella, Manu y Julián organizaron una fiesta. Se celebró en una casa que uno de ellos tenía en las afueras, habilitada para uso exclusivo de fiestas y celebraciones. El motivo, o más bien la excusa, fue el compromiso de Noelia y de Lago. La música, la comida, el alcohol y las risas se instalaron en la amplia terraza durante toda la noche.

Noelia se dejó seducir por un cóctel de vodka casero —su fórmula solo la conocía Julián—, hasta establecer con él una verdadera historia de amor. Lago interrumpió su idilio para susurrarle al oído que se encontraba mal y que quería marcharse de allí. Noelia al observar cómo inclinaba su cuerpo hacia delante y mostraba una terrorífica mueca de dolor, se dirigió a Julián para anunciarle su marcha explicándole los motivos. No pareció sorprendido, ni preocupado, solo le pidió que le mantuviera informado.

El trayecto hasta llegar a casa de Lago se hizo eterno para Noelia. Estaba muy preocupada; el silencio de Lago era una señal de que algo no iba bien. Nada más atravesar la puerta le anunció a Lago sus intenciones de llamar al médico al tiempo que le recomendaba que se tumbara en la cama. Lago interrumpió sus intenciones acercándose a ella por detrás y abrazándola por la cintura.

—No llores, ya me encuentro bien —le susurró al oído.

Noelia se fue girando lentamente. Observó su triunfal sonrisa con la boca abierta y se apartó bruscamente de él. Tardó unos segundos en expresar sus sospechas:

—¡Te lo has inventado! —afirmó con un tono de voz cercano al susurro—. ¿Me has hecho creer que estabas enfermo para que nos marcháramos? —Esta vez abandonó el susurro y gritó.

Lago se echó a reír estudiando la forma de abrazarla sin recibir un brusco rechazo.

—¿Me has engañado? —preguntó confundida.

—No, no te he engañado —afirmó él buscando todavía la forma de acercarse a ella—. De

verdad que dolía mucho no poder estar contigo. Ese dolor es insoportable, no podía más. Te he dicho que me dolía el pecho y era verdad.

Noelia lo observó con mucho interés. Parecía seguro de su explicación. O mucho se equivoca o Lago estaba siendo sincero por disparatada que fuera su explicación. Igual de disparatada que la carcajada que vino a continuación.

—No te enfades, Noe —Su semblante era serio—. Cuando no estás conmigo, duele. Cuanto antes nos acostumbremos a estas cosas, mejor para los dos. Será el amor, lady *La*.

Negando con la cabeza se acercó a él y le rodeo el cuello con los brazos. Suspiró resignada.

—Eres... ¡único! —Antes de que él protestara ella se adelantó y rectificó—: ¡el único!

Fue una de las muchas, muchísimas noches, en las que se demostraron que se habían elegido el uno al otro, y que sería para siempre. Pero el destino no parecía estar de acuerdo, les respetó la intensidad, pero no la duración.

El roce que sintió en el hombro la hizo volver a la realidad. Se enfrentó a unas risas y a las palabras de Pablo:

—¿Noelia, estás bien?

Antes de que pudiera responder, escuchó una voz femenina preguntándole en qué planeta se encontraba.

—Disculpad, estaba distraída —Sonrió sin ganas—. ¿Qué estabais comentando?

Todos se miraron extrañados hasta que una voz femenina, la de Valentina, atrajo su atención frotándose el vientre y preguntándole:

—Os estábamos preguntando si nos daréis una sorpresa pronto. —Siguió frotándose el vientre en círculos.

—¿Hijos? —Se apresuró a preguntar Noelia—. ¡No! No está en nuestros planes. Lo tenemos claro.

Todas las miradas se centraron en Pablo que no disimuló su sorpresa por la respuesta de su novia. Noelia se arrepintió de no haber meditado algo más la respuesta, pero no se esforzó en sustituirla. A cambio, expresó sus deseos de salir a pasear en dirección a la plaza del pueblo donde se celebraban las fiestas.

De camino, Noelia evocó unas palabras que se pronunciaron la misma noche en la que se encontraba antes de que la interrumpieran.

—¿Cuántos hijos quieres tener, Noe?

—No sé, Lago. Yo... ¡no lo he pensado nunca!

—Siete. Tendremos siete. Uno por cada nota musical. ¿Son siete, verdad?

—¡Verdad! —confirmó ella entre carcajadas.

26

—Noelia, ¿me estás tomando el pelo? —preguntó Pablo mostrando las palmas de sus manos, dejando clara la distancia que quería mantener.

Noelia bajó la mirada incapaz de cruzarla con él. Pablo dio pasos en círculo por el dormitorio y continuó mostrando su desconcierto:

—Me has asustado, Noelia. Me has dicho que te encontrabas mal, que te dolía mucho el pecho. ¿Y ahora me dices que era una broma?

—No era una broma exactamente, era una... Quería hacer divertida la forma de decirte que quería estar contigo a solas y... —Aquellas palabras debían ir acompañadas de un gesto sensual, pero acabaron acompañadas de una mirada desviada, incapaz de hacer frente a la de Pablo. «Ridícula», fue la palabra que eligió en su cabeza para castigarse.

Pablo la miró desconcertado. Volvió la cabeza hacia atrás pensando que en cualquier momento sus amigos aparecerían para aclararle que eran cómplices de la broma de Noelia. Pero solo estaban ellos dos.

—Creo que has bebido demasiado, te he advertido de que no lo hicieras. ¿Desde cuándo bebes algo que lleve alcohol, a no ser que sea vino? «Solo un buen vino y blanco», añadió imitando sus palabras con desprecio.

—Me apetecía, es todo —sentenció molesta por el tono de su voz.

—¿Vodka?

—Estaba rico. —Su tono de voz molesto fue sustituido por el irónico.

—Sí, ya he notado que te gustaba —Suspiró—. Tenemos mucho tiempo para estar a solas. No creo que esto fuera necesario. Tengo la impresión de que estabas incómoda y has buscado una excusa. ¿Es tu forma de asegurarte que no volvamos a reunirnos con ellos?

—Estás sacando demasiadas conclusiones. Si no has captado mi juego, puedo entenderlo. Ahora me parece tan estúpido como a ti, pero no vayas más lejos porque no hay nada más. Solo ha sido una mala idea.

Pablo suavizó su expresión. Se disponía a intervenir cuando el sonido de un mensaje lo sorprendió.

—Es Fernando, quiere saber cómo te encuentras —le aclaró sin dejar de mirar la pantalla.

—Dile la verdad —Noelia se mostró fría.

—Esa no la conozco. No sé muy bien qué debo decirle.

—Saben que tengo una pierna mal, no es tan raro que tenga molestias después de unas horas en esa plaza.

—Estabas sentada, Noelia, y te recuerdo que te has quejado del pecho, no de la pierna.

Noelia lo observó en silencio. Sabía que no había argumento alguno que les devolviera a la calma. Lo mejor sería estar sola y así se lo hizo saber.

—Será mejor que vuelvas con ellos, yo prefiero irme a la cama. —Se sentó en el borde confirmando sus intenciones.

Pablo la miró sopesando qué debía hacer. Optó por hacerle caso. Cuando se disponía a salir del dormitorio se volvió dispuesto a reprocharle lo que llevaba quemándole toda la noche:

—No recuerdo la conversación en la que decidimos no tener nunca hijos. ¿Lo tenemos claro? Esas han sido tus palabras.

Noelia alzó la mirada enfrentándose a él. ¿Era esa la verdadera razón por la que se había enfadado?

—No es el momento de hablar de ello.

Pablo se marchó en silencio, excepto por el portazo que dio al salir de la casa.

Noelia se quedó unos minutos mirando el suelo, centrada en algún punto elegido al azar, allí donde la mirada parecía estar más cómoda. Refugió su rostro entre sus manos y así permaneció un tiempo que hubiera sido incapaz de determinar.

Pablo tenía razón. Había bebido demasiado. Lo suficiente para apartar todas las imágenes de una fiesta en una plaza de Sejenas, trece o catorce años atrás. ¿Qué le había ocurrido? Había mantenido una lucha durante toda la noche para evitar evocar las imágenes de Lago en su mente. El alcohol parecía ser una buena opción para hacerlo, la única si no quería que le estallara la cabeza. El error había sido intentar vivir con Pablo lo que había vivido con Lago. ¿En qué estaba pensando?

Aquel no era un buen camino. Quería volver a ser la misma que era unas semanas atrás, quería volver a aburrirse en casa contando las horas que quedaban para incorporarse al trabajo. Quería volver a quejarse por su convalecencia y escuchar las riñas de Marta. Quería sumergirse en los brazos de Pablo cuando llegara la noche y escuchar sus explicaciones sobre el mercado financiero y sentir que su vida era correcta, acertada y adecuada.

Se levantó dispuesta a refrescarse la cara para despejar el poco efecto que quedaba del alcohol en su cuerpo. La ridícula discusión que había mantenido con Pablo se había llevado el resto.

Se miró en el espejo. La imagen de su rostro goteando agua, le hizo sonreír, aunque solo por unos segundos. La imagen que observó a continuación era la de un rostro que hacía un gran esfuerzo por mantener sus músculos tensos y no sucumbir al llanto.

Volvió al dormitorio dispuesta a meterse en la cama, pero antes se detuvo frente al armario y rebuscó en su maleta hasta obtener lo que buscaba: el libro. Se recostó en la cama y lo abrió. Antes de sumergirse en la lectura pensó si eran ciertos los deseos que había expresado unos minutos atrás sobre volver a su rutina. ¿Era eso lo que deseaba? ¿Volver a su rutina? Quizá la realidad fuera otra, una en la que lo hubiera dado todo por poder sumergirse en aquellas páginas y volver a vivir todo lo que allí se narraba. Suspiró. Lo hizo con tanta fuerza que sintió un ligero dolor en el pecho. Esta vez era cierto.

«¡Estoy loca!», se reprendió en voz alta.

Puede que lo que había leído hasta ese momento le hiciera sentir deseos de meterse en la historia y volver a vivirla. Se trataba de momentos intensos, momentos felices junto a Lago, pero ella sabía que antes o después, en alguna parte de aquel libro, se describirían los momentos más dolorosos. ¡No! no quería enfrentarse a aquellas imágenes, sabía lo mucho que volverían a doler; pero si algo tenía claro a esas alturas, era lo mucho que deseaba saber la forma en que Lago hablaba de ello. ¿Porque era Lago quién estaba detrás de todo? ¡Claro! ¿Quién sino iba a describir todo aquello con detalles que solo ellos conocían?

Aún no tenía muy claro el papel de Lago en todo aquello, igual que el papel del autor de aquellas letras, pero si de algo estaba segura era de que todo lo que en esas páginas se narraba, había salido de los recuerdos de Lago, fuera de la forma que fuera. Hora de sumergirse en sus páginas.

De nuestros labios impuros.

Capítulo XVI

Provincia de Jaén, 14 de septiembre de 2002.

Fue un 14 de septiembre, sábado; treinta y siete días después de nuestro primer encuentro. Lo que más me gustó de ella fue verla despeinada. Nuestro enlace no hubiera sido el mismo si no la hubiera escuchado quejarse de su maraña de rizos. Celeste, la madre de Julián, fue la encargada de hacerle un bonito recogido, pero no contaba con que su cabello se rebelara por desviarlo de su cauce natural; un puñado de horquillas no fue suficiente para contenerlo.

Celeste se hizo cargo, con la ayuda de su hija Gloria y de Rosa, la hija de Amparo, la novia de mi abuelo, de la mayoría de preparativos. No es que la novia, un servidor y mis amigos no quisiéramos participar, es que Celeste tenía dos grandes cualidades: la velocidad de la luz y la disciplina de un militar. No había nadie, al menos en este planeta, que fuera capaz de seguirle el ritmo.

Solíamos asentir a todo lo que ella decía y nos encargábamos, sin rechistar, de cumplir con las pocas tareas que nos encomendaba. Se trataba de fusionar la confianza que teníamos en ella y la comodidad de dejarlo todo en sus manos. Lo que viene a ser un gran equipo.

Ella asumió el papel de madre y padre cuando fallecieron mi padre y mi abuelo. No necesitaba ningún tutor legal, ya había cumplido los dieciocho años, pero sí necesitaba alguien que me guiara un poco por el buen camino y me hiciera la vida imposible con los discursos, las regañinas y esos toquecitos que, con tanta gracia, recibíamos en la nuca cada dos por tres Julián y yo.

Ella, fue y será una madre, o lo más parecido a una madre que he conocido. Elisa también se preocupó de mí, pero la pobre mujer pasó muchos años sumida en una depresión, según los habitantes de Sejenas, porque no superó la muerte de mi padre: su único amor. Yo tengo mis dudas respecto a esa teoría. Y es que la historia de amor de mi padre tampoco fue de las convencionales. Contaba la leyenda que él y Elisa fueron novios cuando eran muy jovencitos y que mi padre rompió la relación cuando conoció a mi madre: una historiadora francesa que se dejó caer por el pueblo allá por el año 1976.

Es posible que mi amor por la historia se lo deba también a mi madre, a parte de mi abuelo, aunque si es así será más bien por una cuestión de genes, porque en los dos únicos años que la disfruté, no tuvo tiempo de transmitirme ese amor.

Se llamaba Gaëlle. Probablemente la única persona que se dirigió a ella llamándola así fue mi padre. El resto de habitantes de Sejenas prefirió bautizarla con el nombre de «la francesa».

Nunca me contaron la historia completa. Mi padre nunca hablaba de ella, y mi abuelo, uno de esos días en los que se levantó creativo y dispuesto a estar horas contando historias, me ofreció una versión que, incluso a un chaval como yo, vulnerable e influenciado, le pareció algo distorsionada. El caso es que era una historia de amor en toda regla, así que no volví a preguntar

más. No debió contener nada sórdido, de lo contrario, antes o después me hubiera enterado: en Sejenas los secretos no existían.

El caso es que cuando murió mi madre, el que cayó en una depresión durante algunos años fue mi padre. Fue Elisa la encargada de devolverlo a la vida, al parecer ya lo había perdonado. Sacarle una sonrisa a mi padre era algo complicado, por eso Elisa se convirtió en mi heroína cuando lo consiguió: por eso la quise tanto. El motivo de su muerte no fue otro que una enfermedad grave que la fue consumiendo en pocos años, pero en Sejenas, dispuestos a pasar por encima de los diagnósticos médicos, determinaron que su muerte se debió a una depresión muy severa que se originó con la muerte de mi padre. Lo que vendría a ser «morir de amor». ¿Para qué contradecirlos? Esa versión era infinitamente más bonita que la cruel realidad.

Noelia sí que tenía una madre de verdad, vivita y coleando por aquel entonces, pero de poco le sirvió el día de su boda. Después de tomar la decisión de casarnos y hablar con Celeste para que nos echara una mano, Noelia decidió, por insistencia de Celeste y no mía, comunicárselo a sus padres. Ya había hablado con ellos en alguna ocasión, cuando les informó de sus intenciones de quedarse a vivir en Sejenas conmigo, pero creo que pensaron que era el impacto de un amor de verano y que en pocos días se le pasaría.

Lo de comunicarles que nos casábamos entró en otra dimensión. No recuerdo las horas, repartidas al menos en cuatro o cinco días, que dedicaron a hablar del tema. Cada vez que la llamaban me entraba un demonio por el cuerpo porque sabía que solo iba a ver lágrimas en el rostro de mi preciosa lady La.

Nunca entenderé, ni siquiera hoy, por qué sus padres se comportaron de aquella manera. La llamaron loca, descerebrada, inconsciente, e irresponsable. Así, de un tirón, en una sola frase, y no en una, sino en todas las llamadas. Noelia no dejaba de repetirles que estaba bien, que me quería, que quería estar conmigo, que tenía muy claro lo que quería y que era más feliz que nunca. Y ellos no dejaban de hablarle de su juventud, de sus estudios, de su futuro. Al parecer consideraban que su vida junto a mí le haría perder la juventud y no tenía cabida para su formación. Se hicieron una imagen de mí algo turbia sin conocerme de nada.

¿Qué clase de padres se enfadan cuando escuchan a un hijo repetirles que es feliz? Se supone que es música celestial para los oídos de unos padres, pero al parecer no lo era para mis suegros. Nunca lo entenderé, sin embargo, Celeste no dejaba de decirme que era algo normal, que eran padres preocupados, que no me conocían. Incluso ella me confesó en varias ocasiones que le parecía una decisión precipitada, que tan solo hacía un mes que nos conocíamos, pero... ¡Ahí está la cuestión! Los «peros» de Celeste siempre iban seguidos de un «Si a ti te hace feliz...». ¡Menudo conflicto más tonto! Bastaba con que hubieran viajado hasta Sejenas y se hubieran molestado en conocerme; no será porque no se lo pidió veces Noelia.

El enfado fue de mal en peor y el día de la boda no hicieron acto de presencia, pero no hizo falta: ni la boda fue menos boda ni menos intensa por su ausencia.

Nos casamos en el castillo, tal y como quería Noelia, pero sin cura. Este se echó las manos a la cabeza cuando le pedí que subiera al castillo a casarnos. Durante más de una hora buscó argumentos, todos ellos relacionados con conciencias religiosas, para que desistiera de mi idea y optara por casarme en la «casa de Dios» como él mandaba, pero de nada le sirvieron. Es que yo no era un hombre muy dado a creer en esas cosas, llevaba pocos días creyendo en Dios y a la que me quise descuidar ya me estaban inundando con toda clase de valores y pecados que yo era incapaz de procesar; al menos bajo el mismo punto de vista que el cura, el padre Palacios, o Palacetes —no recuerdo bien su nombre—. El pobre hombre hablaba de pecados sin conocer los

labios de mi Noelia... ¡Eso sí que era un pecado! Uno de esos por los que se está dispuesto a ir al infierno y al purgatorio y... a dónde haga falta.

Una vez descartada la opción de la iglesia, y de llevar la iglesia hasta el castillo, optamos por quedarnos con el castillo y casarnos con el primero que tuviera poderes para hacerlo.

Fuimos doce asistentes, sin contar con el personaje que trajo Celeste para casarnos. Mis amigos vinieron todos, el grupo al completo: Julián, Manu, Jorge y Estrella. También los padres de Manu y los de Julián, además de Gloria, su hermana, y Rosa, la hija de Amparo. Excepto por las quejas del sector femenino, al tener que ascender la cuesta con los zapatos de tacón en la mano y unas deportivas puestas que no hacían juego con sus vestidos; y las del sector masculino, por tener que llevar corbata y traje poco aptos para un ascenso de aquel tipo, bajo aquellas temperaturas, todo fue una autentica maravilla. Claro que... recuerdo que yo también me quejé.

Lo hice por el personaje que nos casó. Tardó un buen rato en recuperarse del ascenso debido a su exceso de kilos, pero no fue esa mi queja —¿qué culpa tenía el hombre?—, sino porque no dejaba de tartamudear para pronunciar las palabras que nos unieron. Se me hizo eterno. ¡Otra vez el tiempo! Celeste me propinó el que sería mi último golpe en la nuca de soltero, al tiempo que se defendía alegando que el alcalde no había podido venir y había delegado en un concejal, y que este había aceptado porque le debía un favor. ¡Pues sí que era complicado casarse! Entre el cura que no dejaba de poner inconvenientes, el alcalde que tenía una agenda muy apretada y el concejal que solo accedió por el soborno o la coacción de Celeste...

Noelia llevaba un vestido blanco. Para ello tuvimos que negociar. Ella ganó con el lugar que desde un principio le gustó para la ceremonia: el castillo, y yo gané con el color de su vestido porque era el mismo color que lucía cuando nos conocimos, el mismo con el que hicimos el amor en la playa y el mejor para gastarle bromas sobre la pureza de sus labios. Todo un acuerdo prematrimonial.

Celeste insistió para que escribiéramos un bonito discurso —en forma de promesa o buena voluntad— en un papel y lo leyéramos aquel día. A Celeste le costó convencer a Noelia para que lo hiciera lo que se tarda en chasquear los dedos, pero a mí, le costó más de una semana. Acabé prometiéndole que lo redactaría y así lo hice.

Aquellos papeles, ya arrugados y algo maltratados por el paso de los años, los guardo yo. Aunque fue Noelia la que se encargó de conservarlos durante cuatro años, he sido yo el que se ha encargado de conservarlos nueve años más.

Ella fue la primera en leerlo, por insistencia mía. De no haber sido así se hubiera desmontado el mío, el que decidí escribir un par de horas antes de la ceremonia. Uno de los dos que escribí.

—Lago, aunque esta unión es una autentica locura, nunca he estado tan segura de algo en toda mi vida. Eres lo mejor que me ha pasado en mis veintidós años y quiero pasar contigo el resto de mi vida. Te amo.

Es evidente que no le dedicó más de veinte minutos a confeccionarlo, ni más de veinte segundos a leerlo, pero a mí me supo a gloria. Aquel escueto escrito, tan «original» y tan «elaborado», era todo lo que quería escuchar.

Tras leerlo, sonrió tímidamente y me miró a los ojos. Excepto por la voz de Manu que se escuchó como pronunciaba un «¿ya está?» se puede decir que fue mágico. No diré un instante ni diré un segundo ni un momento, porque si puedo evitarlo, que no siempre lo hago, prefiero no mencionar al tiempo, pero sí diré que aquella tímida sonrisa, seguida de un leve ceño fruncido, por culpa de la observación de Manu, seguida de una mirada llena de luz y de unos labios impuros

hasta hartar, son elementos que han aparecido y aparecen en mi mente constantemente: al menos se llevan un minuto diario.

Mi turno de lectura llegó después, una vez que advertí a Manu con la mirada de lo oscuro que sería su futuro si se atrevía a intervenir durante o después de mi discurso. Saqué lentamente el papel de mi bolsillo, lo desdoblé con rapidez y lo leí sin respirar:

—Lo mismo te digo, lady La. —La miré a los ojos sin mostrar expresión alguna en mi rostro, quería que mi mirada lo dijera todo, pero ella no se fijó demasiado.

Nunca pensé que alguien pudiera abrir tanto los ojos. Su expresión me hizo reír y sus palabras aún más; las pronunció con naturalidad, olvidándose de dónde estábamos y de quién nos acompañaba.

—¿Ese es tu discurso? —No dejaba de mover su ramo de flores. Aunque cayeron varias de ellas al suelo, nadie se atrevió a acercarse. Me arrancó el papel que sostenía en las manos comprobando que lo que allí había escrito era lo mismo que había pronunciado—. ¿Esto es lo que escribías cuando me decías que no podía mirar? —Me miró fijamente, le faltó poner los brazos en jarra y mover el pie golpeándolo contra el suelo. Interpreté que esperaba una explicación.

—Para que veas lo mucho que confío en ti, Noe. No necesitaba escribir nada, lo que tu digas está bien, sé que es lo mismo que yo deseo. ¿Es una buena forma de empezar nuestra unión, no te parece?

Ella pareció dudar pero finalmente estalló en una carcajada y se lanzó a mis brazos, agitando las pocas flores que quedaban en el ramo. Nos miramos, nos reímos, no nos comimos porque no estábamos solos, pero empezamos a amarnos.

El ayudante del alcalde, o el concejal o quien fuera aquel que nos casó, se acercó a nosotros para indicarnos que debíamos intercambiar las alianzas. El verano se resistía a marcharse, por lo que deduje que las altas temperaturas reflejadas en las gotas de sudor que resbalaban por su frente, eran una buena razón para que aquel hombre no quisiera prolongar por más tiempo nuestra ceremonia. Pero hice caso omiso de sus palabras. Le di la mano a Noelia y la conduje hasta el borde del cerro, junto a una de las piedras que conformaban uno de los muros de la fortaleza. Me pareció escuchar, aunque no estoy seguro, alguna protesta en el sector de invitados.

Me quedé quieto y en silencio frente al paisaje. Mi mente viajó casi doscientos años atrás, un mes de julio de 1808. Cerré los ojos, aspiré aquel bendito aroma y miré la otra maravilla que tenía a mi lado.

—Allí —dije señalando con nuestras manos entrelazadas—, entre aquellos dos cerros, se libró una de las batallas más apasionantes de nuestra historia. ¿Eres consciente de los testigos que tenemos, Noe?

—¿Te refieres a la batalla de Bailén?

La miré sonriendo y le pedí que volviera a pronunciar esas palabras.

—No, así no, Noe. Pronuncia el nombre de la batalla con algo más de pasión.

—La batalla de Bailén —repitió con firmeza.

—Esa misma, lady La, esa misma —Expulsé todo el aire que había en mis pulmones, cerré los ojos y le dediqué la sonrisa que encabezaba el repertorio de las mejores—. ¿Lo ves, Noe? Estamos rodeados de historia. ¿Lo sientes? ¿Sientes cómo aquí no existe el tiempo?

Noelia se limitó a asentir con la cabeza. A esas alturas todavía no sabía cuándo me daba la razón, como si de un loco se tratara, o cuándo me entendía. Con los años llegué a diferenciarlo.

Volvimos a reunirnos con nuestros invitados. No parecían muy contentos, especialmente

Celeste que me fulminó con la mirada. Intercambiamos las alianzas de mis abuelos y nos convertimos en marido y mujer.

Tenía muchas ganas de celebrarlo, pero aún tenía más de que el concejal desapareciera de nuestra vista. ¡Qué pocas ganas le puso!

Durante la celebración, Noelia me reprochó con cariño, no en una, sino en varias ocasiones el contenido de mi discurso. Nunca le dije, por lo tanto, nunca llegó a saber, que aquella solo fue una de las dos opciones. La otra, la que llevé también en el bolsillo, pero nunca leí, aún la conservo:

*Noe, quiero que me enseñes a tocar y a amar el piano,
y quiero que acabes amando mis batallas.
Si no nos sale bien, volvamos a intentarlo una y otra vez.
Quiero que siempre tengamos una razón para empezar de nuevo.*

Aprendí a amar el sonido del piano, pero solo si era ella quien lo producía; jamás aprendí a tocarlo. Ella amó mis batallas, las que se libraron en las tierras que nos envolvían cientos de años atrás y las que se libraron en mi interior. Yo y mis batallas. Yo y mi maldita rendición, la que hizo que muriera nuestra historia.

He convivido durante muchos años con la palabra «raro» y la palabra «inmaduro», y sigo sin acabar de entenderlas. Hoy quisiera pensar que los años me han hecho madurar, pero no soy capaz de sentir su significado. Probablemente soy más iluso que nunca, de ahí que me encuentre en este proyecto, creyendo que algún día llegará a sus manos, a las manos de mi Noelia, la única mujer de mi vida.

Pablo observó a Noelia de reojo, parecía distraída mirando por la ventana. No se habían dirigido la palabra en todo el trayecto, de hecho, apenas se habían dirigido la palabra en todo el día. Tras el incidente de la noche anterior, Pablo había evitado volver a mencionar el tema, no porque le faltaran ganas, sino porque temía la reacción de Noelia. Desconocía si cualquier alusión a la noche anterior podía provocar una nueva actitud extraña en ella y lo último que deseaba era que sus amigos presenciaran otra situación fuera de lugar.

Se sorprendió de la dirección que llevaron sus pensamientos. Empezaba a pensar que no conocía a la mujer que estaba a su lado. Ni siquiera podía sospechar qué podía estar pasando por su cabeza ni cómo reaccionaría si volvían a hablar de lo ocurrido. No, no la conocía; lo ocurrido durante esa misma mañana se lo confirmó. Verla sentada frente al piano, dominando las teclas, le había desconcertado. Tenía que reconocer que no había dado importancia al entusiasmo de Marta cuando explicó que Noelia había tocado el piano en el aula de música del colegio. En un principio le sorprendió, pero la explicación de Noelia le llevó a creer que su habilidad con el instrumento se reducía a unos pocos movimientos de principiante que nunca habían llegado a ninguna parte. Recordó las veces que Noelia le había hablado, entre risas, del sonido ensordecedor que se creaba cuando sus alumnos tocaban la flauta, por lo que dedujo que acompañarlos con unas cuantas notas al piano, no requería de grandes conocimientos. ¡Estaba equivocado!

El salón de la casa de Fernando contaba con un precioso piano, propiedad de su abuela. Al reparar en él, justo cuando disfrutaban de un succulento desayuno, Pablo había sentido el deseo de provocar a Noelia, anunciando a todos sus amigos que su novia sabía tocarlo. Como era de esperar, todos le habían animado a hacerlo. Estaba enfadado con ella, no le había dirigido la palabra en toda la mañana y quiso ponerla en una situación comprometida. Había imaginado que ella se negaría a hacerlo y que sus amigos, conociendo lo insistentes que podían llegar a ser, la pondrían en una situación embarazosa cuando ella se negara a atender la petición. ¡Qué equivocado había estado! Noelia no se había hecho de rogar; con paso firme y decidido se había dirigido al piano, no sin antes dedicarle una sonrisa irónica en la que le había dejado claro que se había dado cuenta de sus intenciones.

Las notas que surgieron de aquel instrumento, guiadas por las manos —al parecer, expertas— de Noelia, los habían dejado a todos con la boca abierta. Más de uno se había quedado con la tostada encajada en la mandíbula que se negaba a cerrarse.

Todavía le había sorprendido mucho más la elección de Noelia. No era una melodía alegre, con ritmo, de las que invitan a dar palmas o mover los pies; más acorde con el ambiente en el que se encontraban. ¡No! era una melodía desgarradora, de las que cambian el estado de ánimo y envuelven de melancolía; una melodía que ensombreció los rostros sorprendidos de sus amigos.

A pesar de la admiración que había sentido al verla frente a aquel instrumento, su humor no había hecho más que empeorar a causa de ello. Le inquietaba haber tenido que descubrir su destreza en aquellas circunstancias. ¡Dos años! Dos años de relación y no tenía ni idea de que Noelia era una experta al piano.

Se removió en el asiento, molesto con sus pensamientos. Noelia ni siquiera reparó en ello,

seguía perdida en algún lugar al que se accedía a través de la ventana. Había llegado el momento de enfrentarse a ella y pedirle explicaciones de su comportamiento. Abrió la boca con esa intención, pero volvió a cerrarla. El malestar que sintió justo en el momento que buscó las palabras para dirigirse a ella, le frenó.

¿Qué sabía de Noelia? En realidad muy poco. Ella jamás hablaba de su vida anterior. En menos de un minuto se podría recitar todo lo que sabía de ella. En alguna ocasión ella le había hablado de sus años universitarios y del camino que tuvo que recorrer para empezar a ejercer como maestra. ¡Eso era todo! Según sus palabras había tenido una vida muy tranquila y muy solitaria.

¡Qué poco sabía de ella! Hasta el momento había creído que de su vida tenía poco que contar, de ahí la falta de información, pero algo le decía que había muchos detalles importantes que le había ocultado. ¿Sería el piano un ejemplo de ello? No es que pudiera cambiar sus vidas el hecho de que supiera tocar un piano, pero era extraño que, teniendo una gran habilidad para ello, tal y como había demostrado, no se lo hubiera, como mínimo, mencionado en sus dos años de relación.

Volvió a removerse en el asiento, pero esta vez Noelia lo miró sorprendida, aunque tardó poco en volver a centrar su atención en la ventana.

«¿Dos años había necesitado para reflexionar sobre ello?», pensó Pablo molesto. Si alguien le hubiera preguntado acerca de Noelia, él solo habría sido capaz de relatar con detalle en qué se basaban sus rutinas diarias, y en enumerar los cientos de manías que la definían: ¡sus dichosas manías!

A pesar de estar acostumbrado a convivir con ellas, nunca se había detenido a pensar en ese asunto. No le gustaba el color blanco para vestir, de hecho era imposible verla con una prenda de ese color, ni siquiera interior. No le gustaba el café, y le molestaba que alguien lo tomara cerca de ella; no soportaba la imagen de un plato lleno de espaguetis, razón por la que en su casa estaba prohibido cocinarlos; no le gustaba el conejo hasta el punto de sentir náuseas si se encontraba con alguno, ya fuera crudo o en el interior de alguna cazuela. No le gustaba ir en bicicleta hasta el punto de sentirse molesta si se encontraba cerca de alguna; odiaba las motos, los melocotones y... Si seguía en aquella dirección sería capaz de recordar al menos diez o doce más. ¡Y la bañera! ¿Cómo olvidarse de ella? Proponerle un baño conjunto en una bañera era como pedirle que se frotara con un cepillo de púas. No soportaba que le acariciaran la mejilla ni que le dijera lo mucho que le gustaban sus labios. ¡Ah! Y las velas... No era capaz de aceptar cerca de ella una vela encendida. ¿Cuántas más tenía? ¿Por qué ahora le parecía algo alarmante? ¿Por qué antes nunca le dio importancia?

«Florencia», pensó confundido.

Aunque no se atrevía a catalogarla como manía, nunca había comprendido porque una mujer a la que le gustaba tanto el arte, se había negado, en todas las ocasiones que él se lo había propuesto, a viajar a Florencia.

Recordaba la segunda vez que se lo propuso. Había introducido la reserva del viaje en una pequeña caja de cartón con una fotografía de un lugar emblemático de la ciudad, que había recortado del catálogo que le habían proporcionado en la agencia de viajes donde había realizado la reserva. Más que viaje romántico para celebrar su cumpleaños, parecía que se tratara de una caja llena de serpientes, a juzgar por el rostro desencajado que mostró al abrirla.

—¿Tenía que ser Florencia? —le preguntó sin ocultar su malestar—. Sabes que no es un destino que me guste. No viajamos tanto como para desperdiciar una escapada yendo a un lugar que no me produce ninguna emoción.

Esas habían sido sus palabras. Pablo negoció con la agencia de viajes y acabaron sustituyendo Florencia por Atenas. Otra forma de encontrarse con el arte, según las palabras de su maniática

novia.

«¿Y Portugal?», añadió a sus pensamientos. Ya no se trataba de una ciudad, se trataba de todo un país que se había negado a visitar todas las veces que él lo había propuesto. En ese momento le sorprendió haber aceptado sus negativas sin indagar un poco más en el asunto.

—¿Qué te pasa con Portugal? —le había preguntado en alguna ocasión.

—No sé por qué, pero le tenga mucha manía a ese país, no me llama en absoluto visitarlo.

Ella tenía respuestas para todo. Cuando no justificaba una de sus manías con una mala experiencia infantil, lo hacía con un complejo de juventud que le llevó a sentir rechazo por esto y por lo otro, o incluso se atrevía a culpar a su padre o su madre por tener la misma manía y habérsela contagiado. Una cuestión de educación con la que había crecido. Y lo más extraño de todo aquello es que él nunca le había dado demasiada importancia. Había escuchado, respetado y aceptado. «¡Cosas de Noelia!», solía decirse. Si bien todas las personas, en mayor o menor medida, pueden contar con algún tipo de «manía», las de Noelia destacaban, no solo por su gran número, sino por la disciplina con la que se enfrentaba a ellas, no siendo capaz, bajo ninguna circunstancia, de ceder. Una cosa es evitar tener velas en casa, si no son del agrado de la persona, y otra muy distinta no permitir bajo ningún concepto que haya una de ellas cerca.

Pablo condujo sus recuerdos a la noche, un año atrás, en la que habían acudido a la casa de un cliente que les había invitado a cenar. Aunque sus recuerdos no eran del todo nítidos, las imágenes en la que los anfitriones se esmeraban por apagar y hacer desaparecer las velas que adornaban la mesa, eran claras. Recordaba el argumento que había elegido Noelia relacionado con una severa alergia a la cera. ¿Por qué nunca le dio importancia a aquel suceso? Cuando volvieron a casa y le preguntó por lo sucedido, ella se justificó con uno de sus comentarios favoritos: «Sabes que no las soporto, tenía que inventarme algo».

Quizá no tuviera demasiada importancia y él se la estuviera dando a causa de su malestar por el desencuentro del fin de semana, pero algo le decía que no debía pasarlo por alto como en otras, cientos, miles, de ocasiones. En realidad no era la primera vez que se preguntaba por esa actitud cargada de manías, pero sí era cierto que siempre la había justificando basándose en los datos que ella le había proporcionado de su infancia y de su juventud en familia. Con ellos, en algún momento, debió llegar a la conclusión que Noelia debía haber sido una niña muy mimada y protegida. Una protección excesiva que había dificultado su camino en solitario. Todas esas manías se habían creado fruto de una niña consentida acostumbrada a salirse siempre con la suya y sin ningún tipo de rivalidad con algún hermano.

Negó con la cabeza. ¡No! No debía continuar con aquella línea de pensamientos. Debía ser justo y reconocer que el perfil de niña consentida y sobreprotegida no acababa de encajar con el tipo de mujer que era ella. Noelia era una mujer muy resolutiva, no solía pedir ayuda, solía solventar sus asuntos, por complejos que estos fueran. Era una mujer fuerte y no se derrumbaba con facilidad, una de las razones por las que se había enamorado de ella. Era una mujer independiente y muy poco dada a hablar de sus intimidades y de sus emociones: tanto que ni siquiera había sido capaz de compartir con él sus habilidades al piano... ¿Por qué ocultarle que tocaba el piano?

El camino de vuelta a casa se estaba convirtiendo en una pesadilla gracias a la dirección que habían tomado sus pensamientos. ¿Tanta importancia tenía lo ocurrido? ¿O quizás su malestar se debía a su conversación con Fernando?

Recordaba las palabras de su amigo, nada más incorporarse a la fiesta, sin Noelia:

—Está cansada, su pierna, los medicamentos... —argumentó consciente de lo poco

convincientes que podían ser.

—¿Eres feliz con Noelia? —le preguntó su amigo con el ceño fruncido cuando se cercioró de que nadie podía escucharlos.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

Fernando se había disculpado haciendo un gesto con las manos con el que dejó claro que se arrepentía de haberlo increpado con esa pregunta, pero Pablo sabía que no era la primera vez que debía planteárselo. En muchas ocasiones se le había escapado alguna exclamación en la que indicaba claramente que Noelia era una mujer muy rara.

Pablo esperó a estar acomodado en su casa para iniciar la conversación que tenían pendiente. Eligió el momento en el que ella anunció sus intenciones de retirarse a descansar.

—¿No tenemos algo pendiente? —le reprochó molesto porque no vio intenciones en ella de iniciarla.

—No, no lo creo, pero si quieres decirme algo... aunque espero que entiendas que estoy algo cansada.

—Me gustaría decirte muchas cosas, pero no soy capaz de ordenarlas —Hizo una pausa calculada para mantener su atención—. ¿Podrías explicarme por qué nunca me dijiste que tocabas el piano de esa forma?

—¿Eso es lo que te preocupa? —dijo Noelia con desprecio—. No me parece importante. Aprendí de niña, eso es todo.

—No dudo que aprendieras de niña, pero es más que evidente que le has dedicado muchas horas. Es raro que tantos años de dedicación se te hayan olvidado, incluso para mencionarlo.

—Dejé de tocarlo cuando decidí estudiar magisterio, estaba cansada, la verdad. Nunca se me ocurrió mencionarlo. Como ves, cuando ha surgido la oportunidad, no he dudado en mostrarte mis «habilidades».

—¿Tampoco te parece importante decirme que no quieres tener hijos? —Le tembló la voz. No había sido consciente de lo mucho que le afectaba aquel asunto hasta ese momento.

—¿Tú quieres tenerlos? —Evitó mirarlo a los ojos para no enfrentarse a las consecuencias de la frialdad que contenía su pregunta.

—Sí, Noelia, claro que quiero. No es algo demasiado extraño en una pareja —dijo tajante.

—Veo que nos hemos equivocado en algo. Debimos tener una conversación de este tipo en nuestra primera semana de relación. Nosotros y cualquier pareja debería hacerlo —Se paseó alrededor del sofá ante la mirada atónita de Pablo—. Todas las parejas deberían sentarse a hablar y dejar claras sus intenciones. Sería bueno expresar los sueños que se tienen. Por ejemplo la jubilación: «Yo quiero retirarme a una casita en la playa», «Yo quiero una cabaña en los Alpes suizos». ¿Sería lo ideal, no crees? Si llega ese momento y no se ha hablado, se crea un conflicto que ya es tarde para solucionar.

Pablo seguía observándola sin dar crédito a las palabras de su prometida, ¿tenía algún sentido lo que decía?

Noelia parecía sentirse cómoda con su discurso. Se quitó bruscamente el pañuelo que llevaba anudado al cuello y lo dejó caer en el suelo antes de continuar:

—Todas las parejas deberían expresar sus intenciones y sus deseos en los primeros meses, o mejor dicho: en los primeros días de su relación. De esa forma nunca habría nada que reprocharse. ¡Yo quiero tener un hijo! ¡Yo quiero tener seis! ¡Yo quiero una boda de ensueño, romántica y empalagosa!, ¡Y yo una sencilla, práctica, con tres amigos y el perro! —Se echó a reír

sin ganas—. Hasta que la muerte nos separe, o tu egoísmo, o el mío, o tu cobardía o... ¡La puta vida! —Lo miró a los ojos, desafiante—. ¡No quiero tener hijos! Te lo he dicho con dos años de retraso, Pablo. ¡Lo siento! Debimos expresar antes lo que queríamos.

Noelia recogió el pañuelo y se lo volvió a anudar al cuello con prisa. Dio media vuelta y desapareció por el pasillo en dirección al dormitorio.

Pablo se tocó la frente como si se expulsara un sudor que no existía. Se dejó caer en el sofá, cubriéndose el rostro con las palmas de la mano. Su subconsciente acababa de encender todas las alarmas. ¿Qué clase de discurso era aquel? Jamás había escuchado a Noelia expresarse de aquel modo. El tono de su voz, el lenguaje... Y la frialdad con la que le había comunicado que no quería tener hijos.

Algo no estaba yendo como debía. Debía haberle prestado más atención en las últimas semanas, quizás no supo interpretar las señales que ella le enviaba cuando no dejaba de quejarse por su pierna y por su incapacidad para matar el tiempo.

¡No! No debía alarmarse, debía serenarse e intentar reconducir aquella situación. Noelia estaba atravesando un mal momento y cuando volviera a su rutina recuperaría la sensatez y podría hablar con ella.

Caminó decidido en dirección al dormitorio. La encontró sentada en el borde de la cama, descalzándose. Se sentó a su lado y le pasó el brazo por la espalda. Ella se deshizo del abrazo bruscamente y se dirigió al armario fingiendo buscar un buen lugar para depositar el bolso que había tirado al suelo nada más entrar.

—Noelia, ¿qué te ocurre? ¡No te reconozco! —Se levantó y se situó tras ella intentando ignorar su rechazo. La abrazó por la cintura y la besó en la sien.

Pablo reparó en el bolso. Estaba parcialmente abierto y dejaba entrever la esquina de un libro. En otro momento no hubiera llamado su atención, era algo habitual verla portar un libro, pero aquel llamó su atención. Se había olvidado de él. ¿Era descabellado pensar que desde que inició esa lectura Noelia se comportaba de una forma distinta? Por lo poco que sabía era una novela romántica, regalo de Marta, dedicada por su autor. Eso no era de extrañar conociendo la afición de Marta a asistir a firmas de libros y presentaciones. Pero ¿podía un libro, por absorbente que fuera su historia, influir en el estado de ánimo de Noelia?

Se separó de ella y se sentó en el borde de la cama, incapaz de disimular la sensación que acababa de albergarle. ¿Contendría una historia de amor tan especial que había influido en ella? Un... «¡Yo también lo quiero vivir!». ¿Y su postura frente a la maternidad? ¿Contendría aquel libro algo que la hubiera llevado a ser así de contundente en ese asunto? Por vueltas que le diera nada de aquello tenía sentido.

Sintió los ojos de Noelia clavados en él, pero no quiso detener la línea de sus pensamientos. Recordó haber escuchado a Marta, en alguna ocasión, comentar lo mucho que daría por introducirse en un libro y convertirse en la protagonista del mismo. Ese tipo de afirmaciones solían llegar tras recomendarle un libro a Noelia, recomendación que siempre recibía la misma respuesta:

—No te molestes, Marta, odio esas historias de amor que lees.

¿Y la dedicatoria? Casi se había olvidado de ella. No la recordaba. Algo relacionado con...

Noelia interrumpió sus pensamientos sentándose a su lado, provocando que la cama se moviera ligeramente.

¿Qué estaba haciendo? La imagen de Pablo vencido, con la mirada perdida, le hizo chocar de bruces con la realidad. Le acababa de decir que no quería tener hijos, ¿cómo esperaba que

reaccionara? ¿Acaso Pablo podía entender todo lo que se estaba produciendo en su interior?

«Noelia, recapacita», se dijo. En tan solo cuatro días, cuatro días exactos, había puesto su relación del revés. Debía reconducir aquella absurda situación. Pablo era su pareja. Cuatro días antes, nunca se hubiera cuestionado nada que tuviera que ver con su futuro; estaban bien, estaban felices. Pero... ¿por qué lo estaban? ¡No! ¿Eran tan felices como ella creía? «No, no es el momento», se dijo.

Respiró hondo, luchando por hacer desaparecer lo que fuera que se interponía entre ella y el discurso que quería ofrecerle a Pablo.

—Lo siento, Pablo —Consiguió decir con dificultad—. No sé qué me pasa, creo que el accidente me ha pasado factura. Por favor, no me hagas caso. Necesito volver al trabajo y mantenerme ocupada. Ahora me sobra tiempo y me siento algo perdida. Lo de ayer... ¡No sé por qué lo hice! Fue una tontería. Y... respecto a lo que te he dicho hace un rato... ¡Olvídalo, por favor! Yo... Ya lo hablaremos más adelante —Le ofreció una media sonrisa y le besó con ternura.

Pablo la abrazó y le susurró palabras de calma. La imagen de la noche anterior en la que Noelia fingía estar enferma para estar a solas con él dejó de incomodarle. Se detuvo un instante en esa imagen y sintió que le reconfortaba. Se sorprendió descubriendo que le gustó la mujer que se mostró ante él, aunque solo fuera por unos minutos. Y pensar que él la había frenado...

—¿Es muy tarde para aceptar la proposición que me hiciste anoche? —planteó Pablo sonriendo.

—No, no lo es —afirmó ella tras unos segundos sopesando la respuesta.

Pablo no pudo ver el rostro de Noelia: inerte, con la mirada perdida. Se lo impidió la leve patada que dio al interruptor de la luz, sumiendo el escenario en la más absoluta oscuridad. La oscuridad para complacerla a ella, su forma favorita de entregarse bajo las sábanas. Silencio. El que imperó el resto de la noche, interrumpido por un «¡Te quiero!» susurrado al oído de Noelia.

29

Noelia colgó el teléfono satisfecha de la conversación mantenida con la directora del colegio. Días atrás le había anunciado su vuelta al trabajo en cinco días. Consciente de que se había precipitado, la había llamado para informarle que su vuelta se produciría en dos semanas por recomendación médica. El plazo inicial que había anunciado se podía haber cumplido, de no ser porque no se veía con fuerzas para hacerlo.

Ya no contaba los días para volver. Algo había cambiado en ella. Dos semanas le parecieron un plazo razonable para ser capaz de leer el final del libro, enfrentarse a sus demonios internos y sacar fuerzas para volver a su trabajo dispuesta a darlo todo. No dejaba de pensar en el final del libro, temía las emociones que pudieran producirse en su interior tras remover la parte más trágica de aquella historia. Pero estaba dispuesta a hacerlo, ¡debía hacerlo! Quizá allí encontrara alguna respuesta que le ayudara a olvidar a Lago de una vez por todas.

Olvidar...

Apenas había necesitado dos capítulos para poner su vida patas arriba. ¿Qué pretendía? ¿Leer el final y conseguir pasar página? ¿Lo que no había conseguido en nueve años, al menos sin engañarse, lo iba a conseguir terminando de leer un libro?

Podría ser... Al fin y al cabo la versión de ese final podría ayudarle a enterrar parte de ese dolor.

Aquella afirmación le produjo un escalofrío. De nuevo aparecía la sensación de haberse engañado durante mucho tiempo pensando que apartando cualquier indicio de vida junto a él, significaba olvidar.

Dedicó el resto del día, aprovechando la ausencia de Pablo, a leer los siguientes capítulos que narraban sus vidas tras la boda. Nada de lo que se describía en aquellas líneas era ficticio. El autor de ellas sabía muy bien lo que describía, su fuente era muy veraz, aunque muchas de las emociones que se narraban pertenecían al protagonista de la historia y no siempre las llegó a conocer. Era lo que más le atraía: la visión de Lago. En muchas ocasiones conseguía sorprenderla.

Se adentró en las páginas que narraban sus primeros meses en Sejenas. No hubo ni un solo día que terminara sin que ella riera a carcajadas. Si no eran las ocurrencias de Lago, eran las situaciones rocambolescas que se presentaban en sus vidas.

Durante los primeros meses, Lago se encargó de mostrarle todos los rincones de Sejenas. A la mayoría de ellos accedían en bicicleta, un medio que, con los años se convertiría en su fiel aliado y en protagonista de grandes momentos, y... no tan grandes.

También se encargó de contarle todas las habladurías que adornaban las conversaciones de sus habitantes, remontándose a los tiempos en los que su abuelo llegó a Sejenas. La de leyendas que se habían creado en torno a sucesos de los que nunca se supo con certeza su origen. Pero allí estaban, más vivas que nunca, acompañando cientos de reuniones familiares, adornando reclamos para las páginas que el ayuntamiento mimaba de cara a los turistas, o simplemente pasando de generación en generación como un legado que debía exhibirse con orgullo.

Aquellas «leyendas» contenían fantasmas que habitaban en la vieja ermita, apariciones en la carretera que conducía al pantano, amantes que se despeñaron voluntariamente por un desfiladero

cercano... Esa fue una de las que más interesó a Noelia. Si bien la historia no era excesivamente llamativa, en boca de Lago, dotado de una gran capacidad de interpretación, unida a una imaginación sin límite, cualquier historia, por absurda que fuera, cobraba vida:

Se amaron a escondidas. Él, era descendiente de un soldado andaluz, famoso por su aportación a una de las grandes batallas, cuya sangre se derramó en julio de 1808, aquí, justo donde estás pisando. ¡Un orgullo, Noe! Y ella, descendiente de un soldado francés, uno que derramó poca sangre, sobre todo porque unos ojos verdes, pertenecientes a una belleza andaluza, le impidieron librar otra batalla que no fuera la de conquistarla.

—¿Y no pudieron amarse porque sus antepasados fueron contrincantes? ¿Por eso se suicidaron? —había preguntado Noelia, sabiendo que era eso lo que él pretendía.

—No, Noelia. Aquí la sangre no corre, aquí la sangre vuela y se siente. Aquí las rencillas se heredan. Sus familias nunca les permitieron estar juntos.

—Pero eso es...

—Un respeto, Noe, que los pobres se quitaron la vida. Si alguien me impidiera estar contigo, yo también me quitaría del medio.

Aquella era una de las muchas conversaciones en las que Noelia terminaba resoplando y moviendo la cabeza en señal de rendición. ¡Lago no tenía remedio! Con el tiempo supo que a aquellos pobres desgraciados no les permitieron vivir su historia de amor por otros motivos. Si bien se trataba de rencillas familiares, su origen se remontaba a la guerra civil, a enfrentamientos entre ideologías opuestas, aunque para Lago desembocar en la batalla de Bailén era algo natural. Todo se podía adaptar a ella. Su batalla, como él la llamaba.

Noelia también recibió información sobre asesinos en serie que se refugiaron en el principal hotel de Sejenas, y de visitas de celebridades que dejaron su fotografía, ahora exhibida en las paredes de las tabernas y con un color amarillento que dejaba clara la lejanía de aquellos momentos de gloria. Pero Sejenas cobijaba, con ternura, todas aquellas leyendas e historias y las exhibía con orgullo. Alguna de ellas se introdujo en la gastronomía: *el conejo a la americana*. Así lo bautizaron por la visita, según decían unos y algunos otros, de un importante director americano de cine que buscaba los escenarios en los que rodar una película basada en la batalla de Bailén.

Ni se hizo el rodaje, ni se supo nunca con certeza el nombre del director, pero en honor a su presencia en el restaurante, cuya única evidencia era el testimonio del dueño y una fotografía que mostraba a un señor sonriente frente a un plato de conejo al romero, presumieron durante años de uno de los platos de conejo más exquisitos de todo el sur. Razón no les faltaba. Aquel *conejo a la americana* había conquistado el paladar y los sentidos de muchos visitantes, incluida Noelia, que lo convirtió en uno de sus platos favoritos e incluso se atrevió a cocinarlo con la ayuda de Celeste, al menos así lo hizo durante un año.

Dejó de hacerlo el día en que Lago la llevó a una cacería de conejos en la que presenció, finalizada la gran captura, cómo los animalitos colgaban de una barra de madera que facilitaba su transporte hacia Sejenas para acabar en las cocinas de todos los que habían participado.

Lago se disculpó por su insensibilidad, sacando, como siempre hacía, provecho a cualquier momento turbio: jurándole que a partir de aquel día el conejo se convertiría en una mascota, y no en un manjar. Y así fue. *Herminia* formó parte de sus vidas durante un año y un mes, gracias a los cuidados de Noelia.

La coneja llegó a sus vidas acompañada de un libro en blanco en el que Lago le propuso escribir todas las recetas de cocina que elaboraran juntos, aunque insistió en que solo se incluyeran las que más éxito tuvieran.

Noelia sonrió al recordar la nota manuscrita que encontró en la primera página: *Libro de*

recetas de Lago y Noelia. Si buscas alguna de conejo, desiste.

La intención era convertirlo en un legado para sus hijos y nietos. Noelia volvió a sonreír al recordar que el legado se limitaba a tres recetas, todas ellas con espaguetis como ingrediente principal: el plato preferido de Lago y con el que más travesuras hicieron en la cocina.

«Hijos y nietos...», pronunció en voz alta Noelia.

Un escalofrió le recorrió toda la columna. Siete. Ese era el número de hijos que quería tener Lago. La sonrisa que le produjeron aquellos recuerdos la invadió de nostalgia.

—Lago, ¿cómo se llamaba tu abuelo? —le preguntó Noelia con mucha curiosidad durante uno de sus habituales paseos por los alrededores de Sejenas.

—Lago, ya te lo dije.

—Los otros nombres... Es que ahora no los recuerdo.

—¿Cómo has podido olvidar el nombre de mi abuelo? ¡Qué desconsidera, Noe! —Antes de que él terminara, ella ya estaba riendo. Adoraba esos momentos en los que él pretendía hacerse el ofendido y terminaba con algún disparate—. Lago Alfonso Bartolomeu.

—¿Y tu padre?

—Lago —La pausa que hizo había sido intencionada—. Lago a secas.

—¿Y cómo los llamaban aquí, en Sejenas?

—El portugués, el hijo del portugués, y a mí: el nieto del portugués, o el nieto del carpintero. Cuando se murió: el carpintero a secas. Como solo quedaba uno...

—Vaya, qué lástima que no os llamaran por vuestro nombre. Lago es muy bonito.

—Sí, a mi no me disgusta. Mi abuelo Lago, mi padre Lago y yo también. Ahora ya puedes deducir cómo se llamará nuestro hijo.

—¿Y si es una hija?

—Laga

—¡Por encima de mi cadáver! —Amenazó Noelia deseosa de observar su reacción.

—Noe, haces conmigo lo que quieres. Has pronunciado la palabra «cadáver» y me has obligado a relacionarla con nuestra hija y contigo. Acabas de conseguir que no se llame Laga, no podría vivir con ello. ¡Haces conmigo lo que quieres!

Las carcajadas de Noelia solían ser la guinda de aquellas disparatadas afirmaciones de Lago. Ella las buscaba, las sentía, las necesitaba. Era imposible enfadarse con él. A pesar de la rotundidad con la que expresaba sus respuestas, en muchas ocasiones aparecía una chispa en sus ojos que le dejaba claro que estaba bromeando, aunque no siempre le resultó fácil diferenciarlo. Lago bromeaba normalmente, pero en muchas ocasiones sus afirmaciones solo eran producto de su extraña y bendita personalidad.

Noelia cerró el libro con brusquedad. Entre las historias de Lago se coló la imagen de Pablo. No recordaba haber mantenido con él ninguna situación tan tensa como la vivida durante el fin de semana. Todo era culpa suya. Estaba empezando a perder el control de sus emociones: fingir que estaba enferma pretendiendo revivir una escena del pasado, anunciarle que no quería tener hijos... ¿En qué estaba pensando?

¿Cómo pretendía que Pablo la entendiera? Era ella y solo ella la que se estaba desviando del camino. Tenía que hacer un esfuerzo por volver a la calma, Pablo estaba muy confundido y no podía permitirlo. Le quería, le quería mucho porque él... ¡El caso es que le quería! Hablar de amor y Lago era un mundo, hablar de amor y Pablo era... ¡otro muy distinto! Hablar de hijos...

«Un hijo», pensó mostrando una media sonrisa. ¡No! Definitivamente no quería volver a tener un hijo. Con una vez bastó.
Reanudó la lectura.

De nuestros labios impuros.

Capítulo XIX

Provincia de Jaén, finales del 2002.

Juro que lo intenté. Intenté con todas mis fuerzas entender aquellos garabatos que ella llamaba pentagramas y que eran la única vía para que yo aprendiera a tocar el piano. Pero era imposible aprender a descifrar aquel ovillo de rallas y símbolos teniendo sus labios tan cerca. ¿Cómo me iba a concentrar? Esos labios impuros...

Aprendí a tocar la guitarra cuando era un niño observando a mi abuelo y atormentando a todos mis vecinos durante meses. Lo hice solo, sin aquel embrollo de símbolos. Pero Noelia decía que el piano era diferente, que debía interpretar el lenguaje musical antes de aplicarlo a las teclas.

En realidad no tenía demasiado interés en aprender, sabía que me iba a llevar mucho tiempo y en realidad lo que me interesaba era escuchar el sonido que producía cuando eran sus manos las que lo acariciaban. Nunca me cansaba de hacerlo. A veces me colocaba frente a ella, a veces me subía al piano, a veces me sentaba en el banco, a su lado, aunque era algo estrecho, y a veces la sentaba en mi regazo.

La vida junto a Noelia era el mejor regalo al que podía aspirar en este mundo, y el tiempo, tal y como yo quería, dejó de existir.

Las clases accidentadas de piano dieron su fruto. En Sejenas no pasó desapercibido el sonido que llegaba día sí y día no, a las cuatro de la tarde, excepto los fines de semana, del interior de la casa de Elisa. En pocos meses Noelia tenía ocho alumnos a los que impartir clases particulares. De ahí pasó a hacer grupos, dado el número de niños que se apuntaron a sus clases, pero no pudo mantenerlos por mucho tiempo. Gracias al padre de uno de ellos, director de un colegio privado de educación primaria, Noelia consiguió trabajo como profesora de música en una pequeña ciudad a catorce kilómetros de Sejenas.

Los primeros días fueron muy duros, por la separación, acostumbrados a importunarnos continuamente en nuestros respectivos trabajos. Ella venía a mi taller y acabábamos de serrín hasta las orejas, y yo iba a la casa de Elisa y la besaba frenéticamente ante el rostro descompuesto del chavalín al que le estaba dando clases en ese momento. No sé cómo pudo ocurrir, ya no lo recuerdo, pero siempre me encontraba con el mismo chaval. Francisco, se llamaba. Con el tiempo me di cuenta que le hacía un favor, lo entretenía. Tenía tanta destreza con el piano como yo desfilando en una pasarela de moda. Pero sus padres, necesitaron seis instrumentos, y seis años de la vida del chaval para darse cuenta de que «Paquito» era muy bueno chutando un balón, ¡solo chutando un balón! Nada de oído para la música.

¡Algunos padres no tienen remedio! Como los de Noelia, que nunca aceptaron nuestra boda. Los dos meses siguientes a nuestro enlace siguieron acusándola de ser una inconsciente y pidiéndole que volviera a casa, sola, para retomar sus estudios. No quisieron conocerme, pero lo

hicieron. Fue a finales de noviembre. Noelia me propuso viajar a Barcelona para recoger sus objetos personales, los mismos que sus padres se negaron a enviarle, por mucho que ella se los pidió. Fue una excusa. A Noelia le importaba poco recuperar su ropa; a esas alturas ya había renovado el armario y todo cuanto había necesitado, pero creyó que si nos conocíamos el mundo sería mejor. Mi inocente Noelia creyó que sus padres caerían rendidos a mis pies y me aceptarían, vendrían a visitarnos en verano y pasaríamos la Navidad frente a una chimenea cantando villancicos.

Nada más lejos de la realidad. Nos recibieron fríamente, nos despidieron fríamente y nos permitieron recoger sus cosas porque Noelia se enfrentó a ellos y les dijo palabras que prefiero no recordar. Cuando Noe se enfadaba...

La cordialidad llegó dos años después, cuando nos visitó su madre para anunciarnos la separación con su padre. Y cuatro meses después nos visitó su padre, para darnos su versión de los hechos. La versión materna afirmaba que su padre la había engañado con otra mujer, su secretaria, no sé cuántos años más joven, y que la abandonaba para irse con ella. La paterna, lo mismo, que se había enamorado de otra mujer y que se iba a vivir con ella. Solo añadió, en su defensa, que a su madre no había Dios que la aguantara y que el cambio de residencia era a Los Angeles.

Huérfanos estábamos los dos. La vida continuaba.

31

«—Nos sumergiremos en la bañera todos los martes, jueves y sábados —Sentenció Lago después de unas horas disfrutando de un baño relajante.

—¿Y qué ocurre si me apetece un miércoles?

—Lady La, ¡qué poca imaginación tienes! Inventa tú algo para el resto de la semana».

Noelia recreó aquel diálogo en su cabeza reaccionando de la misma forma que lo hizo años atrás: riendo a carcajadas. Fue el recuerdo de la noche de su boda.

Cuando llegaron a casa, tras una larga noche de celebración, él insistió en que se quedara quieta frente a la puerta de la entrada. Desapareció y apareció poco después conduciendo su moto. Por un momento Noelia pensó, con pesar, debido al agotamiento que sentía, que Lago pretendía dar un paseo por los alrededores, pero tal y como acabaría aprendiendo con el tiempo, con su marido nada era lo que parecía. Se bajó de la moto y maniobró en los pestillos de la puerta para liberar las sujeciones que impedían abrirla en toda su dimensión, y así poder acceder al interior de la casa.

—Sube, lady La. Quiero que entres en casa por la puerta grande y como mereces.

Noelia no puso objeción y obedeció sonriendo.

Una entrada triunfal, aunque algo accidentada a la altura del salón. Una de las columnas que decoraba las paredes pasó desapercibida para el conductor, provocando una fricción que acabó con los restos de escayola que la componían esparcidos por el suelo.

—Noe, rebobina tu mente, no recuerdes esto. Céntrate en las sensaciones, cariño.

El resto de la velada, disfrutaron de un relajante baño que Lago preparó con esmero. Se sumergieron en la diminuta bañera con algo de dificultad hasta conseguir contorsionar sus extremidades de tal forma que la circulación sanguínea fuera posible. Las protestas de Noelia fueron acalladas con las disparatadas ocurrencias de Lago. Velas perfumadas, sales de baño y una petición:

—Noe, recítame los versos en latín del monje. ¿No te parece romántico? —Acompañó su súplica de caricias en la mejilla.

—No son románticos, Lago, ya te dije que era un himno, una especie de oración dedicada a San Juan Bautista.

—Pero ahí hablan de tus labios, los impuros. Venga, recita, mujer poco romántica.

—Lago, ¿entiendes que la descripción de esos labios tiene un significado distinto?

—Ya tenías que estropearlo. Los labios impuros son impuros para el monje, para el tal Bautista y para todo el mundo ¡Recita! Quiero escucharlos en nuestra noche de bodas.

Noelia, que ya se los había aprendido de tantas veces que él quiso escucharlos, los recitó mientras jugaba con una esponja:

*Ut queant laxis,
Resonare fibris*

Mira gestorum
Famuli tuorum
Solve polluti
Labii reatum
Sancte loannes

Noelia atrapó una lágrima que descendía por su mejilla. Todavía recordaba aquel himno. Había perdido la cuenta de las veces que lo llegó a recitar. Él siempre lo acompañaba de una de sus caricias preferidas, la de su mejilla, y de un halago hacia sus labios. Todavía podía sentir el escalofrío que recorría su cuerpo cada vez que sus ojos azules se clavaban en ellos. El mismo escalofrío que le acompañó durante los siguientes cuatro años. Cada día era un regalo, un nuevo temblor en las piernas cuando lo tenía frente a ella, y la certeza absoluta de no querer estar en ningún otro lugar del mundo.

En pocos minutos había llorado, había reído y había sentido presión en el pecho al recordar el himno, los baños y a sus padres.

«Sus padres...», pensó con nostalgia.

Lago no se había alejado de la realidad. Hasta que decidieron visitarla en Sejenas, por separado, para anunciarle sus intenciones de divorciarse, se habían comportado de una forma cruel con ella. Las llamadas de los primeros meses estaban cargadas de reproches y de visiones futuras en las que afirmaban que ella se convertiría, sin ninguna duda, en una desgraciada por elegir un tipo de vida como el que le esperaba junto a Lago. Se negaron a enviarle su ropa y sus objetos personales, no la felicitaron por su cumpleaños, y lo peor... se comportaron como unos auténticos seres desalmados cuando viajó a Barcelona con Lago.

Él nunca comentó lo ocurrido, se limitó a darle palmaditas en la espalda y a decirle que todo iría bien, pero debió dolerle la frialdad con la que lo recibieron y los comentarios despectivos que hicieron dirigidos a su incapacidad para hacer feliz a Noelia.

Tras el anuncio de su divorcio, su madre adoptó una actitud diferente, la llamaba todas las semanas y pasaban horas al teléfono. Las terceras navidades los visitó y les ayudó con todos los preparativos de las fiestas. Lago la recibió con los brazos abiertos y se comportó como un auténtico anfitrión, dedicado en cuerpo y alma a que su suegra se sintiera cómoda. En cambio, su padre la llamaba cada dos o tres meses, procurando que una de esas llamadas coincidiera con la fecha de su cumpleaños. Llamadas de no más de tres minutos que incluían la felicitación, cuando correspondía, la invitación a visitar Los Ángeles y dos saludos, uno que le enviaba a Lago de su parte y otro que le enviaba de parte de Eva, su nueva esposa. De esa forma se enteró de que había vuelto a contraer matrimonio.

Los siguientes capítulos del libro fueron difíciles de digerir para una más que afectada Noelia. Todos ellos narraban, en boca de Lago, las horas que él dedicó a enseñarle a llevar una bicicleta y una motocicleta. La primera era la protagonista de sus largos paseos alrededor de Sejenas, la última acabó por convertirse en su medio de transporte para desplazarse al colegio donde impartía clases de música. Ambas le dejaron cicatrices en el cuerpo. Sus rodillas, sus tobillos, sus mejillas y alguna otra parte de su cuerpo sufrieron algún que otro impacto contra el suelo, pero Noelia nunca se quejó; en parte porque ninguna de las heridas fue de gravedad, y en parte, porque aquellas clases le proporcionaban algunos de los momentos más felices junto a él.

El sonido de su móvil la devolvió a la realidad. Marta no esperó a escuchar su voz.

—¿Se puede saber qué pasa con ese dichoso libro? —preguntó visiblemente enfadada.

—¿De qué estás hablando? —Noelia sintió un nudo en la garganta cuando Marta mencionó el libro.

—De Pablo. Te hablo de Pablo. Todavía sigue con el mismo cuento. Sigue preocupado, por llamarlo de alguna manera, por un libro que te gusta mucho, que te de-di-có —remarcó con malestar— el autor en persona, en una presentación a la que yo acudí...

—¿Cómo?

—Eso es lo que cree. Tú le dijiste que yo te lo había regalado y me ha dicho hoy que por qué estaba dedicado y no sé qué tonterías más. ¿Se puede saber qué problema hay en tu casa por leer un libro? ¿Es el mismo que me dijiste hace días? ¿El romántico? Y todo eso de la dedicatoria, no lo entiendo. En cualquier caso, ¿qué le pasa a tu chico? Y ya puestos, ¿qué te pasa a ti? Dice «don alegre» que estás muy rara y...

—Para, para, Marta. ¡Dios! Respira. No entiendo nada de lo que me estás contando.

Marta siguió la recomendación de su amiga. Respiró hondo y le proporcionó a Noelia todos los detalles de la llamada de Pablo. Su inquietud por el extraño comportamiento de Noelia, siempre ausente; su preocupación por las horas que pasaba leyendo el libro, que supuestamente ella le había regalado, y su curiosidad por saber el motivo por el que el autor le había dedicado el libro.

—¿Y tú que le has dicho? —preguntó Noelia sin ocultar su malestar por la actitud de Pablo.

—Me ha costado interpretarlo, y si tengo que decirte la verdad...

—Tienes que decírmela —le interrumpió Noelia.

—Me lancé a la piscina, no sabía si iba a convencerlo o a empeorar la situación. No disponía de mucho tiempo para improvisar correctamente, así que le dije que fui a una presentación de ese libro y lo compré para regalártelo. Y pedí al autor que te lo dedicara.

—Bien, eso puede colar —exclamó satisfecha.

—¿Colar? ¿Me vas a contar qué importancia tiene eso y por qué le mientes? ¿Es cierto que está dedicado? ¿Y qué es eso de una botella? —La última pregunta la hizo con un tono muy elevado.

—¡Cálmate! Es una tontería. Compré ese libro y... —Se detuvo en seco—. ¿Una botella? —Al ver que Marta no respondía continuó—: Me lo dedicó el autor que se encontraba en la librería. Un hombre extraño, algo excéntrico. Me hizo una dedicatoria rara que no entendí. Es todo. ¡Cosas de escritores! Ya te dije que se lo oculté a Pablo porque me daba vergüenza que me viera leerlo.

—¿Ocultar? Si me ha dicho que estás a todas horas con él. ¡Te ve leerlo!

—Dejemos este tema, hablaré con él —pidió Noelia resignada.

—No le digas que te lo he contado. Seguro que te las arreglarás para que no vuelva a preguntarme —Hizo una pausa al recordar algo—. Sois muy raritos, Noelia. La que estáis armando por un libro.

—No te preocupes, lo aclararé —insistió Noelia molesta.

—Y... tuyas, también son tonterías tuyas —Cambió su tono voz a uno más suave—. Noelia préstaselo, al parecer le interesa mucho el tipo de historia de amor que se cuenta en él. Debo dejarte, tengo clientes.

Noelia pensó que debía hablar urgentemente con Pablo de ese asunto. Se le estaba yendo de las manos. ¿Una botella? Al parecer había leído la dedicatoria, ¿habría leído algo más? ¿Lo relacionaría con ella?

Suspiró con fuerza. No podía culparlo. Él había notado su interés por ese libro, interés que ella había ocultado más bien poco. La había sorprendido en más de una ocasión abrazada a él, cuando

se había quedado dormida leyéndolo, todas las veces en las que su mente se había revelado, sumergiéndola en un sueño profundo. Y es que allí no dolía tanto.

De nuestros labios impuros. Capítulo XXII. Recuerdos.

Provincia de Jaén. Entre agosto de 2002 y septiembre de 2006

Mi interés por la historia se lo debo a mi abuelo, a Lago Alfonso Bartolomeu Veiga. Él se encargó durante muchos años de que la amara. Fueron muchas noches escuchando historias relacionadas con grandes batallas acontecidas durante todos los tiempos; noches recreando con astillas de madera, sobrantes del alimento de la chimenea, las posiciones de unos y otros bandos, y horas, muchas horas, ayudándole en la construcción de la maqueta que recreaba la historia de la batalla de Bailén, su preferida y la mía.

Mi abuelo me habló de linaje, aquel al que pertenecíamos. Una sucesión de generaciones que se iniciaron, según su máximo alcance de información, en 1788. Diez generaciones después aparece mi nombre. Los primeros compartieron el apellido Yanes, pero se desvió, según mi abuelo, por culpa de mi tatarabuelo, que además de tener descendencia únicamente femenina, tuvo la desgracia de no ser capaz de transmitirle a su hija el amor que debía sentir por la tierra que pisaba, lo que la llevó a no pensárselo dos veces cuando recibió la propuesta de matrimonio y consiguiente traslado a un pueblo pesquero del país vecino. Así fue como mi abuelo recibió la nacionalidad portuguesa. Fue el primero en nuestro peculiar árbol genealógico en nacer fuera de España, pero como cabía esperar, y sin desviarme de sus propias palabras, antes o después tenía que volver el río a su cauce natural. Y así fue, aterrizó en tierras andaluzas allá por el año 1933.

El amor por la tierra y por la historia se saltó dos generaciones, la de mi bisabuela, y la de mi padre, al que le importaba más bien poco la tierra y las batallas que se libraron encima de ella. Mi padre era un buen hombre que, palabras textuales de mi abuelo, ni era Yanes, ni Veiga: era un pequeño paréntesis, necesario, hasta que el río pudiera volver totalmente al cauce del que había sido desviado.

Según Lago Veiga, abuelo, la prueba estaba en que mi padre fue el único que consiguió vivir una historia de amor tras sufrir la maldición familiar, pero sufrirla... la sufrió. Al parecer, todos: Yanes y Veiga —Veiga de nombre, Yanes de sangre—, habían sido condenados a sufrir por amor. Solo mi bisabuela —el portugués la había hecho feliz hasta final de sus días—, se libró de ella. El resto, hasta llegar al que nació en el S.XVIII, vivieron bajo la maldición: se enamoraron perdidamente y luego, por los motivos que fuera, tuvieron que sacrificar su amor. Después de esa experiencia eran incapaces de volver a amar a otra mujer, aunque se casaran o se unieran a alguna. Condenados a un amor platónico. ¡Menudo legado!

Hasta donde conozco, mi abuelo se enamoró de Maira, su gran amor, y tras separarse o renunciar a ella, nunca volvió a enamorarse; ni mi abuela ni Amparo estuvieron a la altura, y eso que la pobre Amparo se fue al otro barrio dándole la mano antes de recibir el impacto mortal.

Mi padre la sufrió un tiempo, su condena fue perder a mi madre, aunque debo decir que Elisa fue capaz de enamorarlo, claro que no debió ser con la misma intensidad que con mi madre. Y luego... estoy yo, que puedo afirmar y afirmo que solo he amado y amo a una mujer, a ella, a Noelia. Viva los años que viva así seguirá siendo.

Esa maldición se cebó conmigo, no solo he vivido con el dolor de perderla, sino con el de la culpa, que duele incluso más todavía.

De nuestros labios impuros. Capítulo XXIX. Recuerdos.

Provincia de Jaén. Entre agosto de 2002 y septiembre de 2006.

—*Para que tus siervos puedan exaltar a plenos pulmones las maravillas de tus milagros, perdona la falta de nuestros labios impuros, San Juan* —Recitó Noelia, una vez más.

—¿Seguro que quiere decir eso? —le pregunté deseoso de ver cómo perdía la paciencia.

—Más o menos, Lago, esa es la traducción más aproximada.

—Me gusta más en latín, Noe, mueves más y mejor los labios.

Pasó del resoplido a la carcajada con facilidad. Me gustaba escuchar ese extraño himno de sus labios, pero no siempre estuvo dispuesta a complacerme; cuando le pedí que lo cantara para mí, no solo se negó a hacerlo, sino que dejó incluso de recitarlo. No tardé en entender que tenía una razón de peso para hacerlo.

No sé qué me llevo a creer que con una voz tan dulce y aguda, como era la suya, debía dar gusto escucharla cantar, pero me equivocaba. Lo descubrí, por casualidad, un día que se animó a hacerlo durante una ducha. Creyéndose sola, se animó a entonar a pleno pulmón —cómo decía el himno— una canción de Freddie Mercuri que, si bien siempre había sido un lema para mí, aquel día dejó de serlo: ¡qué manera de desentonar! ¡Qué manera de estropearla!

Como cabía esperar aquel fue el objeto de mis bromas durante mucho tiempo, aunque debo aclarar que jamás pretendí, ni con esa ni con ninguna otra, burlarme de ella, sino provocarla para escuchar todos los improperios que era capaz de decirme antes de terminar a carcajadas.

A Noelia le gustaba la ópera. A mí me producía escalofríos, insomnio, ansiedad y vértigo, pero la escuchaba a su lado. El espectáculo que me ofrecía su cuerpo cuando sentía el placer que le producían los gritos de la soprano, me compensaba.

¡Menuda pareja! Ella con su piano y su ópera, yo con mis batallas y mi guitarra. Ella era mi orden, yo su caos. Ella era mi caos, yo era su orden.

Se requiere valentía para rescatar todos esos recuerdos que un día, por voluntad propia, cuestión de vida o muerte, decidí guardar. Tuve que elegir entre ellos o mi vida, y decidí vivir. No sé muy bien por qué, pero creo que ya entonces tuve muy claro por quién.

En el paquete de recuerdos exiliados no incluí la imagen de su rostro ni la de sus labios al moverse. Esas imágenes las necesitaba para el largo camino que debía emprender; un camino sin ella. Los recuerdos me restaban vida, su imagen me la daba. Extrañas emociones, aquellas a las que tuve que enfrentarme; y duras, muy duras.

El secreto de mi valentía, la de hoy, la única, consiste en teñir los recuerdos de esperanza. Solo así no duelen tanto. Sigo sabiendo por quién...

Pabló se echó a reír al imaginar la expresión de Noelia cuando lo viera aparecer con los zapatos y los bajos de los pantalones llenos de cemento. Era el segundo día que decidía hacer el trayecto de casa al trabajo a pie. El volumen de trabajo le impedía tener unos minutos para poder evadirse y darle forma a todo el remolino de ideas que se habían acumulado en su cabeza, y en casa, con Noelia, no era fácil hacerlo.

A pesar de los escasos veinte minutos que duraba el paseo, habían sido suficientes para encontrar la calma que necesitaba y liberarse de los dos lugares que le creaban tensión: su casa y su trabajo. Nunca imaginó que un paseo pudiera contener tantas propiedades terapéuticas ni que le permitiría evadirse, hasta tal punto, que podría llegar a ignorar una valla encargada de impedir el acceso a una pequeña calle que estaban asfaltando. Ni siquiera recordaba cómo había sido capaz de esquivarla.

No reparó en los gritos de los operarios que le avisaron del peligro hasta que fue demasiado tarde. Lo que no le pasaron desapercibidas fueron las risas que soltaron una vez que empezó a alejarse. No era para menos. ¡Menudo ridículo!

Se entristeció al pensar que Noelia no sería capaz de reírse cuando lo viera. Estaba convencido de que lo miraría asombrada y le recriminaría su falta de atención. En ese aspecto sí la conocía bien, en otros no.

No habían vuelto a mencionar el viaje del fin de semana ni la discusión que mantuvieron al llegar a casa. Noelia se había comportado como si nada hubiera pasado y él, aunque se había esforzado por aparentar la misma normalidad que ella, lo primero que había hecho al día siguiente había sido llamar a Marta para interrogarla sobre el libro.

Tras su reconciliación bajo las sábanas, no había sido capaz de dormir en toda la noche. Seguía sintiendo las señales de alarma sobre su cabeza y no era capaz de continuar como si todo fuera igual que antes. Era muy posible que estuviera haciendo una montaña de un grano de arena, pero por mucho que intentaba convencerse de que la actitud de Noelia había sido algo puntual, fruto del accidente y de grandes cantidades de horas inactivas, no lo conseguía.

Las respuestas de Marta, por un momento le convencieron, pero no era propio de ella pausar tanto sus respuestas. Parecía dudar en cada frase como si quisiera proteger a su amiga de algo. Sin duda, había sido un error llamarla, Noelia estaba al corriente de la conversación con su amiga. Lo supo cuando se animó a preguntarle directamente por el libro:

—¿Ya has terminado ese libro que estabas leyendo? —Se esforzó por aparentar naturalidad.

—No, ha tomado un giro que no me atrapa. Si sigue así no lo terminaré —Se unió al esfuerzo de Pablo por aparentar naturalidad.

—Vaya, parecías muy interesada. ¿De qué trata?

—Es una historia de amor —Lo miró y sonrió fingiendo estar avergonzada, o al menos eso es lo que percibió Pablo—. Ya sé que te extraña, pero Marta me lo regaló con mucha ilusión, incluso dedicado por el autor, y... ¡lo he intentado!

—Claro, ¿por qué no intentarlo? Me gustaría leer esa parte que tan absorta te tenía.

—No te gustaría, Pablo —Fingió tener molestias en la pierna—. Vaya, creo que debo caminar

un poco, llevo horas aquí sentada.

Se alegraba de haber encargado el libro esa misma mañana en la librería que había cerca de la oficina. En tres o cuatro días lo tendría, eso era lo que le habían asegurado. ¡Qué ganas tenía de leerlo! ¿Qué clase de historia habría cautivado tanto a Noelia? ¿Estaría exagerando? Esperaba que no fuera así, que aquello le aportara algo nuevo, aunque solo fuera un pequeño rayito de luz entre las dudas de los últimos días. Con el trabajito que le había costado conseguir el título... Cuando se decidió a comprarlo no fue capaz de recordarlo.

Tras la conversación que mantuvo con Noelia sobre el libro, decidió averiguar algo más; había intentado localizarlo en casa sin éxito. Había aprovechado cada descuido de Noelia para buscarlo, pero parecía habérselo tragado la tierra.

No fue hasta esa misma mañana. Noelia estaba en la ducha. Dada su movilidad disponía de al menos veinte minutos para buscarlo. A punto estuvo de desistir cuando se le ocurrió mirar debajo del colchón, en el lado izquierdo, dónde ella dormía. Allí estaba. Le hizo una fotografía y lo volvió a colocar en el mismo lugar. Su escondite ya le pareció un indicador de que algo extraño estaba pasando. ¿Acaso era un lugar para guardar un libro?

Pablo recordó la caja de madera que había en su mesilla. Durante la búsqueda se había topado con ella. Noelia le había explicado, mucho tiempo atrás, probablemente cuando se mudaron, que contenía recuerdos de su infancia junto con una alianza que perteneció a su abuela. No había podido contener la tentación de abrirla y comprobarlo por él mismo. No había nada que le llamara la atención. Una bolsita de terciopelo con un lazo en su interior, una alianza con el nombre de Ana grabado —debía ser su abuela—, y lo que parecía ser un llavero formado por unas letras talladas en madera que contenían la palabra «la». Nada especialmente llamativo. Recuerdos, tal y como le había contado ella. Pero... ¡Un momento! ¿Ana? Nunca había escuchado ese nombre de su boca. Solo recordaba una mención a sus abuelos y hubiera jurado que no era el nombre que ella había pronunciado. Claro que de aquello hacía mucho tiempo. ¡Qué extraño! Empezaba a recordar... ¿No era Montserrat el nombre de su abuela? Quizás estaba equivocado. En una ocasión lo mencionó...

Se sintió incómodo rebuscando entre los objetos de Noelia. ¿Es que en adelante todo serían dudas? ¿Quién iba a ser sino aquella Ana?

«De nuestros labios impuros», susurró Pablo dirigiendo sus pensamientos hacia otro lugar menos borroso.

Aquel título le gustaba. Sonrió al recordar los labios de Noelia. Le encantaba observarlos. Lástima que a ella le molestara que hiciera alusión a ellos. Al parecer cuando era una niña se burlaban de ellos sus compañeros de colegio. Debió ser una experiencia muy dura, aunque no entendía de qué se burlaban.

Ese tipo de experiencias, en ocasiones, dejan huella. Al menos esa era la explicación que le había ofrecido ella. ¡Noelia y sus manías! Ya iba siendo hora de que afrontara unas cuantas. No tenía sentido vivir de esa manera.

Encontró a Noelia en la cocina, colocando la compra que le habían llevado a casa desde el supermercado.

Pablo le hizo una señal con la cabeza para que observara sus zapatos. Noelia abrió la boca sorprendida y lo miró esperando una explicación. Cuando la obtuvo se rió a carcajadas para sorpresa de Pablo.

—No esperaba que te lo tomaras así —dijo él, contagiado de su buen humor.

—¿Qué quieres que haga? Es muy gracioso. No quiero perderme el momento en que intentes quitarte los zapatos. ¿Se habrá secado el cemento?

Pablo frunció el ceño y bajó la mirada confundido, lo que provocó un nuevo estallido de risa en Noelia.

—No había pensado en ello. ¿Me ayudas?

—Claro, espera que coloque estas dos cosas.

—¿Qué te ha dicho el médico?

Noelia le acompañó a lo largo del pasillo, en dirección al baño mientras le relataba la recomendación de su médico de incorporarse al trabajo pasadas dos semanas, y no unos días después como estaba previsto. Pablo se sorprendió del buen humor con el que aceptó la recomendación.

—¿Y de la muleta?

—Debo ir dejando de utilizarla, cuando me sienta segura del todo y no abusar, para no coger malos hábitos.

A pesar de lo mucho que costó extraer los restos de cemento, Pablo sintió que había sido uno de los mejores momentos junto a Noelia. Llevado por la emoción se animó a hablarle de sus labios.

—Tienes unos labios preciosos, Noelia.

—Lago...

Pablo la miró confundido. Noelia sonrió y le acarició la barbilla intentando disimular su propia sorpresa al pronunciar aquel nombre.

—Me has recordado al lago de cemento. Una bobada infantil. Un lago, un... lago. Cerca de casa había un estanque pequeñito que llenaron de cemento. Yo lo llamaba lago. Yo tenía unos seis años... —Noelia tragó saliva y continuó con su improvisado relato.

Pablo escuchó atento la narración de su recuerdo infantil. Algo bueno estaba pasando, Noelia nunca compartía con él ningún recuerdo de su infancia.

De nuestros labios impuros.
Capítulo XXXII.
Recuerdos.

Provincia de Jaén. Entre agosto de 2002 y septiembre de 2006.

Llevo más de nueve años sin comer una de mis frutas preferidas: el melocotón. Mi afición a comer melocotones como si estuvieran en peligro de extinción se la debo a Celeste. Todo se arreglaba, en temporada estival, con un melocotón. Llegado el invierno ya era otro cantar, pero al menos durante los meses de verano podíamos disfrutar de un gran aliado capaz de combatir el resfriado, el cansancio, el picor, el dolor de cabeza, la tristeza y el *mal de amores*.

Celeste lo curaba todo, la mayoría de conflictos y dolencias, con un buen melocotón recién salido de la nevera. A Noelia le divertía la teoría de Celeste, pero poco a poco, igual que el resto, se aficionó a recurrir a ellos. Se unió al grupo de personas que tras escucharla constantemente hacer alusión a las propiedades curativas, regenerativas y tonificantes de los melocotones, nos hicimos adictos a ellos. Corrimos el riesgo de odiarlos, de aborrecerlos de por vida, pero no fue así. Años y años de insistencia dieron su fruto. ¡Qué lista era Celeste!

Celeste intentó convencernos de que en invierno también había un remedio para todo. Se trataba de una sopa caliente, receta de no sé qué antepasado, cuyo ingrediente principal era el tomillo, y cuyo gusto prefiero no recordar. No tuvo éxito. Aunque las recomendaciones de Celeste no solían ser cuestionadas, por aquel calvario nadie estuvo dispuesto a pasar, ni sus hijos ni yo, así que solo nos la tragábamos si había algo que nos impedía salir corriendo. En invierno lo mejor era aparentar que la felicidad era máxima. Como Celeste detectara cualquier señal que indicara lo contrario, aunque solo fuera un poco de cansancio por una larga jornada laboral, había que sacar fuerzas para salir corriendo y esquivar la espantosa sopa—no era tan fácil— o enfrentarse a ella.

A Noelia le dije que era alérgico a la piel del melocotón y que solo podía comerlos si alguien se prestaba generosamente a quitársela. Ella se ofreció. Recuerdo aquellos momentos en los que se concentraba en no dejar ni un solo pedacito de piel. Sonreía, me lo ofrecía y yo me la comía a besos. Pero solo duró unos meses. El siguiente verano descubrió, gracias a Julián, que no existía tal alergia. Se acabaron aquellos momentos.

Se despidió a lo grande, lanzándome el kilo y medio de melocotones que había en el frutero. Todos a la cabeza. Todos esquivados... menos uno. Minutos después se enterneció, me perdonó, me puso un poco de hielo y me curó a besos.

No he vuelto a probarlos. Aquel final de verano en el que ella desapareció de mi vida, fue el último en el que fui capaz de disfrutar de uno de ellos. Ahora los detesto. Celeste se sentiría muy defraudada si lo supiera.

Aunque no formaba parte de las actividades que había planeado para aquel día, Noelia se alegró de haber improvisado un paseo por el parque. En un principio había pensado visitar a Marta, recurrir a sus galletas y establecer un pequeño acercamiento para olvidar la tensión de la última conversación que mantuvo con ella, pero unos segundos antes de tomar la dirección que le llevaría hasta la pastelería, se había detenido y había observado las copas de algunos de los árboles que poblaban el parque que se encontraba a pocos metros de su casa. Un lujo en medio de la gran ciudad por el que nunca había manifestado interés.

Pablo solía visitarlo las mañanas de los fines de semana, cuando ponía en práctica uno de sus deportes favoritos: atravesar el parque corriendo y volver a casa, según él, reconstruido. Noelia nunca había mostrado interés por acompañarlo. Se había excusado de mil maneras distintas hasta que Pablo, rendido, había dejado de proponérselo.

Los parques la inquietaban, la obligaban a luchar por reforzar su coraza para evitar caer en la tentación de evocar imágenes del pasado. Aún así, decidió adentrarse en él y sentarse en uno de los primeros bancos.

Se alegró de ir acompañada de su muleta, aunque no debía abusar de ella, se sintió mucho más segura en ese tipo de terreno. Se acomodó en el banco y observó todo lo que había a su alrededor. Le llamó la atención la pareja de ciclistas que pasó a pocos metros de donde se encontraba ella. Corrían el uno al lado del otro, sin prisa, conversando en algo que parecía de vital importancia para ambos.

Sonrió al pensar que ese tipo de imagen es la que había evitado durante tiempo, de ahí su negativa a adentrarse en los parques. No tardaron en sucederse, una tras otra, sin orden, las imágenes de sus paseos en bicicleta junto a Lago, y las de las risas que siempre los acompañaban, y las de las meriendas en los olivares; los atardeceres, las rodillas heridas, los relatos de Lago acerca de la historia de aquella tierra, las historias entorno a la batalla de Bailén, las historias de sus antepasados...

«Y la maldición...», pensó suspirando.

Solo alguien como Lago podía darle vida a una historia como aquella.

«La maldición de los Veiga», susurró sonriendo hasta que reparó en la mujer que estaba sentada en el banco de al lado que no dejaba de observarla. Le molestó su falta de discreción y decidió alejarse. Necesitaba buscar un lugar donde pudiera dar rienda suelta a sus recuerdos sin ninguna interrupción.

El libro dedicaba parte de un capítulo a recrear lo más destacado de la conversación que mantuvo con Lago acerca de la maldición de su familia, esa de la que tanto se enorgullecía. De ser Noelia la encargada de narrarla no hubiera aportado muchos más detalles. No consiguió apartar de su mente aquellas palabras. ¿Por qué en ese momento aquella conversación le parecía importante?

Se produjo en una mañana de otoño, durante uno de sus largos paseos por los alrededores de Sejenas en bicicleta.

—Así somos todos los que hemos tenido este apellido: los Veiga y los Yanes. Gente auténtica

que llevaba la cobardía por las venas —Lago pronunció este discurso asintiendo con la cabeza.

—¿Has dicho cobardía?

—Así es, Noe. El antepasado más lejano del que tengo datos se llamaba José, y nació en 1788. Fue el padre del tatarabuelo de mi abuelo. Luchó en la batalla, Noe, en mi batalla.

—¿Tienes datos de todos esos antepasados? ¿Cómo es posible? Eso es muy difícil.

—Tengo los que tengo que tener, lady. Hemos ido pasando nuestra historia de padres a hijos, así es imposible perderla.

—¿Así que un pariente tuyo luchó en tu batalla? —Noelia había aprendido la jerga con la que Lago se expresaba y se sentía cómodo. Había tardado poco tiempo en dejar de llamarla la batalla de Bailén para llamarla «tu batalla».

—Un poquito solo. Se fugó, desertó. Abandonó el campo de batalla en cuanto la conoció a ella.

—¿Desertó? —preguntó Noelia sin dar crédito a lo que escuchaba. El tono de voz de Lago era el que utilizaba cuando recurría a sus orígenes, a la tierra que pisaban. Nunca imaginó que una historia de deserción encajara en aquel sentimiento.

—Sí, Noe, se fugó del campo de batalla, el mismo 19 de julio de 1808. ¡Lo que debió pasar el pobre!

—¿Qué ocurrió, Lago? —preguntó Noelia sin ocultar su curiosidad.

—¿Te interesa, verdad? Ya empiezas a ser de la familia, Noe. ¡Qué orgulloso me siento!

Noelia lo fulminó con la mirada, lo que provocó una carcajada sonora en el entusiasmado narrador. Prosiguió con su historia cuando se cercioró de tener toda la atención de su esposa.

—Lady, era una batalla complicada. No pintaba bien para los soldados españoles. Las dos de la tarde, julio, un calor de mil demonios y sed, mucha sed. Ella, la sed, fue una gran protagonista, y un elemento clave en la batalla. Sin ella, otro gallo hubiera cantado.

—¿Un gallo?

—Lady, a ver si empiezas pronto a aprenderte algunas expresiones. Es una forma de hablar, un dicho. ¿Me sigues?

—No

—Pues olvídate del gallo y céntrate en la sed. Ya has pasado aquí un verano sabes lo que es aquí el calor, así que no te costará imaginar lo que podía significar estar, tras once horas de batalla, a las dos de la tarde en el frente, con aquellos uniformes. ¿Ahora sí?

—Sí, ahora me hago una idea.

—Algunas mujeres, acercaron las acémilas a primera fila.

—¿Qué es eso?

—Una mula, Noe. Entiendo que hayas vivido en una gran ciudad y hayas visto pocas, pero... ¡existen!

—Pues di mula y así te entenderé.

—Si es de cultura general —Suspiró resignado—. Ya me has cortado el ritmo del relato. Con lo bien que iba yo...

—Sigue. Acercaron las acémilas a no sé dónde...

—A primera fila, mujer. ¿Dónde iba a ser? El caso es que llevaban cántaros de agua para los que estaban combatiendo. La mujer que se lo llevó al padre del tatarabuelo de mi abuelo lo hizo arrastrándose por el suelo, porque los disparos le impidieron hacerlo de otra forma.

«Llevó su cántaro y su jarrillo y se lo ofreció a mi pariente. A parte de calmar su sed lo llamó valiente y le aseguró que tenía la protección de la virgen. Ahí en ese instante, en ese minuto, en plena batalla, sobre esta tierra... se enamoró. No me digas que no es bonito, Noe.

—Un momento, Lago, esa historia la he leído. Estás hablando de María Luisa Bellido, la

heroína, la que le ofreció agua a un general.

—Pero qué orgulloso estoy, Noe. Ya casi sabes tanto de mi batalla como yo —Hizo una pausa y suspiró—. No es esa mujer, esa fue otra. Había muchos soldados y mucha sed. Yo te hablo de otra heroína.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó poco convencida.

—Se fue con ella. Se largó. Mucho mejor la compañía de la mujer que el frente de batalla.

—¿Y cómo lo hizo?

—No lo sé, Noe, tampoco sería tan complicado. Si ella volvió sobre sus pasos, él la siguió —Hizo una pausa en la que su rostro se ensombreció—. Dicen las malas lenguas que estaba herido y que ella se lo llevó, pero no fue así. Él se enamoró y la siguió.

—¿No volvió más al frente?

—No, Noe. Al padre del tatarabuelo de mi abuelo le pasó como a mí, la vio, y ya todo dejó de importarle. Ni los franceses le motivaron. ¡Y eso que los odiaban...! Igual que el día que te vi en la plaza del pueblo. Nos pasó lo mismo, por ello lo entiendo tanto. Lo llevo en la sangre.

Noelia sintió de nuevo un pellizco en el estómago al recordar aquellas palabras. Una lágrima descendió por su mejilla. No se molestó en atraparla. Estaba decidida a sentir. Quería sentir de nuevo lo que las palabras de Lago provocaban en ella. Fueron un elixir de vida y de placer durante años, no imaginó que pudiera echarlas tanto de menos.

De la extraña historia de su pariente soldado, su mente la llevó a la segunda parte de aquel pintoresco diálogo: la maldición.

—Me siento orgulloso de él, Noe. La cobardía de los Veiga y de los Yanes es única. Hay que tenerlos bien puestos para hacer algo así.

—Mezclar cobardía y orgullo en una misma frase, es...

—Eran humanos, Noe, con miedos. Dispuestos a dejarlo todo si se topaban con los ojos adecuados. No los juzgues. Pagaron un precio. La maldición se coló en sus vidas.

—¿Maldición?

—Condenados de por vida a amar a una mujer y a tener que renunciar a ella.

—¿El soldado y la mujer del cántaro no pudieron amarse?

—No. Se amaron, pero por separado. Y así de generación en generación.

—¿Todos? ¿Todos lucharon en una guerra?

—Noe. José fue el primero y de ahí en adelante todos fueron cobardes y sufrieron el desamor.

—¿Todos? ¿Cobardes?

—Sí, Noe, lo llevamos en los genes. Y todos condenados a amar sin poder disfrutar de la amada.

—¿Tu padre también?

—Sí, se enamoró de mi madre y a los tres años se murió. No le dio tiempo a disfrutarla.

—Pero eso no es renunciar.

—¿Y qué es, Noelia? Si se muere, te guste o no, tienes que renunciar a estar con ella.

Noelia buscó la lógica en sus palabras, pero se rindió antes de tiempo, no estaba segura de si debía o no entrar en ese circuito de ideas de Lago. Se atrevió a preguntar lo único que le interesaba de verdad de aquella rocambolesca historia:

—¿Y tú? ¿Tú también eres cobarde? Y... ¿eso del amor?

—Sí, también soy cobarde, pero yo me voy a cargar el legado de una vez por todas. Yo no pienso renunciar nunca a ti. Eres increíble, Noe, te has cargado la maldición. Mi abuelo te

adoraría. Venga, vamos a celebrarlo que lo que has conseguido no es poco.

Noelia cerró los ojos intentando revivir las últimas palabras en su mente. Los Veiga estaban condenados a ser cobardes y a tener que renunciar a la mujer que amaban. Se echó a reír. ¡Qué equivocado estaba Lago! Ella no se había cargado ninguna maldición. El legado continuaba. Quizá aquella historia no era tan disparatada como ella siempre había creído. Quizá fue verdad y Lago solo fue un eslabón más en la estirpe de cobardes dispuestos o condenados a renunciar a la mujer que amaban.

«¿Por qué, Lago, por qué?». Más lágrimas corrieron por sus mejillas. Unas pocas más de los millones que había derramado, pero estas llegaban ocho años después de las últimas.

De nuestros labios impuros.

Capítulo XXXV

Provincia de Jaén, 19 de julio de 2003

Nuestra luna de miel se produjo cerca de un año después de nuestra boda, diez meses para ser exactos. Nunca antes mostramos interés, ni ella ni yo, por hacer un viaje.

Tal y como yo siempre aseguré, el tiempo no existía para nosotros, y el espacio solo nos interesaba si podíamos sentir el aliento del otro. Así fue durante cuatro maravillosos años.

El tiempo, siempre el tiempo. Aunque siempre he afirmado que no existía para nosotros, en ocasiones me descubría mirando al cielo y rogando que el tiempo se detuviera mientras permanecía a su lado. Noelia me decía que mi teoría sobre el tiempo era imposible de entender. ¡Qué razón tenía!

Crecí con la teoría de mi abuelo que afirmaba que el tiempo deja de existir cuando naces. Crecí imaginando que había rincones en la tierra que permanecían intactos después de miles de años. Crecí creyendo que el tiempo nos roba lo mejor de la vida. Pero nunca me quitó el sueño. Mis teorías sobre el tiempo adquirieron importancia cuando la conocí a ella. Ni siquiera hoy, más de nueve años después, soy capaz de expresar correctamente mi batalla con el tiempo.

Claro que ya no importa demasiado. Tuve que morir para cambiar mi percepción sobre él.

En cuanto a nuestra luna de miel... Elegimos dos destinos. Ambos debían tener un significado especial. El segundo destino fue Florencia, a finales de julio, una ciudad llena de arte, un sueño de mi Noelia.

Nos hartamos de contemplar obras de arte de todas las clases: pinturas, edificios, esculturas... Ella se quedaba con la boca abierta contemplando aquellas obras de arte y yo la abría para contemplar la forma en que se separaban sus labios. Ella con su arte y yo con el mío.

Perdí la cuenta de los museos, palacios e iglesias que visitamos. Ella buscando el efecto visual y yo hurgando en la historia. Menudo equipo hacíamos.

Lo mejor, sin duda, fue colgar en el puente, los llaveros que hice para nuestro viaje. Por aquel entonces estaba permitido. Me llevó pocas horas talar dos llaveros de madera con la palabra la. Desconocía que la tradición hablaba de candados y de llaves que se tiraban al río para asegurar que el amor fuera eterno. Nosotros lo hicimos con madera y sin llave. Quizá por eso dejó de ser para siempre. Solo colocamos uno. Bien pensando hubiéramos hecho más fuerza si hubieras dejado el otro allí.

Noelia se quedó con él. Fue su llavero durante todo el tiempo que estuvimos juntos. En más de una ocasión le propuse renovarlo por otro que yo mismo estaba dispuesto a hacer, pero siempre lo rechazó. Aquel, según ella misma afirmaba, era especial y único: la pareja del que dejamos en Florencia. La mitad de una promesa de amor que dejamos colgando en el viejo puente de piedra. Nada de eternidad, con nosotros falló. Se la llevó.

El primer destino de nuestra luna de miel fue un cerro, en Bailén, un poco antes de nuestro viaje a Florencia. Allí pasamos toda una noche metidos en una tienda de campaña, contemplando las gloriosas vistas.

Me sorprendió cuando se separó de mí bruscamente, después de estar horas comiéndonos a besos, para salir al exterior de la tienda. La seguí con mucha curiosidad. Vi como se acercaba, despacio, al borde del cerro. Me coloqué unos pasos detrás de ella y la escuché recitar:

*El combate aquí fue. Sobre esta tierra,
bajo este sol que las campiñas dora,
se decidió la suerte de la guerra
más terrible y cruel y asoladora.*^[2]

Se había aprendido los versos que tantas veces le había recitado, de la misma forma que yo me aprendí los del monje, en latín.

La escena no podía ser más ridícula. Ella susurrando los versos, con los brazos en alto y girando la cabeza para cerciorarse de que la estaba viendo y escuchando. Acabó arrodillada en el suelo desternillándose de la risa y yo acabé haciendo lo mismo cuando la escuché decir:

—Este verso está pensando para recitarlo durante el día, Lago. Eso del sol de las campiñas no queda bien a las tres de la mañana.

No sé cómo lo hice porque me llevó un buen rato asimilar la excéntrica escena, pero acabé proponiéndole que volviera a recitarlos cuando saliera el sol, unas horas después.

Y lo hicimos. Entrelazamos nuestras manos, hacia las siete de la mañana, y nos acercamos un poco más al borde del cerro. La primera luz del día ya se podía apreciar, el espectáculo de ver los primeros rayos de luz intentando iluminar el barranco, fue lo mejor que estos humildes ojos han contemplado.

Pronunciamos los versos. Le pedí que cerrara los ojos y que sintiera la fuerza que se movía bajo la tierra que estábamos pisando. Le susurré lo que ocurrió aquel amanecer, ciento noventa y cuatro años atrás, un diecinueve de julio de 1808.

Le hablé de aquel amanecer en el que las tropas españolas se desplegaron en forma de herradura. Le hablé de los extremos, los que quedaron apoyados en el cerro Valentín, al norte — justo dónde nos encontrábamos—, y en Haza Walona, al este. Le pedí que sintiera la fuerza de la tierra que estábamos pisando, la misma en la que se había escrito la palabra lealtad con la sangre de unos valientes soldados.

Allí, hicimos el amor. Fue con sabor a juventud y con sabor a historia. Sentí que la tierra se movía bajo mis pies, se rebelaba, se enfurecía.

Unos años después me pregunté, recordando aquel instante, si el temblor se debió a que la tierra creyó que no era digno de yacer sobre las palabras que allí habían escritas: lealtad y valentía.

Años después, hoy, he dejado de preguntármelo: sé que no era digno de ellas, ni de las palabras ni de la tierra ni de Noelia.

Miró al cielo. Allí encontró la respuesta al escalofrío que acababa de sentir. El sol se estaba tapando por una inmensa colonia de nubes que no parecían estar dispuestas a alejarse en toda la mañana. Noelia cerró el libro. Frotó el asiento del banco para asegurarse de que no hubiera nada que pudiera estropearlo y lo colocó lentamente, como si se tratara de una pieza frágil y especialmente delicada. Se frotó los brazos para aliviar el frío que empezaba a sentir y volvió a mirar al cielo.

El cambio de tiempo le recordó a su vida junto a Lago. Las sombras se impusieron a las luces, sin apenas tiempo para reaccionar. Todo se volvió oscuro. La luz que tanto les iluminó, se oscureció en tan solo unos días.

Aquel pensamiento la llevó a pensar en lo que había sido su vida después de Lago. Una condena. Un elemento de esos que aparecen en las historias de terror en las que alguien es condenado a vagar entre las sombras, en medio de la más absoluta oscuridad. Un castigo, consecuencia de un error imperdonable; una maldición, o la maldad absoluta de un ser tenebroso.

Se frotó los ojos, molesta de la dirección que habían elegido sus pensamientos. Sin ninguna dificultad acababa de reducir su vida a unos pocos años, a los que pasó junto a él. El resto era como aquel cielo: apagado, sin apenas luz, con la amenaza de oscurecer todavía más.

Centró su mirada en la portada y se preguntó quién la habría diseñado. No había ningún elemento en ella que diera una sola pista sobre el contenido del libro. Una combinación de colores que iba desde el rojo intenso al azul oscuro. El título era el único elemento que destacaba en ella: *De nuestros labios impuros...*

Nada volvería a ser igual cuando lo terminara. No por lo que pudiera descubrir, ni por el impacto que pudiera producirle el final de aquella historia —poco podía sorprenderle—, sino por todo lo que ya se había producido en su interior desde que inició la lectura. Parecía que llevara meses sumergida en sus páginas y tan solo se trataba de unos pocos días.

¿Cómo iba a volver a su vida? A una vida que ya se estaba tambaleando. Sus desencuentros con Pablo no iban a aportar nada bueno. Solo había una forma de volver al cauce original y no estaba segura de ser capaz de hacerlo. Si terminaba el libro, se incorporaba al trabajo y mantenía una conversación con Pablo confesándole algunos aspectos de su pasado que habían influido en su personalidad y su visión de la vida, como por ejemplo la maternidad, quizá podría retomar el rumbo de su vida en el mismo punto en el que lo dejó antes de iniciar aquella lectura.

Volvió a mirar el libro. No estaba segura de ser capaz de hacerlo. Algo había cambiado. Para bien o para mal su vida ya no iba a ser la misma. Aquel pasado pesaba demasiado como para sumergirse en él, aunque fuera a través de unas pocas páginas, y ser capaz de seguir adelante como si nada hubiera pasado.

Si dedicaba unas pocas horas más a la lectura, podía terminar aquella tortura, pero no se veía capaz de hacerlo. Las dosis de lectura estaban determinadas según la capacidad que ella creía tener para soportar enfrentarse a aquellos recuerdos y ser capaz de volver a su vida. Si superaba las dosis no podía responder de su conducta. ¡Dolía tanto! Dolía tanto revivir aquellos momentos en los que el único lugar que le importaba en el mundo era el que se encontraba rodeado por los

brazos de Lago. Dolía tanto recordar las arrugas que se producían en su frente cada vez que sonreía; volver a imaginar el sonido de su voz, las sensaciones que producían sus caricias...

«Me he vuelto adicta a tus caricias», recordó conteniendo las lágrimas.

—¿A todas? —preguntó Lago con aire victorioso.

—No, solo a esta —afirmó ella guiando el dorso de su mano hacia su mejilla.

—Si pudiera detendría el tiempo en este momento —pronunció Lago deleitándose en la caricia.

—El tiempo no existe, Lago, ¿recuerdas? Esas son tus palabras.

—No lo estropees lady, no se me ha ocurrido decir otra cosa. Exista o no exista eso es romántico. Aquí viene bien la frase, otra cosa es que nos pongamos serios y hablemos sobre el tiempo.

Noelia cerró los ojos, le sorprendió la facilidad con la que su mente rescató el rostro de Lago. La miraba a los ojos mostrando su sonrisa triunfadora, la que dejaba ver tras uno de esos debates sin sentido en los que nunca sabía a ciencia cierta si todo lo que pronunciaba era o no una broma.

Perdió la noción del tiempo evocando todos los gestos que recordaba de él. Permitió que la invadieran sin ponerles impedimento, se deleitó en ellos. Alternó el gesto de atrapar las lágrimas que resbalaban por su rostro sonriente, con las miradas que lanzaba a su compañero de banco.

No se estaba mal en aquel lugar, no hizo nada por impedir que su mente campara a sus anchas. Por primera vez en muchos años permitió que su mente se saciara de buenos recuerdos, que se diera un banquete de las mejores imágenes que recordaba del único hombre al que había amado.

Desanduvo el camino que la llevaría de vuelta a casa. Pablo no tardaría mucho en llegar. Se detuvo para sacar un pequeño espejo de su bolso. Corrigió con un pañuelo las marcas de sus lágrimas y se enfundó unas gafas de sol poco acordes con el cielo gris bajo el que caminaba. Esperaba que Pablo no reparara en las marcas que mostraban sus ojos.

Durante el camino, se centró en la figura de Pablo. Por mucho que se esforzara en aparentar normalidad, ella sabía que no estaba bien. Notaba cómo la observaba, cómo reparaba en pequeños detalles que antes ni siquiera se hubiera molestado en mencionar. Estaba pendiente de ella, quizá creyendo que necesitaba su atención. ¿Qué estaba haciendo con su relación? Pablo no merecía ese comportamiento. Se había esforzado por aparentar la misma normalidad, pero no le resultaba nada fácil hacerlo si seguía avanzando con el libro.

Sentía que debía continuar, llegar hasta el final y pasar aquella página de su vida definitivamente, pero le aterrorizaba pensar que no sería capaz de hacerlo. Cada día se enfrentaba a cientos de emociones que brotaban de nuevo en torno a aquella historia. ¿Cómo iba a cerrar el libro y a continuar con su vida sin más?

La noche anterior Pablo la había despertado ayudándola a interrumpir una pesadilla en la que se encontraba atrapada. Al parecer, según palabras de Pablo, pronunciaba algunas palabras difíciles de entender y hablaba de un lago.

—Cariño, creo que lo que me contaste sobre aquel lago de tu infancia, el del cemento, se ha quedado grabado en tu subconsciente. No dejabas de hablar de él. ¿Pasó algo que no me has contado? El otro día me pareció una historia entrañable, pero quizá evitaste contarme algún aspecto más sórdido.

Noelia recordó su negativa a añadir algo más. Ni siquiera recordaba la versión que le había dado de aquello, la primera vez que metió la pata y pronunció su nombre. ¿Qué fue lo que le contó? Que lo llenaron de cemento y se puso triste, que una amiga suya resbaló... ¡No estaba segura! Estaba tan nerviosa cuando pronunció el nombre de Lago que improvisó un relato

inventado y absurdo, fruto de la imaginación de un estado de tensión. Una historia cuya protagonista era una niña de pocos años que... ¿Cuántos le dijo que tenía? ¡Poco importaba! Aquello no podía continuar así. En poco tiempo había pronunciado su nombre en dos ocasiones.

«¡El libro!», exclamó en voz alta. Debía tener mucho más cuidado con él. En cuanto lo leyera lo haría desaparecer de su vida. Pablo podría leerlo y ver el nombre de Lago. ¿Lo relacionaría?

«¡Por el amor de Dios, Noelia!», pensó. Ese libro era una bomba que le podía estallar si Pablo accedía a él. Quizá debajo del colchón no era el mejor escondite. Tenía que tener mucho cuidado. ¿Cómo había sido tan descuidada? Tenía que haber sido más discreta. Bastaba con acabar la lectura y guardar el libro o hacerlo desaparecer. Había mimado tan poco los detalles que había acabado arrastrando a Pablo a aquella historia, aunque fuera a hurtadillas. Debía darse prisa por terminarlo, costara lo que costara.

De nuestros labios impuros.
 Capítulo XXXVII.
 Recuerdos.

Provincia de Jaén. Entre agosto de 2002 y septiembre de 2006.

A las tres semanas de empezar nuestra vida, juntos, en mi casa familiar, Noelia mostró interés por un cuarto que se encontraba cerrado con llave. Me sorprendió que tardara tanto tiempo en hacerlo. No le hablé de él esperando que su curiosidad la llevara a preguntarme por qué en nuestra casa había una puerta cerrada. Confieso que me preocupó que no lo hiciera; si bien los primeros días fueron algo caóticos cómo para reparar en detalles, tres semanas después había cruzado tantas veces por delante de esa puerta que no encontré explicación para que no mostrara ni siquiera un poco de curiosidad.

Me preocupó, y mucho. Forcé varias situaciones para que reparara en ella: enumeré el número de habitaciones, sin que viniera al caso, para ver si llamaba su atención; hicimos el amor apoyados en la puerta, hice ademán de abrirla haciendo aspavientos y afirmando en voz alta que lamentaba no tener la llave a mano para acceder a su interior y terminar lo que teníamos entre manos de una forma más cómoda. ¡Nada! Ni se inmutó.

Sentí alivio cuando por fin se decidió a preguntarme lo que había en su interior, y mucho más alivio cuando me explicó que estaba esperando que le hablara de ella, aunque entendía que si no lo había hecho, tendría mis razones. ¡Qué prudente mi lady! Yo en su lugar la hubiera bombardeado a preguntas y no hubiera parado hasta verla con la llave en la mano dirigiéndose a la puerta con la intención de abrirla y mostrar el misterioso contenido que se encontraba al atravesarla.

—¿Qué hay en esa habitación que está cerrada? —me preguntó con una calma que podía exasperar a cualquiera, menos a mí, que me encantaba.

—¡Vaya, pensé que nunca me lo ibas a preguntar! ¿Se dice ¡Aleluya!?

—Si me lo cuentas yo también diré ¡aleluya!

—¿Por qué no me lo has preguntado antes? Ya no sabía que inventar para llamar tu atención.

—Esperaba que lo hicieras sin necesidad de preguntar, tus razones tendrías para no contármelo, Lago, pero ahora lo vas a hacer, y con lujo de detalles.

Cuando fruncía el ceño, se cruzaba de brazos y usaba ese tiempo verbal —¿cómo se llama? ¿Imperativo?—, no sé cómo podía contenerme sin comérmela a besos.

—Se llama el cuarto de los orígenes.

Arrugó la frente. Creo que no le gustó el nombre que elegí.

Ella estaba sentada en el sofá cuando se inició esta conversación. Yo cambié mi semblante sabiendo que me estaba observando. Durante unos minutos me paseé frente a ella sin decir nada. Era difícil acabar con su paciencia, pero mis paseos a izquierda y derecha estaban a punto de hacerla estallar. En uno de ellos me cogió la pierna con ambas manos —a punto estuve de comerme la pared del frente—, y me fulminó con la mirada. Era el momento de acabar con mi *show*. Me senté a su lado y utilicé mi tono de voz más sereno.

—Noe, nada me haría más feliz que cruzar esa puerta cogido de tu mano, pero quiero que lo hagamos cuando estés preparada para lo que vas a ver —Sus labios se abrieron, pero la interrumpí antes de que se pronunciara—: Ese cuarto es el cuarto de mis orígenes. Ahí viví parte de mi infancia y de mi adolescencia. Ahí *los Lagos*, mi abuelo y yo, fuimos inmensamente felices. Quiero que lo veas cuando me conozcas mejor, cuando entiendas lo que soy y de dónde vengo, cuando conectes con mi esencia, cuando entiendas por qué el tiempo para mí no existe.

Tras mi explicación me miró fijamente, sin pestañear. Creo que en ese instante se preguntó si compartía casa con un loco y lo más prudente era hacer las maletas y volver a su tierra. Si lo pensó o no, nunca lo sabré, al menos lo supo disimular bien:

—Entiendo... ¿No puedes darme una pista?

Su pregunta me desconcertó, esperaba algo distinto, pero Noe —con el tiempo la llegué a conocer muy bien— era así de práctica... o de simple, según se mire.

—Está bien —le dije cómo si le perdonara la vida—. ¿Recuerdas que te hablé de un antepasado que luchó en la batalla de Bailén?

Asintió con la cabeza sin ocultar su entusiasmo. Proseguí con mi relato conteniendo la risa.

—Sus restos han pasado de generación en generación, aunque el fémur se perdió en alguna de ellas —Sus ojos y su boca no podían abrirse más—. ¡A saber dónde está! Lo importante es que el resto, incluido el cráneo, se conservan en perfecto estado...

—¿Me estás diciendo que tienes los huesos de un muerto en esa habitación? —Se levantó bruscamente.

—Noe, no ofendas, no es un muerto, es mi sangre. Eso se siente aquí —Me di un golpe en el pecho.

Si antes sospechaba que mi discurso la hizo dudar si estaba o no viviendo con un loco, en ese momento dejó de ser una sospecha.

La mueca que me regaló hizo que no fuera capaz de continuar con mi descabellado relato y estallé en carcajadas. Pensé que se enfadaría, pero debió ser tal el alivio que le produjo saber que todo aquello era una broma más, que se unió a mi risa y se lanzó a mi cuello.

—Eres... eres —Me besó—. Eres único.

—El único, lady, a ver si aprendes de una vez a decir la frasecita.

—¿Entonces no hay pista?

—Ahí dentro hay sangre, tierra, historia. Te abriré esa puerta cuando tú me lo pidas, solo quiero que me conozcas un poco más. Pero nunca te pondré objeción. Quiero que la atravesemos juntos, pero si quieres hacerlo antes, tu sola, la llave está allí —Señalé con el dedo un clavo junto a la chimenea que contenía diferentes copias de llaves.

Ella asintió con la cabeza y me aseguró que esperaría a conocerme más para pedirme que le abriera la puerta. Añadió otra pregunta:

—¿Por qué nunca me has enseñado la buhardilla? He visto una ventana pequeña en la parte más alta de la fachada. ¿Es una buhardilla, verdad? ¿Cómo se accede? ¿Qué hay allí?

—Es solo un trastero. Mi abuelo solía pasar horas allí. Está lleno de objetos que para él tenían valor. Sus cosas, sus recuerdos. Te lo enseñaría, pero solo se puede acceder a través del cuarto

cerrado, así que tendrás que esperar.

—¿Después podré visitarlo? Me gustaría conocer más la figura de tu abuelo.
Ahí me ganó el corazón y todos los órganos que servían para vivir.

De nuestros labios impuros. Capítulo XXXIX. Recuerdos.

Provincia de Jaén. Entre agosto de 2002 y septiembre de 2006.

Noelia tenía una habilidad especial —pocos la tienen como ella—, para tropezar y caer. Con cada caída desafiaba la razón, la lógica y la ciencia. Me esforcé mucho, en cada tropiezo, por encontrar una explicación, un culpable, pero con el tiempo desistí. Según las matemáticas, la física y hasta la probabilidad, no existía argumento que lo justificara, así que me limité a aceptarlo como parte de su maravillosa persona. Hasta sus tropiezos me fascinaban.

Nunca se enfadaba cuando bromeaba con ello. Solía partirme de risa y hacer comentarios disparatados, pero ella siempre sonreía. Se burlaba de sí misma, y solo en las ocasiones que insistía demasiado y me hacía algo pesado, que eran bastantes, me juraba que si algún día me ocurría a mí, me haría la vida imposible.

El día que decidí enseñarle la buhardilla, temí que su «habilidad» nos condujera a una tragedia. Decidí vendarle los ojos para que no pudiera ver nada de lo que había en el cuarto cerrado, vía indispensable para acceder a la buhardilla. Si ya era difícil que mantuviera el equilibrio con los ojos abiertos...

Me dejó boquiabierto cuando consiguió atravesar el cuarto, cogida de mi mano, sin desafiar una vez más a la ciencia. Llegó intacta. ¡Siempre me sorprendía! Ni siquiera se quejó de que no le permitiera ver el cuarto cerrado. Creo que entendió lo que significaba para mí y en qué circunstancias quería mostrárselo.

Por su expresión, supe que la buhardilla le había cautivado. Era un lugar olvidado para mí, hacía mucho tiempo que no me dejaba caer por allí. Fue el refugio de mi abuelo desde que tengo uso de la razón, el lugar donde se almacenaban sus recuerdos; probablemente el único lugar donde se encontraban retazos de su vida en Portugal. Yo nunca pregunté y él nunca me contó. Así éramos los Veiga: «Si no hablo de ello, será por algo, así que no molestes».

Me educaron para que creyera firmemente en la importancia de tener un lugar donde buscar una evasión: un lugar donde poder ser libre de ser y de sentir. Y con esas ideas, cada Veiga que habitaba mi casa, buscó su lugar. Mi padre encontró su refugio en el apartamento de la playa, mi abuelo en la buhardilla, y yo, hasta que conocí a Noelia, en el cuarto cerrado. Aunque mi abuelo me ayudó a darle forma, con los años se convirtió en un lugar al que solo yo accedía, a no ser que invitara a alguien a hacerlo; eso solo ocurrió alguna vez: fue mi Julián el afortunado. Después de conocer a Noelia, mi refugio, el que me permitía ser y sentir, era solo ella. No existía ningún lugar mejor que sus labios, su sonrisa y sus brazos para evadirme del mundo. ¡Qué bien se estaba allí!

Llevo muchos años, más de nueve, desde aquel 21 de septiembre del 2006, sin tener mi lugar

de evasión, sin ser y sin sentir. Y es que sigue habiendo solo un lugar...

Volviendo a la buhardilla... —cuando se trata de Noe me pierdo—. De todos los objetos que había almacenados y olvidados, a Noe le llamaron la atención dos de ellos: una caja enorme que contenía cientos de sobres cerrados, y una talla de madera que pretendía representar un olivo.

Los sobres eran cartas que, al parecer, y tras la investigación de Noelia, mi abuelo escribió, pero nunca llegó a enviar —a la vista estaba—. Y la talla de madera también pertenecía a mi abuelo, aunque... de otra forma.

—Es precioso, Lago. ¿Lo has hecho tú?

—Sí, pero hace muchos años de eso. ¡Ten cuidado, Noe! —le grité cuando intentó darle la vuelta al esmirriado olivo—. ¡Dentro están las cenizas del abuelo!

Cogí el olivo al vuelo, justo cuando se le cayó de las manos y me miró aterrada.

—¿Tienes a tu abuelo en ese trozo de madera?

—Noe, es una preciosa talla que hice en su honor, ¡un respeto! Y sí, ahí está, pero solo son sus cenizas. Es que la urna en la que me la entregaron era fea a rabiar.

—¿Cuántos años llevan ahí?

—Seis años, los que hace que murió: ¡vaya pregunta!

—¿Por qué no las has esparcido en algún lugar como hace todo el mundo?

—Un día dijo que si se moría quería que lo incineraran y que esparciera sus cenizas en algún lugar que yo encontrara especial para él, y en él está.

—Pero... Lago, las cenizas deben esparcirse.

—Noe, no me parece buena idea llenar este lugar de cenizas. Imagínate la que se podría liar.

—No te estoy diciendo que lo hagas aquí, seguro que hay algún otro lugar especial para él. Piensa un poco, seguro que se te ocurre algo. Las cenizas representan...

—Lo sé, cariño, lo sé —la interrumpí—. Sé lo que representan y lo que se hace con ellas. También tuve las de mi padre y las eché en el mar, cerca de la casa de la playa.

—¡Ah! Pues debes buscar un lugar para estas.

—¿Y qué daño hacen ahí? Quizá algún día lo haga, pero no se me ocurre nada. He pensado alguna vez en Portugal, pero... Él hablaba poco de su vida allí. ¿Y si quería olvidar? Menudo plan si me presento allí con las cenizas.

—¿Sabes donde vivió?

—Claro, en Sines. Está cerca de Lisboa.

—¿Y por qué no allí?

—Noe, no tengo ni idea si fue feliz o no allí; me dijo que buscara un lugar simbólico, no voy a precipitarme. Además, no me dio plazo para ello.

—¿Precipitarte? Si llevan seis años ahí guardadas...

—Por eso, lady, pueden estar seis más, sin problema.

Fue tal su fascinación por la buhardilla y por la figura de mi abuelo, que en pocos días me dijo que leería todas aquellas cartas y averiguaría algo que nos condujera a ese lugar especial donde poder esparcir sus restos. Yo me mostré entusiasmado y la animé a seguir con ese proyecto, aunque, en honor a la verdad, lo único que me llamaba de todo aquello era su entusiasmo por mi abuelo. El lugar especial me daba absolutamente igual. Solo eran un puñado de cenizas, ¿qué más le daba a mi abuelo dónde las tuviera? Pero años después cambié de opinión y le hice caso a mi lady. Busqué el lugar especial y lo encontré. De ahí surgió esta aventura, o esta locura, según se mire.

Noelia, con el libro en su regazo, hizo una pausa para evadirse en su propia versión de lo que allí se narraba. Se echó a reír recordando el episodio de la urna. Solo a Lago se le podía ocurrir tener unas cenizas pertenecientes a un difunto, almacenadas en un trastero medio olvidado.

Aquellas cartas llamaron mucho su atención. Estaban desordenadas, pero en el exterior del sobre se podía ver, mediante una caligrafía impoluta, la fecha en la que habían sido escritas. Lago le aseguró que él jamás había tocado aquellas cartas por lo que dedujo que debió ser su dueño el que las almacenó sin prestarle atención al orden.

Un total de doscientas noventa y tres cartas formaban lo que para Noelia se convirtió en un auténtico misterio, al que diariamente le dedicó una parte de su tiempo. Le llevó meses ordenarlas; era la única forma de intentar encontrarle sentido a aquellas letras, si es que lo tenían.

Se habían escrito a lo largo de doce años, dos cartas mensuales: una dirigida a una tal Maira, y la otra a un tal Salomão. Siempre escritas a final de mes, así lo reflejaba tanto el contenido de la carta, como la anotación exterior del sobre.

Las mismas letras, solo cambiaba el nombre. La de ella en lengua española:

*En país lejano,
doy principio a este relato
el día veintiséis de enero,
que del año treinta y cuatro
es según el mes primero.*

Mi querida Maira:

La de él en lengua portuguesa:

*Em país remoto,
dou començo a este relato
el día vinte e seis de janeiro,
que do ano trinta e quatro
é segundo o mês primeiro.*

O meu querido irmão Salomão:

Todas las cartas eran iguales: el principio de un relato —tal y como indicaban ellas— que nunca llegó a desarrollarse. Solo cambiaban las fechas. Noelia las ordenó todas y las guardó con mimo de nuevo en su caja. La última estaba fechada el 23 de mayo de 1946.

A Noelia se le erizó el vello pensando en aquellas cartas. Recordó el tiempo que les dedicó y de qué forma le intrigaron, a pesar de que nunca encontró respuestas. En Sejenas, la vida anterior del abuelo de Lago era un misterio. Tal y como Lago le contó en su día, se especuló con muchas

versiones, pero ninguna de ellas tenía fundamento alguno.

Para ella aquellos nombres reflejaron dos personas que debieron ser muy importantes en la vida del abuelo.

«Un amor imposible», así lo había llamado Lago al referirse a Maira. Pero él, Salomão, jamás fue mencionado por su abuelo, según su nieto, sin embargo se dedicó años y años a escribirle una carta que nunca terminó; de hecho, apenas empezó.

Lago no le dio importancia a los comentarios de Noelia acerca de sus escasas conclusiones sobre las cartas. Un «Cosas de mi abuelo», o un «Era su vida», eran su forma de dar por terminado el tema.

—Lady La, si tú te entretienes con ellas, adelante, pero no esperes que yo te aclare nada de ellas.

—¿Por qué dirá en «país lejano»?

—Pues porque las escribía desde España.

—España no está lejos de Portugal.

—En aquella época lo verían de otro modo. Además, ¿tú cómo sabes que era a Portugal?

—Me dijiste que Maira era portuguesa.

—Sí, pero es posible que viviera en Rusia, o en Canadá.

—Lago, es muy extraño. Nunca se enviaron.

—¿Cómo se iban a enviar si no estaban acabadas?

—Quizá la última sí la envió... —divagó Noelia ignorando la reflexión de Lago.

—O quizá la última la escribió en latín y la envió con paloma mensajera, o vino a buscarla Maira en persona... O quizá fue el tal Salomón quién vino, o...

—Salomão —le corrigió Noelia resoplando. No había forma de que él lo pronunciara como era debido.

—En el sur no nos gustan los nombres raros, Noe.

—No es raro, es...

—¡Que no nos gustan! ¡No insistas! Si quieres que hablemos de él, aunque espero que no, lo llamaremos Salomón.

Ella dejó de pronunciar su nombre. Ni Salomón ni Salomão, simplemente dejó de nombrarlo. Todas las conversaciones con Lago acerca de ese tema acababan igual, a cuál más disparatada. Y es que él tenía razón, nunca iban a tener nada esclarecedor sobre ellas.

Llegó a la conclusión de que aquellas cartas no eran más que un intento, mes a mes, de dirigirse a alguien sin ningún éxito. ¿Qué puede ser tan importante para que se intente tantas veces? ¿Era una cuestión de no encontrar las palabras adecuadas? ¿Una cuestión de valor? ¿Una confesión? ¿Por qué le escribía a Maira en español? ¿Por qué conservaba esas cartas si eran todas iguales y no aportaban nada?

Harta de no encontrar sentido, terminó por almacenarlas preguntándose si algún día averiguaría algo más sobre ellas.

Años después aquellas cartas volvían a la mente de Noelia gracias a la mención del libro, aunque esa vez tenían un matiz diferente al del pasado. Por primera vez creyó firmemente que tras ellas había algo muy doloroso. Las historias de amor no se llevaban muy bien con los Veiga.

Cerró los ojos intentando dar rienda suelta al dolor que le produjo esta última reflexión. No sospechaba que en muy poco tiempo conocería la naturaleza y el significado de aquellas cartas. Pero sería cuando terminara de leer el libro; muy pronto, teniendo en cuenta que se había propuesto no dejarlo hasta llegar a la última página.

De nuestros labios impuros.
Capítulo XLIII.
Recuerdos.

Provincia de Jaén. Entre agosto de 2002 y septiembre de 2006.

Aquellos años en Sejenas fueron como en un cuento de hadas. Nada alteraba nuestras ganas de reír y de sacarle partido a cualquier situación, por insignificante que fuera.

Noelia continuó con su trabajo como profesora de música en el colegio de la ciudad vecina hasta que... hasta que nos dijimos adiós; y yo continué con mi trabajo en la carpintería y mis aburridos encargos hasta que... nos dijimos adiós.

Nuestra vida era maravillosa. No lo puedo expresar de otra manera. Cada día la quería más. Cada día le daba más gracias al Dios en el que empecé a creer cuando la conocí, por hacernos coincidir en esta vida. Cada día me volvían más loco sus labios, perdía más la cabeza bajo las sábanas —o entre los olivos, que no éramos nada delicados—, y cada vez me sentía más unido a ella.

Ella, cada día que pasaba se sentía más integrada a la vida de Sejenas. Si bien nunca se quejó, siempre intenté ayudarla a adaptarse al cambio que se había producido en su vida. De vivir en una ciudad como Barcelona, a vivir en un pueblo como Sejenas había un cambio considerable.

Todo lo que nos rodeaba le parecía bien. Y si le parecía bien a ella, me parecía bien a mí. Con tal de verla feliz y cómoda...

Apenas nombraba a sus padres, y razones no le faltaban. Su madre, con la que mantenía una buena o aceptable relación, venía de vez en cuando a visitarla. De vez en cuando quiere decir en Navidad y en primavera. Solo un año osó acudir en el mes de agosto y poco faltó para que tuviéramos que hospitalizarla. No estaba preparada para afrontar los cuarenta y tantos grados que sufríamos en el sur durante el verano. ¡Pobre mujer!, qué pena daba verla a todas horas debajo de un aparato de aire acondicionado, o de un ventilador, o..., en su defecto, con un abanico. A los tres días se marchó.

Tampoco tuvo mucho éxito la visita que nos regaló una Navidad. Noelia se empeñó en ayudar a Celeste y su familia en la recogida de aceituna. Mira que le advertí que no era un juego, que era un trabajo muy duro y que lo iba a pasar mal, pero no me escuchó. Algo o alguien le hicieron pensar que era una bonita excursión al campo en la que entre charla y charla se recogían los frutos de los olivos.

Llegó a casa como el que viene de una guerra. Deshidratada, magullada, agotada y muerta de frío. Es un trabajo muy duro al que ella no estaba acostumbrada y en vez de salir corriendo cuando se percató de ello, aguantó una jornada completa sin rechistar —cosas del orgullo—, y eso le pasó factura.

Cuando su madre la vio al día siguiente, justo el día de Nochebuena, no daba crédito a lo que quedaba de su hija. Debió pensar que estaba comercializando con ella o que la tenía esclavizada, porque al menos me preguntó ciento y pico veces por qué la había dejado acudir a ese lugar. Y encima acudió de modo altruista, que ni siquiera cobró la jornada. ¿Cómo le explicas eso a una madre que nunca había visto un campo más que en el cuadro que adornaba la chimenea de su salón?

Un poco estirada era, pero no era mala mujer. Con el tiempo le cogí algo de cariño, solo algo. Noelia afirmaba que, a pesar de lo traumático que fue el proceso, su madre había cambiado mucho, para bien, desde su divorcio.

De su padre supimos más bien poco. Excepto por algún insulto que salía de la boca de mi suegra cuando nos visitaba, ni reparábamos en su existencia. Si a Noelia le dolía la ausencia de noticias por parte de su padre, nunca lo manifestó. Parecía satisfecha con el cambio de actitud de su madre y con las llamadas semanales que mantenían, en las que se ponían al día de sus vidas durante al menos hora y media. No pareció necesitar nada más de ellos, y al parecer teniendo activo a uno era suficiente.

Celeste asumió el papel de segunda madre para Noelia. Se convirtió en su maestra, en su consejera y en su compañera de cine. Celeste no nos perdía de vista y, aunque nosotros a ella sí que la queríamos perder en muchas ocasiones, siempre valorábamos su interés por nuestro bienestar.

A mí no me gustaba ir al cine, aunque si tenía que ir... iba. Por ello, Noe, entre sus muchas cualidades, nunca forzaba una actividad que no me gustase, ni siquiera me insinuaba que la acompañara. Prefirió buscarse una compañera que compartiera su afición, y la elegida fue Celeste.

Yo solía aprovechar sus momentos cinéfilos para sumergirme en los libros de historia, muchos de ellos eran los que Noelia pedía prestados en la biblioteca del colegio en el que trabajaba o los que me regalaba.

Formábamos un buen equipo. Disfrutábamos de nuestros trabajos, de nuestra casa, de nuestros amigos y de nuestros paseos en bicicleta.

De nuestros trabajos poco tengo que añadir: nos gustaban y punto. De nuestra casa, poco también. Era nuestro hogar y disfrutábamos de todas las estancias. Y de nuestros amigos, decir que Noelia se unió mucho a Gloria, la hermana de Julián. Me alegré mucho de ello teniendo en cuenta la clase de amiga que había tenido: Núria. ¡Menudo personaje! Supimos por su madre, tiempo después, que no me había dejado en muy buen lugar.

Cuando Noelia anunció sus intenciones de quedarse en Sejenas, sus padres se pusieron en contacto con Núria con la intención de que aportara algo de luz al asunto. Pero la buena amiga solo aportó oscuridad. No supimos exactamente cuáles fueron las palabras que alarmaron a sus padres, pero algo turbio debió inventar porque sus padres desde el primer minuto me trataron de delincuente. ¡Menuda amiga!

Pero no todo fue un camino de rosas para Noelia: algún que otro conflicto hubo con Estrella.

Estrella, Julián, Manu y yo, crecimos juntos y siempre fuimos inseparables, pero al llegar a los dieciséis años, Estrella puso algo de distancia con nosotros y se unió más a Gloria. Quizá pasar tanto tiempo con tres chicos, víctimas de una revolución hormonal continua, no fuera lo que más le convenía. Hizo bien en poner algo de tierra de por medio. Aun así, siempre mantuvimos una gran amistad; disfrutamos juntos de muchas fiestas y actividades.

Me hubiera encantado que Noelia hubiera mantenido una buena relación con Estrella, igual que hizo con Julián y con Manu, que se adoraban, pero no fue así.

Por la razón que sea ninguna fue santo de devoción de la otra. Se notaba en las miradas, en las interrupciones, y en la necesidad que tenían la una y la otra por ignorarse siempre que podían, pero siempre entendí que era asunto de ellas y que si no se caían bien tenían todo el derecho del mundo a que así fuera. Noelia nunca me habló de ello y yo lo respeté. Fue mucho tiempo después, con Noelia fuera de mi vida, cuando supe que Estrella se había portado muy mal con ella en muchas ocasiones. La que me regaló la información fue Gloria.

Si no fuera porque por aquel entonces yo solo era un puñado de añicos, me hubiera partido en mil pedazos. Me dolió tanto enterarme de ello. Noelia debió pasarlo mal y yo... yo no estuve.

Siendo honesto, debo confesar que yo también me aproveché de su enemistad. Me favoreció en el peor momento de mi vida y me sirvió para apoyar la decisión que tomé aquel 21 de septiembre. El peor día de mi vida, el día que morí.

De nuestros labios impuros.
Capítulo XLVIII.
Recuerdos.

Provincia de Jaén. Entre agosto de 2002 y septiembre de 2006.

Se acerca el desenlace de esta historia, aunque será en el próximo capítulo. Antes, quiero regodearme un poco más en los momentos felices.

No recuerdo en qué fecha le abrí la puerta, sin los ojos vendados, del cuarto cerrado: el cuarto de los orígenes. Lo que sí recuerdo es que fue poco tiempo después de que la buhardilla, y la vida de mi abuelo, dejaran de ser su pasatiempo favorito.

Tardó meses en leer sus cartas. El caso es que no había mucho que leer, al fin y al cabo eran todas iguales, pero Noelia creyó que si las ordenaba encontraría alguna pista que la conduciría a resolver aquel misterio.

Yo desconocía la existencia de esas cartas. Debo confesar que me llamó la atención el contenido de las mismas o, más bien, la falta de contenido. Conocía bien a mi abuelo, por ello, a diferencia de Noelia, tuve muy claro que era una pérdida de tiempo intentar encontrar una explicación si las únicas herramientas con las que se contaba eran la lógica y el sentido común. Pero a ella le entretenía y le entusiasmaba a partes iguales, así que yo no era quién para persuadirla en su intento.

Aquellas escuetas letras debieron significar algo para mi abuelo, de ahí su perseverancia. No necesitaba averiguar la identidad de las personas a las que, supuestamente, iban dirigidas, para saber, con certeza, que el proceso de escribirlas formó parte de una sanación que solo él conocía. A pesar de la poca información que recibí acerca de su vida antes de llegar a España, siempre tuve claro que era algo que él quería olvidar, algo que contenía dolor y muchas heridas. Cualquier vínculo con esa parte de su vida, formaba parte de una ceremonia íntima y personal que le pertenecía solo a él.

Cuando Noelia apagó su sed de conocer la historia de mi abuelo, me relajé. Supe que en cualquier momento volvería a centrarse en algo que teníamos ella y yo pendiente, aunque por momentos temí que lo hubiera olvidado. Me inquietaba que de tanto atravesar el cuarto cerrado con la venda en los ojos se hubiera acostumbrado y ya ni si quiera reparara en que había un motivo para ello. Pero no fue así, el momento llegó, en forma de queja, pero llegó.

—Ya me he cansado de atravesar ese cuarto con una venda en los ojos. ¡Quiero verlo!

—Noe, me partes el corazón. Pensé que me lo pedirías porque querías conocer esa parte de mí y no por lo incómodo que te resulta pasar por allí con los ojos vendados hasta llegar a la buhardilla.

—En la buhardilla ya no tengo nada que hacer, bobo. Ya le he dedicado suficiente tiempo a los misterios de tu abuelo, ahora me apetece descubrir los tuyos.

—Yo quería que me conocieras un poco más para mostrarte ese cuarto, ¿recuerdas? Esa era la condición. Solo así podrás entender lo que hay aquí dentro —Hice una de esas pausas que la sacaban de quicio. Consistía en alzar el dedo índice y entreabrir los labios para dejar claro que me disponía a añadir algo más—. Puede que no estés preparada, Noe. Lo has llamado «ese cuarto», así a secas, con tan poca consideración.

No esperaba que su rostro se retorciera de aquella manera. Quería sacarla de quicio, pero no esperaba que estuviera tan enfadada. Tuve que contenerme la risa.

—Lago, eres un poco imbécil —Eso tampoco lo esperaba. Con lo bien que hablaba ella...—. ¡Te quiero con... locura! ¿Vale? Estoy enamorada de ti hasta, hasta... «Las trancas». No tengo ni idea de dónde están esas «trancas», pero seguro que abarcan mucho. Y ahora, dime: ¿qué más necesito para conocer algo tan importante para ti? ¿Me enseñas el cuarto o no?

—Eso de las trancas me ha emocionado, lady. Cuando quieres ser romántica no hay quién te gane...

Llegamos rápido al cuarto de los orígenes. El tiempo que tardé en salir corriendo para evitar que me lanzara uno de los cojines que adornaban el sofá. Era el más duro de todos ellos: ¡como para no correr!

Abrí lentamente la puerta y le di paso mediante una reverencia. Antes de dar dos pasos ya tenía la boca abierta.

La habitación ocupaba unos sesenta metros cuadrados. Justo en el centro había una gran mesa de madera que sostenía una maqueta a escala que recreaba mi batalla. Todos los personajes que descansaban en ella eran de madera, tallados y pintados con las manos de un servidor.

No faltaba detalle, o al menos en eso invertí gran parte de mi tiempo libre durante catorce años. Los primeros cinco años fue un trabajo en equipo con mi abuelo, los siguientes tres decidí continuar solo, bajo la supervisión de mi abuelo, y el resto... completamente solo. Él ya se había ido.

Noelia tardó en cerrar la boca, y es que no era para menos. Lo que había sobre aquella mesa era una perfecta recreación de la jornada del 19 de julio de 1808, en Bailén.

Alternaba una sonrisa mirándome a los ojos, con una mueca de asombro cuando centraba la mirada sobre la maqueta. Así estuvo durante varios minutos.

Se acercó a mí, me rodeó el cuello con los brazos y me dijo:

—Eres único, Lago. ¿Esto lo has hecho tú?

—En primer lugar, lady La, no soy único sino el único. Estás perdiendo facultades. Y en segundo lugar, me ofende que me preguntes eso. La respuesta es sí, con ayuda, la de mi abuelo, pero sí.

Le conté algunas anécdotas del proceso de construcción que le hicieron reír a carcajadas. Cuando me saqué de ver su sonrisa de oreja a oreja, le propuse ponerle voz a aquella escena.

Durante más de diez minutos, hasta que la harté, le informé de la importancia de su silencio y su concentración mientras narraba lo que aquellas figurillas pretendían contar.

Lo hice para ella, para mi Noe. Para que supiera la batalla que había formado parte de mi infancia y de mi adolescencia. La que me unió al hombre que más he querido en esta tierra. El hombre que me hizo crecer orgulloso de mi legado de cobardía; el que me hizo crecer con la sombra de un único amor que se introduciría en mi alma en forma de maldición y me condenaría a amarla eternamente sin poder permanecer a su lado. El hombre que me enseñó a amar la tierra que pisaba.

La llamada de Pablo la sorprendió. Se acababan de despedir, no entendía por qué la llamaba desde el aeropuerto para decirle, una vez más, que dentro de tres días volvería a casa y que la iba a echar mucho de menos. Eran las mismas palabras que había pronunciado una hora antes, justo delante de la puerta.

Estaba acostumbrada a los viajes improvisados de Pablo, pero aquel era distinto, contenía algún elemento que lo hacía diferente del resto. Estaba acostumbrada a esos viajes de última hora que le obligaban prácticamente a salir corriendo. Incluso en alguna ocasión le había pedido que le preparara la maleta porque no contaba con tiempo para ello. Unos meses antes incluso se la había llevado al aeropuerto. Pablo odiaba esos viajes, pero en algunas ocasiones, según sus propias palabras, algunos detalles de la operación le impedían confiarle el cierre a otra persona. Se quedaba más tranquilo si era él el que se ocupaba de ello.

Zurich y Londres eran los destinos más habituales, por lo que Noelia no encontró ningún elemento que le llamara la atención. Puede que le sorprendiera su duración, tres días y tres noches no eran lo habitual, pero Pablo le había comentado que era una operación importante y compleja. No le había dado más importancia. Lo que sí le llamó la atención fue su actitud con respecto a aquel viaje.

No había dejado de hablarle, desde que entró por la puerta anunciando su marcha, de todos los detalles del mismo. El vuelo de ida, el hotel donde se alojaría, el lugar donde se había convocado la reunión, e incluso detalles del cliente y de la operación que Noelia era incapaz de entender; un baile de cifras y estrategias de mercado que se escapaban de su entendimiento. Pero la llamada desde el aeropuerto había sido la guinda del pastel. ¿Qué pretendía Pablo?

En los últimos días había observado que estaba mucho más hablador y mucho más pendiente de ella. La llamaba desde el trabajo, intentaba llegar antes de lo habitual a casa...

¡No! No debía darle más vueltas, el incidente del fin de semana había dado un pequeño giro en su relación, por ello Pablo intentaba complacerla. Sin embargo... ella no pensaba en otra cosa que no fuera en acabar el libro.

No podía continuar así. Era consciente de lo mucho que le estaba afectando todo aquello, incluso del daño que estaba haciendo a su relación. Quería creer que una vez terminado el libro podría pasar página, nunca mejor dicho, y volver a su vida sin estar ausente continuamente y sin tener que convivir con aquellos vacíos que se alojaban en el centro de su estómago. Cuanto antes lo terminara, mucho mejor, pero no podía forzar en exceso la lectura, algunos capítulos la dejaban sin fuerza. En muchas ocasiones tenía que hacer una pausa prolongada para coger aire y restablecerse, como en el caso del último capítulo, que al mencionar a Estrella se le había revuelto el estómago.

Le produjo arcadas ver su nombre escrito. ¿Por qué Lago hablaba de ella con tanta naturalidad? ¿Qué sentido tenía?

A esas alturas, fuera quien fuera la persona que había detrás de aquel libro, tenía la clara intención de que Noelia lo leyera... Entonces, ¿por qué darle tan poca importancia a Estrella? Seguramente la mencionaría al final, ¡no podía ser de otro modo!

Noelia siempre sospechó que tras la amiga de la infancia que se supone que era, había una mujer enamorada perdidamente de Lago. Solo una vez se atrevió a manifestar sus sospechas, y fue a Gloria; pero esta, ofendida, la reprendió por ello.

Desde ese día Estrella tuvo una actitud muy hostil hacia Noelia. No tardó en entender que Gloria había hablado de más, pero no podía recriminárselo, era su mejor amiga y por alguna razón decidió que Estrella tenía que estar al corriente de las sospechas de Noelia.

Las situaciones favoritas de Estrella para mostrar su hostilidad hacia ella, eran aquellas en las que solo se encontraban ellas dos. Cuando el resto de amigos estaba presente se mostraba dulce y cercana.

Fue un plan bien elaborado. Si bien a Noelia nunca le quitó el sueño su actitud, en más de una ocasión le dolió escuchar que la acusara de ser una intrusa en sus vidas, una niña «de papá» caprichosa, mimada y consentida que estaba jugando con Lago. Ese solo era parte del repertorio que tenía siempre bien guardado y dispuesto a disparar a la menor oportunidad.

«¡Qué ingenua eras, Noelia!», se dijo en voz alta. De ser hoy no dudaría en contestarle cuatro cosas y en contarle a Lago la actitud de su amiga, pero entonces pensó que a Lago le dolería y que lo pondría en una situación incómoda. Con veintitrés o veinticuatro años, le quedaba mucho por aprender.

Decidió apartar la figura de Estrella de su mente. ¡Ya era suficiente! Quedaban unas pocas páginas para terminar el libro, podría hacerlo sin interrupciones gracias al viaje de última hora de Pablo. El final le afectaría, estaba segura de ello, pero tendría tiempo de reponerse, dar por finalizada aquella tortura, y volver a su rutina. ¿Podría?

Se sumergió en los recuerdos relacionados con la entrada al cuarto de los orígenes. Sonrió. La nostalgia y el dolor se echaron un pulso.

Lago apagó la luz. Solo le interesaba la que se iba a proyectar desde el cuadro que había instalado en el techo, justo sobre la maqueta. Accionando un pequeño mando a distancia consiguió recrear la luz propia de una noche estrellada, la de un amanecer, la del sol del mediodía y la de un atardecer. Todas ellas formaban parte de la ambientación; un elemento importante para unos hechos que se desarrollaron en unas pocas horas.

Noelia lo observó entusiasmada. Se acomodó en la silla que él preparó para ella, justo delante de la maqueta, y expulsó aire varias veces al tiempo que movía los hombros. Con ello le estaba indicando a Lago que estaba preparada para el espectáculo que quería ofrecerle.

La voz de Lago era pausada, la que surge del alma. Una voz cargada de entusiasmo y de ilusión. La que solo se puede emplear cuando se cree firmemente que el tiempo no existe y que aquello que aconteció casi doscientos años atrás, sobre las colinas y los cerros que tantas veces había pisado, seguía estando vivo.

Dio comienzo a su relato.

Los soldados se desplazaban a lo largo de la mesa indicando su objetivo y su estrategia, perfectamente uniformados. Era sencillo reconocer los miembros de cada bando, incluso diferenciar los rangos militares.

«A las tres de la madrugada del día 19 las tropas españolas se aprestan a emprender la marcha...», así lo narraba Lago.

Durante más de una hora, recreó cada instante de su batalla. Desde la madrugada hasta el atardecer.

Los nombres de los personajes más destacados de la batalla cobraron vida. El general Dupont, el general Castaños, Verdel, Réding... Todos ellos representados por una pequeña figurilla a la

que no le faltaba detalle.

«... En el oeste, y de sur a norte, se encontraban los cerros de Haza Walona, Zumacar...», proseguía Lago entusiasmado.

Solo había dos figuras femeninas, una pertenecía a la mítica María Luisa Bellido, ofreciéndole un cántaro con agua a un soldado para calmar la sed. La otra era la supuesta mujer que enamoró a su antepasado, también ofreciéndole agua.

No faltó detalle en aquella recreación. Incluso la sed y las altas temperaturas estaban representadas en el rostro de algunos de aquellos combatientes.

Noelia lo observaba impresionada. Lago conocía al detalle los movimientos de aquellas tropas, las francesas y las españolas.

Le dio vida a cada cerro, a cada soldado, a cada personaje de aquella batalla. En su rostro se reflejaba la expresión de la victoria por cada avance de las tropas españolas, de la misma forma que se reflejaba el duelo por alguna de aquellas figurillas cuando pasaban a la posición horizontal y nunca más se movían.

Noelia admiró la capacidad que tuvo para hacerla viajar en el tiempo. Escuchaba entusiasmada cómo recitaba un fragmento de un libro:

Los repetidos disparos de metralla no detenían a los franceses. Brillaban los dorados uniformes de los generales puestos al frente, y tras ellos, la hilera de marinos, todos vestidos de azul y con grandes gorras de pelo, avanzaba sin vacilación. De rato en rato, como si una manotada gigantesca arrebatase la mitad de la fila, así desaparecían hombres y hombres. [\[3\]](#)

Noelia cerró el libro. Por unos segundos su visión quedó nublada por las lágrimas. Con una voz ronca y temblorosa se sorprendió a sí misma recitando en voz alta:

*El combate aquí fue. So... sobre esta tierra,
bajo este sol que... que... las campi... ñas dora,
se decidió...*

¡Todavía lo recordaba! Hubiera sido capaz de recitarlo hasta el final ni no hubiera sido porque cada sílaba le oprimía más y más el pecho.

«Lago...», dijo en voz alta.

De nuestros labios impuros. Capítulo L.

Provincia de Jaén, 8 de agosto de 2006

En poco tiempo se cumpliría nuestro cuarto aniversario de bodas y tenía una sorpresa preparada para ella. Esperaba poder mostrársela el mismo día del aniversario, el 14 de septiembre: por esa razón llevaba dos meses trabajando en ello a escondidas. Mis cómplices, Julián y Celeste, no solo se encargaban de ayudarme en la sorpresa, sino que también estaban pendientes de todos los detalles que nos rodeaban para que Noelia no pudiera sospechar nada en absoluto. Pero sus vacaciones, las de mi lady, hicieron que mis planes se alteraran.

Aproveché todas las horas en que Noelia se encontraba fuera de Sejenas, trabajando, para ejecutar mi proyecto, de ahí que el inicio de sus vacaciones estivales, el 21 de julio, me viera obligado a cambiar de táctica.

Respiré aliviado cuando un mes atrás me anunció que a pesar de haber terminado las clases escolares, le habían ofrecido seguir trabajando durante parte del mes de julio. ¡Vi el cielo abierto! Conté con tres semanas adicionales e inesperadas para continuar con mis planes. Mientras ella empleó su tiempo en un curso de formación y algunas otras actividades, yo pude seguir trabajando. Pero al finalizar el mes de julio tuve que inventarme un trabajo nocturno. Ya ni recuerdo la cantidad de tonterías que llegué a decirle sobre el cliente que nos había contratado a Julián y a mí. Aunque los recuerdos no son demasiado nítidos diría que la base de la película que nos montamos giraba en torno a un escritor excéntrico que quería convertir dos grandes salones en algo parecido a una biblioteca: todo forrado en madera y con grandes estanterías a medida..., también la imposibilidad de trabajar durante el día porque era una segunda residencia y... ¡ya no me acuerdo! ¡Ah! también que la casa estaba en mitad de la sierra; necesitaba algo poco accesible para ella.

Quizá me excedí tanto en los detalles que acabé por conseguir el efecto contrario: que dudara. Yo no era muy dado a ofrecer un exceso de explicaciones, así que debió parecerle extraño que me esforzara tanto porque conociera los detalles. Necesité la colaboración de Celeste y de Julián para que me ayudaran a solventar sus dudas.

Y no es que no nos esforzáramos los tres por convencerla, al contrario, cualquier situación era buena para hacer algún comentario que reforzara nuestra mentira. Pero intervinieron dos factores en contra: el primero que mi lady era muy lista y el segundo que mentíamos muy mal.

Noelia no reparaba en manifestar sus dudas sobre la naturaleza de nuestro trabajo nocturno. La conversación solía terminar cuando yo me hacía el ofendido y ella se sentía culpable por las dudas.

—Lago, no entiendo por qué no os puedo acompañar una noche. No voy a molestar.

—Noe, eso no es profesional. ¿Qué pensará ese hombre si me presento a trabajar con mi

mujer? Vamos, lady, ¿qué quieres? ¿Avergonzarme?

—¿Te avergonzaría que fuera yo?

—Lady, ¿te gustaría que me presentara yo en tu trabajo y me sentara a tu lado mientras les enseñas a los chavales a tocar el piano?

—Bueno, yo... Es que eso no...

—Contesta, lady —Visualicé un punto flaco—. ¿Te parecería profesional? Todos esos chavales cuchicheando y diciendo que su profesora se lleva a su marido al trabajo porque el pobre del marido no tiene nada mejor que hacer. ¿Y tus compañeros? Pensarían que eres poco espabilada, ya que...

—De acuerdo, es suficiente. No es una buena comparación, pero ya te he entendido.

—Lady, yo te echo tanto de menos por las noches como tú a mí. Lo hago por Julián, él necesita este trabajo mucho más que yo. Es un dinero extra que le viene muy bien.

—Lo sé, pero hay algo que no me convence en todo esto.

—Lady, ¿no estarás pensando que te estoy mintiendo? ¿Qué crees que me he buscado a una amante?

—No, Lago es que...

—No me lo esperaba de ti, lady La —Me paseé por el salón negando con la cabeza

—No es eso, Lago... Yo...

—Te diré algo. Si conozco a alguien que tenga unos labios más impuros que los tuyos, no te digo que no me dé por hacer una locura, pero...

Era entonces cuando llegaba el codazo, seguido de las risas y nuestro mundo volvía a la normalidad, aunque al día siguiente ella volvía a sacar el mismo tema. De haberse prolongado mucho más tiempo aquella situación, estoy convencido que antes o después me hubiera pillado y habría terminado por confesar; pero la mañana del 8 de agosto de 2006, el día que pretendíamos celebrar que hacía cuatro años que nos habíamos visto por primera vez, el destino tenía pensado algo distinto para nosotros.

Le pedí, a las seis de la mañana, tres cosas: que me recitara los versos en latín, que me hiciera el amor y que me acompañara a pasear en bicicleta. Las tres me las concedió.

Los versos los pronunció adormilada, como a mí más me gustaba. Me hizo el amor partiéndose de risa, mientras yo no dejaba de decir un disparate detrás de otro, y ante el paseo en bicicleta se mostró entusiasmada. Llevábamos varios días sin dormir juntos y eso nos estaba afectando demasiado. Por suerte habíamos encontrado la forma de no tener que trabajar por la noche, pero aún faltaban algunos días para empezar a ponerlo en práctica.

Nos fuimos temprano, poco después de las siete de la mañana, dos horas después hubiera sido imposible salir debido a las altas temperaturas.

Hicimos el mismo recorrido que hicimos en motocicleta la noche que nos conocimos. Yo delante, ella me seguía. Yo intentando hacerla reír, ella confirmándome que lo había conseguido. Yo girando la cabeza para comprobar que estaba bien, ella sonriéndome. Yo despistado, sin darme cuenta del coche que venía de frente...

Ella gritó, yo miré al frente. ¡Demasiado tarde! Giré el manillar, derrapé, el coche me golpeó y caí por un pequeño precipicio.

El grito de Noelia fue lo último que escuché antes de que todo dejara de existir. Oscuridad, de la espesa, de esa que hace pensar que el papel que me tocaba interpretar en esta vida ya había llegado a su fin.

Me desperté siete días después en la habitación de un hospital, a más de cien kilómetros de Sejenas. Llegué allí gracias al helicóptero que me trasladó una vez que consiguieron sacarme del

agujero donde había caído. No quiero ni pensar lo que vivió mi lady.

Una hora después sonreí al comprobar que ella estaba a mi lado. Mi mente tardó poco tiempo en procesar lo que había ocurrido. Solo me importaba ella, era lo único que me dictaba la poca conciencia que tenía en aquel momento; llegué incluso a darle gracias a mi Dios, a ese en el que empecé a creer cuando la conocí, por haber sobrevivido y por tener la oportunidad de seguir contemplando su sonrisa. Pero después dejé de darle las gracias, más bien le declaré la guerra. ¡Qué poco duró nuestra relación!

Dos horas después, todavía aturdido, descubrí que bajo las sábanas algo no iba del todo bien. Noelia se esforzó en hablarme al ver mi reacción, pero apenas la escuché.

Mis piernas no se podían mover, no las pude mover.

Entonces volvió la oscuridad, una peor que la que recordaba haber visto siete días atrás, cuando llegué al final del barranco. Y ya no quise ni su sonrisa ni su presencia. Ya solo quería estar solo.

Tardé tres semanas en salir del hospital, pero poco me importaba. Me daba igual estar en aquel lugar que en mi casa. Permanecer allí significaba seguir escuchando a los médicos y psicólogos que se esforzaban por informarme de la clase de vida que me esperaba; y volver a casa significaba encontrarme con la vida que me esperaba.

Me presentaron, incluso con imágenes, a una tal médula. Al parecer, la causante de que mis piernas no se pudieran mover. En pocos días añadí a mi jerga palabras que hasta ese momento me resultaban lejanas, o desconocidas, o simplemente me importaban poco: médula, sistema nervioso, incapacidad, y... la que más escalofríos me producía: paraplejia.

Noelia no se separó de mí ni un solo día. A pesar de que no le dirigía la palabra —ni siquiera la miraba—, no se movió de mi lado.

Le pedí a uno de los médicos que impidiera el acceso a las visitas. A punto estuve de pedirle que incluyera a Noelia en la lista, pero me faltó valor, o quizás fuerzas para hacerlo. A pesar de las instrucciones del médico, Celeste vino a verme todas las veces que quiso. Ayudó mucho el hecho de que el hospital se encontrara a una distancia considerable de Sejenas, así las visitas no eran diarias.

Sé que ella, mi lady, también recibió atención psicológica; me imagino que querían prepararla e instruir la a la hora de enfrentarse a mí: a un amargado en silla de ruedas al que no le apetecía vivir.

Me olvidé del tono que tenía mi voz. Dejé de hablar. Solo me limité a asentir o negar con la cabeza cuando el personal del hospital se dirigía a mí, y en alguna otra ocasión en la que Noelia me suplicó que le respondiera. Cuando lo hacía no la miraba a los ojos, temía volver a ver las evidencias de haber llorado durante horas, evidencias que no desaparecían por mucho maquillaje que utilizara. Noelia sufría, Noelia lloraba, y yo era el causante de ello.

Cuando mis costillas soldaron y los cientos de magulladuras que había repartidas por todo mi cuerpo, mostraron señales de cicatrización, me dieron el alta médica y me permitieron volver a mi casa.

Me fui perfectamente informado de lo que me esperaba: una intervención quirúrgica que se produciría en uno o dos meses, una lista interminable de pastillas diarias, una futura rehabilitación que regalaba algo de esperanza y una estimulación que regalaba un poco más de esperanza. ¡Una mierda de vida!

Noelia se aferraba al discurso de la esperanza que le habían proporcionado los médicos e intentaba transmitírmelo pronunciándolo de todas las maneras posibles.

—Lago, podrás volver a caminar. Será un camino duro, pero ya has escuchado a los médicos: con esfuerzo y paciencia lo conseguirás. Lo conseguiremos juntos.

Mi vida se acababa de interrumpir. Para ver a Noelia tenía que alzar la mirada, ya ni siquiera podía abrazarla cómodamente. No podía hacerle el amor, no podía pasear con ella, no podía sumergirme en la bañera ni podía llevarla en mi moto.

Su expresión había cambiado. Estaba muy fea con ella. Ya no era mi lady, ya no era mi chica sonriente. Noelia era una mujer consciente de que nuestra felicidad se había terminado. En su rostro solo se reflejaba el miedo y la compasión; no había maquillaje suficiente en este mundo, capaz de ocultarlo.

De nuestros labios impuros.

Capítulo LI

Provincia de Jaén, septiembre de 2006.

Nada cambió en las siguientes semanas. Apenas abrí la boca, ni para comer ni para hablar. Pasaba gran parte del día en mi dormitorio, tumbado en la cama o sentado sobre mi fiel compañera, la silla de ruedas, mirando a través de la ventana.

Solo aceptaba las visitas —a poder ser breves— de Celeste y de Julián. Ni siquiera permitía que me visitaran Manu o Estrella. De Manu supe que en las fiestas de agosto había conquistado a una pelirroja de un pueblo vecino con la que había iniciado una relación. Al parecer sus plegarias las escuchó alguien y su original fealdad fue pasada por alto por una mujer. Un acontecimiento como aquel, y yo sin poder celebrarlo a su lado.

Noelia desaparecía de vez en cuando para refugiarse en el regazo de Celeste. Su vida ya no era la misma y no tuve el valor de hablarlo con ella. Ya no era mi lady ni mi Noe, se había convertido en mi enfermera y su rostro seguía mostrando compasión y miedo. ¿Qué le estaba haciendo a mi niña? ¡Joderle la vida, sin duda!

La situación empeoró. Me negué a recibir al fisioterapeuta, a acudir a la revisión médica en el hospital, y a ingerir el coctel de medicamentos que cada día Noe se encargaba de prepararme.

El 20 de septiembre, por la tarde, Noe entró bruscamente en mi habitación. Arrastró la silla de ruedas en la que me encontraba sentado y se sentó en la cama, quedando el uno frente al otro.

—Mírame, Lago. Mírame de una puta vez a los ojos.

Era la primera vez que la escuchaba hablar en ese tono, también la primera que salía una palabrota de su boca.

Tardé en hacerlo. Ella esperó paciente. Me habló con determinación.

—Sé que esto es muy duro. Necesitabas un tiempo para asimilarlo y lo he respetado. Solo tú puedes saber lo que se siente en esas circunstancias, pero la vida no se nos acaba aquí, Lago. Hablo de los dos. No podemos permitir que esto nos impida vivir, tenemos que luchar juntos por salir adelante.

»Los médicos te han dado esperanzas. En un mes podrás empezar la rehabilitación y esa estimulación de la que hablaron. Será lento, será duro, pero lo conseguiremos. Volverás a caminar. No importa lo que tardes. En el proceso estaremos unidos, nos reiremos de todo y seremos felices, como antes.

»No puedes dejarte morir de esa manera, evadirte en tus silencios, negarte a colaborar. ¡No, Lago! Ese no es el camino. Vive, joder, vive. Y lucha. Por lo que más quieras, Lago, lucha por salir de esta.

»Hazlo como esos soldados que tanto has admirado, como esos que me has mostrado mil veces en plena batalla. Ahora tu batalla no es la de esta tierra, la de 1808, la de Bailén. Ahora tu batalla

es vivir y volver a caminar. ¡Esa es tu puta batalla! Y la mía...

En todo su discurso, antes de que sus lágrimas empezaran a caer por sus mejillas, no dejé de mirarla a los ojos. Qué bien se estaba haciéndolo. Llevaba tanto tiempo evitándolo que no recordaba lo maravilloso que era ver el brillo en sus ojos cuando hablaba con pasión. En alguna ocasión desvié la mirada hacia sus labios y a punto estuve de perderme en ellos, como había hecho en los últimos años. Pero no lo hice, me desplazé unos metros hacia atrás y volví a mirar hacia la ventana. Entonces sí hablé.

—Lo haré, Noelia, lo haré. Me someteré a todos esos tratamientos, pero déjame decirte algo.

Me costaba hablar, no solo porque llevara semanas sin hacerlo, sino porque lo que iba a decir a continuación se iba a llevar la poca vida que me quedaba.

—Quiero que te vayas. No quiero que continúes viviendo en esta casa.

Tardó en contestar.

—Lago, me dices eso porque crees que me estás arrastrando contigo, pero te equivocas si crees que me voy a mover de aquí. Estoy en el único lugar y con la única persona que quiero estar.

Su convicción, con la que ya contaba, me hizo cambiar de estrategia.

—Noelia, antes del accidente cambiaron algunas cosas dentro de mí. Mis sentimientos, ella... Todo este tiempo aquí postrado me ha hecho pensar. No tuve valor para afrontarlo entonces, pero ahora...

—¿Ella? ¿De qué estás hablando?

—De alguien que... No importa su nombre, alguien que me hizo dudar de nuestra relación. Y ahora entiendo que era más fuerte de lo que pensaba. No me hagas entrar en detalles, te lo suplico, esto no es fácil para mí. Ella apareció y... las salidas nocturnas, ¡ya sabes!

—Estás mintiendo, Lago. Eras el mismo antes del accidente. ¿Qué pretendes?

Noelia se acercó y se arrodilló frente a mí.

Supe que sería la última vez y por ello escuché el sonido de todo mi interior empezando a convertirse en añicos. Acerqué el dorso de mi mano a su mejilla y la acaricié, aunque apenas la rocé; lo hice con mucha rapidez.

Ella me regaló media sonrisa. Me cogió la mano y la condujo de nuevo a su mejilla.

—Solo me has dado un pedacito de caricia —sonrió.

—Por eso debes marcharte, Noe, porque en adelante es lo único que podré darte —retiré mi mano bruscamente—. Solo un pedacito de caricia.

Le dolió, lo supe en cuanto la miré de reojo, pero se armó de valor y continuó:

—No te creo, Lago. Sé lo que pretendes.

—No lo hagas más difícil. Llevo días pensando en esto. El accidente, al margen de lo que suponga para mí, ha sido lo que me ha dado el valor para decirte esto. No es justo que sigas a mi lado mientras yo... mientras... lo que tengo en la cabeza es lo que habría podido ser y no fue...

—Sí que puede ser, quizás sea de...

—No me refiero contigo, Noelia. Me refiero a lo que podría haber sido mi vida si... con otra persona...

—¿Sigues con eso? ¿Pretendes que te crea?

—¿Dónde crees que estaba aquellos días por la noche? Por favor, no me lo hagas más complicado. Déjame, Noelia. ¡Vete! Empieza una nueva vida. De verdad que lo siento, pero no tengo fuerzas para pedírtelo más veces. Esto es muy doloroso para mí. No es justo que sigas a mi lado y menos si estoy en esta silla. No es justo. Noelia ya no siento lo mismo por ti. Algo pasó

hace un tiempo y... todo ha cambiado. ¡Vete, joder, vete! Si no hubiera sido por el accidente estaríamos juntos, pero ¿sabes por qué? Porque no hubiera tenido valor para decírtelo.

—¿En serio me estás diciendo que hay otra mujer en tu vida?

Tardé en contestarle. Necesitaba reponerme un poco. Era imposible que hubiera algo más doloroso en la vida. Ni siquiera cuando me dijeron que mis piernas estaban paralizadas.

—No habrá nadie porque estoy en esta puta silla y no lo voy a permitir, pero de no ser así... Te lo suplico, Noelia, no me lo hagas vocalizar. Te he dicho suficiente para que lo entiendas. Sé lo mucho que me vas a odiar, pero no puedo mentirte más —Atrapé una lágrima justo en el momento de empezar su descenso por mi mejilla, recé para que ella no me hubiera visto. Nunca lloré delante de ella —. Mañana por la mañana tengo que ir al hospital. Estrella me llevará. Espero que lo hayas pensado bien cuando vuelva.

—¿Estrella? ¿Has dicho Estrella? —gritó.

No fui capaz de mirarla a los ojos. Las lágrimas que surgieron de ellos hicieron añicos los añicos.

Salió de la habitación sin decir una sola palabra más.

Ese fue el día anterior a mi muerte. Se acerca el desenlace.

Abrió los ojos. Los gritos de Marta le estaban martilleando el cerebro. Miró a su alrededor aturdida.

—Noelia, contesta. ¿Qué te pasa?

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Te desmayaste?

—¿Qué? No, yo...

Marta la miró sorprendida.

—Pablo me ha llamado hace un rato. Lleva llamándote desde ayer por la noche y no consigue hablar contigo. ¿Qué haces ahí? ¿Has dormido en el sofá? ¡Mírame!

Noelia se incorporó y cogió su teléfono móvil que descansaba sobre uno de los cojines que adornaban el sofá.

—Se quedó sin batería. Ahí tienes la explicación. ¿De verdad te ha llamado Pablo?

—Noelia, ¿qué te ocurre? ¿Qué está pasando?

—Te acabo de decir que se quedó sin batería —Se levantó con dificultad debido a la mala postura adquirida durante la noche, cuando se quedó dormida en el sofá—. Pablo es un exagerado. No me di cuenta, no esperaba que me llamara.

—¿Tus ojos también se han quedado sin batería? Dios mío, Noelia. Están hinchados de tanto llorar.

Noelia se frotó los ojos como si así pudiera hacer desaparecer el rastro de las lágrimas derramadas durante toda la noche. Marta la fulminó con la mirada y prosiguió:

—¿Me vas a decir qué está pasando? Somos amigas, ¿cierto?

Noelia volvió a sentarse en el sofá. Tardó más de cinco minutos en contestar. Marta hizo ademán de levantarse al tiempo que expulsaba un suspiro de resignación, pero se detuvo cuando el brazo de Noelia la sujetó con fuerza.

—No te vayas —Le pidió con tristeza—. Acércame ese libro que hay en la mesa.

Marta siguió con la mirada la dirección indicada y atendió la petición de su amiga.

—¿Este es el famoso libro? —preguntó ojeándolo.

Noelia se lo arrebató con brusquedad.

—Necesito que lo leas para poder explicarte lo que me pides. Cuando lo termines seguramente entenderás algunas cosas. Tienes que leerlo. Solo debes saber que en él se narra una parte de mi vida que no conoces, que no conoce nadie.

Noelia invirtió los siguientes minutos en explicarle a Marta cómo había llegado ese libro a sus manos y las dudas que tenía sobre su procedencia, el objetivo del mismo y la autoría.

—¿En serio? —Marta le arrebató el libro y abrió la primera página. Leyó la dedicatoria en voz alta—: «Para Noelia, porque no creo en los mensajes enviados en botella». ¿Qué significa?

—No lo sé.

Marta la miró sorprendida. Leyó las siguientes páginas.

—Mi nombre es Lago y estoy hablando de Noelia... ¿Esa Noelia eres tú?

—Sí, soy yo.

—¿Quién es Lago?

—Alguien que estuvo en mi vida unos años. Alguien a quien... —Expulsó aire antes de continuar—: quise más que a mi propia vida —Observó las cejas arqueadas de Marta—. ¡Léelo, por favor!

—Por supuesto —afirmó confundida—. Esto me lo meriendo yo esta misma noche. No es muy largo —¿Qué tiene Pablo que ver con esto?

—Pablo no tiene nada que ver con esto. Él no sabe nada —contestó con malestar.

—Mejor no te hago más preguntas, ¡no entiendo nada! Me lo leo y hablamos. Pero antes, dime, ¿quién ha escrito este libro?

—No lo sé, supongo que ese tal Isaac Almeida, pero la historia solo la conoce Lago. No sé nada. ¡Es tan raro!

El sonido del teléfono de Marta las interrumpió.

—Es Pablo. Toma —le tendió el teléfono—. Habla con él.

Noelia se disculpó con su novio por no haber estado pendiente de la batería y no haber reparado en que él podría llamarla.

Marta le dio un beso en la mejilla y se despidió, no sin antes preguntarle en diez ocasiones a su amiga si se encontraba bien.

Cuando cerró la puerta, Noelia se dirigió al baño dispuesta a sumergirse bajo el agua de la ducha hasta sentir que se le arrugaba la piel.

Lloró. Lloró recordando el significado verdadero de aquellas salidas nocturnas; el verdadero papel de Estrella.

Lloró recordando cómo se rompió, de nuevo, leyendo el último capítulo, antes de que la palabra «Fin» le aclarara que no iba a ser tan fácil volver a la misma vida que tenía antes de sumergirse en las páginas del libro.

Lloró reviviendo aquel dolor y aquella despedida, y aquellas palabras en las que él afirmaba haber muerto.

«¡Maldito seas Lago!», se dijo.

«Mi nombre es Lago y estoy hablando de Noelia», era la frase que martilleaba el cerebro de Pablo una y otra vez.

«Basada en hechos reales», era la frase que todavía le martilleaba más.

Cerró el libro y se sentó en el borde de la cama. Se dio una ducha persiguiendo una relajación que no consiguió. Todo aquello le estaba desbordando.

Observó el libro que descansaba en mitad del pasillo que conducía a la salida. Allí estaba, en el mismo lugar donde lo había lanzado una hora antes. Por su mente, como si se tratara de un sueño o una alucinación, apareció la idea de quemarlo lentamente, página a página, hasta ver cómo se consumía. Sacudió la cabeza consciente de que su mente necesitaba despejarse. No lo iba a quemar y mucho menos a falta de un capítulo para terminar. Un solo capítulo, unas pocas páginas y listo, pero sería más tarde, en ese momento era incapaz de seguir leyendo.

Llevaba más de veinticuatro horas metido en la habitación del hotel y necesitaba un respiro. Decidió salir a estirar las piernas por los alrededores.

Había mantenido alguna conversación con Noelia, nada fuera de lo habitual, pero se había sorprendido temiendo que volviera a ocurrir lo mismo que la primera noche. No le había gustado tener que molestar a Marta, pero ¿qué podía hacer? Estaba a miles de kilómetros de Madrid, no veía la forma de comprobar su estado si no era a través de Marta.

Se preocupó, y mucho, pensando que Noelia se podía haber caído, todavía no caminaba con normalidad y algunos pasos le resultaban dolorosos. ¡Menuda nohecita! Toda la noche dando vueltas, pendiente del móvil, por si Noelia se ponía en contacto con él al ver las llamadas perdidas. Ya llevaba dos noches sin conseguir cerrar los ojos. No podía continuar así, cuando volviera al hotel recurriría a uno de esos somníferos que siempre le acompañaban en sus viajes.

«¿Estás bien, Pablo?», le había preguntado Noelia la noche anterior. Se había esforzado por no mostrar su estado de ánimo, pero quizá no fue lo suficiente. Al escuchar su voz, después de haber engullido aquellas malditas páginas, no había sido capaz de actuar con naturalidad. A punto había estado de decirle que tenía ese absurdo libro y que no entendía nada de todo aquello, pero no era el momento.

Había alargado su viaje con la intención de poder leerlo sin que lo supiera Noelia. Había intentado leerlo, aunque fuera en pequeñas dosis, en el trabajo, pero no había sido posible, así que lo único que se le ocurrió fue prestarse voluntario a cerrar la operación de Zurich ante la mirada sorprendida de sus socios. Él odiaba los viajes de trabajo, así que Fernando no tardó en preguntarle el motivo. Si bien muchas operaciones requerían su presencia, esa no era el caso.

—¿A qué viene ese entusiasmo por ir a Zurich?

—Esa operación es mía, prefiero terminarla yo.

La expresión de Fernando dejó claro que no lo iba a interrogar más, pero que no se había tragado su respuesta. Lo conocía bien y sabía cuánto detestaba acudir a esas reuniones fuera del país.

La operación que le llevó a la ciudad suiza podía cerrarse en unas pocas horas por lo que el viaje, a priori, no tenía por qué prolongarse más de veinticuatro horas; pero Pablo quiso alargarlo

dos días más, con sus dos noches, para asegurarse un lugar íntimo donde poder leer aquel libro que tanto le intrigaba.

¿Y cómo no le iba a intrigar? Noelia lo escondía debajo del colchón, se dormía con él, le cambiaba el humor, evitaba hablar del tema... Hasta Marta se había sorprendido, por mucho que hubiera intentado disimular, de su comportamiento y de su elección de lectura.

Seguía sin resolver muchas incógnitas, pero tenía claro que aquel libro hablaba de ella.

No entendía quién era ese hombre, Lago, pero estaba claro que había escrito un libro, una especie de diario hablando de Noelia. O lo había escrito él o el tal Isaac Almeida, el escritor portugués, pero no le quedaba ninguna duda de que esa historia tenía que ver con Noelia.

Lo que no imaginaba era lo que iba a descubrir en su interior. Aunque no entendía el significado real, o el objetivo de ese libro, sí entendía que era el relato de un hombre que recordaba una historia de amor y que esa historia tenía a su novia de protagonista.

Había dudado en varios momentos, conforme avanzaba la lectura, y se había preguntado si solo era un cúmulo de casualidades y no existía relación con Noelia, al fin y al cabo no se nombraba su apellido; pero las páginas iban aportando mucha información que era imposible no relacionar con ella.

«¿Acaso tienes dudas?», se preguntó Pablo mientras seguía caminando a paso ligero. Tenía las piernas entumecidas de tantas horas tumbado en la cama del hotel.

No podía engañarse más, hasta un idiota se habría dado cuenta que el interés de Noelia por ese libro era porque estaba relacionado con su vida. No sabía muy bien qué sentido podría tener, ni por qué se había escrito esa historia, pero que se trataba de ella, ya no tenía ninguna duda.

Los melocotones, Florencia, Portugal, el conejo, las velas, la bañera, las caricias en la mejilla, el cine, las bicicletas... ¡Maldita sea! Era ella, un retrato de todas sus puñeteras manías. Todo cobraba sentido. ¡Todo!

Él no conocía absolutamente nada de esa historia, ella le había hablado muy poco de su vida. Algo de sus padres, algo de sus estudios... ¡Por el amor de Dios! Si ni siquiera sabía que tocaba el piano.

Pablo se detuvo bruscamente cuando llegó a su mente algo que había leído. ¿Cómo no había reparado en ello? Estaba tan conmocionado con aquella página y tan impaciente por leerlas todas, que no se había detenido a pensar que se mencionaba una boda.

«¿Divorciada?», dijo en voz alta. Al sentirse observado por algunos transeúntes reinició la marcha intentando serenarse.

¿Noelia estaba divorciada? ¿Por qué nunca le habló de ello? Bastaba con mencionarlo, no tenía mayor importancia. ¿Pero por qué ocultarlo si de eso hacía muchos años? Si no recordaba mal, el libro menciona el año 2002... Eran doce o trece años los que habían pasado. Claro que, al no haber acabado de leerlo, no sabía qué ocurrió después.

¿Y esa Noelia que describe? Eso era lo que más le confundía. Noelia se parecía muy poco a ella. Noelia era una mujer reservada, distante, raras veces la veía reír a carcajadas, pero esa mujer en cambio...

«Su vestido blanco...». Recordó la mención a ese color. A Noelia no le gustaba vestir de blanco, pero al parecer en 2002 o 2003 le encantaba. A Noelia no le gustaban los melocotones, ni las velas, ni las bicicletas, ni los espaguetis... Pero en esos malditos años le encantaba todo eso. ¡Qué locura!

Se detuvo de nuevo y se frotó las sienes. Su cabeza era incapaz de procesar mucho más, aunque se veía incapaz de detenerla.

«Se besaron hasta asegurarse de que quedarán marcas en los labios, en la lengua, en las

mejillas y en el cuello», recordó. Sintió un escalofrío al comprobar que nunca se había besado así con Noelia.

«Noelia me estaba esperando en la estación, confesándome que me quería y que quería estar a mi lado durante un día eterno», recordó también haber leído.

¿Un día eterno? ¿Esas palabras era capaz de pronunciarlas Noelia? ¡Venga ya! No estaban hablando de la misma mujer, Noelia era fría como un témpano de hielo y...

¿Qué acababa de decir? Se sentó en el escalón que daba acceso al portal de un bloque de pisos. Continuó impresionado por su afirmación, pero debía enfrentarse a ello. Era cierto, Noelia era una mujer fría. Nunca se había quejado, era su forma de ser, él se había enamorado de ella y la había aceptado como era, pero el solo hecho de que un día pudo ser distinta le estaba revolviendo el interior.

Se preguntó si él era así o se había adaptado a ella, a sus manías, a sus silencios, a sus... No eran muy distintos, pero quizá Pablo se había dejado influir por sus manías y se había adaptado excesivamente a su personalidad reservada. Fernando le había confesado en varias ocasiones que desde que inició su relación con Noelia era un hombre distinto, mucho más distante, mucho más aburrido.

Volvió sobre sus pasos y se dirigió de nuevo al hotel, estaba cansado, no quería seguir caminando. En cualquier momento las piernas podían fallarle.

¿Y el tatuaje? En el libro se descubre que ella se hizo un tatuaje en la cadera izquierda, justo en el mismo lugar donde Noelia lo conservaba, pero no se trataba de un pentagrama con la palabra «la»: ¡eran números! Un doce, un veinte, un siete y... ¡No recordaba más! En alguna ocasión le había comentado que eran números de la suerte o algo similar. Una bobada de adolescente, según sus palabras.

Y aquellas palabras... Recreó un diálogo del libro en su mente:

—*Lago te voy querer toda la vida.*

—*¿Eternamente, pequeña?*

—*¡Eternamente!*

«Te voy a querer toda la vida», pensó. Quizá fuera así. ¿Qué significaba ese hombre para Noelia? ¿Se veían? ¿Se había terminado esa historia tal y como aparecía en el libro? No había leído el último capítulo.

De repente, la ansiedad por leerlo se instaló en Pablo. Entró en la habitación y recogió el libro, que seguía en el suelo. Se estiró en la cama y cogió aire en repetidas ocasiones. Antes de empezar recordó el malestar que se instaló en él cuando inició la lectura, la noche anterior, al leer un nombre: Lago.

Ella lo había pronunciado en dos ocasiones. ¡Ahora lo entendía! Se le había escapado y le había contado no se qué patrañas de un lago de su infancia. Si pudiera recordar en qué circunstancias lo pronunció... ¡Sí! Una de ellas fue en sueños.

«Vaya, el subconsciente es traicionero», pensó afligido.

No podía divagar más, tenía que acabar de leer aquel maldito libro y saber qué ocurrió con ese «payaso» que se quedó parapléjico.

«Menudo gilipollas», dijo en voz alta antes de leer el capítulo final.

De nuestros labios impuros.

Capítulo LII

Provincia de Jaén, 21 de septiembre de 2006.

Fue una sonrisa, seguida de otra, la que convencieron a Noelia de que no la quería en mi vida. Fue a las 8:23 de la mañana del 21 de septiembre de 2006. El día que morí.

Estrella y yo nos encontrábamos en el salón. Ella apareció por la puerta. Sus ojos estaban hinchados y lucía la misma ropa que el día anterior, aunque más arrugada.

Dormíamos en habitaciones diferentes. Durante mi estancia en el hospital, Celeste y Julián, bajo la supervisión de Noelia, habían habilitado una habitación de la planta baja para mí. Era la habitación de invitados y contaba con un baño completo muy grande; era perfecta para un hombre en silla de ruedas.

Noelia había pasado parte de la noche fuera de casa, la escuché entrar a las dos de la mañana. Tras nuestra conversación, se refugió en Celeste y con ella permaneció hasta que tuvo fuerzas o ganas de volver a casa.

Noelia sufría y yo... ya no era ni capaz de procesarlo. Me dolía tanto todo aquello que ni los añicos en los que se estaba convirtiendo mi cuerpo sentía. Pero tenía que hacer un último esfuerzo.

Nuestras voces la alertaron y entró en el salón tal y como yo había previsto. Me vio sonreír. Estrella, sonriente también, le dio los buenos días, pero ella no le contestó. Buscó mi mirada, pero yo no quise ofrecérsela, si lo hacía me derrumbaba.

Saqué valor y me giré para quedar frente a ella, apartando la sonrisa y mostrándole un rostro ensombrecido, el mismo con el que ella había convivido las últimas seis semanas. Durante todo ese tiempo, a pesar de que lo intentó al menos veinte veces diarias, no consiguió arrancarme ni siquiera una media sonrisa. Pero ese día la pudo ver, y no solo una: la segunda llegó cuando Estrella me puso la mano en el hombro y me preguntó:

—¿Estás listo? Ahora no te echas para atrás. Con lo que me ha costado convencerte.

Yo asentí sonriendo, consciente de que Noelia me estaba mirando.

Le pedí a mi nueva enfermera que nos pusiéramos en marcha.

Noelia siguió plantada en el umbral de la puerta del salón hasta que tuvo que apartarse para cedernos el paso. Antes de hacerlo, acercó su mano a mi barbilla y me obligó a alzar la cabeza para encontrarse con mi mirada. No opuse resistencia y me encontré con sus ojos. En ellos vi sufrimiento, dolor y decepción. Ya no había compasión en ellos. Ella no sé lo que vio en los míos, solo sé que no fue a mí. Lago ya no existía, se había esfumado a algún lugar del que tardó años en volver.

Esa fue nuestra última mirada.

Cuando volví, a las siete de la tarde, no me sorprendió no encontrarla. Celeste me había dado la noticia durante el trayecto de vuelta del hospital. Noelia se había marchado. No quiso entrar en

detalles. Su voz me indicó que estaba rota y que seguía sin estar de acuerdo con mi decisión.

Entré en mi casa acompañado de Estrella. En menos de un minuto Julián se unió a nosotros. Su rostro era sombrío. Ni siquiera me preguntó por la visita al médico.

Era mi momento y les pedí a ambos que se marcharan. Me bastó con ver el salón y la ausencia de algunos objetos personales de Noelia, que siempre lo adornaban, para entender que estaba a punto de entrar en la oscuridad.

Estrella comentó algo que la sentenció a mi olvido y a mi desprecio, para el resto de nuestras vidas:

—Lago, estarás mejor sin ella. Esa mujer no era para ti.

Esas palabras y el brillo que vi reflejado en sus ojos cuando nos cruzamos con Noelia esa misma mañana en el salón, fueron su sentencia. No quise volver a verla y así se lo transmití días después cuando vino a visitarme. Una cosa era interpretar un papel como le había pedido y otra muy distinta disfrutar tanto con ello. A Julián y a Celeste también les pedí apoyo, pero sé lo mucho que les costó hacerlo.

Odiaba a Noelia. Fue Gloria la que me contó los encontronazos que habían tenido ambas, y en todos ellos imperaban las provocaciones y los comentarios cargados de maldad de Estrella.

Me quedé solo en el salón contemplando una casa vacía. Una casa que en breve, si el destino no se hubiera interpuesto en mis planes, habría dejado de ser nuestro hogar para dar paso al nuevo: la casa de Elisa, la que durante más de dos meses, con noches incluidas, había estado reformando y amueblando con la ayuda de Julián, para convertirla en el lugar en que pasaríamos nuestros siguientes años juntos. No pude darle mi regalo.

Una semana antes, se había cumplido nuestro cuarto aniversario de bodas y ni ella ni yo lo habíamos mencionado.

Cerré los ojos, no digo roto de dolor, porque ya no sentía nada. Mi interior se encontraba al mismo nivel que mis piernas: paralizado. Recurrí a una pastilla para dormir y me dirigí a mi habitación.

Antes, me llamó la atención un papel que encontré pegado en el televisor. Era un papel de color lila, algo arrugado, el que solía cubrir las cajas de melocotones que Celeste nos solía regalar. Mi Noelia se había marchado, pero antes había elegido ese papel para dejarme una nota. La caligrafía era pésima, como si tuviera prisa por escribirla:

Esta vez no llevo exceso de equipaje. Te devuelvo tu alma. Es toda tuya.

Noe.

Sonreí por su ocurrencia, por el papel elegido para dejarme una nota. En cuanto al contenido... Esfumó la sonrisa de un zarpazo y terminó de romperme. Escuché un sonido procedente de mi interior. A las 19:45 se podía confirmar la hora de mi muerte. Ahí, en ese instante, la vida dejó de importarme. No me la quité del todo porque, por un lado, Celeste y Julián se encargaron de impedírmelo; y por otro lado, porque entre alguno de esos minúsculos añicos debía reposar una pequeña esperanza, aunque tardó mucho tiempo en despertar

Marta no pudo esperar a leer las dos últimas páginas marcadas como epílogo. Lo haría después, en algún momento antes de entrar en casa de Noelia. No podía esperar más, ya lo acabaría cuando aparcara el coche frente a su casa. A esas horas de la mañana esperaba no tener problemas para hacerlo. Había pasado parte de la noche leyendo aquel libro y había madrugado para terminarlo. Necesitaba hablar con Noelia.

¡Menuda historia! La Noelia que ella conocía no se parecía en nada a la que había allí descrita. Debía ser honesta y reconocer que le hubiera gustado mucho más tratar a la que se describía en el libro. Marta la quería mucho, pero en muchas ocasiones conseguía sacarla de quicio. Siempre parecía envuelta por una coraza que la mantenía aislada del mundo.

Era evidente que aquella historia había marcado a Noelia para siempre. Ahora entendía esas manías suyas, esa forma de enfrentarse a la vida, pero... ¡habían pasado muchos años!

Lago... Le gustaba lo que había leído de él, pero lamentaba que hubiera acabado de aquella forma. Claro que de no ser así, ella nunca hubiera conocido a Noelia. En honor a la verdad, si tuviera que elegir, preferiría sacrificar su amistad con ella y saber que esa historia acabó de forma distinta y Noelia fue feliz. Porque feliz, lo que se dice feliz, ya podía afirmar que Noelia no lo era.

Todas esas manías de Noelia tenían un sentido, al menos para ella. En muchas ocasiones la había considerado un poco paranoica, incluso había llegado a pensar que podría tratarse de un trastorno, pero ahora conocía su origen. Claro que, seguía pensando que había pasado mucho tiempo desde que terminó esa historia como para que se comportara de aquel modo.

¿Se puede amar a alguien de esa forma? ¿Hasta el punto de volverte tan especial como se había vuelto ella y dejar de ser la que fue?

Ese Lago tenía una personalidad muy peculiar, posiblemente fue lo que enamoró a Noelia.

Marta estaba confundida, aquella historia la había descolocado por completo respecto a su amiga, le había planteado tantas dudas que no sabía por dónde empezar su interrogatorio, porque preguntas le iba a hacer unas cuantas. Y más le valía responder a todas ellas. Entre todos esos suspiros y risas, al leer el libro, también habían aparecido muchos momentos de rabia. Rabia de no conocer una parte tan importante de la vida de una amiga a la que quería tanto. ¿Por qué nunca confió en ella? ¿Por qué ocultarla? Era su vida, su pasado...

«¿Casada?», pronunció en voz alta. No sabía de qué se sorprendía. Si se lo paraba a pesar detenidamente conocía muy poco de la vida de Noelia. A decir verdad, siempre pensó que había tenido una vida aburrida, como ella, pero nunca imaginó que pudiera haber algo ni siquiera parecido a lo que había leído.

¿Qué ocurrió después? Necesitaba averiguarlo. Noelia no estaba bien. Si quería ayudar en algo a su amiga debía terminar esas páginas y hablar con ella. Aparcó el coche frente al portal de Noelia, y se apresuró a leerlas.

«Epílogo», leyó en voz alta. A ver si encontraba alguna respuesta a lo que ocurrió después, solo así podría ayudar a su amiga. Al fin y al cabo esa historia hacía más de nueve años que había terminado. ¿Qué había hecho Noelia todo ese tiempo? Ella solo hacía cuatro años que la conocía. ¿Habían vuelto a estar juntos? Hora de buscar respuestas.

De nuestros labios impuros. Epílogo

Los siguientes once meses fueron iguales para mí: sin vida. Tuve que perder a Julián, en un accidente de coche, para darme cuenta de ello. Las dos personas más importantes de mi vida ya no existían y yo me planteé seriamente si debía salir tras el encuentro de Julián.

No tuve fuerzas para consolar a Celeste, que vivía como un alma en pena recordando a su hijo, pero sí tuve fuerzas para escuchar unas palabras que me gritó:

—Despierta de una vez. Tú sigues vivo, puedes elegir un camino.

Y lo inicié, uno muy duro que me ha llevado hasta dictar estas letras, en enero del 2015, con la esperanza de que mi lady, las lea algún día.

Lo dije al principio:

A los que quieran conocer una historia de amor, de las que dan sentido al respirar, sin importar el desenlace, les animo a que me acompañen en esta lucha: una lucha cuerpo a cuerpo entre el pasado y el destino.

Eso es, y eso ha sido: una lucha cuerpo a cuerpo entre el pasado y el destino.

Del pasado, decir que me quedó algo pendiente: decirle a Noe que estaba equivocada, que no se llevó mi alma. La sigue teniendo.

Del destino, decir que confío en que sepa hacer algo con esa información. Confío en que la lleve a ella, el próximo 8 de agosto, al lugar donde hablamos de labios impuros y de un tiempo que no existía.

Mi nombre es Lago y sigo hablando de Noelia; lo seguiré haciendo hasta el final de mis días.
Noe, te espero allí.

52

Noelia se sorprendió al ver a Marta aparecer por la puerta. No esperaba tener noticias de ella tan temprano, apenas eran las ocho de la mañana.

—No pongas esa cara. He leído el libro y quería hablar contigo.

—¿No trabajas?

—María se encarga de abrir la pastelería. Luego iré. Quería hablar contigo antes de que viniera Pablo.

—Pablo no vuelve hasta mañana por la tarde.

—¿Un domingo?

—Esta tarde tiene otra reunión y no consiguió vuelo hasta mañana por la tarde. Pero... ¿No has venido a hablar de Pablo, verdad?

—Verdad —Se acomodó en el sofá y dio unas palmadas en él indicándole a Noelia que se sentara a su lado—. Es hora de que hablemos, ¿no crees?

Aunque Noelia le ofreció un café, Marta se lo preparó ella misma. Noelia no estaba del todo recuperada y no quería que forzara la pierna.

Se acomodaron en el sofá, la una frente a la otra.

—Es una historia increíble. Supongo que esperas que te reproche que no me hayas hablado de ella.

—Sí, lo espero.

—Lo haría encantada, de hecho, durante la lectura te hubiera estrangulado en más de una ocasión, pero es tu vida, Noelia, y entiendo que hayas tenido tus motivos para ocultarla, aunque... me gustaría que me hablastes de ello ahora.

—¿Motivos para ocultarla? No hay unos motivos especiales, Marta. Es una parte de mi vida que quería olvidar. Es dolorosa y solo olvidando me vi capaz de seguir adelante. No encontré ningún sentido a contarte esa historia, es algo que ocurrió hace muchos años.

—Noelia, tu forma de reaccionar ante ese libro deja claro que no está tan enterrada como tú pretendes hacerme creer.

—Marta, no quiero que...

—Noelia, no lo hagas, por favor —La interrumpió bruscamente—. Si me vas a hablar de ello, ahora que conozco la historia, aunque sea a través del libro, te pido que hablemos con sinceridad. No necesito un discurso ni que me convengas de algo que no es. He visto tus ojos hinchados, he visto a un Pablo preocupado por ti porque seguramente ha detectado más señales que yo... Eso no es tener el pasado enterrado.

—Es normal que algo se revuelva, ¿no crees?

—Lo sería si no hubiera leído ese libro y hubiera comprobado que tu forma de comportarte hoy tiene relación con esa historia de ayer. Todas esas manías con las que convives, las cosas que detestas, las que consideras tabú... todas están relacionadas con lo que viviste.

—No creo que eso sea importante, conforme vas viviendo vas adoptando hábitos que están basados en tu experiencia y...

—Vamos, Noelia, ¡ahórrate esos discursos! No te estoy juzgando ni lo voy a hacer. Solo te digo

que quiero que me hables de esa historia, y que lo hagas con sinceridad. He leído la versión del tal Lago, ahora quiero la tuya.

Noelia suspiró. Se levantó y se dirigió de nuevo a la cocina. Sin preguntarle a Marta, preparó también una taza para ella.

—Es una larga historia, mejor otro café —le ofreció una media sonrisa. El rostro de Noelia ofrecía claras señales de agotamiento.

Marta sonrió y aceptó la segunda taza. Noelia empezó su relato. Nunca había escuchado a su amiga hablar con aquel tono de voz. Se sintió cómoda ante la mujer que tenía delante; por alguna razón que desconocía en ese momento, Noelia no era la misma que días atrás y su nueva versión le gustaba, le hacía sentir que estaba más cerca de ella.

—No existe una versión distinta. Todo lo que has leído ocurrió tal cual se describe. Como te dije ayer, no conozco las circunstancias en las que se ha escrito, pero te aseguro que lo que ahí se cuenta —Movié la cabeza en dirección al libro, que descansaba en el otro extremo del sofá—, es lo que vivimos. Pero no acabo de entender el sentido que puede tener escribir eso.

—Creo que al final queda muy claro lo que Lago pretende. Te cita un día concreto, en un lugar. Si lo he entendido bien, en el lugar donde fuisteis a pasear por primera vez.

—Sí, y el lugar del accidente también.

—Cierto, no lo había pensado.

—Sé que me cita en ese lugar, dentro de unos meses. Eso he interpretado yo también, no hay que ser especialmente perspicaz para entenderlo, lo dice claramente. Pero estoy muy confundida, Marta. Hasta hace unos días ni siquiera me permitía pensar en él. No sabía si estaba vivo o muerto. No lo he vuelto a ver en todos estos años, ni a saber de él. Y en unos pocos días recibo ese libro, leo nuestra historia y... —Negó con la cabeza y suspiró—. Y al final del libro dice que sigo teniendo su alma y que me espera en Sejenas, el próximo 8 de agosto. Y lo que más me sorprende es que no entiendo cómo se las ha ingeniado para que me llegue. Es decir que... ese escritor existe, no es un seudónimo, lo he comprobado, por eso no entiendo que...

—Eso no importa ahora, Noelia. Yo creo que ese tal Isaac debe ser la persona que lo ha escrito por encargo de Lago y que te lo ha enviado para que lo leas. ¡No es tan complicado! Pero de eso ya hablaremos después, antes cuéntame qué ocurrió cuando te marchaste. ¿Es tal cual él lo cuenta?

—Sí, todo es tal cual él lo cuenta. Es su visión y son sus sentimientos, pero los hechos son reales.

—¿Qué pasó después?

—Me fui, Marta. Me fui de Sejenas y nunca más he vuelto. Aquella mañana, junto a Estrella, fue la última vez que lo vi. Se había negado a acudir a esa visita médica. No quería revisiones, ni pastillas —solo los calmantes—, ni sesiones de fisioterapia... ¡Nada! Pasaba horas intentando convencerlo de ello. Intentaba no agobiarlo y de vez en cuando le recordaba que tenía una visita con el médico y que debía pensarlo bien; o con el fisioterapeuta, o... le pedía que se tomara las pastillas: se las dejaba cerca y me marchaba, pero cuando volvía estaban en el mismo sitio. Me preocupaba mucho, alguno de esos medicamentos era muy importante.

»Le hablaba con paciencia, me sentaba a su lado, le cogía la mano, le sonreía, intentaba hacerlo reír, pero ni siquiera me miraba. A veces, incluso apartaba su mano o su mejilla bruscamente para evitar el contacto. ¡Fue muy duro!

»Yo entendía a lo que se enfrentaba, sabía de qué forma había cambiado nuestra vida, especialmente para él. Él era el que estaba en una silla de ruedas, pero yo nunca me planteé marcharme de su lado. Me mostré paciente y comprensiva, le ofrecí mi versión más dulce, más tierna. Quería que viera que estaba dispuesta a luchar junto a él, y que lo quería de la misma forma

que antes de que se produjera el accidente. Era consciente de que su actitud no cambiaría en un tiempo, que tenía que armarme de paciencia y comprender que su duelo tenía un proceso, que no iba a ser ni rápido ni fácil, pero él me apartaba cada vez más de su lado. Esas tres semanas, en casa, después de llegar del hospital, fueron un infierno. Y aún así yo lo comprendía, Marta, comprendía su dolor, pero me partía en mil pedazos que me apartara de su lado...

Marta observaba la expresión de su amiga atentamente. Le dolía escuchar lo mucho que sufrió, pero se alegraba de tener delante a una persona capaz de mostrar todas esas emociones. ¡Qué poco la conocía! La invitó a continuar acariciándole cariñosamente el brazo.

—Cuando necesitaba ayuda para darme una ducha o para acceder a algún lugar de la casa que tenía algún obstáculo, llamaba a Julián o a Celeste. Me tenía totalmente apartada de su vida. Yo, en pocos días, me convertí en un objeto de decoración. Pasaba gran parte de mi tiempo intentando hacer desaparecer obstáculos que le impidieran moverse por la casa. Trasladé todo lo que había en la planta superior a la planta baja. Todo lo que él podía necesitar, claro está.

»No me hablaba, no me miraba, no contaba conmigo para nada... Sé que necesitaba más tiempo, pero mis fuerzas flaqueaban. Me dolía su distancia y su desprecio. No solo fue así cuando llegamos a casa, durante todo el tiempo que estuvo en el hospital se mostró igual conmigo. El psicólogo me advirtió de ello y me aconsejó que fuera la misma de siempre y que me armara de paciencia. Lo intenté. Yo entendía su dolor, pero con Celeste y con Julián se comportaba de otra forma; con ellos hablaba, aunque fuera poco, les miraba, contaba con ellos, les pedía ayuda...

—Te entiendo —le dijo Marta conmovida por sus palabras—. Una cosa es que esté mal y se comportara así con todo el mundo y otra muy distinta que solo tú recibieras esa distancia.

—Eso mismo. Aún así, cada día me armaba de fuerzas y seguía luchando. Me refugiaba en Celeste que me animaba a tener paciencia continuamente. Muchas veces me abrazaba y esperaba a que cesara mi llanto y luego me decía que esperara, que confiara en el tiempo, que todo se iría arreglando. Celeste era como una madre para todos. Siempre estaba para lo que necesitábamos. A veces bromeábamos diciendo que debía ser una especie de bruja porque siempre se anticipaba a lo que necesitábamos, como si pudiera leerlo en nuestra mente —Mostró una débil sonrisa que en seguida sustituyó por un ceño fruncido.

—¿Y qué ocurrió ese día? —preguntó Marta sin pasar por alto el cambio en su expresión al hablar de Celeste.

—Cuando tuvimos esa conversación en la que me pidió que empezara una nueva vida alejada de él, me rompí. No puedo expresarte lo mucho que me dolió, y te aseguro que llevaba días preparándome porque intuía que en algún momento me lo iba a decir. Recuerdo, como si hubiera pasado hace unos minutos, el momento en que me acarició y me dijo que, en adelante, solo podría darme un pedacito de caricia... Aquello me removió todo el cuerpo.

»Me fui a casa de Celeste y allí lloré casi toda la noche. Pero no esperaba que ella cambiara de actitud. Me encontré con una mujer que me animaba a marcharme. Eso me acabó de destrozar. Ella, Gloria y Julián, me dijeron que debía planteármelo seriamente, que quizá él necesitaba alejarse de mí. Se miraron cuando les pregunté por qué le había pedido a Estrella que le acompañara al hospital y no dijeron nada. También se callaron cuando quise saber si había algo de verdad en esa rocambolesca historia. Esos silencios y esas miradas que parecen decirlo todo...

»No es que me dijeran algo que pudiera alarmarme, pero no hacían ningún comentario cuando yo les explicaba lo que Lago me había insinuado sobre otra mujer.

«Ellos eran mi familia, Marta. En el peor momento de mi vida se limitaron a aconsejarme que me alejara de él, y permitieron, o más bien se aseguraron de que creyera en la posibilidad de que había alguien en la vida de Lago. ¿Te puedes imaginar lo que sentí? ¿Cuánta información tenían?

¿Eran cómplices de aquella mentira o cómplices de su aventura?

»Celeste me dijo que si permanecía a su lado podría interferir en su recuperación, porque aunque él estaba equivocado, necesitaba seguir adelante solo. Incluso me dijo que más adelante seguro que se pondría en contacto conmigo, pero que debía dejarlo solo porque era lo que él deseaba.

»Salí de su casa asqueada, confundida, dolida. Como si me sintiera traicionada por todo el mundo. ¿Por qué callaban? ¿Por qué me animaban a salir de su vida? Y lo que más me inquietaba... ¿Qué sabían ellos de esas salidas nocturnas y de esa mujer? ¿Estrella?

»Julián bajaba la cabeza cuando le preguntaba por esas noches en las que estaban trabajando. Miraba a su madre y me decía que no le hiciera más preguntas, que no soportaba aquella situación. Gloria otro tanto de los mismo. Yo le gritaba, le decía que Estrella era su mejor amiga, que me aclarara algo, pero siempre actuaba de la misma forma: lloraba y desaparecía. Después su madre o Julián salían tras ella e incluso me regalaban alguna mirada de reproche.

—Pero... en el libro aclara que estaban trabajando en vuestro nuevo hogar, en la casa de Elisa, y que lo de Estrella era mentira.

—Marta, yo acabo de leerlo, como tú. Yo no sabía nada de la casa de Elisa. Entiende que yo te hablo de lo que viví, otra cosa es lo que haya escrito ahí —Señaló el libro con la cabeza—. Yo tuve claro, desde que Lago me pidió por primera vez que me marchara, que era una estrategia suya para no arrastrarme a su vida, que no soportaba la idea de verme dedicada a una persona impedida y enferma. Le conocía bien y sabía que no había nadie en su vida, pero... llegó un momento en que dudé, ¡tuve que hacerlo! Mi seguridad se hizo pedazos porque al final creí lo que quisieron que creyera. Por mucho que me resistiera a hacerlo, aquella mañana cuando lo vi junto a Estrella...

»Sonreía, Marta, Lago le sonreía sin ninguna dificultad. Lo que yo no había conseguido en todo aquel tiempo, él se lo ofrecía a ella. No soy capaz de expresar lo que sentí en aquel instante... — Se levantó y paseó por el salón sin abandonar su relato. Marta la seguía con la mirada sin perder detalle de sus gestos y de sus palabras—. Cuando se fue, volví a casa de Celeste, aunque debo confesarte que no sé muy bien por qué lo hice. Supongo que esperaba una actitud distinta a la de la noche anterior, pero no había cambiado nada: silencios, miradas, alguna lágrima y otra vez la recomendación de alejarme de él.

»Volví a casa y me tumbé en la cama. Allí, llorando, decidí que debía preparar mi maleta. No soportaba enfrentarme a aquello ni un día más. No recuerdo cómo fui capaz de prepararla, pero lo hice. Olvidé muchas cosas que nunca volví a ver. ¡Qué importaba! El contenido íntegro de la maleta lo quemé tiempo después, excepto algo que conservé y que luego te enseñaré. Llamé para pedir un taxi y me dirigí a la estación.

»De camino, le pedí al conductor que se desviara un poco y me esperara. Entramos en una campiña de olivos y bajé del coche. Me alejé para perder de vista al conductor y me derrumbé. Caí de rodillas sobre la tierra, aquella que llegué a amar, tal y como él quiso que hiciera. Lloré, Marta, lloré de tal forma que el conductor me escuchó y acudió en mi ayuda. Le pedí que me dejara sola unos minutos más. Algo se rompió en ese momento, Marta. No podría expresarlo con claridad, pero algo se rompió allí y allí se quedó. Me levanté despacio. Los ojos me escocían de tantas lágrimas que llegaron a verter. Escupí sobre la tierra.

»Después me dirigí al coche y, aunque puede que te parezca algo dramático o algo exagerado, ya nunca volví a ser la misma. Algo se rompió allí, Marta. Dolía tanto que deseé morirme en ese mismo instante.

Marta se levantó y se acercó a su amiga. La abrazó. Le apartó un mechón de cabello y se lo colocó detrás de la oreja. Le pidió que continuara. Noelia asintió con la cabeza confirmando que podía hacerlo. Ambas volvieron a acomodarse en el sofá.

—Has olvidado mencionar la nota que le dejaste. La que escribiste en el papel de los melocotones —añadió sonriendo—. ¿No tenías otro papel a mano?

Noelia, por primera vez desde que Marta llegó, sonrió abiertamente.

—Te aseguro que no lo recordaba. Cuando leí el libro me sorprendió y acabé sonriendo como tú. No sé por qué le escribí esa nota.

—Para dejarle claro que había un cambio. Él te dijo una vez que si te ibas a Barcelona ibas a llevar exceso de equipaje, por eso de llevarte su alma...

—Sí, lo sé, pero aún no entiendo por qué elegí ese momento para hacerlo.

—¿Qué más da, Noelia! Continúa. ¿A dónde fuiste?

—Llegué a la estación y aún quedaban muchas horas para que saliera el siguiente tren. Recuerdo esos momentos con mucha niebla. No son nada nítidos, solo sé que estaba destrozada.

»Durante todo el trayecto creí que él me llamaría para pedirme que volviera, que todo volvería a ser igual entre nosotros, que lucharíamos juntos... No fue así. Llevaba unas pocas horas en Barcelona y me llamó Julián. Tiempo después estaba capacitada para adivinar que debió llamarme a petición de Lago; supongo que quería saber si estaba bien y a salvo.

—¿Mantuviste el contacto con él, con Julián o con Celeste, o...?

—No. Llamé a Celeste en dos ocasiones, y otro tanto a Gloria. Pero me encontré con mucha frialdad. No sé bien cómo expresarlo. Parecían forzadas a hablar conmigo, no vi indicios de que se alegraran de saber de mí. Yo les llamé intentando saber algo de Lago, pero me decían que estaba bien, que era cuestión de tiempo. Cuánto llegué a odiar esa palabra: tiempo —Resopló molesta—. No escuchaba otra cosa, todo era una cuestión de tiempo.

—¿Y a él, no le llamaste nunca, o lo intentaste?

—Sí, pero fue un tiempo después. No llegué a hablar con él, pero tuve el teléfono en la mano en varias ocasiones. Mi madre me aconsejó que lo hiciera porque... porque estaba embarazada, Marta.

—¿Cómo? ¿Embarazada? —Hizo una pausa intentando procesar las palabras que tanto le impactaron—. ¿Y lo descubriste en Barcelona?

—Antes de irme de Sejenas tuve una falta, pero con lo que estaba viviendo no le di demasiada importancia. Cuando conseguí serenarme un poco, reparé en ello. Me hice unas pruebas y lo descubrí.

—¿Qué paso después, Noelia?

—Mi madre me aconsejó que se lo dijera a Lago, pero yo era reacia. En todo el tiempo que llevaba en Barcelona no había sido capaz de poner algo de orden en mi cabeza. ¡Imagínate, Marta! A pesar de estar rota, de funcionar a medio gas, tenía la esperanza de que nuestro bebé nos uniera. No era capaz de odiarlo, le quería tanto... ¡Tenía veintiséis años...! Y mucho por aprender.

»No lo llamé durante el embarazo, decidí esperar a que naciera nuestro hijo. No pensaba ocultárselo eternamente, pero era demasiado pronto para enfrentarme a él. Por su parte nunca me llegó una llamada, ni de él ni de su entorno.

—¿Y tu madre? ¿Cómo lo vivió? ¿Y tu padre?

—Mi madre me acogió con los brazos abiertos cuando me planté en su puerta. Tras la separación, se mudó a un apartamento pequeño, la casa familiar era demasiado grande para ella. No sabía la dirección de su nueva casa, así que la llamé para anunciarle que había vuelto a Barcelona. Se convirtió en mi apoyo y en la madre que nunca fue. A pesar de que en los últimos

años habíamos mantenido una buena relación, o una relación aceptable, apenas nos veíamos: sabíamos más bien poco, la una de la otra.

»Mi padre vivía en Estados Unidos con su nueva mujer y solo hablábamos alguna que otra vez. Cuando le dije que estaba en Barcelona con mamá, solo me dijo que él sabía que ese absurdo matrimonio no podía durar mucho. No le hablé del embarazo, no merecía la pena.

—Vaya, eso debió ser duro.

—No me sorprendió. Creo que me daba igual todo. Solo me importaba el hijo que iba a tener, aunque me destrozaba pensar que ese momento que tanto había deseado con Lago, lo iba a vivir sola.

Noelia hizo una pausa prolongada que Marta no quiso interrumpir. Por su expresión, lo que iba a contar a continuación iba a ser doloroso.

—En mi cuarto mes de embarazo, tras mis sospechas y mis interrogatorios, mi madre me confesó que tenía cáncer. Se lo habían diagnosticado unos meses atrás. Puedes hacerte una idea de cómo me cayó aquella noticia. No me dijo nada porque fue más o menos cuando Lago tuvo el accidente. Ella estaba al corriente de todo lo que sucedió, aunque siempre evitaba darle detalles de lo que estaba viviendo, siempre lo pincelaba para que no se preocupara por mí.

»Te ahorraré los detalles de los siguientes meses, solo te diré que mi madre seguía luchando contra su enfermedad, mi vientre seguía creciendo, y de Lago seguía sin saber nada.

—Empiezo a presentir el desenlace.

Noelia volvió a levantarse e inició de nuevo el paseo por el salón.

—El 12 de marzo del 2007, desperté con una sensación extraña. Me llevé las manos al vientre. Algo no iba bien. En las últimas semanas parecía que dentro de mi vientre, se libraba continuamente una de esas batallas que tanto le gustaban a su padre, pero ese día no sentía nada. Era muy extraño. Sentí un líquido derramarse por mis piernas y un fuerte dolor en la parte baja del vientre. Me asusté, aquello no pintaba nada bien. Todavía quedaba un mes para que naciera. El dolor me impedía moverme y llamé a mi madre a gritos. No obtuve respuesta. Esperé y volví a gritar, pero ella no aparecía. Me levanté con mucha dificultad y me dirigí a su habitación. Parecía dormida. Entré gritando, pero no se despertaba. Le toqué la cara, la zarandeeé del brazo, pero seguía sin moverse. Me apoyé, retorciéndome de dolor, en el borde de la cama y la moví con las pocas fuerzas que me quedaban. Grité y grité hasta que entendí que no podía escucharme.

»Salí de la habitación apoyándome en las paredes hasta llegar a la salida. Grité el nombre de Magdalena, nuestra vecina y amiga de mi madre. A pesar de que eran solo unos pocos metros, los que había entre su puerta y la nuestra, tardé una eternidad en llegar. Me dejé caer en el suelo y seguí gritando hasta que Magdalena apareció y se encontró con el dantesco espectáculo. ¡Qué buena era esa mujer! Ella y mi madre se hicieron muy amigas cuando ella se mudó allí a vivir, después del divorcio.

—¿Tú madre estaba...?

—Muerta, sí, mi madre había muerto durante la noche: sola y en silencio. El médico me aseguró que no sufrí. Se fue sin que pudiera despedirme de ella. No esperaba que se marchara tan pronto.

—¿Estaba muy grave? Quiero decir si... lo sabías.

—Seguía luchando. Las últimas noticias no fueron del todo alentadoras, pero teníamos algo de esperanza. Iba a iniciar un tratamiento nuevo —Bajó la mirada y jugó con su reloj de pulsera.

Marta se enjugó una lágrima. Aquella escena era espantosa. Noelia le apretó la mano, consciente de lo que habían provocado sus palabras en su amiga y continuó.

—Magdalena contactó con mi padre, a petición mía, y veinticuatro horas después estaba a mi

lado. Ellos dos se encargaron de los trámites del funeral. Mi madre, según mi padre, quería que la enterraran en el panteón familiar, junto a mis abuelos, así que respetamos sus deseos. Mi hijo también fue enterrado allí. Conseguimos retrasar el funeral varios días, hasta que yo pudiera asistir a él. Mi padre no se separó de mí ni un momento. Debo confesarte que aquellos días me sentí más unida a él que nunca. Vi a un hombre distinto. Imagino todo lo que pasó por su cabeza cuando Magdalena le llamó para decirle que mi madre había muerto y que a mí me estaban haciendo una intervención para extraerme a un bebé sin vida. Ni siquiera sabía que estaba embarazada.

»Para mí, por extraño que te parezca lo que te voy a decir, fue suficiente con tenerlo aquellos días. Lo necesitaba más que nunca y allí estuvo. En algún momento, no sé si fue una alucinación, vi en su mirada que alguna vez quiso mucho a mi madre. Tuvieron un divorcio espantoso, les faltó quitarse la vida el uno al otro, pero después, cuando estaba frente a su féretro había dolor en su mirada. ¡Qué estúpidas somos las personas!

—El amor se acaba, Noelia, y no todo el mundo sabe llevarlo bien. Pasamos del amor al odio con mucha facilidad.

—Mi padre se quedó dos semanas más conmigo —añadió Noelia alejándose de las últimas reflexiones de Marta—, y luego volvió a Estados Unidos. Los dos años posteriores nos comunicábamos muy a menudo, casi diariamente, pero poco a poco nos fuimos enfriando y... ahora solo hablamos de vez en cuando, muy de vez en cuando.

—No quiero pensar lo que sufriste cuando los perdiste a los dos a la vez... ¡Qué horror! —Marta hizo una pausa antes de hacerle una pregunta que no sabía si era oportuna o no—. Supongo que Lago estaba presente en tu cabeza en esos momentos.

—Sí, lo estaba, claro que lo estaba. Acababa de perder a su hijo. Hubiera dado la vida por tenerlo a mi lado, pero entendí que eso nunca más iba a ocurrir. Ahí empezó un proceso en el que me dediqué en cuerpo y alma a intentar sacarlo de mi cabeza. Ahí enterré su recuerdo y luché por apartarlo, a él y a todo lo que había compartido con él, de mi vida.

—¿Lo culpabas por ello?

—No, ¿de qué forma podía culparlo? Cuando supe que esperaba un hijo, como te he dicho, mi rabia y mi dolor le hicieron un hueco a la esperanza de que él nos uniera, pero cuando lo perdí todo se acabó. No quería sufrir más, Marta. Llevaba ocho meses de duelos y de pérdidas. Primero Lago, luego mi madre, mi hijo...

—No me queda muy claro si le odiabas o no.

—No, Marta, no le odiaba. Odié más a la vida por impedirme estar con él, que a él en sí, que era el que había decidido nuestro destino. Sentía un poco de decepción, un poco de rabia, un poco de impotencia... Y así podría estar todo el día, enumerando emociones que aparecían y desaparecían continuamente. Le echaba mucho de menos, me costaba mucho aceptar que todo había terminado, pero no podía seguir de aquella manera.

—¿Qué hiciste después?

—Empecé una nueva etapa en mi vida, eso sí, la empecé sintiéndome completamente vacía. Pocos meses después, con el asesoramiento de mi padre, vendí la casa familiar. La heredé de mi madre, y ella de mis abuelos. Era una casa enorme en el centro de Barcelona. Con los ingresos que obtuve pude empezar esa nueva vida que incluía matricularme en la universidad: quería ser profesora, pero no de música. Eso ya se había terminado. Elegí Madrid para empezar esa nueva vida. Quería una gran ciudad. Alquilé un piso y empecé a estudiar. Más tarde encontré trabajo en una clínica dental como recepcionista. Podía compaginarlo con los estudios y así pude tirar hacia adelante.

»Cuando terminé los estudios entré a trabajar en un colegio privado, luego oposité y... —Su tono cambió. Parecía contenta—. Un buen día me dieron plaza en un colegio muy cerca de una pastelería donde hacían unas galletas increíbles y... ¡Conocí a mi mejor amiga!

Marta se echó a reír. El cambio de tono de Noelia le sorprendió mucho. Se acercó a su amiga y le dio un fuerte abrazo.

—Y un año después, si no recuerdo mal, conociste a Pablo.

La expresión de Noelia pasó de la alegría a la tristeza con rapidez. Marta observó el gesto y le habló casi en susurros:

—¿Qué ocurre con Pablo?

Noelia la miró fijamente. Negó con la cabeza retirando la mirada y le ofreció un relato de lo acontecido con Pablo en los últimos días, empezando por el fin de semana que pasaron con sus amigos.

Tras finalizar, fue Marta la que se levantó y se paseó por el salón en silencio. Se giró para observar nuevamente a su amiga, parecía que una vez más se había perdido en sus pensamientos. Durante todo el relato que le ofreció acerca de su vida después de su ruptura con Lago iba y venía, como si hubiera dos mujeres distintas en el mismo cuerpo. Decidió romper el silencio con algo que apareció en su mente.

—Noelia... Lago y tú, ¿os divorciasteis?

—No —dijo tajante.

—¡Guau! —Marta se tapó la boca con las manos y volvió a su asiento—Significa que todavía...

—Sí —la interrumpió—, significa que todavía estamos casados. Cambié de teléfono cuando llegué a Madrid, así que desconozco si alguna vez quiso contactar conmigo, él o su abogado, para hablar de ello.

—Si hubiera querido el divorcio, supongo que ya habría encontrado la forma de encontrarte.

—Supongo. Si te digo la verdad, e incluso me estoy sorprendiendo yo misma al pronunciarlo, nunca, en todos estos años, me ha pasado por la cabeza. ¡Debo estar loca!

—¿Qué parte de esa historia conoce Pablo? —preguntó Marta intentando desviar la reflexión de su amiga.

—Ninguna, Marta. Pablo no sabe nada de nada.

Marta suspiró.

—Noelia, yo... Siento que hayas vivido momentos tan dolorosos. Debo decirte que me gustó mucho esa historia de amor que leí, es muy peculiar, como Lago. También me gustó la mujer que la protagoniza, aunque no te reconocí en ningún momento.

—Para mí ha sido doloroso leer esas páginas, aunque no todas: también tengo recuerdos preciosos y por momentos los he revivido en mi cabeza. Pero Lago ya estaba olvidado y debo seguir hacia delante. ¡Espera! Te enseñaré lo que conservé de aquella parte de mi vida.

Poco después, Noelia volvió con una caja en la mano. La abrió lentamente y le mostró la alianza, el llavero y la cinta de color rosa. Marta señaló la cinta con el dedo:

—De estas dos —dijo Marta señalando el llavero y la alianza—, se habla en el libro, pero de esta cinta no, ¿o sí? ¡No lo recuerdo!

—No, no puede aparecer en el libro. Era del vestido de mi hijo. Le enterraron con un trajecito que llevaba anudada una cinta blanca. Me la quedé.

Marta la acarició. ¡Cuánto debía doler perder a un hijo, aunque no llegara a nacer! Se decidió a hablarle a Noelia de lo que había pasado por su cabeza cuando ella se ausentó en busca de la caja de recuerdos.

—Noelia, yo no tengo tan claro que hayas pasado página —Continuó ante la atenta mirada de Noelia—: No creo que hayas sacado a Lago de tu vida.

Noelia se levantó afectada por las palabras de su amiga. Se dirigió a la cocina y volvió con un vaso de agua.

—Solo quiero volver a mi vida, Marta, a la que tenía antes de leer el libro. Cuando me incorpore al trabajo podré olvidarme de todo esto. ¡Demasiado tiempo libre!

Marta se levantó.

—No tengo tan claro que pueda ser tan fácil. Deberías pensar en ello —Se encogió de hombros—. Tengo que irme, no quiero decir nada que te pueda hacer sentir mal.

Se abrazaron. Noelia la acompañó hasta la puerta. Marta hizo un gesto señalando el libro.

—En la última página aparece una dirección de correo electrónico para contactar con el autor del libro —Noelia alzó las cejas—. Él te envió el libro, ¿no?

—Sí, él era el remitente.

—Escríbele y pídele respuestas: «¿Por qué?» «¿De dónde ha sacado esa información?» «¿Qué sabe de Lago?». Todo eso y lo que se te ocurra.

—Pero... ¿para qué?

—Porque la otra opción es dejarlo todo tal y como está y «olvidar» —recalcó la última palabra exagerando la vocalización—, de esa forma tan peculiar que tienes tú de hacerlo.

Le besó en la mejilla y se fue sin poder el gesto amargo que reflejaba el rostro de Noelia.

Las palabras de su amiga le llegaron directas al centro del estómago, donde le pareció que se estaba desarrollando una batalla. La realidad le estaba intentado abrir los ojos, pero ella seguía luchando por cerrarlos.

Se acercó lentamente al sofá y cogió el libro. Consultó la última página. Tal y como Marta afirmaba, había una dirección de correo electrónica acompañada de una invitación al lector para contactar con el autor.

53

Señor Almeida:

Mi nombre es Noelia Serra. El suyo aparece en el paquete que recibí hace unos días.

Ya lo he leído. Es una historia interesante, pero ya la conocía. Lo que desconozco es por qué se ha escrito.

Tengo muchas preguntas y me gustaría saber si estaría dispuesto a contestarlas. Si es así, por favor hágamelo saber y buscaremos la forma de comunicarnos.

No sé muy bien si me estoy dirigiendo a la persona adecuada, es todo muy confuso.

Espero su respuesta.

Noelia Serra

Dudó antes de presionar la tecla que daba comienzo al envío. No tardó más de media hora en seguir el consejo de su amiga. Las últimas palabras de Marta la habían conmovido. Quizá fuera una locura, pero su amiga tenía razón: necesitaba algunas respuestas. ¿Tendría razón también al afirmar que ella había mantenido vivo su recuerdo a través de sus manías y sus rechazos?

¿Por qué engañarse? No necesitaba que Marta se lo recordara. Todo lo que había sentido durante la lectura ya era una prueba más que evidente que ese pasado no estaba olvidado.

«El 8 de agosto», pensó. ¿De verdad se trataba de un mensaje directo de Lago en el que la citaba ese día en Sejenas?

Antes de que su mente pudiera recurrir de nuevo a los últimos capítulos del libro, el sonido de un mensaje la sobresaltó. No se podía creer que le hubiera contestado tan rápidamente:

Querida Noelia,

Nada me haría más feliz que contestar a todas tus preguntas. Mereces una explicación y estoy dispuesto a dártela.

Lamentablemente no puedo desplazarme con la agilidad que desearía, de lo contrario, viajaría hasta donde te encuentras y te proporcionaría esas respuestas personalmente.

No sé cuan descabellada puede parecerme mi propuesta, pero me gustaría que te plantearas la posibilidad de viajar hasta Portugal, concretamente a Sines, cerca de Lisboa.

Sería un gran placer recibirte en mi casa y saciar toda tu sed de información. ¿Te animas a visitarme?

Isaac Almeida

Noelia no daba crédito a lo que acababa de leer. ¿Cómo pretendía ese hombre que viajara hasta Portugal para hablar del libro? ¿Y si el que había contestado a ese mensaje no era Isaac? ¿Y si era... Lago? No tenía que haberle escrito, ella solo quería mantener una conversación telefónica y obtener respuestas. Se animó a aclarárselo.

Sr. Almeida:

Me parecería mucho más sensato que nos comunicáramos por teléfono. Me parece algo

precipitado e incluso ilógico viajar hasta Portugal sin saber ni siquiera a quién voy a encontrar allí. No le conozco de nada y eso me plantea muchísimas dudas.

Noelia Serra

La respuesta no tardó en llegar.

Noelia,

Entiendo tus dudas. Te puedo proporcionar un número de teléfono ahora mismo para que mantengamos un primer contacto, pero insisto en que sería interesante que nos viéramos personalmente. Puedes llamarme cuando lo desees.

Isaac Almeida

La quinta llamada de Marta le hizo dar un respingo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Noelia con desgana.

—¿Por qué me contestas de ese modo? —expresó claramente molesta.

—Es que sigo dándole vueltas y no lo tengo muy claro. Además, no hemos pensado en mi pierna. No sé si será muy conveniente forzarla de esa manera.

—Me dijiste que ayer fuiste al fisioterapeuta y que podías hacer vida normal.

—Sí, es cierto. Me proporcionó un vendaje por si lo necesitaba —Suspiro—. Está bien, confieso que lo de la pierna es una excusa, aunque te advierto que debo ser prudente y no forzarla en exceso —Volvió a suspirar—. Marta, es que no dejo de darle vueltas y...

—Deja de hacerlo, ya es tarde. Nuestro vuelo sale a las 13:10, ya tengo la reserva. También he alquilado un coche que recogeremos en el aeropuerto de Lisboa, y solo me falta la confirmación del hotel que ya he reservado. Y no te preocupes por tu pierna, iremos con cuidado.

Noelia suspiró tan fuerte que a Marta no le pasó desapercibido.

—Vamos, Noelia. Ya lo hemos hablado. Tienes que visitar a ese hombre, y yo quiero estar contigo. ¿Por qué vuelves a dudar? Ya has hablado con él y me has dicho que te ha dado buena impresión.

—Sí, así ha sido, pero es que todo ha sido tan rápido... Hace unos días recibí el libro, esta mañana, bien temprano, estábamos hablando tranquilamente de ello, y en cuestión de unas pocas horas tenemos un vuelo a Lisboa para mañana.

—¿Y qué? —Marta le habló con ternura—. Noelia, sea lo que sea lo que encontremos allí, seguro que es mejor que estar dándole vueltas a la cabeza. Es algo que vamos a hacer juntas. ¡Ya era hora!, ¿no crees? Y... además, necesito unas mini vacaciones. ¿Le vas a negar eso a tu amiga?

—La última frase la pronunció en tono de súplica burlón, lo que hizo reír a Noelia—. Venga, ámate. Ya tengo todo el viaje cerrado, no falta ni un detalle. Seguro que va todo bien. Voy a volver a al trabajo para dejarlo todo bien atado para los próximos días. El lunes María estará sola al frente de la pastelería hasta mi vuelta, y tengo que recordarle mil cosas.

—Tengo que decírselo a Pablo... —anunció con un tono de angustia.

—¿Y a qué esperas?

—No sé muy bien qué decirle.

—Que nos vamos tres días a Portugal. ¡Un viaje de amigas! Una escapadita para animarte un poco, que has estado un poco desanimada con lo de la pierna...

—Pero si nunca he querido ir a Portugal cuando él me lo ha propuesto... Si se tratara de otro destino, pero ¿Portugal?

—Pues dile que llevo años queriendo ir y has decidido complacerme, o ¿qué sé yo? Que me ha tocado un viaje o... lo que quieras, pero ¡díselo ya! Y dile también al abuelito, al escritor, que mañana iremos a visitarlo.

—Está bien —dijo con resignación—. Ahora me ocupo de ello.

—Venga, Noelia, ámate. Este va a ser un viaje muy especial, y lo vamos a hacer juntitas, como las amigas que somos.

Noelia sonrió al escuchar el entusiasmo de Marta, se despidió de ella y colgó el teléfono preguntándose la forma en la que debía plantearle su escapada a Pablo. Si no fuera porque el país de destino llamaría su atención, no vería inconveniente en planteárselo. Él le había propuesto visitar la capital portuguesa en una ocasión, y también el sur del país en otra. También recordaba una propuesta para visitar un pueblo cercano a Oporto del que le habían hablado maravillas. A todas ellas se había negado alegando que Portugal era un país que le producía rechazo y que no tenía intención de visitarlo jamás.

¿Cómo podía ella imaginar que algún día iría a Portugal en esas circunstancias? Seguía pareciéndole una locura. No entendía por qué se había dejado convencer por Marta. Claro que... no había sido solo Marta. En cuanto escuchó la voz de Isaac sintió deseos de hablar con él largo y tendido. Aquel hombre tenía un tono de voz que invitaba a la calma. La había convencido de que sus intenciones eran buenas y de que estarían solos: no habría sorpresas.

Aunque Isaac no había pronunciado el nombre de Lago, ella sabía que en todo momento al hablar de sorpresas y de «estar solo», se refería a él. Por alguna extraña razón había sentido que conocía a ese hombre desde hacía años. No, no le conocía, pero él a ella sí; al menos conocía una parte existencial de su vida.

Decidió enfrentarse a la llamada que debía hacerle a Pablo. ¿Qué podía decirle para no alarmarlo?

El viaje de vuelta se le había hecho interminable a Pablo. No dejaba de darle vueltas a todo lo ocurrido en los últimos días, especialmente a lo que hizo que adelantara su vuelo a primerísima hora de la mañana para poder llegar a casa antes de que Noelia se marchara.

¡¿Portugal?! Noelia se iba a Portugal a pasar unos días con su amiga. «Marta me ha convencido, cree que nos irá bien pasar unos días juntas. ¡Nunca lo hemos hecho!», esas fueron sus palabras.

Pablo no le había manifestado su malestar en ningún momento, aunque tampoco se había mostrado muy comunicativo. En la breve conversación que habían mantenido, Noelia le había preguntado en dos ocasiones si todo estaba bien, señal de que había percibido su frialdad.

Aunque no le había expresado por teléfono lo que sentía, para no fomentar una discusión que no les habría conducido a nada, otra cosa, muy distinta, era no decírselas en persona, antes de que se marchara. Para ello había tenido que adelantar su vuelo. Desconocía si era casualidad o no, pero Noelia había escogido un vuelo antes de que él llegara a casa. Seguro que no quería cruzarse con él. De ser así, tampoco entendía el porqué, a no ser que no fuera capaz de mirarle a los ojos. No podía haber otra razón, al fin y al cabo ella no sabía que se había leído ese maldito libro.

Se sorprendió al descubrir que llevaba unos minutos buscando las llaves de casa y las estaba sujetando con la mano. Llevaba un buen rato frente al portal sumergido en pensamientos que no le iban a conducir a un buen lugar. Era hora de entrar.

Encontró a Noelia en el salón, sentada frente a la mesa, consultando algo en su portátil. No disimuló su sorpresa al verlo aparecer por la puerta.

—No esperaba verte. ¿Tu vuelo no era para esta tarde?

Pablo dejó su maleta y su maletín de mano en una silla y se entretuvo desprendiéndose de su chaqueta. Noelia lo miró inquieta por su silencio. Se levantó y se acercó a darle un beso. Él le devolvió el beso con una expresión que alarmó a Noelia. La abrazó por la cintura y la miró a los ojos con frialdad.

—Terminamos ayer y he adelantado el vuelo, he cogido uno que salía a las siete de la mañana, de esta forma puedo verte antes de que te vayas.

—Eso es estupendo, lástima que tengamos poco tiempo, Marta pasará a buscarme dentro de una hora.

—Suficiente —dijo tajante.

—Voy a terminar de preparar mi maleta —anunció desprendiéndose de su abrazo—, solo debo añadir un par de cosas. Vengo enseguida, así podemos aprovechar este rato.

Noelia hizo ademán de dirigirse al pasillo que conducía a las habitaciones. Escuchó a su espalda la voz de Pablo:

—Creía que odiabas Portugal —planteó fríamente.

Noelia cerró los ojos y respiró antes de darse la vuelta.

—No es un destino que yo hubiera elegido —Le ofreció una media sonrisa—, pero a Marta le hacía ilusión. No sé por qué le apetece mucho ir a Lisboa.

Satisfecha con su respuesta y con el silencio de Pablo se dio la vuelta de nuevo, pero la voz de

Pablo se volvió a escuchar, esta vez en forma de sentencia:

—¿Vas a verlo a él?

Noelia se giró bruscamente, sorprendida.

—¿Cómo?

—Te pregunto si vas a verlo a él, a Lago... ¿Cómo era? ¿Veiga?

Noelia sintió que las piernas le iban a fallar en cualquier momento y conduciéndola directamente al suelo. No daba crédito a lo que acababa de escuchar.

Pablo, sin expresión alguna en su rostro, se dirigió a su maletín y extrajo el libro. Se lo mostró y lo tiró sobre la mesa.

—Tu forma de comportarte hizo que ese libro se convirtiera en todo un misterio. Ya que no querías prestármelo... conseguí un ejemplar. ¡Preciosa historia!

Noelia observó el libro algo aturdida. Se hizo un breve silencio que no tardó en romper:

—Pablo, no sé qué estás pensando, pero yo...

—Estoy pensando —hizo una pausa calculada para mantener el suspense— en nuestra relación y, corrígeme si me equivoco, pero creo que es una gran mentira.

—No puedes decir algo así.

—Sí, puedo, Noelia, ¿o mejor te llamo Noe? Nunca me has dicho qué preferías. ¡Ah! Sí, sí me lo dijiste una vez. Te llamé así y me dijiste que odiabas los diminutivos.

—Pablo...

—Aún no me has respondido —Se cruzó de brazos—. Es una pregunta sencilla, Noelia.

—No, no voy a verlo a él. Estás equivocado —Noelia se acercó unos pasos hacia él.

—He leído ese libro, Noelia, lo he leído todo. ¿Me vas a decir que no habla de ti? ¿Que no eres tú? ¡Dime! ¿Me vas a decir que no es real la historia? «Basada en hechos reales», eso dice.

—Pablo, esa historia es...

—¿Qué es, Noelia?

—¿Me vas a dejar hablar? —Le pidió con una seguridad que no sentía. Pablo le hizo una señal con la mano para que continuara—. Sí, es una historia que ocurrió hace muchos años, es parte de mi pasado.

—Pero es que a mí no me importa tu pasado, Noelia —Mantuvo la misma calma—. Se trata de la conexión que existe con ese pasado. Eres una consecuencia de esa parte de tu vida, el resultado de... Toda tú, lo que eres, lo que haces, lo que detestas, está basado en esa parte de tu vida. Dejaste de tocar el piano porque te recordaba a él, dejaste de vestir de blanco, de comer espaguetis. No has sido capaz de volver a pisar algunas ciudades que te recordaban a él. No te gustan las velas, odias la historia, no soportas las novelas románticas... Si ni siquiera has sido capaz de comerte un melocotón o de permitir que entren en esta casa —Hizo una pausa para tranquilizarse antes de continuar—: ¿Y qué me dices del episodio de la casa de Fernando? Fingiste encontrarte mal para... ¡Mierda, Noelia! Eso lo he leído... yo, con mis propios ojos, en ese maldito libro: ¡lo viviste con él, con ese hombre! ¿Qué pretendías? Te debiste llevar una gran decepción. En el libro describe la escena de una forma más idílica.

Noelia dio unos pasos y se sentó. No estaba preparada para afrontar esa conversación. Pablo se pasó la mano por la cabeza y se acercó a ella. Le puso un dedo en la barbilla y la obligó a levantar la cabeza.

—Tantas mentiras, Noelia... —Volvió a utilizar un tono calmado—. Ni siquiera te has molestado en decirme que estabas divorciada. Porque... lo estás, ¿cierto?

Noelia bajó la cabeza.

—¿Sigues casada con él?

Noelia lo miró y abrió los labios para decir algo, pero solo fue capaz de asentir con la cabeza.

—¡Increíble! —Se dio la vuelta y se pasó la mano por la cabeza—. Esa alianza que una vez me enseñaste, me dijiste que era de tu abuela...

Noelia no dijo nada. Cerró los ojos y luchó por mantener la serenidad.

—¿Qué paso después?

—Nada, no ha ocurrido nada más. Terminó tal y como se narra en el libro.

—¿Y no ha habido nada más?

Noelia se armó de valor y se levantó para estar frente a él.

—Hace días recibí ese libro, me lo envió el autor que figura en la portada. Me sorprendió, no esperaba encontrar esa historia en su interior. Me hizo remover viejas heridas, quizás por ello he estado algo ausente, pero no quería involucrarte en esa historia. No entendía por qué se había escrito ese libro, ni quién, ni por qué ahora, tantos años después.

—Pues está muy claro. Al final hay una propuesta para que os veáis en agosto, si no recuerdo mal. Yo no veo que sea tan complicado. Pasan los años, el chico se anima, ¡vete a saber! Igual ya no está en una silla de ruedas... Se pone nostálgico, le invaden los recuerdos y allá que voy. Y tú... allá que vas también.

—Pablo no voy a verlo a él. Hablé con el hombre que escribió el libro y quedamos en vernos para que me aclarara de dónde había salido todo esto. Tiene más de ochenta años y me propuso que lo visitara para contarme esa historia.

—¿Y qué más te da esa historia, Noelia? ¿Para qué quieres saber de dónde ha salido? Dices que es pasado, que ocurrió hace muchos años, que es algo que quieres olvidar... ¡Mentira!

—No te estoy mintiendo, Pablo. Nunca lo he hecho. No te he hablado de esa parte de mi vida, pero no te he mentado.

—Es que sigues sin entenderlo, Noelia. Yo no te estoy pidiendo explicaciones de tu pasado, ¡es tu vida!, y puedo entender que haya una parte de ella de la que no quieras hablar, que solo te pertenezca a ti. Pero es que te empeñas en llamarlo pasado y no lo es. Toda tú eres un reflejo de ese pasado. No eres capaz de dar un paso adelante, y no digo que no lleves años intentándolo, pero no lo das. Solo eres capaz de darlo hacia atrás, hacia una vida que según tú, quieres olvidar.

Pablo se paseó por el salón y le habló desde el otro extremo manteniendo el tono que había utilizado en toda la conversación: calmado. Noelia, de haberse detenido a hacerlo, hubiera etiquetado su tono de voz de «inusualmente calmado»:

—Eso no es olvidar, Noelia. Eso es volver al pasado día tras día, y alimentarlo. ¿Y yo tengo que ver cómo sigues luchando por sacar de tu cabeza a alguien a quien amaste de esa forma tan... intensa? Al menos eso es lo que se describe en el libro. Dime, ¿esa historia es tal cual se cuenta?

Ella no contestó. Lo miró a los ojos, se dio la vuelta y apoyó las palmas de las manos en la mesa.

—Soy lo que soy, Pablo. Quizás no supe gestionarlo de una manera correcta, pero me volví así, esto es lo que soy. Tú me has conocido así. Quería pasar página y me dediqué a eliminar todos los elementos que pudieran trasladarme allí. Puede que no fuera la manera más acertada de hacerlo, pero te aseguro que siempre ha habido el mismo fondo, la misma intención: ¡olvidarme de que viví esa historia!

—Pues no lo has conseguido, y lo sabes. De haberlo hecho hace ya mucho tiempo que hubieras dejado de comportarte de la manera que lo has hecho. Ya hace tiempo que habrías abierto tu mente y te habrías olvidado de esas absurdas manías. Hasta ahora no he querido verlo, no he querido darle la importancia que merecía. He necesitado leer ese libro para entender quién eres.

»¿Qué clase de relación podemos tener tú y yo mañana? —La miró a los ojos y observó su

sorpresa antes de continuar—: ¿Qué harás? ¿Te comerás un melocotón para demostrarme que puedes hacerlo? Y mientras, yo te observaré intentando creerte o... creyendo que en cada bocado estás pensando en él y en la maravilla de melocotones que os zampabais.

—¿Quieres dejar ya los melocotones? Es ridículo, ¡absurdo!

—Es que toda tú eres así, cariño.

—¿Absurda? —gritó ella.

—¿Por qué no, Noelia? Solo alguien absurdo viviría poniéndose límites de todo tipo para intentar olvidar un pasado.

—No puedo más, Pablo. Ahora no soporto seguir con esta conversación, me va a estallar la cabeza. Cuando vuelva hablaremos de ello todo lo que quieras, pero ahora no.

—¿De qué vamos a hablar, Noelia? ¿De nuestra relación? Esa que se basa en un «comparto mi vida contigo, Pablo, pero con una condición: que no hagamos nada que me recuerde a él porque él siempre tendrá más peso». ¿De eso quieres hablar?

—No, no quiero hablar de eso. Hablaremos de nosotros, pero antes necesito hacer este viaje y encontrar respuestas, aunque no espero que lo entiendas.

—Entonces vayamos juntos a buscarlas.

Noelia abrió los ojos y lo miró aterrorizada.

—No quiero involucrarte en esto. Necesito ir sola.

—¿Y Marta?

—A ella no le afecta esta historia.

Pablo se sentó y ocultó su rostro entre sus manos. Noelia aprovechó el momento para dirigirse a su habitación. No quería hablar, no soportaba ver a Pablo así. No tenía ni una sola idea en su sitio, ni un solo sentimiento. Todo estaba anudado de una forma caótica.

Noelia entró en el salón unos minutos después, con la maleta. Pablo seguía en la misma postura que lo había dejado. Noelia se acuclilló frente a él y le cogió las manos.

—Pablo, hablaremos cuando vuelva. No quiero verte así.

Pablo asintió con la cabeza, se acercó a ella, la besó en los labios y se levantó. Cogió su maleta y la arrastró hasta la puerta de salida.

—Ve a buscar lo que sea que necesites. Espero que lo encuentres —susurró él observándola.

—Te llamaré —afirmó ella.

—Necesito estar tranquilo unos días, poner orden en mi cabeza. Ya hablaremos cuando vuelvas.

Ella asintió y salió por la puerta. Antes de desaparecer de su vista se giró para observarlo. Se encontraba en el umbral de la puerta apoyado sobre un brazo en alto que descansaba en el marco. Pablo dibujó una media sonrisa y cerró la puerta.

Ambos eran conscientes de que nada volvería a ser igual después de ese viaje.

56

A Marta le sorprendió ver a Noelia en la calle esperándola. No sabía cuánto tiempo debía llevar allí parada, pero intuía que no era debido a la impaciencia por empezar su aventura.

Cuando la vio entrar, su semblante se lo confirmó.

—¿Qué te ocurre?

—¡Nada! Estoy bien, es solo que... sigo pensando que... —No añadió nada más. Se colocó el cinturón y se giró para mirar a Marta.

—Venga, Noelia, no sé cuántas veces lo hemos hablado ya. Esto no es solo un viaje para visitar a ese señor y qué te cuente la historia de ese libro, es también una escapada para disfrutar. Esa clase de cosas las hacen las amigas, ¿no crees?

—Marta, el fondo de este viaje no es para disfrutar de una escapada juntas... —sentenció Noelia de mala gana.

—No cuesta trabajo intentarlo —comentó con una mueca.

Noelia se arrepintió de sus palabras en cuanto vio que le habían hecho daño.

—Venga, no me hagas caso. Son los nervios. ¡Vamos! Pon en marcha este trasto. Solo faltaría que a estas alturas de la aventura perdiéramos el vuelo. —Le apretó en el brazo y le sonrió.

—¿Este trasto? —exclamó fingiendo estar ofendida—. Lo pasaré por alto porque no andas muy centrada, pero que conste que si vuelves a llamar así a mi amigo, vas a tener serios problemas conmigo.

—¿Sois amigos? Pero si te ha dejado tirada mil veces. ¿Quién tiene un pedazo de coche guardado en el garaje y hace servir uno que cada dos por tres está averiado?

—Sí, señorita Noelia, eres la más indicada para hablarme de coherencia.

Ambas se miraron y se echaron a reír.

Noelia escuchó a Marta relatar, una vez más, todos los preparativos del viaje. Lo tenía todo perfectamente organizado. Reparó en el entusiasmo que reflejaba su rostro cuando hablaba de ello y respiró hondo en un intento de aliviar la presión que empezó a sentir en el pecho.

No le había mencionado nada de la conversación con Pablo. No quería preocuparla, de alguna manera Marta acabaría sintiéndose culpable por haber insistido tanto en realizar ese viaje y no quería que fuera así. Si ella no hubiera querido viajar hasta Portugal, por mucho que Marta hubiera intentado convencerla, no la habría escuchado, pero la realidad era que, ese empujoncito le había venido muy bien. Quizás ella sola no hubiera sido capaz de tomar la decisión, pero tampoco había necesitado tanto, ¿para qué engañarse? Había bastado con escuchar la voz cálida de Isaac para decidirse.

¿Por qué quería hablar con él? Puede que Pablo tuviera razón y lo que aquel hombre tuviera que contarle no debería interesarle lo más mínimo. Habían pasado nueve años desde que se fue de Sejenas completamente dolida y rota. ¿Qué clase de curiosidad la estaba empujando a salir del país en busca de unas respuestas que no tenían cabida en su vida? O... no deberían tenerla.

Ella necesitaba saber por qué se había escrito, de qué forma había participado Lago, por qué tantos años después y, sobre todo, qué sentido tenía que la citara en Sejenas unos meses después. Era un plan rocambolesco, casi rozando lo absurdo.

Se sorprendió pensando que tenía mucha curiosidad por saber qué había sido de la vida de Lago. ¿Se habría casado? ¿Tendría hijos? ¿Habría recuperado la movilidad en sus piernas? Y... ¿Qué pintaba ella en su vida tantos años después?

En el libro él no deja de mencionar cómo se acabó su vida en aquel momento, ni cómo años después, ella, seguía siendo la única mujer que había amado. ¿Y el alma? Aquella tonta afirmación de que ella se había llevado su alma...

Pero... ¿qué importaba todo aquello? Pablo acababa de mostrarle sus heridas y ella solo pensaba en todo lo que Isaac podría contarle sobre Lago.

¿En qué clase de mujer se había convertido? Quizá Pablo tenía razón. Había intentado desprenderse del recuerdo de Lago interponiendo mil obstáculos en su vida, estableciendo límites que, no solo le afectaban a ella, sino también a su pareja. ¡Habían transcurrido nueve años! ¿Por qué seguía conservando todas esas manías, todos esos hábitos? Y lo más importante: ¿por qué no había salido de ese bucle?

No había sabido hacerlo de otra forma, ni siquiera ahora sabía cómo corregir todo aquello en lo que se había equivocado. No pretendía justificar su actitud, sabía que había cometido muchos errores, ¡no lo iba a negar!, de la misma forma que tampoco lo iba a defender a capa y espada, pero le hubiera gustado ser capaz de expresarle a Pablo que fue la única manera que encontró para que dejara de doler porque perderlo le rompió en mil pedazos. Pero eso fue mucho antes de conocer a Pablo y ella ya llevaba mucho tiempo a la deriva, no supo hacerlo de otra forma.

«Eres la consecuencia de... El resultado de...» «Vives alimentando el pasado» «Eso no es olvidar», recordó las palabras de Pablo.

¿De verdad era capaz de salir corriendo en cuanto sentía una llamada relacionada con Lago?

Ladeó la cabeza para mirar a Marta que seguía comentando algunos aspectos del viaje a la vez que soltaba algún insulto a algún conductor que no actuaba como ella creía que debía actuar.

Había vuelto a hacer lo mismo. No le había contado nada de la conversación con Pablo a su amiga, convenciéndose a sí misma de que lo hacía para no preocuparla, pero en el fondo, ella sabía que no era cierto. No quería hablar de sentimientos, ni de dolor, ni de responsabilidades, ni de buenos o malos actos. Ella quería mirar hacia otro lado cuando algo dolía, como había hecho todos esos años.

¿Cómo iba a reconducir su relación con Pablo? La última mirada que él le había dedicado era distinta a todas las que había visto en él, en sus dos años de relación; reflejaban dolor y decepción. ¿Cómo mirar hacia otro lado cuando le has hecho daño a alguien a quien quieres? Y al mismo tiempo, ¿cómo explicarle todo lo que había sentido y en lo que se había convertido?

Se había ofrecido a acompañarla a Portugal en un intento de dar un giro a los acontecimientos y unirse en esa causa por mucho que le pudiera herir, y ella le había dicho que no. No podía permitir que Pablo formara parte de ese pasado, aunque ya lo había hecho leyendo el libro. ¿Se habría equivocado?

Marta se dio prisa en aparcar el coche cuando vio las lágrimas brotando a borbotones de los ojos de su amiga.

—Cariño, ¿qué te pasa? ¿Otra vez dándole vueltas a la cabeza?

Noelia se abrazó a su amiga y dio rienda suelta a su llanto. Marta no entendía aquella reacción, le parecía algo exagerada, si se trataba de nuevo de sus dudas sobre el viaje.

Cuando consiguió calmarse le anunció que había mantenido una conversación con Pablo. Marta consultó su reloj comprobando que le sobraba algo de tiempo e invitó a su amiga a que se lo contara.

Noelia resumió su conversación con él ante la estupefacta mirada de Marta.

—Cuánto lo siento, Noelia. No esperaba que ocurriera algo así. Me parece lógico que haya leído ese libro. Las veces que me llamó, parecía muy preocupado y muy confundido. Es que tú tampoco pusiste mucho de tu parte.

—No me di cuenta, no pensé que pudiera llegar tan lejos. De todas formas no me importa que lo haya leído, sino lo que ha pensado, y sobre todo... ¡verlo dolido! Su voz era exasperantemente calmada. Sé que estaba luchando por no perder el control. Estaba herido y muy confundido. ¡Le conozco!

—Pero él a ti no, Noelia. Sabes que Pablo no es santo de mi devoción, pero lo que te ha dicho tiene parte de razón. Él te ha aceptado como eres, te quiere como eres, jamás te lo ha reprochado, pero es muy distinto descubrir que tu forma de ser está relacionada con una vida en la que amaste con locura a otro hombre.

—Yo no he sido tan consciente de esas manías, como las llamáis vosotros. Sé que me habré equivocado, pero ¡créeme, Marta! No sé ni siquiera en qué momento me convertí en una persona tan... fría o tan obsesiva. Ha sido al leer ese libro cuando me he dado cuenta de lo mucho que había cambiado, pero siempre voy a parar al mismo sitio: fue una forma, equivocada o no, de gestionar un dolor que me estaba consumiendo. Lo quería, Marta, lo quería como pocas veces se puede querer a alguien.

Marta la abrazó durante unos segundos y la besó en la mejilla. Le retiró el sobrante de las últimas lágrimas y le señaló el reloj. Podían seguir hablando, pero debía ser sobre la marcha.

Noelia se enfundó unas gafas de sol para ocultar sus ojos algo hinchados y le sonrió dándole a entender que debían seguir su camino.

Sentadas en el avión, Noelia se desprendió de las gafas de sol:

—Este viaje va a cambiar mi vida, Marta. Lo presiento.

—Ya ha empezado a cambiarla, Noe —Ante la falta de sorpresa de su amiga al llamarla de aquella manera decidió insistir—. Me importa un bledo si te gustan los diminutivos o no. Te voy a llamar Noe, y me importa muy poco también a quién te recuerde.

Noelia sonrió. Se acordó de las veces que había corregido a Marta cuando la había llamado de esa manera. Exactamente igual que lo había hecho con Pablo.

—Llámame como quieras, pero me suena raro.

—Pues acostúmbrate. Este será el primero de muchos cambios, yo también lo presiento. Espero que sean para bien.

Ambas se miraron y sonrieron. Esa era la esperanza con la que iniciaron su aventura: un viaje a Portugal en busca de respuestas que no necesitaba, más bien las deseaba sin más.

Noelia se sentó en el borde de la cama y miró a su alrededor hasta localizar su maleta. La ducha le había sentado muy bien. El agua caliente había sido un elixir para sus músculos, tensos de tantas tensiones acumuladas, y para su cabeza, que por momentos era incapaz de procesar todas las emociones a las que se estaba enfrentando en tan pocos días.

Escuchó, algo lejanas, las risas de Marta. Qué facilidad tenía para comunicarse con las personas, aunque fueran desconocidos. Había congeniado con Isaac desde el primer minuto, incluso antes, cuando el recepcionista del hotel les había comunicado que su reserva se encontraba «suspendida».

—El Señor Almeida me ha pedido que les transmita su deseo de que se instalen en su casa. Si al llegar la noche siguen deseando alojarse en el hotel, no habrá ningún problema. Dejaremos su reserva en espera.

Isaac le había ofrecido su casa cuando hablaron por teléfono, pero Noelia, mostrando en varias ocasiones su gratitud, había declinado la oferta, informándole del hotel que habían elegido para su reserva. ¿Cómo se iba alojar en casa de un perfecto desconocido?

Marta había recibido las palabras del recepcionista con mucho entusiasmo y la había sujetado del brazo empujándola a la salida cuando ella intentó protestar.

—Noe, esta aventura se va animando. Ya lo has oído, si esta noche seguimos interesadas en el hotel, no tendremos ningún problema. Venga, primero conocemos al abuelito y ya decidiremos.

—¿No te parece un poco raro? Qué él llame a un hotel para cancelar nuestra reserva...

—Se conocerán todos, es lo que pasa en los pueblos. Vamos, no le des importancia.

Noelia volvió a sonreír al recordar la emoción que habían contenido las palabras de Marta durante el trayecto hacia la casa de Isaac. También recordó de qué forma sintió el corazón en su garganta cuando el escritor las recibió en el umbral de su puerta con un cálido abrazo.

—Tú debes ser Noelia. Ven, no te quedes ahí parada. Dale un fuerte abrazo a este anciano. Tenía tantas ganas de conocerte —Ante el comentario de Noelia que afirmó estar encantada de conocerlo añadió—: Por favor, tutéame. Dejemos las distancias a un lado.

Noelia se había sentido desbordada ante la familiaridad y naturalidad con la que Isaac las había recibido, aunque debía reconocer que desde que estableció contacto visual con él, había sentido que lo conocía desde hacía muchos años.

Le sorprendió especialmente el buen aspecto que mostraba: parecía disfrutar de una buena forma física y se movía con mucha agilidad. Noelia se había imaginado que se encontraría con un señor con movilidad reducida y algo delicado de salud, quizás porque él había hecho algún comentario acerca de sus limitaciones a la hora de desplazarse. Marta también, en varias ocasiones, había comentado su sorpresa por el estado físico y mental del anciano escritor. «¡Quién pudiera llegar a cumplir ochenta y un años en ese estado!», pensó Noelia.

Isaac les había ofrecido, nada más llegar, un pequeño tour por las estancias de su casa, haciendo especial hincapié en las maravillosas vistas al océano que se podían apreciar desde su amplia terraza. También les había presentado a Manuela, su ayudante y amiga. La mujer que, según

sus palabras, le ayudaba en las tareas del hogar y también en que sus «constantes vitales» fueran las correctas. Manuela era una mujer de mediana edad que llevaba diez años encargándose de los cuidados que requería.

Isaac se había mantenido firme en su invitación cuando las había conducido al que sería su dormitorio durante su estancia en Sines. Les había pedido que aceptaran su hospitalidad, que le hacía muy feliz que se alojaran en su casa. Noelia no fue capaz de negarse y aceptó tímidamente su oferta, pero Marta fue mucho más expresiva y se abrazó a Isaac para mostrarle su gratitud. Les pidió disculpas por haber interferido en su reserva, pero añadió que esperaba que lo recibieran como un gesto de cariño. Al parecer el director del hotel era un buen amigo suyo.

Isaac, mientras degustaban un delicioso té que preparó Manuela, les había ofrecido un pequeño resumen de la historia del pueblo, destacando que fue allí donde nació Vasco da Gama, el histórico aventurero. A Noelia se le hizo un nudo en la garganta nada más escuchar ese nombre de su boca. No podía apartar la imagen de Lago en el castillo, cuando eligió al aventurero entre sus personajes históricos favoritos. También recordaba haber escuchado el nombre de Sines, en alguna ocasión, de la boca de Lago. ¡No había reparado en ello hasta ese momento! ¿Qué conexión había entre ese pueblo y su abuelo? ¿Sabría algo Isaac?

Noelia se apresuró en terminar de prepararse para el paseo que había anunciado Isaac. Desde su llegada, unas horas atrás, solo en una ocasión, había mencionado el libro, y había sido para anunciar el paseo.

—Noelia, ¿qué te parece si os enseño parte del pueblo antes de que dé comienzo al relato que te ha traído hasta aquí? Hay algo que quiero enseñarte antes.

Fue Marta la que sugirió que el paseo no fuera excesivamente largo, debido al estado de la pierna de Noelia, ofreciéndole a Isaac un resumen del accidente que sufrió esta con todo lujo de detalles. ¡Marta no tenía remedio! ¿Qué podía importarle a Isaac su accidente?

Noelia apenas había abierto la boca desde que llegaron, afortunadamente Marta no había dejado de hacerlo, salvándola en todo momento de los silencios incómodos. Y es que estar en aquel lugar, frente al hombre que había escrito aquel libro, a Noelia le estaba afectando más de lo que suponía. No podía evitar sentir que estaba sumergida en su pasado. Sentía que el nombre de Lago flotaba en el aire que respiraban en todo momento, aunque su nombre no se hubiera pronunciado. Solo en una ocasión, minutos después de su llegada, Isaac lo había mencionado indirectamente.

—Noelia no temas encontrarte con ninguna sorpresa que no sea la que te puedan proporcionar, solo, mis palabras.

Noelia había asentido con la cabeza satisfecha de su aclaración. Aunque debía reconocer que en algún instante se había sorprendido mirando hacia la puerta del salón, pensando que en cualquier momento podría aparecer Lago.

El paseo resultó de lo más agradable. Pasearon por una madriguera de calles con edificios encajados en los que los azulejos cobraban protagonismo.

Isaac les fue ofreciendo un pequeño relato de la historia de Sines, narrado de una forma entretenida y poco habitual. Noelia pensó que debía ser así como se había comunicado con sus alumnos durante las décadas que ejerció como profesor en las universidades de Madrid y de Lisboa; ciudades que él había nombrado para referirse a sus años de docencia.

Decidió volver a Sines —la ciudad donde había nacido y se había criado, según expresó él—, por un lado para iniciar la etapa de su jubilación, rodeado de la paz y tranquilidad que siempre encontraba allí; y por otro lado para afrontar la pérdida de su esposa que había fallecido un año

antes de trasladarse allí.

Cuando se detuvo para indicarles que habían llegado al lugar que quería mostrarles, Marta y Noelia se quedaron con la boca abierta. Ninguna se atrevió a expresar lo poco que les apetecía visitar un cementerio.

Marta aprovechó un instante en el que Isaac conversaba, con el que parecía ser el vigilante del campo santo, para susurrarle a Noelia:

—Llevamos horas aquí y todavía no habéis comentado nada del libro. ¿Por qué no sacas el tema?

—Intuyo que lo que nos va a mostrar tiene que ver con él, no quiero ni pensar quién puede estar enterrado aquí.

Marta se sorprendió de lo que insinuó su amiga y añadió:

—¿Qué estás insinuando? No digas tonterías, seguro que nos quiere enseñar la tumba del Vasco ese de Gama.

—Vasco da Gama —corrigió— no está aquí enterrado, Marta.

—Pues vete tú a saber, pero yo no me pienso quedar más callada. Sea lo que sea lo que nos va a mostrar, o sacas tú el tema o lo saco yo. Y eso que estoy disfrutando de los relatos de este buen hombre, pero hay que empezar ya a obtener la información que hemos venido a buscar.

Isaac se acercó de nuevo a ellas y les indicó con un gesto que podían continuar. Como si hubiera escuchado su conversación, les aclaró:

—Noelia, sé que estás impaciente por hacerme algunas preguntas, pero antes permíteme dar paso a esas preguntas mostrándote la tumba de unas personas cuyo nombre te resultará familiar — le puso una mano en el hombro—. No temas, a ninguna de ellas has conocido.

Una de las calles por las que les condujo Isaac, se diferenciaba del resto por contener pequeños panteones a los que se accedía a través de una verja de hierro. Llegaron a la que les interesaba. En su interior varias lápidas de mármol decoraban el suelo, todas ellas adornadas con diminutos jarrones que contenían ramilletes de flores muy coloridos. Isaac apartó dos de ellos para mostrarles el nombre que había grabado en ellas:

Maira Paez Almeida Salomão Rui Almeida Veiga
1916-1992 1914-1995

Noelia tardó unos instantes en reaccionar, hasta que reparó en los nombres de pila que mostraban. ¡¡¡Maira y Salomão!!! Eran los destinatarios de las cartas del abuelo de Lago.

Noelia miró a Isaac con la boca abierta. El apellido Veiga la dejó estupefacta. ¿Sería un apellido común en Portugal? No, a esas alturas, las casualidades ya no existían. Se atrevió a preguntar:

—¿Quiénes eran? Esos apellidos...

—Eran mis padres —contestó afligido.

—¿Tus padres? —preguntó Noelia sin ocultar su confusión.

—Así es, aunque tú los conoces por otros motivos, ¿no es cierto?

—Las cartas del abuelo —afirmó Marta recordando lo leído.

—Así es. En cuanto a lo de los apellidos, no prestes mucha atención, aquí en Portugal tenemos una especial forma de utilizarlos, no es como en España.

—Entiendo —mintió Noelia—, pero Veiga...

—Todo llegará, ya te hablaré de ello —le sonrió con ternura antes de desviar su atención hacia

un objeto que descansaba en el fondo del habitáculo, semioculto por una diminuta corona de flores —. ¿Ves aquello del fondo? ¿Te resulta familiar?

Noelia se acercó cuanto pudo. Por un momento pensó que iba a perder el equilibrio cuando reconoció el olivo de madera donde una vez descansaron las cenizas del abuelo de Lago.

—Ahí descansan las cenizas del que tú conoces como Lago Alfonso Bartolomeu Veiga, aunque para mí y para los que descansan aquí era simplemente Alfonso. Su nieto, al que tú bien conoces, Lago, las trajo hace unos meses, el mes de julio pasado.

Noelia sintió que un escalofrío le recorría toda la espina dorsal deteniéndose en todo lo que encontraba a su paso para emitir pequeñas descargas.

Era la primera vez que Isaac lo nombraba. Lago había estado en ese mismo lugar unos meses antes encontrando, suponía, por fin, el lugar especial donde debían descansar las cenizas de su abuelo. ¿Por qué allí? ¿Quiénes eran esas dos personas? ¿Los padres de Isaac? ¿Qué relación tenían con el abuelo?

Ya iba siendo hora que ese adorable escritor le proporcionara las respuestas que había ido a buscar. Así se lo hizo saber.

—Isaac, yo... necesito que me aclares muchas cosas.

—Por supuesto, Noelia, pero antes te contaré quienes fueron Maira y Salomão. Después te hablaré de nuestro Lago. ¡Volvamos a casa!

Noelia Y Marta se acomodaron en unos sillones especialmente cómodos frente a Isaac. Empezaba a refrescar y había oscurecido, pero no fue un inconveniente para que decidieran degustar la cena que les había preparado Manuela, gracias a unas pequeñas antorchas que ejercían la función de fuente de calor.

Tras la figura de Isaac se podían observar, aunque algo lejanas, las luces del paseo marítimo que bordeaba la playa. Con el océano a sus espaldas, dio comienzo al relato que tanto esperaban.

—Salomão, Maira y Alfonso, vivieron aquí, en Sines; entonces contaba con la mitad de habitantes que ahora: un pequeño pueblo, para que os hagáis una idea. Crecieron juntos y se hicieron inseparables. Maira estaba tan unida a ellos que se comportaba como si fuera un chico más. Durante años fue el objeto de burlas de muchos chicos de su edad.

»Maira era española, llegó a Sines acompañada de sus padres cuando contaba con pocos años de edad, seis o siete debía tener. Vinieron desde Galicia y se asentaron en este lugar por razones de trabajo, o más bien de supervivencia, teniendo en cuenta que hablo de los años veinte.

Salomão se quedó huérfano a los seis o siete años y fue acogido por los padres de Alfonso que gozaban de una buena situación económica; crecieron como hermanos. Entonces no hacía falta un proceso de adopción como los de ahora. Se le ofreció un techo donde vivir y allí se quedó como uno más de la familia. Era un niño delicado de salud, pero poco a poco, bajo los cuidados de la madre de Alfonso, se fue recuperando. Ambos le dieron una cálida bienvenida a Maira, que vivía unas casas por debajo de ellos; se hicieron inseparables. Los tres se protegían. Algunos niños se metían con Maira porque se comportaba de una forma poco «femenina»: compartía sus juegos, su lenguaje, su rudeza y... no era algo habitual. Ellos siempre la defendían, igual que defendían a Salomão cuando era el objeto de burlas, por parte de esos mismos niños, por haber nacido con un defecto en los testículos que a simple vista resultaba extraño.

Los años pasaron, Maira creció y se convirtió en una mujer. Abandonó el interés por el mundo masculino y se interesó mucho más por mostrarse como la preciosa mujercita que era. No pasó desapercibido para sus dos amigos que no tardaron en desarrollar unos sentimientos especiales hacia ella, nada que ver con aquellos basados en la amistad, el juego y la protección.

»Todo cambió cuando crecieron. En aquella época no estaba bien visto que una jovencita de su edad, quince o dieciséis años, mantuviera una estrecha amistad con dos chicos mayores que ella; se puede decir que en edad... casadera. Eran otros tiempos y como sabréis era una sociedad muy distinta; incluso mucho más conservadora si se trataba de un pueblo pequeño.

»Se veían a escondidas, pero cada vez era más complicado para Maira, que era la que tenía mayor control por parte de sus padres. Ellos la animaban a conquistar a uno de ellos, que era un buen «partido», dada la situación económica de la que disfrutaban, pero Maira seguía tratándolos como sus hermanos. Era algo así como «O te casas con uno de ellos o nada, pero ser su amiga no es decente».

»Maira nunca, durante esa época, había mostrado un interés especial por alguno de ellos más allá de la mera amistad. Ellos, conscientes de que su triángulo de amistad podía peligrar si alguno de ellos daba un paso en falso, se juraron no intentar ir más allá de la amistad con ella. Alfonso y

Salomão eran más que amigos, eran hermanos y se necesitaban el uno a otro para respirar. Sus juramentos no eran un simple juego de adolescentes.

»Continuaron creciendo y sus sentimientos hacia Maira también. Alfonso y Salomão ya eran unos hombres hechos y derechos, trabajaban con su padre en el negocio familiar.

—¿Qué negocio? —interrumpió Marta.

—Su madre tenía una tienda en la que se vendía prácticamente de todo, un negocio próspero en aquellos tiempos. Desde allí se suministraban desde comestibles hasta telas o materiales necesarios para el día a día. Lo que vendría a ser un hipermercado de los de ahora. Y su padre regentaba el restaurante y sala de fiestas del pueblo, donde se celebraban todos los banquetes. Otro negocio próspero en aquellos tiempos.

»La presión de su padre porque buscaran una esposa era constante, pero ellos no mostraban interés alguno por hacerlo: ambos, a esas alturas, ya estaban perdidamente enamorados de Maira, con todo lo que ello suponía.

»Poco tiempo después Maira sorprendió, un buen día, a Alfonso confesándole que sentía algo especial hacia él; ajena a los sentimientos que ambos tenían. Era una mujer valiente y no tuvo ningún inconveniente en confesarle su amor. Alfonso optó por contarle la verdad. Le dijo que su amor no era posible porque no estaba dispuesto a romper su juramento con Salomão, que eso lo destrozaría y que para él era más que un hermano. Pero aquella noche, por las razones que fueran, se perdieron y se entregaron el uno al otro, convencidos de que, al menos en una ocasión, tenían derecho a disfrutarse.

»Os recuerdo que os hablo del año 1933, y os aseguro, como quizás sabréis, que no era lo habitual entre un hombre y una mujer en un entorno como en el que vivían. Digamos que no solían mantener ese tipo de relación esporádica en la que se entregaban a una noche de pasión, lo propio de la época era tener un noviazgo, un matrimonio... Pero Alfonso y Maira eran distintos. Podría decirse que ambos estaban adelantados a su época. Salomão, por el contrario, tenía un carácter más retraído, era un hombre más inseguro. Claro que debe entenderse que no había tenido una vida fácil, había sufrido muchas enfermedades y además, la malformación con la que había nacido, le impedía tener hijos. Sus padres le llevaron a un médico cuando cumplió los catorce años y ese fue su diagnóstico. A esa edad no le afectó mucho su incapacidad para formar una familia, pero cuando se hizo un hombre... la cosa cambió. Recordemos que estaba muy enamorado de Maira.

»Hoy en día, eso se podría solucionar con una intervención quirúrgica y unos tratamientos, pero os sigo recordando que hablamos de hace muchísimos años.

»El caso es que del encuentro fugaz de Alfonso y Maira surgió un embarazo. Cuando Maira le comunicó sus sospechas a Alfonso, este se mostró frío y distante con ella. Maira se hundió pensando en todo a lo que se tendría que enfrentar.

Un buen día, poco después de enterarse de que iba a ser padre, Alfonso desapareció de sus vidas. Sin más. Se fue a España, aunque nadie lo sabía. Desapareció. Cinco minutos antes de hacerlo se lo comunicó a sus padres y se marchó.

Alfonso se fue con una única idea: que Maira se apoyaría en Salomão y le contaría lo de su embarazo. Y así fue. Dos meses después, Alfonso todavía desaparecido, Maira y Salomão contrajeron matrimonio; la noticia del embarazo no fue muy bien acogida por parte de la familia de Maira, pero sí la del matrimonio. Salomão era, lo que en España se llama, «un buen partido». Iban a casar a su hija con un hombre de buena familia y eso les quitó todas las penas. Los padres de Salomão, es decir los de Alfonso, los que lo acogieron, celebraron una boda por todo lo alto, ignorando los cuchicheos sobre el tamaño del vientre de la novia, que ya empezaba a notarse. Ellos acogieron bien la noticia del embarazo, satisfechos de que su hijo hubiera podido concebir,

en contra de lo que los médicos le habían vaticinado, y satisfechos también de la mujer que había escogido para ello; Maira era una más de la familia, desde pequeña deambulaba constantemente por su casa y la habían visto crecer.

»Debéis pensar que en aquella época una madre soltera era algo impensable, así que Salomão no quiso permitir que ella se enfrentara a algo así, por lo que a ojos de todos asumió la paternidad.

»La marcha de Alfonso, para sus padres, no fue una tragedia, como podría pensarse. Al parecer la relación de Alfonso con su padre no era muy buena. Él no quería seguir trabajando en el negocio familiar y los enfrentamientos con su padre eran diarios. Sin embargo, Salomão, tenía un carácter obediente y no les traía ningún problema. Ayudaba a su madre en la tienda y a su padre en el restaurante. Lo creáis o no, cuando Alfonso les dijo a sus padres que se iba en busca de otra vida, ni les sorprendió ni se lo impidieron. Era el hijo rebelde, el que les ponía en evidencia, el que nunca obedecía... Supongo que debían creer que cualquier día entraría por la puerta con la cabeza gacha pidiéndoles que lo acogieran de nuevo. Las malas lenguas dijeron que estaba enamorado de Maira y que no soportó que su hermano fuera el elegido por ella, que se sintió traicionado y se marchó. Quizás sus padres también creyeron esa teoría, o... quizás fueron ellos los que la divulgaron.

»Salomão, a pesar de poder disfrutar de la mujer que siempre había deseado y de haber aceptado al hijo de Maira como propio, nunca llegó a superar la pérdida de su hermano. Maira, que estaba perdidamente enamorada de Alfonso, también tardó en superarla. Pero desarrollaron sentimientos muy distintos hacia Alfonso durante el periodo de duelo por su pérdida. Maira nunca entendió por qué la abandonó y el odio se interpuso entre ella y sus recuerdos hacia Alfonso.

»A pesar de los obstáculos emocionales, la pareja fue feliz. Y gracias a ello, a mi me criaron en un ambiente lleno de complicidad y de amor.

—¿Me criaron...? —Repitió Noelia.

—Sí, Noelia. Yo soy el fruto de esa noche de pasión entre Maira y Alfonso.

Noelia frunció el ceño procesando la información recibida, en seguida dio paso a la sorpresa, mostrándola con la boca abierta.

—Alfonso, o sea, el abuelo de... ¿era tu padre?

—Mí padre biológico.

—¿De verdad? Entonces tú también eres...

—Soy el tío de Lago, de tu Lago. O lo que es lo mismo: Lago es mi sobrino.

Marta intervino antes de que Noelia se perdiera en sus mundos como parecía amenazar con hacer. La mención de Isaac a «tu Lago» debió calarle hondo.

—¿Por que se marchó? Entiendo lo que nos has explicado, pero... cuesta entender por qué eligió un camino tan complejo, tan rebuscado.

—No es fácil entender la forma de actuar de Alfonso, no en un entorno de cordura, y mucho menos en la época en la que se desarrolló. A simple vista, puede parecer un acto de cobardía y de egoísmo. Muy pocos conocían su historia, y ninguno la entendió como Salomão. Él fue el único, porque lo conocía mejor que nadie, que supo cuales fueron sus verdaderas intenciones. Maira lo odió toda su vida, sus padres lo condenaron al olvido y el resto de personas que lo conocían lo tacharon de soñador, de irresponsable, e incluso de descerebrado.

»Era un hombre muy bien parecido y su fama de conquistador siempre le persiguió. De ahí que lo tacharan de ser poco serio. Su padre era un hombre muy influyente en la localidad y eso lo salvó de muchos líos en los que se metió. Bien pensando no eran más que chiquilladas, pero en aquella época, a su edad, se esperaba que buscara una mujer con la que casarse, tuviera hijos y se

dedicara a continuar con el legado de su padre. Por eso, se barajaron cientos de teorías sobre su marcha, pero todas ellas lo dejaban mal parado.

»La realidad es otra. Él se fue para que su hermano pudiera ser feliz. Él amaba a Maira, pero sabía que jamás podría estar con ella porque no hubiera sido feliz sabiendo que su hermano también la amaba. Cuando tuvo oportunidad de estar con ella, aunque fuera una sola vez, no la desaprovechó. Intuyo, aunque no lo sé con certeza, que la noticia del embarazo fue algo inesperado y que su mente trabajó para que nadie saliera mal parado de aquello. Todo salió como él había planeado. Él se fue y Maira se apoyó, desconsolada, en Salomão. Él se ofreció a ayudarla, no podía dejarla sola asumiendo su maternidad. Ella aceptó y se casaron. Al final todo aquello, a ojos de los demás, quedó en una travesura de juventud. Eran jóvenes, se dejaron llevar por la pasión, se quedó embarazada y... ¡Seguro que no fueron los únicos que cambiaron el orden que se esperaba en esa época!

—¿Y nunca lo volvieron a ver? ¿Llegaste a conocerlo? ¿Cuándo te dijeron que era tu padre?

—Yo lo vi una sola vez. Me enteré de que era mi padre cuando mi madre murió. Mi padre me pidió que lo buscara.

—¿Por qué no lo buscaron antes? —preguntó Marta.

—Mi madre lo odió toda su vida y nunca permitió ni siquiera que se nombrara. A mí me contaron algo, alguna vez, sobre un tío, hermano de mi padre, que se fue en busca de aventuras. Nada importante.

»Antes de que ella muriera, ocurrió algo que... para mí no tuvo importancia, pero a mi padre le afectó mucho. Mi madre tenía una enfermedad degenerativa y su último año de vida perdió totalmente la memoria. Apenas era consciente del mundo que la rodeaba. Muy pocas veces tenía momentos de lucidez. Dejó de reconocernos a mi padre y a mí. Dejó de hablar y se convirtió en un ser prácticamente sin vida. Un día de los que vine a visitarla, me acarició la cara y me sonrió. Su rostro era sereno, lleno de felicidad. Ya hacía mucho tiempo que no veíamos ese tipo de expresión en ella. Pareció volver a la vida por un instante. Me dijo: «Eres tan guapo como tu padre».

»A mí me llenó de ternura, pero a mi padre le cayó como un jarro de agua fría. No lo entendí. Se marchó del salón, donde nos encontrábamos, enfadado, con los ojos llenos de lágrimas. No entendí su reacción y, a pesar de que intenté que me lo aclarara, no lo hizo.

»Cuando ella murió, se sumió en un silencio que duró un año. Intenté que viniera a vivir conmigo a Madrid, pero se negó. Un día, en una de mis visitas, me contó la historia que os he contado y me pidió que buscara a Alfonso, que no quería morir sin volver a verlo. Fue entonces cuando comprendí la reacción que tuvo aquel día con mi madre.

—Yo sigo sin entenderla.

—Mi madre se estaba refiriendo a Alfonso cuando dijo que yo era tan guapo como mi padre. El único momento de conciencia que vivimos en mucho tiempo y fue para referirse a él. A mi padre le dolió. Me confesó que siempre vivió con la idea de que ella lo seguía amando, a pesar del odio que siempre manifestó por él.

—Entiendo. Pero ella nunca lo reconoció, ¿cierto? —preguntó Noelia.

—No, jamás. Como os he dicho, ella nunca volvió a hablar de él, ni siquiera permitió que mi padre lo mencionara. Lo condenó al mayor de los olvidos, pero mi padre siempre intuyó que seguía amándolo, que no fue capaz de olvidarlo. Esas cosas ocurren, ¿no crees Noelia?

Noelia lo miró sorprendida. No esperaba una alusión tan directa. No le contestó a su pregunta. Mostrando su malestar, le animó a seguir. ¿Qué sabía él de lo que ella pudiera sentir?

—¿Tiene un final esa historia, Isaac?

—Claro. Todas lo tienen, Noelia. No os molestaré más con los detalles. Solo me queda decir

que acepté la petición de mi padre. Contraté a un detective, lo buscamos y lo encontramos. Temía que no siguiera con vida, por lo que eso pudiera significar para mi padre, pero afortunadamente estaba vivo. Fui a visitarlo, me las ingenié para hacerle llegar una nota en la que lo citaba para que nos encontráramos en un lugar alejado de su entorno.

»Acudió a la cita. Le puse al corriente de lo que mi padre me pidió y volvió conmigo a Portugal. Aquí pasó tres días y tres noches junto a él. Nada más verse lloraron los dos y se abrazaron durante más de una hora sin decir nada.

—¡Oh! Qué bonito, no me puedo ni imaginar lo que sintieron en ese momento —exclamó Marta sonriente.

—Cuando te vio, ¿sabía que eras hijo suyo? —preguntó Noelia mucho menos emocionada que Marta.

—Me preguntó si tenía hermanos. Creo que esa fue su forma de preguntármelo.

—¿No comentó nada sobre ello? —Esta vez fue Marta la que sintió curiosidad.

—No, ni él ni yo lo hablamos. Yo fui a visitarlo por otro motivo. No me interesaba entrar en ese tipo de conversación.

—¿Y qué más pasó? —preguntó Noelia fríamente.

—Fue a visitar la tumba de mi madre. Estuvo horas frente a ella. Solo él sabe lo que le dijo. Cuando volvió tenía los ojos enrojecidos por haber llorado. Se fue y me pidió que le avisara si su padre empeoraba. Estaba delicado de salud. Murió nueve meses después, y lo llamé para decírselo. Me dio las gracias y colgó.

—¿Asistió al funeral?

—No. Nunca más supe de él. Lago me contó cómo y cuando murió. Y de él, de Lago deberíamos empezar a hablar. ¿Os apetece?

Noelia y Marta se miraron. La primera se levantó y desapareció unos minutos. Volvió y se sentó en el mismo lugar sin decir nada.

—Es tarde, ¿queréis que lo dejemos para mañana? —propuso Isaac.

—Por favor, Isaac. Háblame de él, y háblame de ese libro.

—Por supuesto, mi querida amiga —aceptó el anciano.

Marta observó a Noelia de reojo sintiéndose algo inquieta por lo que había anunciado Isaac: había llegado el momento de hablar de Lago. No sabía de qué forma las palabras del entrañable escritor podrían impactar en su amiga. Incluso ella estaba nerviosa por lo que pudieran descubrir.

Cuando Isaac inició su relato Marta le acarició la mano a Noelia, mostrándole su apoyo. Notó el ligero temblor que emanaba de ella. Noelia le sonrió y volvió a fijar la mirada en Isaac.

—El verano pasado, en el mes de julio o... agosto, el hijo de un buen amigo, João, me llamó para decirme que un joven acababa de visitar la cámara municipal para preguntar cómo podría averiguar si una persona residió en Sines y, en caso afirmativo, si había algún tipo de registro sobre la casa en la que vivió.

»A João no le llamó la atención que buscara a su abuelo, un tal Lago Veiga, porque él no lo conocía, pero sí le llamó mucho la atención que nombrara a Maira y Salomão. Dijo que también buscaba esos nombres, que podían tener relación con su abuelo, aunque desconocía los apellidos. Por esa razón me llamó.

»Lago iba un poco perdido, por eso se dirigió a la cámara. João le pidió que volviera al día siguiente, para entonces, habría realizado algunas gestiones y podría indicarle exactamente los pasos a seguir.

»Le pedí a João que si volvía lo enviara a mi casa. Y así fue. Recuerdo cuando lo vi en la puerta. Se disculpó por no hablar portugués y me preguntó si entendía el español. Recuerdo nuestra conversación:

—Sí, no te preocupes, puedes expresarte en español.

—¡Qué alivio! Disculpe que le moleste, pero me han indicado que usted quizás podría proporcionarme...

—Buscas información sobre Alfonso.

—¡Eh! No sé si hablamos del mismo, mi abuelo se llamaba...

—Alfonso Lago Bartolomeu Veiga.

—Sí, el mismo, aunque yo le hubiera cambiado el orden a algún nombre. ¿Le conoció?

—Vamos, pasa. Te contaré lo que sé.

Noelia se estremeció al escuchar por primera vez unas palabras, que aunque era Isaac quien las recreaba, salieron de la boca de Lago.

—¿Iba en...? Quiero decir si sus piernas... ¿Iba en silla de ruedas?

—No, yo lo vi erguido y bien erguido, aunque se apoyaba en un bastón. Una pieza algo extraña que llamó mi atención, digamos que era peculiar. Cojeaba ligeramente, si es eso lo que quieres saber.

Noelia se puso en pie y se apoyó en el respaldo del sillón, de espaldas a sus acompañantes. Se escuchaba con claridad el sonido de su respiración. Aquella noticia le había impactado. Intentó tranquilizarse y para ello cogió aire y lo expulsó repetidas veces. Se dio la vuelta, miró a Marta y luego a Isaac.

—No esperaba esa noticia, siempre me he preguntado qué habría sido de él en ese sentido.

—Es normal que te impacte. Vuelve a sentarte a nuestro lado. Intentaré no ser tan brusco, pero

quiero que te sientas cómoda para expresar todo cuanto desees, ya sean palabras, ya sean emociones.

—Gracias. Sigue, por favor —Noelia miró a Marta y asintió suavemente con la cabeza para indicarle que se encontraba bien.

—Estuvimos charlando durante horas. Al principio yo era muy cauto en lo que le explicaba, pero él debió percibirlo, porque me animó una y otra vez a contarle todo lo que supiera sobre su abuelo.

»Llegó el momento de hablarle de Maira y de Salomão; una vez que le aclaré que eran mis padres, decidí contarle la misma historia que os he contado a vosotras.

—¿Cómo la recibió? —preguntó Marta.

—Estaba muy atento y no me interrumpió en ningún momento. Cuando terminé se mantuvo en silencio un buen rato. Parecía procesar mis palabras. Cuando volvió a este mundo, me miró y me dijo: «Entonces tú y yo somos familia. ¡Eres mi tío!». Y... no quisiera faltar a la verdad, pero aseguraría que estaba entusiasmado por ello. Tampoco negaré que yo también lo estaba. Nunca tuve hijos y él era... mi único descendiente.

—¿También le contaste la visita de su abuelo a Salomão? —Esta vez fue Noelia la que se interesó.

—Sí, como os he dicho, le conté lo mismo que a vosotras. Volvió al día siguiente, tal y como habíamos acordado. Me preguntó si me parecía buena idea dejar las cenizas de su abuelo cerca de las tumbas de mis padres. Debo confesar que me sorprendió que después de catorce o quince años conservara todavía sus cenizas, pero no tardé en darme cuenta que Lago era muy peculiar. Su forma de expresarse, sus gestos... ¡Me gustó!, debo admitirlo.

»Su propuesta me hizo pensar mucho. Por un lado me pareció bien que las cenizas de Alfonso descansaran junto a mi padre, pero por otro lado... estaba mi madre. Aunque no os lo creáis fue una decisión difícil, pero acabé aceptándola. Entendí que en ese triángulo, si algo había imperado, era el amor. En su descanso eterno debían estar juntos. Y por otro lado... no podía olvidar que Alfonso, también era mi padre.

Isaac siguió su relato contándoles el momento en el que se acercaron al cementerio y Lago depositó las cenizas, dentro de su peculiar urna, entre ambas lápidas. Recreó sus palabras; unas que llegaron directas al corazón de Noelia.

—Me ha costado, abuelo, pero te he encontrado un sitio. Ahí estás, junto a tu Maira, esa mujer que tantas veces me dijiste que habías amado con locura —Se arrodilló con dificultad—. Espero, abuelo, que mi destino sea otro. Espero encontrar a mi Noe en vida, que nadie le lleve algún día mis cenizas —Se dio la vuelta para mirar a Isaac—. Es una larga historia, pero yo también tengo una «Maira» en mi vida.

Noelia cerró los ojos y sonrió sin ganas. Volvían a ser las palabras de Lago, pero esta vez pronunciando su nombre. Animó a Isaac a continuar.

—Le pedí que me contara su historia y lo hizo, pero no pudo hacerlo en un solo día, le llevó un par de ellos más, a ratos, claro está. Le dije que era una historia para escribir un libro. Le hablé de mi trayectoria como escritor e incluso le regalé un ejemplar de una de mis obras. Al principio parecía entusiasmado por leerla, tratándose de una novela histórica, pero al comprobar que estaba escrita en portugués se decepcionó. Ni qué decir lo mucho que me hizo reír con sus ocurrencias.

»Se marchó a España y estuvimos en contacto. En el mes de noviembre me llamó y me planteó escribir esa historia. Me dijo que estaba convencido de que algún día la leerías y podríais volver a encontraros.

—¿Y cómo sabía él que yo estaba bien?

—Eres muy joven, Noelia, es más fácil pensar que estabas viva, si es a eso a lo que te refieres.

—Y si quieres encontrar a alguien, ¿no es más fácil buscarle? No sé, contratar a un detective como hiciste tú para encontrar a su abuelo —observó Marta.

—¿Tú también has leído el libro? —Ante su afirmación continuó—: Entonces habrás visto que Lago era un soñador, y... supongo que una parte de él lo sigue siendo.

—¿Con que información la escribiste? ¿Él tenía un diario o algo así? —La duda esta vez era de Noelia.

—No. Vino a pasar la Navidad conmigo. Tenía vacaciones, así que aprovechamos esas dos semanas para que me contase la historia con todos los detalles que recordaba. Yo fui tomando notas, haciéndole preguntas... Estuvimos dándole forma hasta que se marchó. Después la narré y se la envié para su aprobación. Hicimos algunos apuntes, añadimos algunos detalles y... se convirtió en un libro. A finales de febrero ya estaba terminada. Un amigo me ayudó a publicarla y a distribuirla.

—¿Por qué utilizaste tu nombre? ¿No hubiera sido más fácil escribir bajo seudónimo? Tus otras obras no tienen nada que ver con esta.

—Mi querida Noelia, a estas alturas de mi vida no tengo por qué esconderme de nada. No sé cuántos años viviré, pero no pretendo que el mundo me recuerde como un escritor. Mi legado espero que haya quedado en las que fueron mis dos casas: la universidad de Madrid y la de Lisboa.

—¿Por eso hablas español? ¿Por los años que viviste en Madrid?

—No, mi madre era española, como os dije. Ella me hablaba en español y mi padre en portugués. Aún así trabajé duro para conocer vuestra lengua.

—Pero la madre de Alfonso era española, y creo que él hablaba español perfectamente por esa razón, así que si Salomão se crió con ellos... —planteó Noelia.

—Buena apreciación, Noelia. Salomão también recibió la misma educación que Alfonso, aunque algo más tarde —tenía seis o siete años cuando lo acogieron—, pero a él, según me contó, le costaba mucho expresarse en español y lo evitaba siempre que podía. Eso no significa que no conociera bien la lengua. Crecí con las dos lenguas. Un privilegiado diría yo.

—De ahí que las cartas a Maira fueran en español y en portugués a Salomão.

—Exacto. Debo decir que cuando Alfonso visitó a mi padre se comunicaron en todo momento en portugués, aunque se notaba que Alfonso tenía la lengua en desuso.

—¿Qué fue de su vida? —preguntó Noelia dando un giro a la conversación,

—Lago vivió un año infernal cuando te marchaste. Se negó a someterse a la intervención quirúrgica, a los tratamientos y a la rehabilitación. Era un muerto en vida. De la silla a la cama y de la cama a la silla. Solo se esforzaba lo justo para combatir el dolor.

»Celeste y Julián se mantuvieron a su lado en todo momento. Se trasladó a vivir a la casa de Celeste a petición de ella, pero pasaba gran parte del día en una habitación y solo salía para comer o para asearse. No permitía que nadie pronunciara tu nombre y ordenó que se deshicieran de todo lo que podía recordarle a ti.

Noelia sintió un escalofrío al escuchar esas palabras. Le resultaba familiar esa historia, pero en su caso había sido él el que la había apartado de su vida.

»La muerte de Julián lo cambió todo. Celeste se hundió y Lago no fue capaz de soportar aquella situación. La pérdida de su amigo y el sufrimiento de Celeste le acabaron de rematar. Como leísteis, Lago despertó casi un año después de su letargo, y fue por unas palabras que pronunció Celeste. Ese dolor que le expresó cargado de reproche en el que le recordaba su egoísmo y su cobardía por dejarse vencer de esa manera, le llegaron muy dentro. Entendió que Julián ya no

tenía oportunidades en la vida y él sí.

»Durante unos meses se dedicó a vender todas sus propiedades: la casa donde vivió contigo, la de Elisa y el apartamento de la playa. Consiguió suficiente dinero para vivir muy bien durante muchos años. Se marchó a una ciudad no muy lejana y se matriculó en la universidad para estudiar historia. Dedicó seis años en total a su formación, entre el grado y el máster; cuatro de ellos también los dedicó a la rehabilitación.

—Vaya, debió de ser muy duro, dada su incapacidad —apreció Marta.

—No se fue solo, se llevó a un amigo, a Manuel, en el libro aparece como Manu.

—¿Manu se fue con él? —Noelia no pudo disimular su sorpresa.

—Según me contó Lago, el muchacho no era muy feliz. Trabajaba en el campo con su padre y no tenía amigos. Acababa de perder a Julián y Lago lo apartó de su vida cuando tuvo el accidente.

—Sí, pobre Manu. Recuerdo las veces que fue a visitarlo y Lago se negó a recibirlo. No pude despedirme de él, y... era la mejor persona que he conocido nunca.

—Tras la pérdida de Julián, volvieron a tener contacto. Al parecer nunca se rindió e intentó visitarlo cuando Lago vivía con Celeste. Lago seguía negándose a recibirlo, pero Celeste medió en alguna ocasión, aunque el contacto fue mínimo.

—En el libro se menciona que Manu se enamoró —añadió Marta.

—Sí, pero duro poco. En palabras de Lago fue un «para empezar no estuvo mal». Os confieso que no siempre soy capaz de entender sus expresiones.

Noelia sonrió. Comprendía perfectamente a lo que se refería Isaac.

—Ambos se trasladaron a esa gran ciudad. Manu se convirtió en su fiel ayudante y recuperaron su amistad. No fue nada fácil para Lago estudiar en una universidad, debido a su incapacidad. Pero nada lo detuvo. Compaginaba sus clases con la rehabilitación. Un camino muy duro, pero lo consiguió. Debo añadir que Manu estudió fisioterapia, y hoy es un gran profesional que se gana la vida muy bien.

»Y en cuanto a Lago, en la actualidad ejerce, desde hace dos años, en un instituto de bachillerato como profesor de historia.

—¿Dónde? —preguntó Marta

—En... Madrid. Allí es donde ha vivido desde que dejó Sejenas.

Noelia tardó en reaccionar y lo hizo apartando una lágrima de su mejilla. Eso sí que era una noticia inesperada.

Noelia observó las nubes a través de la ventanilla del avión, en varias ocasiones. Le gustaba perderse en la sensación de estar flotando. Aunque no era una sensación nueva para ella, en los últimos días era así como se había sentido la mayor parte del tiempo.

Su viaje, su escapada con Marta llegaba a su fin. Había perdido la noción del tiempo, parecía que llevara semanas fuera de Madrid y todavía no se habían cumplido tres días.

Se giró para observar a Marta que dormía plácidamente. No le extrañaba que estuviera agotada, no había dejado de hablar en ningún momento. Sonrió al recordar lo mucho que había disfrutado con ella de la capital portuguesa.

Se despidieron de Isaac, al día siguiente de su llegada, bien entrada la tarde; desde allí se dirigieron a Lisboa, donde habían pasado todo el tiempo hasta ese momento.

Le entristeció mucho decirle adiós a Isaac, se había portado muy bien con ellas y se había esforzado mucho por aclarar las dudas que la llevaron hasta allí. Recordó las palabras que eligió para contestar a la pregunta de Noelia acerca del motivo que le llevó a enviarle el libro.

—Como reflejé en la dedicatoria, no creo en los mensajes enviados en una botella. Y eso era lo que pretendía Lago, que ese libro flotara a través de las aguas de un océano hasta llegar a tus manos. Ante las pocas probabilidades que había de ello, decidí acortar el camino. Podías tardar años en leer ese libro, si es que existía alguna remota posibilidad de que así fuera. Y, pasado un tiempo, iba a ser difícil que ese libro estuviera visible en algún lugar. Por ello, me dediqué a averiguar tu paradero.

»Confieso que no fue fácil localizarte, y que a pesar de hacerlo —fue un detective quien se ocupó de ello—, no pude obtener muchos datos sobre tu vida personal. No sabía si estabas felizmente casada, si tenías hijos, o... cualquier elemento que pudiera dificultar que tu tuvieras algún interés en leerlo.

—¿Qué averiguó de mi vida personal?

—Que vivías con un hombre, aunque no había ningún registro de que estuvieras casada con él. También que eras maestra en un colegio en el centro de Madrid, y poco más.

—Es que no hay mucho más que contar. ¿Qué sabe Lago de mí?

—Por mi nada. Desconozco si él ha realizado alguna investigación, pero creo que me lo habría comentado. Él solo piensa en que te llegue ese libro.

—¿De verdad Lago cree que ese libro puede llegarme?

—Supongo que con el tiempo hubiera recurrido a otro método, pero Lago es como es, y aunque te aseguro que no es el mismo hombre que yo describí en el libro —el que él me relató que era—, todavía conserva su buen humor y sus aires de soñador.

—¿Y ahora qué? ¿Qué pretende con esto? ¿Que nos encontremos y seamos felices para siempre?

—Dime una cosa, Noelia. Yo no tengo forma de saber si lo que he escrito en ese libro es real, o parte de esa historia es producto de su imaginación. Sería absurdo que la hubiera alterado en exceso si lo que pretendía era que llegara hasta a ti, pero con los años uno puede idealizar según qué momentos para protegerse. ¿Es real?

—Lo es, Isaac. No hay nada que sea ficticio. Todo lo que se relata en ese libro, es lo que vivimos durante aquellos años. Algunos capítulos muestran su visión de los hechos, sus sentimientos, y eso... ¡Claro! yo no puedo asegurar que sean tal cual los describe, aunque me imagino que sí.

—Entonces, si eso que vivisteis es como está descrito en el libro, ya sabes lo que pretende: recuperarte, Noelia.

—¿Por qué ahora?

—No me pidas que razone si se trata de Lago y de tiempo. Si le das la oportunidad, él sabrá explicártelo muy bien.

Noelia se acomodó en el asiento. Una vez más se giró para observar a Marta, que no se había movido ni un centímetro. Su conversación con ella, la noche que durmieron en casa de Isaac, seguía clavada en su mente.

Fue unas horas después de haberse retirado para descansar. Isaac mostraba señales de agotamiento y decidieron dar por terminada la jornada de relatos. Antes de desaparecer, Isaac extrajo una fotografía enmarcada que guardaba en una mesilla y se la mostró. La fotografía recogía un momento, durante la visita de Lago, en la que él e Isaac, abrazados, sonreían a la cámara. Era una foto actual de Lago, una que impactó en el centro de su estómago e hizo que se encogiera.

Su aspecto era muy bueno. Sonreía. Era la misma sonrisa que recordaba. Le temblaban las manos al sujetarla y tuvo que ser Marta la que la recogiera para evitar que se le cayera al suelo.

Isaac se retiró y las dejó solas con la fotografía. Marta se fue a dormir cuando Noelia le pidió estar a solas. Tres horas después, Marta se levantó y se dirigió a la terraza donde continuaba Noelia. No se había movido de allí. Había conseguido una manta y se había refugiado en ella con la fotografía. Marta se sentó a su lado y se abrigó con parte de la manta.

—¿Tanto se puede amar a alguien? —Fue la pregunta con la que la sorprendió Marta.

Noelia se tomó un tiempo antes de contestar:

—Intenté olvidarlo y... es más que evidente que fallé en el intento. No se trata de un día, una semana, o un mes. Llevo nueve años intentándolo, convenciéndome de que Lago era pasado. Convertí mi vida en un circo de manías con las que pretendía borrar su rastro, creyendo que había dado con la fórmula perfecta para olvidar. Intenté odiarlo, y no lo conseguí. Intenté entenderlo, y acabé haciéndolo con mucha facilidad.

»Me borré el tatuaje que nos hicimos juntos y lo sustituí por una fecha trágica y dolorosa. Cuando la miro soy incapaz de reconocer el día en que mi madre se fue, solo soy capaz de ver el día en que perdimos nuestro hijo, ese que concebimos cuando todavía pasábamos horas sonriéndonos.

»Todavía conservo la alianza en la que le dije que le quería como esposo, en mitad de la boda más rocambolésca que puedas imaginar. Conservo el llavero que talló para mí, el de las llaves que abrían la puerta de nuestro hogar: uno de risas, de payasadas, de... —Hizo una pausa y sonrió — baños hasta que la piel se resentía de lo arrugada que estaba, de noches haciendo el amor hasta caer rendidos, de relatos sobre una tierra que cubría la sangre de unos valientes soldados...

»He salido corriendo hasta llegar aquí, poniendo mi relación con Pablo en peligro, para escuchar las palabras de un desconocido, que tenía algo que contarme sobre Lago...

»Así se puede amar, Marta, y así se puede tergiversar el olvido. ¡Doy fe de ello!

—¡Guau! —Marta le puso la mano en el hombro y la estrechó contra su cuerpo—. ¿Y ahora qué, Noe?

—Ahora volveré a casa a enfrentarme a la batalla que Lago describe en el libro: «Una batalla

cuerpo a cuerpo entre el pasado y el destino».

Noelia despidió con la mano a Marta cuando se alejó, sintiendo nostalgia al separarse de ella. Había sido un viaje cargado de emociones.

Había llegado el momento de enfrentarse a Pablo, aunque por la hora que era debía estar todavía en el trabajo. No le había llamado como él le pidió. Su última comunicación con él fue la que tuvieron en el momento en que ella salió con su maleta en busca de las famosas «respuestas». Le entristeció ser consciente de que apenas había pensado en él. A pesar de que le pidió silencio, ella ni siquiera había contemplado la posibilidad de enviarle un simple mensaje.

Apartó de su mente esa idea e introdujo la llave en la cerradura. Algo no iba bien, la llave no coincidía con la ranura. La observó para cerciorarse de que se trataba de la llave correcta. No tenía ningún sentido que se hubiera equivocado de llave, con otra del mismo llavero había abierto la puerta del portal, pero... Aún así volvió a intentarlo y obtuvo el mismo resultado. Observó la cerradura: ¡parecía distinta! Había algunas marcas alrededor y el metal brillaba en exceso. ¡Era nueva! Esa cerradura se había cambiado recientemente.

Pensó que Pablo podía haber tenido algún problema, quizás habría perdido las llaves o... ¿habrían intentado robarles? No, era una idea absurda; de ser así Pablo le hubiera comunicado el cambio de cerradura. ¿Se habría olvidado?

Antes de entrar en otro tipo de pensamientos sacó el móvil de su bolso dispuesta a aclararlo. Se detuvo. La idea de que Pablo habría cambiado la cerradura para evitar que ella accediera a su casa se impuso por encima del resto de opciones.

Volvió a intentarlo, nada perdía. El mismo resultado.

Bajó las escaleras de nuevo, cargando con la maleta y salió al exterior. Necesitaba aire fresco. Se apoyó en el borde de un muro que bordeaba el acceso al portal y llamó a Marta. Le explicó lo sucedido.

—Si pensara que esa cerradura se ha cambiado porque Pablo ha sufrido un incidente, no estaría bajando las escaleras de dos en dos para ir a buscarte. No te muevas de ahí.

Durante el trayecto no dejaron de comentar lo sucedido. Noelia, sin creer demasiado en sus propias palabras, seguía planteando la posibilidad de que Pablo habría olvidado informarle del cambio y que este se debía a cualquier incidente con una buena explicación.

—Tendrá una explicación razonable, ¿verdad?

—Podría tenerla, pero ni tú ni yo lo creemos. Si fuera así ya lo habrías llamado, pero tu instinto te dice lo mismo que a mí.

Una hora después de su llegada a casa de Marta, esta le propuso a Noelia que la acompañara a la pastelería, estaba impaciente por saber si todo continuaba en su lugar, sin ningún incidente. Aunque se había comunicado con María un par de veces durante el viaje, estaba deseando comprobar por sí misma que su pastelería estaba a salvo. Noelia con tal de no seguir dándole vueltas a la posibilidad de una encerrona por parte de su novio, aceptó encantada. Terminó de animarse cuando Marta le dijo que era posible que María hubiera horneado galletas.

Nada más llegar, María corrió a abrazar a Marta; parecía que hacía meses que no se veían. También se acercó a Noelia y la abrazó, aunque con una euforia más comedida.

—Por cierto, Noelia, tu novio trajo ayer unas maletas, dijo que te las diera cuando vinieras. Están dentro —explicó con naturalidad.

Marta y Noelia se miraron y corrieron en dirección al lugar que les había indicado María. En uno de los rincones del fondo del local, se encontraban alineadas tres maletas y dos bolsas de deporte.

Noelia solo reconoció una de las maletas y así se lo expresó a su amiga.

—Las habrá comprado. Con una sola no tenía suficiente.

Noelia se acercó a una de las bolsas de deporte y la abrió parcialmente reconociendo alguno de los objetos personales que contenía.

—¡Menudo gilipollas! —se apresuró a decir Marta.

—¡No me lo puedo creer! —soltó Noelia molesta.

En ese instante María se acercó a ellas con unas galletas en la mano. Marta las observó y le preguntó:

—¿Qué es esto?

—Antes de que digas algo, ¡pruébalas! Es una receta nueva, era de mi abuela.

—¿Más abuelos? Venimos saturadas de abuelos, María.

Noelia se giró y miró a Marta. Ambas estallaron en una carcajada al tiempo que escogían una de las galletas.

Marta observó a su amiga mientras conversaba con María sobre las galletas. Esa mujer no era la misma. El tiempo que estuvieron en Lisboa no dejó de decir tonterías y de hacerla reír. Vivieron episodios de los más rocambolesco en el hotel, en algún restaurante y en la farmacia, a la que acudieron para obtener algo que aliviara el dolor que sentía en la pierna; no dejaron de caminar ni un momento y eso le pasó factura a Noelia.

Se alegraba de haber descubierto una mujer distinta. No había dejado de sorprenderla en todo el tiempo que pasaron en Lisboa.

María desapareció satisfecha del resultado que había obtenido con sus galletas.

—Te dije que mi vida iba a cambiar después de este viaje.

—Acertaste. Aunque no te veo muy afectada por lo de la cerradura y las maletas.

—No lo esperaba. Creo que no son las formas, Marta. Te juro que entendí su confusión, y también que le hiciera daño lo que había leído en *De mis labios impuros*, pero ¡es un libro, Marta! Nos quedaba mucho que hablar y mucho que aclarar. Creo que no conozco a Pablo en absoluto.

—Pues ya estáis en paz, porque él a ti te ha conocido poco también. Yo estoy de acuerdo contigo, me parece algo infantil darle un final como este a una relación, parece más una cuestión de rabia y de orgullo, que de una decisión sopesada y madura. Pero él ha elegido y, si te soy sincera, creo que antes o después tu también le hubieras cambiado la cerradura, hablando de una forma simbólica, claro está.

—Es su elección, y a estas alturas no voy a juzgarlo. Creo que los finales no siempre son como deben ser. Cada uno sabe lo que guarda en su interior.

—Pues sí, ya sabemos que en esto del amor la lógica no siempre es aplicable. En cualquier caso sigo pensando que es un gilipollas —Se acercó a una de las maletas y la arrastró—. Venga, coge lo que puedas que nos vamos a mi casa, a nuestra casa, amiga. ¡Nueva vida, Noe! Te va a encantar vivir conmigo. Hago unos espaguetis que...

Noelia le golpeó cariñosamente con un neceser que había extraído de la bolsa de viaje.

—Habrá que probarlos —admitió Noelia.

—Aunque te tenga que anestesiar para ello, pero tú te inflas de espaguetis y de melocotones. ¡Por la gloria de mi abuelo! Que en paz descanse.

Noelia salió de la pastelería muerta de la risa. Vivir con Marta era lo mejor que le podía pasar. La conversación con Pablo no se iba a producir, y si era sincera consigo misma, después de ver lo que acababa de hacer, se lo agradecía.

Ahora tocaba lidiar con un tema mucho más complejo: el pasado y el destino.

Noelia no esperaba salir de la consulta del fisioterapeuta con la pierna parcialmente vendada. Al parecer, su pierna había sufrido demasiado en Portugal y se había interrumpido su recuperación. Debía reconocer que no había seguido los consejos que le habían dado. No debía caminar en exceso, debía llevar la media protectora, hacerse masajes, aplicarse apósitos fríos... Solo se acordó de la media protectora y fue porque Marta se encargó de recordárselo.

El fisioterapeuta le había recomendado que hiciera reposo durante un par de días, pero para lo que se traía entre manos era imposible que pudiera obedecerle. Tendría que esperar al día siguiente.

¡Cómo había cambiado todo en las tres últimas semanas...!

Vivir con Marta había sido lo más divertido que le había pasado en años. ¿En nueve o diez? Probablemente sí.

Tal y como ella había jurado por la gloria de no sé quién, Noelia comió espaguetis, no una vez ni dos: cinco veces en tres semanas. Y porque no era temporada de melocotones..., pero Marta la había amenazado con estar pendiente de la llegada de los primeros a la frutería en la que compraba habitualmente.

Noelia sonrió al recordar todos los buenos momentos que estaba compartiendo con su amiga. Sentía que era una mujer distinta, como si caminar por la vida fuera más fácil. No podía afirmar que había vuelto a ser la misma que fue años atrás, eso no era posible. La vida se va quedando algunos pedacitos que son difíciles de reconstruir, pero sí podía afirmar que tampoco era la misma mujer que era tan solo un par de meses antes.

Se sentía ligera, capaz de flotar, liberada de algunas piedras que pesaban demasiado.

No había vuelto a saber nada de Pablo, ni una llamada ni un mensaje ni... ninguna maleta más.

A los dos días de su llegada reparó en que la caja que contenía el llavero, la alianza y la cinta de raso, no se encontraba en el repertorio de equipaje que le había preparado Pablo. Se lamentó mucho de ello, pero por nada del mundo iba a pedírselo. Aquella cinta... era especial para ella y le hubiera gustado conservarla para siempre. Se lo había transmitido a Marta entre lágrimas: solo era un pequeño trozo de tela, pero era el único vínculo que le quedaba con su hijo.

Marta apareció esa misma noche con la caja en la mano. Le dijo que había visitado a Pablo y se la había pedido. Él la había recibido fríamente, no la había invitado ni siquiera a pasar: la había hecho esperar en la puerta hasta volver con ella en la mano.

—Noelia y sus recuerdos del pasado... No puede desprenderse de ellos —dijo Pablo con sarcasmo.

—Hay pasados y pasados, Pablo. De este —Señaló la caja—, no se puede desprender, ¡tienes razón!, en cambio del que compartió contigo ya ni se acuerda. Se le olvidó cuando llegamos a la frontera con Portugal. ¡Qué viaje...!

Pablo la fulminó con la mirada y le cerró la puerta, obligándola a retroceder para no estamparse con ella. Bajó las escaleras de dos en dos, satisfecha de haber vengado «el cambio de cerradura» de su mejor amiga.

Noelia se sorprendió de la actitud de Marta, incluso le reprendió por ella alegando que no era

el tipo de comentarios que ella hubiera elegido para un final con Pablo, incluso que hubiera preferido renunciar a esa caja; pero en cuanto pasaron unas horas las dos se estaban partiendo de risa en el sofá.

Noelia entendía que Pablo tendría sus razones, no lo podía poner en duda, pero su actitud y su forma de negarle una conversación, aunque hubiera sido la última, se escapa a su comprensión. Pero no iba a dedicarle más tiempo, no quería culpables ni quería responsabilidades. Dos caminos que se separan y poco más. Marta tenía razón: «Hay pasados y... pasados».

Noelia apartó todos esos pensamientos de su cabeza y se centró en lo que se disponía a hacer. Se dirigió a la esquina de la calle donde había acordado que la recogería Marta. Aunque se había negado a que ella la llevara, Marta no la había escuchado.

Tardó pocos minutos en llegar.

—¿Estás bien? —preguntó Marta sin perder de vista la carretera.

—Sí —dijo Noelia suspirando.

—¿Estás segura?

—Sí, Marta. Estoy segura.

Marta se propuso batir un record atravesando el centro de Madrid, casi lo consigue, si no llega a ser por los comentarios de Noelia que no dejaban de recriminarle su forma de conducir.

Cuando detuvo el vehículo, Noelia se bajó y le sonrió. Marta se bajó y le entregó la muleta, recibiendo, a cambio, una mueca de fastidio. Le dio un beso en la mejilla y le deseó buena suerte.

Noelia respiró hondo mientras veía alejarse a su amiga. Consultó su reloj y se dirigió al edificio que se encontraba justo en frente de ella. Lo observó impresionada: las fotografías que mostraba la página web que había consultado no le hacían justicia.

La verja de la entrada principal estaba abierta, permitiendo el acceso a un gran patio ajardinado que desembocaba en un edificio de grandes dimensiones. Se detuvo delante de los tres escalones que daban acceso al interior. Consultó el reloj. Cerró los ojos, los volvió abrir. Suspiró, cogió aire, lo expulsó; irguió la espalda, sujetó fuertemente la muleta y pulsó el timbre. Un zumbido la invitó a empujar la puerta. Del interior de una cabina surgió un hombre de mediana edad, uniformado con un traje oscuro; debía tratarse del conserje.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó observándola.

—Sí, gracias. Busco al profesor Lago Veiga.

—Debe estar en clase, aunque en unos minutos hay un descanso. ¿Tiene una cita con él?

—¡Oh! No, soy su mujer. Quería hablar con él...

El hombre cambió su expresión y sonrió.

—Hola, soy Marcos, el conserje. —Le tendió la mano.

—Hola, Marcos, soy Noelia. Encantada de saludarle.

—No sabía que Lago Veiga estuviera casado.

Noelia sonrió y agradeció que el hombre no esperara a que ella respondiera.

—Espere un momento, voy a consultar en qué clase se encuentra.

El hombre volvió en menos de un minuto y le anunció:

—Está en la primera planta, puedo avisarlo cuando termine la clase —Señaló con la cabeza su muleta.

—No es necesario, puedo acercarme yo.

Sin dejar de sonreír alzó la mano y le indicó a alguien, que se encontraba detrás de ella, que se acercara.

Noelia contuvo la respiración sin saber quién era la persona a la que había llamado la

atención. Respiró de nuevo cuando vio a un joven de unos dieciséis o diecisiete años aparecer y escuchar atentamente las palabras del conserje.

—Jorge, acompaña a la señora a la clase del profesor Veiga. Está en la clase de segundo B.

El joven asintió con la cabeza y le hizo un gesto con la mano para que le siguiera.

Iniciaron la marcha en dirección a un largo pasillo. El joven giró a la izquierda, atento en todo momento a que Noelia le siguiera. Al llegar a unas escaleras se detuvo y la observó. Noelia inició la subida para demostrarle que podía hacerlo. Dio un respingo cuando escuchó el fuerte sonido de un timbre. Debía tratarse del aviso de fin de clase. En su colegio utilizaban la música, mucho más relajante que aquel ensordecedor zumbido.

Accedieron a otro largo pasillo. En pocos segundos las puertas de varias clases se abrieron dando paso a una marabunta de alumnos apresurados por salir. Noelia se apartó para cederles el paso y se apoyó en una pared temiendo que alguno de ellos le hiciera perder el equilibrio.

El joven se esperó a su lado y reanudó la marcha cuando encontró más despejado el pasillo. Se detuvo frente a una clase y asomó la cabeza. Conforme con lo que había visto en su interior, se dio la vuelta y le dijo:

—Ahí está.

Noelia le dio las gracias y siguió con la mirada al joven que tardó poco en desaparecer.

Se acercó lentamente y se detuvo delante de la puerta. El corazón se instaló en su garganta para bajar a su pecho en cuestión de milésimas de segundos. No había querido pensar en ese momento, pero llegada la hora, su cuerpo la había traicionado. ¿Cómo esperaba reaccionar?

Lago estaba de espaldas, ligeramente inclinado sobre una mochila, buscando algo en su interior. Al advertir su presencia se dio la vuelta y la vio. Abrió los ojos y la boca al mismo tiempo.

A Noelia le pareció que su rostro mostraba más terror que sorpresa. El corazón aceleró su ritmo. Allí estaba Lago. Lo tenía delante. Casi nueve años después lo volvía a ver. No había cambiado mucho, excepto porque su rostro lucía unas gafas y una barba más poblada.

Noelia tragó saliva al escuchar su voz:

—No... ¿Noe?

—¿Estás...? —Se aclaró la voz al ver el sonido que emitía—. ¿Estás ocupado, profesor?

—Noe... —Repitió él sin abandonar la expresión de terror.

—¿Lago?

Lago tardó en reaccionar.

—Noe...

—Sí, esa soy yo.

—¿Qué...? ¿Qué te ha pasado? —Señaló su muleta con un dedo.

—Una caída por unas escaleras

Lago se giró para coger su bastón que descansaba sobre la pared, bajo la pizarra. Se apoyó en él y bordeó la mesa, bajando el escalón que lo situaba a la misma altura que ella.

—No te quedes ahí, ¡entra!

Noelia le hizo caso y cerró la puerta.

—¿Y a ti que te ha pasado? —Señaló su bastón con la muleta.

Lago tardó de nuevo en responder. Seguía escudriñándola con la mirada.

—¿No lo recuerdas? —preguntó confuso—. No me asustes...

—Prefiero no recordarlo...

—¡Ah! Es, es... eso —Tragó saliva sin dejar de mirarla—. Entonces dejémoslo en que también fue una caída tonta.

—Yo no he dicho que la mía fuera tonta.

—Ya —hizo una pausa y se quitó las gafas—. Es que yo me he acordado de las tontas, de... de las caídas tontas, que fueron muchas.

Noelia no pudo evitar sonreír. Él se acercó dos pasos más hasta quedar frente a ella por pocos centímetros.

—Noe...

—Lago...

—¿Me has perdonado?

—No, pero si quieres puedo hacerlo ahora.

—Te lo agradecería.

—¡Perdonado!

—Yo tampoco me he perdonado...

—Pues es un buen momento para hacerlo.

—¿Tú crees?

—Sí, sí creo.

—Pues... ¡perdonado!

Noelia volvió a sonreír. Lago miró hacia abajo y expulsó aire antes de enfrentarse de nuevo a la mirada de Noelia, que intervino intentando mostrar una seguridad que no sentía.

—Te he preguntado si estabas ocupado, no quisiera...

—Para ti nunca.

Noelia le ofreció la muleta para que se la sujetara mientras ella escarbaba en su bolso. Extrajo el libro y se lo mostró.

—Lo he leído.

Él observó el libro y la miró de nuevo.

—¿Y bien?

—Ya conocía la trama.

—¿Ya la conocías? Pues vaya aburrimiento, ¿no?

—No, ha sido muy entretenido. Algunos detalles no los conocía.

El rostro de Lago se transformó. Le sonrió por primera vez y relajó su expresión. Desde que entró había adoptado la expresión de horror, la misma que podría adoptarse si hubiera descubierto que Noelia tenía tres cabezas.

—Sabía que el destino se encargaría de que volviera a verte.

—El destino se llama Isaac, Lago. Él es el que se ha encargado de que volvamos a vernos.

—Sí, él lo escribió, pero...

—Él me lo envió. No confié mucho en ese destino del que hablas.

—¿Isaac te envió el libro? ¿Cómo supo dónde encontrarte?

—Me buscó.

—¡Buena idea! Ese hombre es un genio. Yo lo había incluido en mi plan B —Se acarició la barba—. Te envió el libro...

—Sí, así fue. Hace un mes, más o menos. ¡Un gran hombre!

—Hablas como si le conocieras.

—Le conozco, Lago. Me contó una bonita historia de amor en la terraza de su casa, en Sines.

—¿Qué? ¿Tú has...? —Lago bajo la cabeza y se giró, dándole la espalda. Volvió a girarse hacia ella —¿Has estado en Sines? ¿Por qué?

—Porque quería hacerle algunas preguntas.

Lago se tomó su tiempo para procesar la información sin dejar de mirarla fijamente.

—¿Y te las contestó?

—Encontré más respuestas con el libro, pero él me dio las fuerzas para venir hasta aquí.

—¿No querías que nos viéramos en Sejenas?

—No, eso es pasado, Lago.

—Es nuestro pasado, Noe.

—Pasado es —dijo ella tajante.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —dijo tragando saliva. Su rostro no pudo ocultar el terror que volvía a sentir. Temía la respuesta.

—Para que me ayudes a olvidarlo.

Lago cerró los ojos y apretó los labios.

—¿Necesitas olvidarlo?

—Necesito mirar en cualquier dirección que no sea en esa. ¿Me ayudas o no?

—Joder, que impaciente, Noe. ¡No has cambiado nada! Pues claro que te ayudo, si yo quiero lo mismo. ¡Qué guapa estás!

Se hizo de nuevo un silencio. Lago lo rompió.

—¿Un paseíto?

—No estamos para muchos paseítos —dijo ella mirando simultáneamente el bastón y la muleta.

—Eso serás tú. Yo puedo caminar horas y horas. Eso sí, con la ayuda de *La* —Levantó su bastón.

Noelia frunció el ceño y acercó su mano al bastón. Lo observó de cerca. Era de madera. El puño contenía diferentes franjas de color, y la base contenía un grabado. Lo observó con detenimiento. Se distinguía claramente un pentagrama con la palabra «La».

—Es como tu tatuaje —aclaró él.

—Ya no lo tengo, me hice grabar una fecha encima.

—¡Ah! ¿Qué fecha?

—12 de marzo de 2007.

—¿Qué significa esa fecha? A mí no me dice nada

—Es la fecha en que murió nuestro hijo.

Lago abrió los ojos horrorizado. Noelia bajó la mirada y él le colocó un dedo en la barbilla empujándola suavemente para que sus miradas se encontraran.

—¿Un... hijo?

—Murió poco antes de nacer.

—Noe...

Esta vez fue ella la que tardó en contestar.

—¿Recuerdas tu teoría sobre el tiempo? «El tiempo no existe, mueres cuando acabas de nacer», recitó ella. Él la cumplió, aunque con una variante: murió antes de nacer. Para él no existió el tiempo.

Lago cerró los ojos visiblemente afectado. La miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Ahora sí que creo en el tiempo.

—¿En serio?

—Sí, y en Dios, Noe, y en Dios. Me acabo de reconciliar con él, no te imaginas las peleas que hemos tenido.

Se acercó a ella y la abrazó. Noelia se fundió en sus brazos.

Era el mejor lugar del mundo, «seguía» siendo el mejor lugar del mundo.

—¿Tienes clase de nuevo?

—Sí, pero... lo puedo arreglar. ¡Sígueme!

Noelia esperó a que cerrara la clase y lo siguió. Él le hizo una señal para que lo esperara y entró en una sala que indicaba ser la de profesores. Salió a los pocos minutos, acompañado de un señor de avanzada edad. Este le hizo una señal a Noelia con la mano a modo de saludo y Noelia se la devolvió con una sonrisa y un movimiento con la cabeza.

—¿Qué le has dicho?

—Mejor que no preguntes. ¿Qué quieres hacer?

—Ya te lo he dicho, olvidar el pasado. A eso he venido.

—Bien, pues pongámonos a trabajar. ¿Y del futuro qué me dices?

—Estoy libre. No tengo nada anotado en la agenda.

—Pues venga, vamos a llenarla.

Salieron del edificio y se dirigieron a un aparcamiento en silencio. Lago miró a su alrededor y se acercó a ella. Le sujetó el rostro con las manos y la besó.

—Siguen siendo muy impuros, Noe. No tienes arreglo.

Se fundieron de nuevo en un beso con sabor a victoria. Era la primera que podían celebrar tras ganarle el primer asalto a una batalla entre el pasado y el destino, aunque era la misma a la que tendrían que enfrentarse el resto de sus vidas.

Epílogo

Sines, 18 de julio de 2017

Amigo:

Estoy contemplando tu océano desde el mismo lugar que solías hacerlo tú, desde la terraza de tu casa. Fue tu última voluntad: que Lago y yo la pudiéramos disfrutar, y eso es lo que hacemos siempre que podemos.

He ido a visitarte muchas veces, he intentado hablar contigo, pero no me salen las palabras. Veo sus nombres escritos, y no puedo dejar de pensar en su historia. Me duele pensar en el pasado que tanto les marcó, y me duele mucho más que su reencuentro haya sido a través del descanso eterno.

Lago y yo hemos hablado muchas veces del pasado, del nuestro; hemos intentado que no quede nada que duela en el aire, y que no quede nada sin resolver. Esa ha sido nuestra forma de plantarle cara.

Hemos vuelto a sumergirnos en aquella historia, la que interrumpimos una vez por culpa del destino; es a él, solo a él, a quien culpamos.

He vuelto a comer melocotones, y he vuelto a vestir de blanco.

He vuelto a la vida, Isaac. ¡Soy feliz!

Noelia.

Sines, 8 de julio de 2017

Querido amigo:

No te imaginas cuánto te echo de menos. Venimos a verte a menudo, mi Noe quiere hablarte, pero se queda bloqueada. Le he dicho que lo intente hacer por escrito y le ha parecido buena idea, pero al final se las ha ingeniado para que lo haga yo también. ¡Hace conmigo lo que quiere!

Le he pedido que me enseñe su carta, pero no ha querido. Se cree que no me voy a escapar un día a escondidas para leerla... Ni se le ha cruzado por la mente, y eso que ya debería saber que cuando me conformo con tanta facilidad es porque estoy tramando algo...

Así estarás entretenido, porque con la compañía que has elegido, debes estar muy aburrido. ¿A quién se le ocurre, Isaac? ¿No había más sitios para que descansarás? ¿Tenía que ser entre mi abuelo, Maira y Salomão? ¿Con la de cosas que dejaron sin resolver...? Aunque es posible que ya las hayan resuelto. Eso espero, ¡por tu bien!

Si te hubieras esperado un poco, amigo... hubieras conocido a mi hijo, que está en camino. Noe quiere llamarlo como tú, y eso que no le gusta el nombre, pero es que ella es muy simbólica. Yo quería llamarle Lago, pero después de visitar la tumba de mi otro hijo, en Barcelona, y ver que también lo habían llamado así, cambié de opinión.

Te alegrará saber que estoy luchando por unir a Marta y a Manu. Ellos creen que no nos

damos cuenta, pero se gustan mucho. Marta no deja escapar oportunidad para afirmar que la belleza está en el interior. Al principio pensé que era un mensaje que le enviaba a Manu, pero ahora creo que es una cantinela que se dice a sí misma para convencerse. De todas formas, Manu ha ganado con la edad, su fealdad se va suavizando y a veces me lo miro y hasta me parece guapo, o... agradable de ver. Cuando se lo comento a mi Noe, que a veces, ahí donde la ves, tiene su lado cruel, me dice que está harta de decirme que no debo quitarme las gafas.

¡Qué guapa es, Isaac! No se puede querer más a alguien. Ya le tengo dicho que si ella se va antes que yo que no se angustie, que dos o tres minutos después nos volvemos a encontrar. Yo no vuelvo a vivir sin ella, amigo. O con ella o con ella. No hay más opciones.

No he vuelto a ir a Sejenas. Noe y yo hemos decidido no volver. Todavía hay cosas allí que duelen mucho, ¿para qué exponernos? Julián ya no está...

A Celeste no la he vuelto a ver, ni tampoco tengo ganas. Puede que sea egoísta por mi parte, pero no le perdono que me culpara de la muerte de su hijo. ¿Cómo iba a saber yo que iba a tener un accidente? Solo le pedí que me hiciera una gestión en el pueblo de al lado...

Estoy escribiendo un libro sobre mi batalla, espero que mi hijo lo pueda disfrutar. A mis alumnos les encanta que la recreemos en clase. Cuando lo publique te traeré un ejemplar, y otro para mi abuelo. A Salomão no se si le gusta la historia, en todo caso se lo prestáis. Y a Maira... ¡A Maira se la contáis!, que eso une mucho.

Noe tiene dentro de una vitrina un ejemplar de De mis labios impuros, el que tú le enviaste. Le debo tanto a ese libro... y a su escritor.

Si puedes vuelve, amigo. Sé que es difícil, pero es que te echamos mucho de menos. Tú inténtalo, ¡no pierdes nada! En cualquier caso seguiré, seguiré y seguiré hablándote de Noelia. Siempre Noelia.

Lago.

[\[1\]](#) Muntadas, Juan Federico. Fragmento del poema «La batalla de Bailén». Madrid, 1851.

[\[2\]](#) Muntadas, Juan Federico. Fragmento del poema «La batalla de Bailén». Madrid, 1851

[\[3\]](#) Pérez Galdós, Benito. Fragmento «Episodios Nacionales. Bailén». Madrid, 1976.